



EL
COLECCIONISTA
DE **SONRISAS**

RAQUEL RODREIN

© Raquel Rodrein 2018
Primera edición de este formato: octubre 2018
Diseño de portada: © Raquel Rodrein
www.raquelrodrein.com

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

El coleccionista de sonrisas

Raquel Rodrein

Todos tenemos un secreto inconfesable, un arrepentimiento irreversible, un sueño inalcanzable y un amor inolvidable.

Anónimo

Nunca se olvida. Simplemente se aprende a fingir que no se recuerda.
Scott Fitzgerald

Prólogo

Contemplo un cielo limpio de nubes mientras me tomo un descanso y me pregunto, como tantas otras veces, cuántos días durará este magnífico sol que abastece a la ciudad de una irresistible gama de colores y una sonrisa permanente en los rostros de sus habitantes. El parte meteorológico es positivo y, a juzgar por la ausencia total de nubes y de ese viento tan característico de la capital escocesa, parece ser que volverá a acertar de pleno. Me siento ridículo pensando en la rigurosidad de la predicción del tiempo pero, como de costumbre, recurro a cualquier pretexto para mantener mi mente ocupada en otra cosa que no sea mi perpetua desdicha.

El sonido del móvil me devuelve a la realidad. Dejo la mitad del bocadillo sobrante en su envoltorio y echo mano al bolsillo de mi camisa. Sobre la pantalla parpadea un nombre que jamás he borrado de mi lista de contactos. Me quedo paralizado. No es posible. Mis dedos no me responden al intentar descolgar. Sé que debe de tratarse de un error, pero lo hago. Respondo a la llamada.

—¿Annie?

Es una locura. ¿Qué estoy haciendo?

—¿Annie?

Al otro lado de la línea solo obtengo el silencio por respuesta. Se trata de una broma, una broma de muy mal gusto. Tal vez este número ha terminado siendo dado de baja por la compañía telefónica, si bien les he dejado claro que les avisaría llegado el momento. No pueden hacerlo sin mi consentimiento mientras siga pagando las facturas.

Escucho un crujido y me pregunto si no es más que simple sugestión. Vuelvo a insistir.

—¿Quién eres?

El sonido similar a una respiración agitada me pone la piel de gallina. Miro a mi alrededor y, aparte de los turistas y paseantes que se detienen

frente a Ross Fountain para hacerse una fotografía a los pies del castillo, todo parece normal. Sin embargo, sé que no estoy imaginándolo, está sucediendo. Hay alguien al otro lado de la línea.

—¿Annie? Contéstame Annie.

Ni yo mismo doy crédito a las palabras que acabo de pronunciar. El mismo sonido llega nuevamente a mis oídos. Luego, una voz que me desgarrar el alma.

—¿Papá?

La comunicación se corta y siento que el aire no llega a mis pulmones. Las manos me sudan, estoy temblando. No hay forma de poner freno al ritmo de mis pulsaciones. Intento restablecer la conexión de la llamada sin éxito. Ahora el móvil está apagado.

Sufro un ataque de pánico. Trato de controlarme porque no quiero llamar la atención. Llevo más de dos años tratando de vencer mis demonios interiores, un sentimiento de culpa que me ahoga como una soga alrededor del cuello. Y habría agradecido que alguien la hubiera tensado para acabar de una vez por todas con mi agonía.

Capítulo 1

Era cerca de la una de la madrugada cuando Olivia Muriel cruzaba por fin las puertas del que se convertiría en su segundo hogar durante seis meses. Su alojamiento le llegó como una especie de milagro de última hora, y de ahí que hubiese accedido a considerar la oferta de Fiona Walton, la gerente de la agencia con quien solía arrendar siempre que viajaba a Edimburgo.

—La situación del propietario ha cambiado y por razones económicas se ve obligado a sacarle una renta a largo plazo —le explicó—. Solo me impuso como condición que si lo hace por más de seis meses tiene que ser alguien en quien yo confie plenamente. Pensé que tú eras la persona adecuada para ocuparlo.

—Agradezco tu confianza y, dado que necesito un techo bajo el que dormir, mi respuesta es sí.

—Además, si decides prolongar tu estancia tienes posibilidad de hacerlo.

—Pienso volver a casa.

—¿Estás segura? No sé por qué, pero tengo la corazonada de que esta vez algo te obligará a quedarte.

—¿Y qué te hace pensar algo así?

—La última vez te marchaste demasiado pronto.

Olivia guardó silencio. Fiona estuvo al corriente de lo sucedido. Horas después hacía una transferencia bancaria al RBS para garantizar el alquiler y compraba el billete de avión. Pese a que sabía que era el momento de cerrar el ciclo, compró solo el de ida.

El nombre de la calle le transmitió buenas vibraciones: Hart Street. Hart sonaba casi como *heart*, que significaba corazón, y las cosas siempre le habían salido bien cuando se dejaba llevar por sus dictados.

«Bueno...no siempre», pensó en recuerdo de Duncan.

—Dios mío, esto es precioso. El asiento bajo la ventana de mi dormitorio es de ensueño.

—Ya te dije que no te defraudaría. Estarás muy bien aquí, ya lo verás — la animó Fiona sin ocultar su semblante preocupado—. Ha sido todo tan precipitado.

—Apenas han pasado siete meses y no he tenido tiempo de asimilarlo. No se asimila algo así aunque pase toda una vida.

—Tal vez estar aquí te sirva para ir cerrando poco a poco las heridas.

—Será difícil. Hay demasiadas preguntas a las que necesito encontrar una respuesta. Todo habría sido diferente si esta oportunidad laboral se hubiese presentado antes.

—A veces las cosas suceden cuando tienen que suceder.

—Tienes razón. Quizá tenía que ser ahora.

Se dieron un abrazo y Fiona se marchó. Se quedó a solas, apoyada contra la puerta unos instantes. Respiró hondo, invadida nuevamente por las memorias. Aguantó las ganas de llorar por lo que Escocia le había dado, pero también por lo que le había arrebatado.

Aparte de la indiscutible belleza y riqueza cultural del país existía algo más. Fue como ese amor a primera vista que con el paso del tiempo se va intensificando y, pese a la distancia, uno desea regresar cuanto antes para no perder el nexo de unión. Algunos rincones del mundo eran como las personas. Se convertían en un destino más que alguien recuerda al abrir el álbum de fotografías o bien permanecen para siempre en el corazón de quienes los visitan. Y eso es lo que le había sucedido a Olivia años atrás. Empezó siendo una turista que repetía destino para recorrer poco a poco diferentes zonas del país. Ahora le había llegado el momento vivir una experiencia distinta. Un sueño hecho realidad que quizás había llegado demasiado tarde, si bien era un sueño incompleto porque Duncan se había llevado muchos otros con él, como se había llevado consigo una parte de ella para siempre.

Días antes de recibir la noticia de que había sido aceptada para el programa de investigación de la Universidad recibió un correo que no esperaba.

Mi nombre es Ethel Boyd. Trabajo en una tienda solidaria de ropa y artículos de segunda mano cuyos beneficios se destinan a ayudar a los «sin techo» y en riesgo de

exclusión en la obra social del Convento de St. Catherine's. Nos encontramos en Raeburn Place, distrito de Stockbridge. Le resultará extraño que me ponga en contacto con usted, pero a raíz de unas cajas que hemos recibido de las Hermanas de la Misericordia con las pertenencias de Alastair Murray, nos hemos encontrado con algunas cosas que tal vez desee conservar antes de proceder a su venta. Agradeceríamos que se pusiese en contacto con nosotros para resolver este pormenor.

Se quedó sorprendida porque en principio pensó que se trataba de esos múltiples timos que campaban a sus anchas por internet, pero las palabras *Stockbridge* y *Alastair* le hicieron pensar lo contrario. Le vino a la memoria aquella vez que le preguntó por qué firmaba siempre en sus correos con las iniciales *a.d.* y le dijo que Alastair era en realidad su primer nombre, pero que solo su madre le llamaba así, sobre todo cuando se enfadaba con él. Era un secreto, le había dicho en clave de broma, así que tendría que seguir llamándolo Duncan. ¿Fue una pequeña mentira o una verdad a medias? A veces se elige no implicar en la verdad a quien se ama por tantas razones. Duncan siempre le dejó caer pinceladas de su realidad, poco a poco, en pequeñas dosis. Pronto se daría cuenta de que nunca le mintió, sino que le ocultó lo indispensable, tal vez lo suficiente como para que ella comenzara a hacerse preguntas llegado el momento.

Todavía con un pellizco en el estómago ante el inevitable recuerdo, respondió a Ethel para decirle que podría reunirse con ella en cuanto llegase a la ciudad. Y ya estaba allí, preparada para enfrentarse a nuevos desafíos. Formar parte de aquel proyecto de la Universidad de Edimburgo financiado con fondos europeos, que incluía también a aspirantes no residentes en el Reino Unido pero sí residentes en cualquiera de los países de la Unión, requería no solo una licenciatura con buenas calificaciones y conocimiento del idioma sino también másters y reconocimiento de méritos en la profesión, tales como publicaciones o conferencias. Gracias a sus estudios de posgrado en la Universidad de Bath, varios artículos publicados y esporádicas colaboraciones en radio, había conseguido ser seleccionada.

Quería convencerse a sí misma de que la ilusión por comenzar algo nuevo borraría su añoranza, pero en su fuero interior sabía que sería imposible. Su ingreso en aquel programa no había sido más que la excusa que necesitaba para abandonar su vida en Granada y lanzarse a la búsqueda de esa parte de Duncan que nunca llegó a conocer, pero que estaba dispuesta a desenterrar aun sabiendo de antemano el alto coste emocional que conllevaría.

Era el momento de dejar a un lado el sentimiento de culpa que seguía

persiguiéndola por mucho que todos se empeñasen en convencerle de que nunca se habría podido evitar lo inevitable. Si se hubiese permitido el pequeño lujo de dejarse llevar por los sentimientos y no por los juicios de valor de los demás, las cosas habrían sido diferentes. Se propuso sacar el máximo provecho de la nueva oportunidad que la vida le brindaba mientras trataba de cerrar de forma definitiva el capítulo más bonito, pero también el más triste de su vida.

Como todo hijo de vecino Olivia tenía responsabilidades. Pagaba una hipoteca, tenía un trabajo que no estaba supeditado a un horario fijo y mucho menos a ingresos fijos, con frecuencia no sabía lo que eran las vacaciones y cuando se las tomaba lo hacía con cargo de conciencia. Aun así se consideraba afortunada porque disfrutaba de lo que hacía, de sus amigos, de su familia y de sus múltiples aficiones. Sin embargo, Duncan nunca pareció encajar en ese esquema de vida. Un tipo peculiar, complejo, quizá demasiado independiente y solitario, que no aspiraba a esa atadura emocional de la pareja, la familia y la amistad, que para Olivia eran tan importantes. Y precisamente su falta de estabilidad emocional fue la causa de las primeras desavenencias entre ambos. Pese a todo, tuvo la suerte de disfrutar de esa parte de su alma que todavía no se había perdido en el abismo, de esa llama que luchaba por seguir encendida hasta que el fatal destino se encargó de apagarla para siempre. Sensatez e incoherencia, felicidad y desdicha, verdades y mentiras, tempestad y calma, miedo y valentía. Todo ello siempre en contienda con el inexplicable caos interior. Así fue la relación de ambos, llena de luces y sombras. Escribieron una historia de altibajos en la que se dieron cuenta de que a pesar de lo mucho que se querían, había algo que jamás llegaría a cuajar, a no ser que alguno de los dos dejase a un lado el rencor y los sentimientos de culpa por los errores cometidos. Y es que aprender de los errores podía considerarse un regalo, incluso siendo el dolor quien te enseña a reconocerlos.

«Siento que no estés aquí conmigo para compartir este momento», pensó antes de caer rendida por las lágrimas y perderse en un sueño profundo.

Capítulo 2

Se conocieron en Granada, cerca de la catedral, en el mercado de San Agustín. Estaba frente a un puesto de frutas cuando escuchó su voz por primera vez.

—Perdona, ¿puedes decirme el nombre de eso de ahí? — Se giró y se encontró cara a cara con un turista de acento encantador que le trajo a la memoria el rostro del actor Ewan McGregor. Era alto y de complexión fuerte. Enseguida apartó la mirada para centrarla en el objeto de su curiosidad.

—Sí. Chirimoyo.

—¿*Chimimoyo*?

Olivia reprimió la risa.

—Chi-ri-mo-yo —repitió ante las miradas de soslayo del hombre que atendía el puesto y de la pareja que pagaba la cuenta. Los tres sonrieron.

—*Chiri-moyo* —repitió él con dificultad y sin perder la sonrisa.

—Correcto.

—¿Está bueno? —continuó en su idioma al ver que Olivia también lo hacía.

—Demasiado dulce para mí gusto, pero es una fruta muy valorada. Cómprate uno y lo pruebas.

—¿Y si no me gusta? Será una pena porque tú tampoco te lo vas a comer.

Desde luego el tipo echaba mano de buenos recursos para alargar la conversación. Tenía una labia impresionante pese a ese halo de timidez en algunos de sus gestos. Intentaba mostrarse tranquilo y relajado. Sin embargo, no conseguía ocultar su nerviosismo y ese detalle tan contradictorio llegó a enternecerla. El tendero le lanzó una mirada de «está tratando de ligar contigo y no te das cuenta, muchacha».

—Pues tendrás que arriesgarte.

—De acuerdo, me arriesgaré. ¿Te puedo invitar a un café y a lo que quede de un *chiri-moyo* que a lo mejor no me gusta?

—No me refería a... —Se detuvo al darse cuenta de que había caído en

su propia trampa. Tuvo que reír y él la imitó.— ¿De dónde eres?

—Mejor te lo explico tomando ese café. Si te apetece, claro —suplicó con otra de sus sonrisas al tiempo que extendía la mano—. Mi nombre es Duncan.

—Yo soy Olivia.

—Es un placer, Olivia. Tú inglés es francamente bueno.

—Bueno, hago lo que puedo. Me queda mucho por aprender.

—Te lo digo en serio, es mucho mejor que el mío. Ten en cuenta que soy escocés —aclaró entre risas.

Olivia no cabía en su asombro. Escocia era uno de sus rincones favoritos del mundo. ¿Demasiada coincidencia o simplemente era su día de suerte? Miró indecisa a su alrededor. La vida seguía su curso, el mercado rezumaba vida, el tendero del puesto los miraba de reojo con media sonrisa mientras continuaba con su tarea y Duncan esperaba una respuesta. Se sintió salvada por la exposición de coloridas frutas y verduras de temporada que reclamaban su atención.

«Yo me tomaré un café contigo, pero me aseguraré de que no te levantas de la silla hasta haberte comido ese chirimoyo», pensó.

Tras ese café bajo el sol de una terraza de la plaza que terminó convirtiéndose en cerveza para el turista, y medio chirimoyo que no pareció convencerle, Olivia nunca se habría atrevido a imaginar que aquel inesperado encuentro marcaría un paréntesis. La vida después de Duncan Murray ya no sería la misma.

El apuesto escocés pasaba varios días de vacaciones recorriendo Andalucía en un vehículo de alquiler. Granada era su última visita antes de llegar a Málaga para volar de regreso a Escocia. Era diseñador gráfico. Sus padres emigraron a Canadá, tal y como hicieron muchos escoceses cuando él solo era un niño. Pasó los primeros años de su vida en Helensburgh, una localidad ubicada en la costa norte del fiordo de Clyde, a unas treinta y cinco millas de la ciudad de Glasgow. Tras el fallecimiento de su madre, su padre decidió repatriarla a la tierra que la vio nacer. Terminó también regresando de forma definitiva y Duncan decidió seguir el mismo camino.

—Un gran gesto por tu parte dejarlo todo para estar con él. Abandonar tu vida y comenzar de cero por tan noble causa no es algo que muchos hijos estén dispuestos a hacer.

—Él lo hizo todo por mí. No quería que estuviese solo llegado su momento, y sabía que no tardaría en llegar. Murió dos años después. Siempre pensé que quería reunirse con mi madre.

—Lo siento.

—Es ley de vida.

—¿Y no tienes más hermanos?

Su mirada se ensombreció antes de responderle y Olivia imaginó que a la triste memoria de la pérdida se sumaba algo más.

—Una hermana —respondió con voz tensa.

—Tienes suerte, yo soy hija única. Envidio a quienes tienen hermanos y hermanas con quienes discutir y compartir.

—No lo creas, a veces es mejor así. Te ahorras muchos problemas, te lo aseguro.

Saltaba a la vista que la relación no era muy buena.

—Vaya, lo siento. No era mi intención entrar en ese terreno.

—Tranquila. Es solo que soy de los que piensan que a veces es mejor estar apartado de las personas que no aportan nada a tu vida.

—Entiendo, y si te sirve de consuelo eso es algo que sucede en las mejores familias, como suele decir mi madre.

—Hablemos de cosas más alegres. ¿Y qué hay de ti? ¿No estás casada? ¿Novio? —preguntó zanjando así el tema.

—No —fue su respuesta escueta tras beber un sorbo de su café.

—Perdona, no tenemos que hablar de esto si no quieres. Solo pretendía ser amable y conocerte un poco. Eso es todo.

—Lo siento, es que no estoy acostumbrada a esto de sentarme en un bar a compartir confidencias con alguien a quien acabo de conocer.

—Eres psicóloga. Se supone que estás acostumbrada a compartir confidencias con desconocidos.

—Ellos me cuentan *sus* confidencias —aclaró ella con una sonrisa.

—¿Y con quién compartes tú *las tuyas*?

Olivia guardó silencio, tal vez cohibida ante la osadía de su pregunta.

—Vaya, eso ha sonado un poco descarado por mi parte. Lo siento de veras —se disculpó él al darse cuenta de su atrevimiento.

—No pasa nada. Es normal que hagas esa pregunta.

—Es que resulta muy fácil hablar contigo. Se nota que eres una mujer de gran corazón y estoy seguro de que eres muy buena en tu profesión.

—No sé si lo soy, pero te aseguro que lo intento cada día. No siempre es

fácil, y más en este mundo, a veces cruel, que nos ha tocado vivir.

—Bueno, mirémoslo por el lado positivo. En este mundo, a veces cruel, también suceden cosas bonitas. Y a los hechos me remito —dijo a medida que recorría con la vista los alrededores para terminar posando su mirada observadora sobre ella.

—Si esta mañana ni siquiera pensaba entrar en el mercado porque iba con prisa. No se me ocurre hacerlo los sábados. Demasiada gente, sobre todo turistas con eso de que está cerca de la catedral.

—Me alegro de que lo hicieras porque de no ser así no te habría conocido. Tal vez esto tenía que suceder. ¿Cuántas posibilidades tenía hoy cuando me levanté de tropezarme con una mujer que adora y conoce mi país tanto o más que yo?

Olivia alzó la vista de nuevo y sonrió complacida. El poder de sus palabras y de esos ojos era inmenso, y no quería dejarse arrastrar por ellos. Por Dios bendito, si acababa de conocerlo.

—Así que viajas solo. ¿Por obligación o por necesidad? —preguntó ella con intención de desviar de nuevo la conversación a un nivel más superficial.

—Ambas. Aprendí a ser independiente desde muy pequeño. Además, hay mucha gente que viaja sola y a mí me gusta.

—¿Eres un alma libre?

—Tal vez lo sea. Es cierto que no me gustan las ataduras. La vida me ha enseñado que es mejor encariñarse con las cosas que con las personas.

—Eso ha sonado muy materialista.

—Las cosas materiales pueden ser sustituidas, las personas no.

—Y eso suena a reproche. Alguien ha debido de hacerte daño.

—¿Estás psicoanalizándome?

—Deformación profesional —rio antes de terminar el café para evitar de nuevo sus observadores ojos—. ¿Y por qué Granada?

—Muchos viajeros quedaron prendados de esta ciudad y yo quería experimentarlo, pero me ha sabido a poco así que tendré que volver. Me encanta España, especialmente Andalucía. No imaginas lo afortunada que eres al vivir aquí.

—Sí, me considero afortunada. De todas formas no sé de qué te quejas. Tú tienes también la inmensa suerte de haber nacido en un país con una historia y un patrimonio cultural y natural impresionantes.

—Cierto, pero he regresado a una Escocia que no se parece mucho a aquella en la que crecí, y si tuviera que elegir un lugar donde vivir sin duda

sería España.

—Buena opción.

—Sería mi primera y única opción. A Escocia ya no me ata nada, salvo el trabajo y unos pocos amigos. Mis seres queridos no están.

—Abandonaste Canadá para regresar y cuidar de tu padre. Aunque tus seres queridos ya no estén, el lazo sigue estando ahí, créeme.

—Quiero creer que es así, pero en ocasiones es duro aceptar que ya no hay nadie ahí esperándome. Bueno... así es la vida.

—En efecto, así es la vida. Por esa razón hay que tratar de levantarse cada mañana con la idea de que existe alguien que, aunque no lo sepas, te está esperando.

—Preciosa reflexión, Olivia. Todos deberíamos aspirar al mismo ideal.

La conversación resultaba agradable, tal vez demasiado profunda teniendo en cuenta que apenas hacia una hora que se conocían. Sin embargo, y pese a que se sentía muy a gusto en su compañía, algo en su interior la frenaba y la impulsaba a marcharse. El sonido del teléfono móvil le salvó de esos ojos que la miraban desde el otro lado de la mesa. No atendió la llamada. Era una de sus amigas. La llamaría luego.

—Me temo que tengo que dejarte. Se me hace tarde.

—Oh, vaya. Qué lástima.

—Ha sido un placer conocerte. Siento que el chirimoyo no fuese lo que esperabas —bromeó.

Él respondió con una risa relajada. Ella hizo ademán de pagar su consumición, pero él se lo impidió.

—Gracias.

—De nada. ¿Tienes *WhatsApp*?

—La verdad es que no. No suelo utilizarlo —mintió Olivia.

Sin duda fue una forma muy sutil de pedirle el número de teléfono. Y fue lo suficientemente inteligente como para no volver a formular la pregunta. Utilizó otra vía.

—¿Qué tal una foto antes de irte?

—¿Una foto?

—Sería bonito tener este recuerdo en imagen.

Se sintió halagada, aunque imaginó que no era la primera vez que se servía de aquella vieja táctica. Estuvo a punto de negarle su petición, pero nuevamente esa mirada y esos ojos se lo impidieron. Él se puso en pie, se posicionó a su lado, le pasó el brazo por los hombros y acercó su mejilla a la

suya, un gesto quizá un tanto íntimo teniendo en cuenta las circunstancias.

—¡Sonrisa! —exclamó al tiempo que disparaba varias instantáneas.

Se sentía abrumada por lo que había experimentado ante su proximidad física para inmortalizar la imagen.

—Estás preciosa en todas. Tienes una sonrisa fuera de serie. Si me das tu correo electrónico te las podré enviar —dijo sin plantear siquiera la posibilidad de volver a verse, lo cual agradeció porque en aquel momento no se sentía con ánimos de tomar decisiones.

—De acuerdo —accedió Olivia ante aquella mirada de «por favor, no desaparezcas sin que tenga una forma de contactar contigo».

Pensó que una dirección de *mail* no la comprometía. Sin embargo, se lo pensó mejor y no le proporcionó su correo personal. Desdobló el mapa de la ciudad que él había dejado sobre la mesa, sacó un bolígrafo de su bolso y comenzó a escribir.

—¿Es tu nombre y apellido? —preguntó.

—Teclea Olivia Muriel en *Google* y ahí podrás encontrarme. Tengo página web.

—Espero que sea un nombre real —bromeó.

—Es real, te lo aseguro.

—Confío en ti.

Una nube se interpuso en el camino de los rayos de sol del mediodía en ese preciso instante y la sombra pasajera proyectada directamente sobre su rostro confirió a sus ojos un color intenso. No supo qué decir. Él la miraba como si estuviera nadando hacia los rincones más profundos de su alma y algo despertó dentro de Olivia, algo que creía dormido desde hacía mucho tiempo.

—Bien, ha sido un placer, Duncan —se puso en pie y él la imitó—. Siento tener que irme deprisa y corriendo.

Él parecía dispuesto a darle un beso en la mejilla como gesto de despedida, pero cambió de opinión al ver que ella le extendía la mano.

—Me alegro de haberte conocido, Olivia.

—Igualmente. Disfruta de la ciudad y buen viaje de regreso. Y recuerda que aquí conducimos por el lado correcto.

Luego salió corriendo, dejándolo allí de pie junto a la mesa mientras la observaba sin perder la sonrisa que le había provocado su último comentario. Duncan no se movió de su lugar hasta que la perdió de vista.

Dos días más tarde recibía su primer correo e intercambiaron los números de teléfono. La mensajería instantánea era menos personal y si el

atrevido turista se ponía pesado solo tenía que bloquearlo. Confiaba en que no se diera el caso. Tuvo curiosidad por ver la fotografía de su perfil cuando registró el número en su agenda de contactos y se llevó una sorpresa. Parecía más joven. El cabello quizá más claro y con menos canas, los mismos ojos grandes y esa bonita sonrisa. Luego tecleó su nombre en *Facebook*, pero no logró encontrar a ningún Duncan Murray que coincidiera con sus características. También probó en *Linkedin*, *Twitter* y *Google*. No había rastro de él ni en redes sociales ni en internet.

Pasaban los días y los mensajes entre ambos empezaban a convertirse en una bella rutina. Con frecuencia Olivia permanecía minutos mirando al vacío, mientras pensaba en esas últimas palabras escritas o en ese mensaje de audio que le alegraba cada mañana y dibujaba una sonrisa en su rostro durante toda la jornada. Empezaba a preguntarse si la situación no se le estaba yendo un poco de las manos y todo iba demasiado deprisa. Ni ella misma se conocía. Tenía que poner freno a aquella insensatez que tanta felicidad le proporcionaba. Menuda paradoja.

De regreso a casa fantaseaba con la posibilidad de volver a verlo y ese solo pensamiento le producía una abrumadora sensación de culpa e incluso de vergüenza. Con frecuencia criticaba a alguna de sus amigas o conocidas cuando hablaban de los tipos a los que habían conocido a través de páginas de contactos. Olivia no era partidaria de quedar con un desconocido encontrado en la red, menos aún una cita a ciegas. Sin embargo, lo de Duncan había sido algo muy parecido. Apenas lo conocía, no tenía sentido, pero era tan bueno charlar con él, tan gratificante el hecho de ser escuchada. No logró recordar cuándo fue la última vez que se había sentido así. Su corazón volvía a abrirse poco a poco e ignoraba la razón, pero presentía que ese hombre era en gran medida responsable de ello. Sus mensajes de buenas noches siempre llegaban cuando se metía en la cama a leer. Parecía intuirlo. Solían hablar del trabajo, de sus vidas. Compartían muchas cosas y adoraba esos otros textos que llenaban sus momentos y le arrancaban una sonrisa al releerlos.

A veces pienso que estaba escrito que tuviera que conocerte. Venía de la catedral cuando me crucé contigo. Alguien ahí arriba estaba pensando en mí. El destino es tan caprichoso. Unos pocos segundos y no me habría cruzado jamás en tu camino, pero afortunadamente no fue así.

No me creo que esto me esté sucediendo. Tengo miedo a decepcionarte si volvemos a vernos. En un mundo ideal te lanzaría un hechizo para que tus sentimientos hacia mí no cambiaran cuando estemos de nuevo frente a frente.

Cuidaré de tu corazón, Olivia.

Lo que veo cuando contemplé tus ojos por primera vez y lo que sigo percibiendo a través de tus fotografías y de nuestras conversaciones es una mujer con una preciosa sonrisa, bonita, con estilo, con cerebro, y lo más importante de todo, con corazón. El único problema es que ni tú misma eres consciente de ello y eso es lo que te hace especial.

Adoro tu habilidad para expresar afecto a través de las palabras.

Acostumbrada siempre a mantener largas conversaciones, la simplicidad y la carga emocional de sus mensajes escritos desde la distancia se habían convertido en una especie de regalo. Un regalo que se convertiría en su mejor legado, pero también en la mayor prueba de una gran mentira. ¿O fue en realidad una verdad a medias?

Capítulo 3

Al límite de agotar mi paciencia y tras haber hablado con tres personas diferentes de la compañía telefónica, que me aseguran que ese número de teléfono no se ha dado de baja y que no ha sido asignado a ningún otro abonado, por fin alguien se toma la molestia de explicarme lo que ya me temía. Es imposible rastrear esa llamada a no ser que la autoridad competente así lo solicite mediante una orden. ¿Y cómo se supone que voy a conseguir algo semejante? Si voy a la policía para denunciar lo que acaba de suceder me tacharán de loco, y con razón.

Sí, es una locura. Por supuesto que es una locura, pero no tengo elección.

El sargento Lennox, de la comisaría de policía del West End, me escucha con atención. Observo que no toma nota y me pregunto si no es señal de que no se cree nada de lo que le estoy contando.

—Un momento —me interrumpe alzando la mano—. ¿Esa línea sigue dada de alta? ¿Paga usted una línea de móvil que nadie utiliza?

—A la vista está que alguien lo está haciendo.

—Perdone mi indiscreción, pero ¿por qué razón la mantiene? ¿No cree que no es la mejor manera de superar lo que sucedió? Por duro que sea lo que voy a decirle siga mi consejo y solicite la baja. El recuerdo y el dolor perduran, pero tiene que pasar página.

—Yo decidiré cuando pasar página —respondo tajante.

—Lo siento. Lo siento de veras. Disculpe si...

—Disculpa aceptada.

El silencio se vuelve afilado.

—También podría tratarse de un error, algún cruce de líneas.

—Sí es así quiero saberlo. Si se trata de un simple error asumiré que

me he equivocado, pero necesito saber quién y desde dónde se ha hecho esa llamada.

—¿Cómo sonaba esa voz?

—¿A qué se refiere?

—¿Era un sonido limpio? ¿Percibió algo extraño, como el de una grabación?

—La verdad es que no sabría decirle. Ha sucedido tan deprisa que no me ha dado tiempo a reparar en esos detalles.

—Hay que contemplar todas las posibilidades, incluso la de que hubiese alguien que no goza de su simpatía y le haya querido gastar esta broma.

—¿Y por qué alguien iba a querer hacerme algo así?

El sargento no responde. Espera a que yo mismo lo haga. Guardo silencio y, por un momento, un estremecedor pensamiento cruza mi mente como un rayo. Siento que se me eriza el cabello de la nuca y cierro los ojos para apartar la espantosa idea de mi cabeza. Cuando los vuelvo a abrir el sargento me está mirando fijamente.

—¿Estaba el móvil entre los efectos personales encontrados en el lugar del accidente?

—¿Por qué lo pregunta?

—Asumiendo que ese teléfono no se encontrase entre los efectos personales tras el accidente, tiene que estar en poder de alguien para haber realizado la llamada.

—El móvil estaba prácticamente destrozado, poco se salvó de los restos del fuselaje y, por supuesto, está inservible.

El sargento rehuye mi mirada. Espera un tiempo prudencial y sé que está recordando. Todo el país recuerda lo que sucedió, pese a que el inexcusable paso del tiempo eclipsa las huellas de cualquier tragedia resistiendo tan solo al olvido de quienes hemos sufrido la pérdida.

—Escuche, señor Hamilton, tengo esposa e hijos e imagino lo traumático que fue...

—No. No lo imagina —le interrumpo—. No tiene ni la menor idea. Permítame decirle que no puede hacerlo porque no lo ha vivido y espero que no tenga que pasar jamás por algo similar.

El sargento mantiene el tipo mientras yo lucho por recuperar la compostura. Me disculpo.

—Lo siento. Estoy nervioso, muy nervioso. No pretendía...

—Lo sé. Tómese su tiempo —dice poniéndose en pie.

Sale de allí y a través de las persianas medio cerradas que cubren la cristalera que nos separa de la otra sala, observo que hace una seña con la mano a otro oficial. Ambos miran en mi dirección tras intercambiar unas palabras. Luego desaparece de mi vista y regresa pasados unos minutos con una infusión en vaso de papel.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Bien, creo que no será mala idea que nos tomemos esto con calma.

—¿Puedo preguntarle qué hablaba con ese hombre ahí fuera?

—Oh, nada que tenga que ver con esto.

Sé que miente.

—¿Va a ayudarme sí o no?

—Rastreadremos esa llamada. —El sonido del teléfono de la mesa lo salva de tener que extenderse en la respuesta—. Y ahora sintiéndolo mucho, me temo que tengo otros asuntos que atender.

Se pone en pie y me extiende la mano. Ya ha hecho todo lo que tenía que hacer. Me invita amablemente a que me marche.

—Por favor, no tarden en hacerlo. Esa voz, la voz de ese niño... —No logro terminar la frase. Un nudo se queda atravesado en mi garganta.

El sargento descuelga el auricular. Sigo allí de pie. No me he movido.

—Me hago cargo. Contactaré con usted, se lo prometo.

—Gracias, sargento.

Abandono el despacho con la agria sensación de que no me ha tomado en serio. Me giro y veo a Lennox llevarse el auricular al oído antes de cerrar la puerta.

—Es de la policía del Condado de Fife, el inspector que llevó el caso —dice una voz que escucho a mis espaldas.

El joven oficial le pasa la llamada al sargento. Seguramente su superior le ha pedido un informe más detallado. Me mira y sé que él también lo recuerda todo. Luego baja la vista y regresa a sus quehaceres. Su vida sigue, es la mía la que continúa estancada.

Como cada mañana, el dolor vuelve a emerger. En las últimas horas, ese terrible instante en el que mi vida se torció para siempre hurga en la herida de forma devastadora. Sigo fantaseando con la idea de un desenlace

diferente, un final feliz en el que abro los ojos y me doy cuenta de que siguen allí a mi lado. Todavía soy lo suficientemente ingenuo como para pensar que voy a despertar de la pesadilla y todo volverá a ser como antes. Sigo esperando a que Rory abandone su cama para saltar sobre la nuestra esas mañanas perezosas en las que Annie y yo tenemos el día libre, fuera hace un tiempo de perros, y bajo el calor de los edredones los tres disfrutamos del sencillo placer de alargar el desayuno con el que ella nos mimó. Hacemos cosas triviales como jugar una partida de Scrabble a base de personajes de dibujos animados que Rory se sabe al dedillo, o ayudamos a rellenar esos interminables libros con cientos de minúsculas pegatinas que colman mi paciencia. Ahora vendería mi alma por poder revivir uno solo de esos instantes.

Conduzco sin rumbo fijo hacia el este y termino en Portobello. Camino durante horas por la playa. Busco un lugar donde sentarme frente al mar, ignorando la presencia de esos edificios de aire decadente que tratan de rescatar el esplendor del pasado. El muelle de Porty, nombre por el que se conoce la playa de Portobello, ya hace décadas que ha desaparecido. Pese a la falta de inversión de los últimos años, la zona parece resurgir de nuevo y es otro de esos rincones de las afueras de Edimburgo que Annie rescató y al que supo encontrarle el encanto especial que permanece y supera los estragos del paso del tiempo. Para mí se ha convertido en un lugar donde escapar de todo y dar rienda suelta al poder de los recuerdos.

Saco mi cuadernillo y mis lápices de la mochila para inmortalizar el atardecer sobre el papel. Las nubes filtran tímidamente esos reflejos dorados que dotan al mar de una tonalidad casi etérea. Oigo unas risas en la distancia y en el paseo marítimo vislumbro a un niño aplaudiendo la ocurrencia de sus padres de colocar los restos de un fish&chips sobre la arena. Decenas de gaviotas se posan sobre el inesperado banquete y lo hacen desaparecer en cuestión de segundos ante la mirada atónita del chiquillo. A lo lejos, la otra escena que presencié me produce una punzada en el corazón, no un dolor físico, sino uno mucho peor. Una pareja ríe frente a la cámara, acurrucados junto a sus hijos en una graciosa pose.

Entonces me viene a la memoria una fotografía que está pegada en el frigorífico de casa, sujeta por un imán en forma de maceta que compramos un día de excursión en la localidad malagueña de Cómpeta. Los pies masculinos, los femeninos y los adorables piecillos de Rory, se entrelazan formando una imagen entrañable con el océano como marco de fondo.

Miro al cielo, contengo las ganas de llorar y respiro hondo. Mi hijo jamás volverá a sentir bajo sus pies el tacto de la arena de esta playa ni de ninguna otra. No podrá disfrutar de una puesta de sol, ir al cine y devorar un enorme paquete de palomitas, enamorarse por primera vez, disfrutar de un concierto, ir a la universidad. Nada de eso sucederá porque el ciclo natural de la vida se detuvo de golpe y la mujer que le trajo a este mundo se lo llevó con él. Y la pregunta que me persigue sin tregua, día tras día y noche tras noche: «¿Por qué no me has llevado a mí también?»

Sin dejar de darle vueltas a lo sucedido esta mañana regreso a casa, me doy una ducha y compruebo el móvil varias veces con la vana esperanza de recibir de nuevo la misteriosa llamada. Lo intento una vez más. El móvil continúa apagado y no consigo olvidarme de esa voz que se repite en mi cabeza como un incesante eco.

El sonido del microondas me despierta de mi momentánea ensoñación. La lasaña la dejo a medias, tengo el estómago cerrado. Sin embargo, sí acabo con la cerveza y voy a por otra, pero la fotografía de los seis pies desnudos en Porty me observan desde la puerta del frigorífico cuando la abro dispuesto a ahogar mi pena en el alcohol. Finalmente desisto y me decido por una Coca-Cola. De todas maneras esta noche no voy a dormir y la cafeína ya es el menor de mis problemas.

Entro en mi habitación y con la ayuda de la escalera abro el armario del altillo en busca de la caja del olvido. Así la llamo porque el día que la cerré me juré a mí mismo que no volvería a abrirla, pero acabo de faltar a mi propia promesa. En su interior, dentro de bolsas de plástico selladas, se esconden parte de los efectos personales de Annie y Rory recuperados en el lugar de la tragedia. El desagradable olor a calcinado sigue presente e inunda mis fosas nasales cuando despliego la que contiene el móvil, o más bien lo que queda de él.

Cierro los ojos con fuerza, como si así lograrse hacer desaparecer la ola de pánico que me envuelve cada vez que la escena se reproduce en mi mente como un maldito trailer. Intento detener la sucesión de imágenes que a punto están de desquiciarme, pero es imposible. La pesadilla sigue su curso y no puedo hacer nada para detenerla. Vuelvo a revivirlo todo de nuevo.

El cansancio y el jetlag tras demasiadas horas de vuelo son gajes del oficio. Tres días seguidos fuera y con ganas de regresar a casa. Tras el aterrizaje comienza la secuencia de actos propios de mi rutina. Agarro la maleta que se convierte en apéndice de todo empleado de una línea aérea, me despido del resto de la tripulación como un autómata, pese a la insistencia del sobrecargo de invitarme a tomar unas pintas con motivo de su cumpleaños. Bendita la vida de solteros que los hace incombustibles, pero yo ya he pasado esa fase y ellos también lo harán tarde o temprano. La madurez termina pasándonos factura a todos, me digo mientras avanzo hasta la salida y enciendo el móvil para llamar a Annie antes de dirigirme al aparcamiento. Alzo la vista para saludar a otros miembros del personal de tierra, de los que a veces ni siquiera recuerdo el nombre, pero esta vez hay algo que desmonta la cadena de hechos cotidianos, algo imprevisto que de forma instantánea me obliga a aminorar el paso. Las miradas de aquellos rostros desconocidos apuntan hacia mí de forma directa. Miro a mi alrededor, pero todo parece seguir su curso normal. Annie tiene el móvil apagado. No me salta el buzón de voz, lo cual me extraña, así que no le dejo ningún mensaje. Un hombre que jamás he visto con anterioridad camina hacia mí.

—¿Señor Hamilton? ¿Samuel Hamilton?

Asiento con la cabeza al tiempo que varias personas se hacen a un lado y el tipo me muestra su placa.

—Soy Trevor Burell, jefe de la Policía Aeroportuaria.

—¿Qué sucede?

—¿Podría acompañarnos, por favor?

—¿A dónde si se puede saber?

De un solo vistazo advierto las miradas de quienes le acompañan. Una mujer y un hombre que me examinan con una mezcla de cautela y contrariedad que no me gusta.

—Es mejor hablar en privado, señor Hamilton —aconseja la mujer, que se acerca y con gesto amable, casi compungido, me aprieta el brazo con afecto. Ese gesto que todo el mundo suele hacer antes de anunciarte una mala noticia.

—¿Qué está pasando aquí? No voy a ir a ninguna parte a hablar en privado hasta que no me digan la razón.

Los tres intercambian miradas. Es la mujer quien toma aire con fuerza y lo suelta poco a poco antes de hablar. Empiezo a ponerme nervioso. Ni

siquiera me quedo con su nombre cuando se presenta formalmente. Solo soy consciente de cómo me apartan a un lado, me sientan en las sillas metálicas atornilladas al suelo y pronuncian las palabras que destrozan mi vida en cuestión de segundos.

No sé cómo he llegado al coche oficial. Solo sé que estoy allí rodeado de los portadores de la devastadora noticia. Me doy cuenta de que empieza a llover cuando pasamos por Jubilee Road. Las luces del tráfico proyectan sombras alargadas sobre el asfalto mojado.

He perdido la noción del tiempo. De repente, estoy frente a un edificio que nunca había visto. Cruzo la calle escoltado por los mismos que me esperaban en la terminal. No miro al frente. Parezco hipnotizado por las gotas de lluvia que cubren mis zapatos.

Camino por un angosto y largo pasillo. Mis pasos retumban en medio del silencio. No sé si es mi vista la que me flaquea o son los tubos fluorescentes del techo los que oscilan al son de mis párpados. Unas puertas se abren ante mí. La habitación de paredes blancas desprende un olor que prefiero no identificar. Todo comienza a darme vueltas. Noto la mano de alguien sobre mi hombro, pero la aparto. Un hombre de estatura media y cabello oscuro engominado se acerca a mí. No consigo leer el nombre de la tarjeta que pende del bolsillo de su bata, pero estoy seguro de que es el forense. Le oigo decir algo pero no presto atención. Ya lo he visto en muchas películas, sé que tengo que hacerlo. Sé que los dos cuerpos cubiertos que descansan eternamente sobre aquellas camillas serán destapados cuando yo esté preparado. Cierro los ojos, todavía con la quimera fabricada por mi mente de que no son ellos quienes yacen allí. Mantengo la absurda esperanza de que se trate de un error, de un tremendo error.

Ha llegado el momento y asiento con la cabeza. En medio del punzante silencio puedo oír el sonido de la antiséptica tela que los cubre al ser retirada. Tengo que levantar la vista y mirarlos, pero me siento incapaz de hacerlo. Me tomo mi tiempo y lo hago. Me enfrento a una realidad que me niego a aceptar y me siento como si una monstruosa tuneladora se abriera paso en mis entrañas destrozando todo mi ser. Me agacho a su lado para calentar su cuerpecito con el mío y me doy cuenta de que mi abrigo está mojado. Me deshago de la prenda rápidamente para arrojárselo, olvidando que a él, a mi hijo, ya le da igual. Busco el calor, la indescriptible sensación

de gozo que sentí la primera vez que su madre lo puso en mis brazos, pero no la encuentro.

Ella está allí a su lado, no ha querido dejarle solo. En ese trágico instante en el que mi tormento alcanza unos límites insoportables, miro sin ver las lesiones que desfiguran parte de sus bellas facciones, su abdomen, sus brazos, sus piernas. Acaricio sus labios lacerados, su adorable cabello, y entierro mi rostro en él. Quiero sentir dolor, pero no siento nada. Estoy tan vacío que ni siquiera las lágrimas hacen acto de presencia. Todo ha sido por mi culpa, yo he sido quien les ha conducido a esto. Y es entonces cuando la rabia me corroe y oigo un grito que retumba en mis oídos. Me doy cuenta que ha salido de mí, que es mi propio llanto, desesperado y cargado de furia, pero ha sonado ajeno, como si no me perteneciera. Me sigo aferrando a un abrazo no correspondido, a su mano inerte que sujeto contra mi mejilla, a una caricia desprovista de calidez, y mi cabeza crea la ilusión que mi corazón rechaza. Lo quiera o no, la mujer que amo acaba de irse para siempre.

Luego, un manto de oscuridad me envuelve.

La extraña actitud de Lennox me ha provocado muchas más dudas de las que ya tenía. Su aparente indiferencia no es creíble. O eso, o sigo siendo lo suficiente ingenuo como para creer que esa llamada puede darme alguna respuesta cuando la única verdad es que ni Annie ni Rory volverán jamás. Recuerdo sus palabras. «Asumiendo que ese teléfono no estuviese entre los efectos personales tras el accidente tiene que estar en poder de alguien para haber realizado la llamada». Sin embargo está aquí, destrozado y prácticamente calcinado. La compañía telefónica me asegura que no le consta en sus registros ninguna petición de duplicado de la tarjeta.

Siento el móvil vibrar contra el bolsillo trasero de mi pantalón. Un número desconocido aparece en la pantalla. Respondo al instante con la respiración agitada.

—¿Samuel Hamilton?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Sargento Lennox. La llamada ha sido realizada desde Alemania, región de Essen. ¿Le suena de algo una localidad llamada Kettwig?

Capítulo 4

El frío arreciaba y le calaba los huesos. Ni siquiera el *glühwein* fue capaz de cumplir su misión de hacerla entrar en calor. Resultaba emocionante para una turista española el hecho de divertirse a base de vino caliente en medio del animado mercado navideño de la ciudad de Colonia. Mientras muchos buscaban playas caribeñas durante aquellas fechas, Annie deseaba justamente todo lo contrario, y eso era lo que había encontrado. Bajas temperaturas con posibilidad de nieve en algunas localidades de los alrededores como mandaban los cánones del preludio de las fiestas navideñas, con ese regusto de cálidas chimeneas, bufandas gruesas y gorros de lana que le cubrían hasta las orejas.

Dentro del enorme barracón de madera que desprendía el encanto de la tradición, grupos de autóctonos entonaban lo que parecía un villancico, cuya letra trataban de seguir y emular quienes como Annie y sus amigas querían unirse al espíritu festivo que desbordaba el lugar. En medio de la algarabía, los cánticos, las jarras de cerveza y ese vino especiado que caldeaba el alma, los ojos de Annie no perdían detalle del ambiente que se respiraba a su alrededor.

A la mañana siguiente, ni Patricia ni María lograron despegarse de las sábanas. La mezcla de vino caliente y cerveza de la noche anterior pareció pasarles factura, y se negaron a cumplir el plan de visitar Kettwig hasta que se les pasara la resaca. Annie no hizo mezclas explosivas y, como el tiempo era oro para ella, después de una ducha caliente que la dejó como nueva se vistió, bajó a desayunar y abrigada hasta las cejas se encaminó hacia la estación.

Al entrar en el tren eligió el mismo vagón que él, pero no lo descubrió hasta llegar a su destino. Era alto y muy apuesto, de cabello oscuro que asomaba bajo un gorro de lana de color azul. Tenía toda la pinta de estar de turismo como ella. Al lado del andén fue consciente de que eran los únicos

pasajeros que habían bajado en la inhóspita estación. Ambos intercambiaron miradas perplejas, probablemente con los mismos pensamientos rondando por sus cabezas.

—¿Hablas mi idioma? —preguntó Annie.

—¿Es esta la estación de Kettwig donde hay que bajarse o existe alguna otra? —preguntó él a la vez.

Sonrió aliviada al comprobar que al menos ambos podían comunicarse y que andaba tan perdido como ella.

—Se supone que es la única o eso es lo que se decía en el *tripadvisor*.

—Más nos vale porque si no es así el próximo tren no pasa hasta dentro de cuarenta minutos, y no creo que bajo esa marquesina podamos refugiarnos de este frío. Para colmo no he desayunado, y me muero por un café y algo de comida ¿Estás segura de que no hay otro Kettwig?—insistió con una sonrisa genuina.

—Lo del café no te lo puedo solucionar. De momento esto es todo lo que tengo —dijo echando mano de su mochila y recordando que tenía todavía una bolsa con palmeritas de chocolate que no había llegado a abrir durante el vuelo de ida a Colonia.

—Madre mía, hoy es mi día de suerte. No quiero parecer un cara dura, pero no voy rechazar tu ofrecimiento. Muchas gracias —dijo sin pensárselo dos veces y zampándose una de ellas en dos bocados—. Mmm...es la primera vez que me como un corazón de chocolate.

A Annie le pareció simpático y con ganas de hacer amistad, lo que era de recibo porque por allí no rondaba ni un alma. Cuando él le propuso caminar juntos hacia el pueblo ella aceptó. No tenía sentido hacerlo por separado dada la escasez de movimiento en los alrededores. Tratándose de un viajero agradable y conversador, fue motivo suficiente para recorrer los encantos de la pequeña localidad en su compañía.

Se llamaba Sam. Vivía en Sausalito, California, aunque procedía de Seattle. Era piloto de Delta Airlines. Descansaba un par de días y se quedaba en la ciudad. A Sam le encantaban los mercadillos navideños de la vieja Europa y cuando pernoctaba en ciudades europeas varios días en diciembre, cosa poco frecuente, hacía lo posible por aprovechar esos cambios de paisaje, de gente, de idioma y de costumbres arraigadas. Y los alemanes eran fieles a sus tradiciones, sobre todo en esas fechas.

Pensaron que hallarían el típico mercadillo donde degustar algo caliente para asentar el estómago, siempre con la ligera sensación de que el pintoresco

pueblecito era extremadamente tranquilo. Y no tardaron en comprender la razón. No había mercadillo de Navidad y de ahí el ambiente sosegado en comparación con la animada Colonia o Ahrweiler, donde Annie había estado con sus compañeras de viaje justo dos días antes. Apenas una docena de personas se cruzaron con ellos en el entramado de callejuelas de cuento de hadas y alguna que otra tienda y restaurante en el que sus habitantes se refugiaban al calor de un *kartoffeleintopf*. Sam y Annie no tardaron en seguir el ejemplo.

—Tenías razón. Este guiso estaba excelente, me ha sabido a gloria —suspiró encantada, llevándose la mano al vientre en gesto de rendición ante la propuesta de Sam de entrar en aquel acogedor local—. Cómo voy a echar de menos todo esto cuando me marche.

—Será duro volver a la rutina, ¿eh?

—No quiero ni pensarlo. Me encanta viajar pese al miedo que me sigue produciendo el hecho de volar. Y cada vez que visito una nueva ciudad me pregunto cómo habría sido mi vida si en vez de nacer y vivir en España lo hubiese hecho en otro país.

—No te imagino siendo de otro sitio —le respondió con un guiño.

—Vivir en otro lugar... —divagó—. Empezar de cero. ¿Nunca te lo has planteado?

—Lo creas o no me lo planteo todos los días.

—¿Y a qué esperas para hacerlo?

—Ya lo hice una vez —respondió con una sonrisa que no acompañaba a sus ojos.

—Por tu expresión deduzco que no salió bien. ¿Estoy en lo cierto?

Annie tuvo la ligera sensación de que bebió de su jarra para disimular el nudo que ascendía a su garganta.

—Depende siempre de las razones que te lleven a querer comenzar de nuevo. Ten en cuenta que con mi trabajo es difícil asentarse y crear raíces.

Annie fue consciente de la habilidad con la que había desviado el tema.

—Entiendo, siempre viajando.

—No viajo, *vuelo*, cosa bien distinta —aclaró con ojos pícaros.

—*Volar*. Simplemente con oírlo me echo a temblar. ¿Te has propuesto amargarme el día? —preguntó en un intento de retomar el tono relajado de la conversación—. No imaginas lo mal que lo pasé la primera vez que crucé el Atlántico. Saber que volaba a miles de metros de altitud y que lo único que me separaba del cielo era la inmensidad del océano fue espantoso. Menos mal que

estuve prácticamente dormida la mayor parte del tiempo gracias a una pastilla milagrosa.

—Estoy convencido que a cuantos más aviones subas menos *pastillas milagrosas* tendrás que tomar.

—Lo dudo.

—Te ayudaré a superarlo. Si alguna vez vuelo contigo, claro. Bueno, rectifico. Quería decir, *si viajo contigo*.

Le gustó cómo pronunció aquella frase y la forma en la que le miró cuando la decía.

—No me cabe duda de que lo harías.

Fue él quien interrumpió el silencio que prosiguió a esas últimas palabras.

—Ahora es mi turno. Estoy convencido de que existe ese rincón del mundo al que con toda probabilidad solo podrás llegar en avión —le guiñó un ojo—, y donde no te importaría empezar de nuevo. ¿Y si tuvieses que dejar tu país y elegir dónde partir de cero? Lo que está claro es que te gusta pasar frío, así que imagino que buscarías un lugar de inviernos muchos menos templados.

—Cierto, y cualquiera lo diría teniendo en cuenta que por mis venas corre sangre escocesa.

—¿Eres escocesa?

—Mi apellido es Kennedy.

—Pero ese apellido es irlandés.

—Glasgow está llena de irlandeses. Mi familia paterna es de allí. Mi padre nació en Irlanda, oriundo de Tipperary, pero se crió en Glasgow. Hasta que llegó a la Costa del Sol de vacaciones, se enamoró de una malagueña y el resto es historia.

—Ya decía yo que tu acento y esa preciosa melena más pelirroja que castaña se debía a algo.

—Creo que es el único rasgo físico que me podría poner en evidencia —admitió con una risa.

—Imagino entonces que serás de los Celtics.

—Bueno, te confesaré que durante un tiempo de rebelde adolescencia y por llevar la contraria a mis padres y abuelos, me hice fan de los Rangers.

—No quiero ni pensar cómo le sentaría eso a tu abuelo —dijo sin poder evitar la carcajada ante la curiosa anécdota.

—Fútbol, fútbol y más fútbol. Y después el rugby, claro. Eso era todo de lo que se hablaba cuando nos reuníamos. Creo que mi abuelo habría sido feliz

si antes de morirse me hubiese echado un novio futbolista.

—Lástima que no me hubiese conocido antes. Habría caído rendido al béisbol.

—El deporte americano por excelencia.

—Me dediqué a ello profesionalmente, aunque por poco tiempo.

—¿De veras?

—Sí, firmé un contrato con los Mariners de Seattle, pero un accidente truncó mis planes de convertirme en el mejor *pitcher* de las grandes ligas por el que todo el mundo apostaba como la revelación de la temporada—dijo con un deje de ironía y tristeza.

—Vaya, lo siento.

—No habré sido ni el primero ni el último.

—Fíjate en Julio Iglesias. Un accidente frustró también su carrera deportiva, y sin embargo hoy por hoy es el artista español que más discos ha vendido en la historia de la música.

—Tengo un oído horrible y la voz todavía peor.

—¿Quién sabe? —rio ella—. Seguro que tienes algún otro don por ahí escondido que todavía no ha salido a la luz. Míralo por el lado bueno. De haber sido una súper estrella del béisbol ahora no estarías aquí conmigo, cebándonos de guiso y cerveza en este pueblo tan marchoso mientras te confieso mi amor por Escocia.

Sam soltó una carcajada y bebió un largo trago de su cerveza.

—¿Y es entonces ahí donde querrías volver? ¿A Escocia?

—He visitado a mi abuelos y primos en Glasgow muchas veces desde mi infancia y he recorrido gran parte del país, pero reconozco que es Edimburgo la que me ha robado parte de mi ser, de mi corazón...llámalo como quieras.

—Vaya, tal y como lo pones, pese a que siempre he estado de paso, dan ganas de quedarse.

Annie abrió los ojos de par en par con una sonrisa perpleja.

—¿Bromeas? ¿Abandonas Seattle para marcharte a California porque no soportas la lluvia y quieres irte a vivir a Escocia?

—Mira quién habla. La española-escocesa-irlandesa que en vez de estar bajo el sol de una playa de su ciudad, se aventura a pasar unos días de vacaciones rozando los cero grados de temperatura.

—Cierto, está claro que los genes que no soportan el calor prevalecen sobre los que lo adoran.

—Además, abandoné Seattle por otras muchas razones y no solo por el

clima. Y los inviernos de San Francisco son bastante fríos con veranos poco calurosos —aclaró.

—Lo siento, no pretendía entrar otra vez en terreno personal.

—No te preocupes —le ofreció una sonrisa sincera—. Necesitaba empezar de nuevo, así que cambié la lluvia de Seattle por las neblinas matinales de San Francisco, vendí mi casa de East Lake y alquilé mi pequeño rincón de Sausalito, suficiente para cubrir mis necesidades. Y lo mejor de todo es que no tengo ningún Starbucks cerca —dijo con gesto burlón al ser la popular cadena de cafeterías originaria de Seattle.

—Esto es increíble.

—¿A qué te refieres? ¿A lo de que deteste los malditos Starbucks que se reproducen como setas, o al hecho de que haya cambiado Seattle por Sausalito?

—Al hecho de que procedamos de sitios tan dispares y lejanos, y hayamos terminado aquí.

—Desde luego. ¿Y quién iba a decirnos que lo haríamos después de darnos un atracón de comida en un bar de un pueblo alemán tan bello como aburrido?

—Hay que reconocer que es muy bonito. Para mí ha merecido la pena la visita. Es como de cuento, eso no lo puedes negar.

—No te lo niego, pero si tuviese que elegir un lugar en el mundo para pasar unas vacaciones te aseguro que éste sería el último.

—Pues si yo tuviese que esconderme Kettwig sería el primero. ¿Quién iba a encontrarme aquí?

—¿Esconderte? ¿De qué o de quién si se puede saber, señorita Kennedy?

Ella levantó la jarra de cerveza en señal de brindis sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Por esos sueños que nos quedan por cumplir.

Sam la imitó, pero desvió la mirada hacia la leve línea de espuma que estaba a punto de rozar los labios femeninos.

—Mal comienzo —reprobó ella.

Él detuvo su jarra a mitad de camino y la miró.

—¿Perdona? —se disculpó con voz ronca, sintiendo que quizá su última pregunta había sido demasiado atrevida.

—Siete años sin sexo.

—¿Cómo dices?

—Los alemanes brindan mirándose a los ojos. Si no lo haces son siete

años sin sexo, o al menos eso he oído.

Él soltó una carcajada a la que Annie se unió.

—Bien, repitamos entonces. No tentemos a la suerte porque dime, ¿qué oportunidades tiene un piloto de elegir el mismo tren a Kettwig que una muchacha española de origen celta cuyas ansias por conocer mundo es lo que le ha hecho superar el miedo a volar? Una contradicción, ¿no te parece?

Las jarras de cerveza quedaron en suspenso al igual que las miradas de ambos. Los alemanes se equivocaban. No eran siete años sin sexo. Fueron siete los años que estuvieron juntos porque el destino volvió a unirlos pese a sus caprichos. Siete años de felicidad, de complicidad, de compromiso, de dedicación, de sueños cumplidos y de muchos otros que se quedaron a medias. Siete años de recuerdos imborrables, de memorias irrepetibles, de momentos inolvidables.

Tan solo siete.

A su regreso a la estación de Colonia ambos se detuvieron frente a la catedral para hacerse una última foto, juntos con sus respectivas cámaras, y después caminaron hasta el hotel en el que Annie se alojaba a poco más de seiscientos metros.

—Ahora te hago una llamada perdida para que te quedes mi número —dijo ella después de teclear el de Sam en su teléfono móvil.

—Genial.

—Bien, mis amigas me reclaman. Tendré que rescatarlas del mercadillo, de los teutones y del traicionero vino caliente antes de que otra nueva resaca nos haga perder el avión de mañana.

—Mujer responsable. Si algo me sucediese, desde luego sé que estaría en las mejores manos.

—No digas eso. Espero que nunca tenga que verte en una situación semejante.

—Lástima que nos hayamos conocido al final de nuestra estancia. Mañana vuelo a Frankfurt. Regreso al trabajo, de modo que espero que... —se detuvo.

—¿Qué? —preguntó ella, expectante, con media sonrisa en los labios.

—Pues que me pregunto si es posible que nos veamos. Mi vida y mis horarios son un caos, pero me gustaría que pudiésemos hacer un hueco en nuestras agendas para poder vernos.

«Menuda pregunta de un piloto que vive en Sausalito a una enfermera que

vive en Málaga», pensó mientras hacía cuenta de los miles de kilómetros que los separaban.

—Vuelo con frecuencia a Europa —le recordó, como si le hubiera leído el pensamiento.

«Aun así, es imposible. El simple hecho de considerarlo ya es una locura. ¿Por qué me pasan estas cosas? ¿Por qué lo interesante queda siempre tan lejano o es tan complicado? ¿Por qué no puedo hacer como el resto de los mortales y sentirme atraída por el vecino de al lado?»

—Dicen que las vistas de la bahía de San Francisco desde Sausalito son espectaculares.

—Y es cierto, te lo aseguro.

—No sé si decírtelo, es que...

—¿Qué?

—Bueno, he estado planteándome todo el día si debía contártelo.

—Vamos, sea lo que sea, dímelo. No me tengas en ascuas.

—El mes que viene tengo que asistir a la boda de mi mejor amigo en San Francisco. Se casa con una californiana.

—¿Hablas en serio? ¿Hemos estado todo el día juntos y no pensabas decírmelo?

—Ya te he dicho que me estaba planteando si era o no buena idea hacerlo. He esperado el momento apropiado. Todo ha sido tan rápido. Lo de haberte conocido hoy. ¿Quién me lo iba a decir? Estaré en San Francisco solo cinco días. Será una paliza y tantas horas de vuelo...Dios mío, no quiero ni pensarlo, no sé cómo se me ocurrió decirle a mi amiga que comprase los billetes. Pero ya está hecho, no hay marcha atrás y ya que estaré allí...

—Eh, vamos, respira —dijo él interrumpiéndola al verla sumida en aquel cúmulo de emociones enfrentadas—. Espero poder verte.

Annie respiró hondo. Se sintió aliviada.

—Yo también lo espero, Sam.

Pese a que él deseaba posponer lo más posible la despedida, el momento se acercaba. Se fundieron en un abrazo tímido.

—Eres genial, Annie Kennedy —le susurró al oído mientras la envolvía en ese abrazo que ambos se resistían a abandonar.

Ella se apartó y lo miró a los ojos con un leve rubor en las mejillas que acusaba cierto desconcierto.

—Gracias una vez más por este día tan estupendo. Ni habiéndolo planeado podría haber salido mejor —consiguió decir.

—Lo mejor de la vida no se planea, simplemente sucede.

—Tienes razón, y además he de confesarte que serías un perfecto compañero de viaje.

—Me siento halagado. Acuérdate de mí cuando aterrices en Málaga.

—Y tú de mí cuando contemples las vistas de San Francisco desde tu rincón de Sausalito.

—Eso espero hacerlo contigo.

El breve instante de silencio instalado entre ellos sirvió a Annie para asimilar sus palabras con regocijo. Se sentía en una nube de la que no quería bajar. Habría deseado detener las agujas del reloj para revivir ese instante una y otra vez.

—Hasta pronto. Y no olvides hacerme esa llamada perdida —le recordó al tiempo que se inclinaba y vacilaba un segundo antes rozar su mejilla con un tímido beso.

—Soy mujer de palabra.

Sam se quedó mirándola unos instantes con una sonrisa que le cortó la respiración. Annie todavía sentía el calor de ese beso casto e inesperado sobre su piel cuando lo vio alejarse en dirección a la catedral, desbordada por las sensaciones que bailaban en su corazón y en su cabeza, con ese cosquilleo en el estómago que no lograba hacer desaparecer.

Se disponía a hacerle una llamada perdida como habían acordado, pero sus amigas ya estaban haciéndole señas desde la puerta del mercadillo navideño y corrió en su busca para contarles todo lo sucedido. Se metió el móvil en el bolsillo del anorak sin comprobar si la llamada había llegado a producirse.

Capítulo 5

Annie se acomodó en su asiento. Había pospuesto al máximo el momento de entrar en la aeronave. Después de un *croque monsieur* en un bar de la terminal del aeropuerto Charles de Gaulle y un par de tilas, se enfrentó por fin a la realidad de la segunda parte de su nuevo desafío. Sentada entre Susana y Javier, sus amigos además de compañeros de trabajo que también asistían a la boda, no dejaba de reír a base de bromas, lo que le infundió el ánimo necesario para el esfuerzo emocional que le supondrían las casi doce horas de vuelo restantes hasta aterrizar en el aeropuerto de San Francisco.

El avión se detuvo en la pista, esa parada previa que anunciaba que en breve el comandante y piloto al mando recibirían la orden de despegue desde la torre de control. Annie cerró los ojos como siempre hacía y en vez de pensar en el instante más temido hasta el aterrizaje, su mente viajó semanas atrás cuando regresaba de Colonia a Málaga envuelta en un absoluto estado de euforia tras haber conocido al atractivo piloto de Seattle. ¿Quién le iba a decir que perdería el teléfono móvil y que regresaría a casa sin recuperarlo? Se hizo con uno nuevo, pero comprobó desalentada que su número no se había quedado grabado en la memoria de la tarjeta, sino en la del teléfono. A medida que pasaban los días sin tener noticias de él, pese a que estaba convencida de que le había hecho una llamada perdida, el estado de euforia fue decayendo para convertirse en decepción. No se explicaba su forma de actuar cuando se había mostrado tan interesado y encantador.

Los días pasaron y ya perdió la esperanza de que se produjese el milagro, así que optó por olvidarse del asunto pese a lo difícil que resultaba, teniendo en cuenta que estaría durante cinco días a una escasa media hora en ferry de Sausalito y que volaba en la compañía en la que él trabajaba.

Sus compañeros le sujetaban las manos con fuerza, pero sintió que Javier se distraía y dejaba de hacerlo durante unos segundos que le parecieron eternos.

—No me sueltes —le rogó sin atreverse a abrir los ojos.

—Sshh, tranquila —le oyó decir en un extraño tono de voz al tiempo que volvía a sentir la mano masculina sobre la suya.

Los nervios se acentuaban a medida que la aeronave ganaba velocidad y el momento en el que sintió que se elevaba en el aire sabía que la intensidad de su angustia alcanzaría su punto álgido, sin embargo, el hecho de aferrarse a ambas manos pareció frenarla de golpe. El ritmo acelerado de sus latidos remitió, su cuerpo se relajó y sus dedos dejaron de aferrarse a los de Javier pese a que su mano seguía sujetándola. Soltó todo el aire retenido en sus pulmones.

—¿Lo ves? No ha sido tan difícil. Ya te dije que te ayudaría a superarlo.

¡Esa voz no era la de Javier! Alguien le hablaba en inglés. Abrió los ojos de par en par.

—¡Oh, Dios mío!

Sam estaba sentado a su lado. Había ocupado el lugar de su compañero. ¿Acaso estaba viendo visiones? ¿Se habría estrellado el avión y estaba de verdad en el cielo con aquel ángel de la guarda que no había hecho bien su trabajo, pero que había adoptado el rostro de Sam Hamilton para que por lo menos tuviera una vista agradable antes de ir hacia la luz de forma definitiva?

—Pero ¿qué....?

Miró a su derecha. Su amiga Susana continuaba en su asiento y la observaba con media sonrisa en los labios. ¿Dónde estaba Javier? Giró la cabeza y el objeto de su búsqueda asomó la cabeza con otra sonrisa cómplice y un guiño. Todo sucedió en cuestión de segundos.

—¿Cómo es posible? —Sus ojos se perdieron en los de Sam, que seguía mirándola sin soltarla de la mano—. ¿Dónde estabas?

—Justo detrás, donde está sentado Javier.

—No te había visto.

—Estabas demasiado nerviosa como para reparar en mi presencia.

—¿Estabais compinchados?

—Eso me temo. Es lo bueno de que vuelas con Delta. Solo tuve que hacer algunos ajustes con otro colega de trabajo de manera que hoy no fuese yo quien volara desde París, sino él... y de camino transgredir algunos límites para saber el día exacto de tu vuelo, claro, pero eso no se lo digas a nadie o me despedirán —le susurró al oído.

Annie no lograba reaccionar.

—Después he conocido a tu amigo y me ha costado convencerle de quién

era para hacer el cambiazo —prosiguió.

—¿Cuándo?

—Justo cuando has huido a los aseos antes de embarcar porque odias los de los aviones y te provocan claustrofobia —respondió Javier en su lugar.

Annie no daba crédito.

—Al principio parecían reticentes porque en realidad no me conocían y menos aún con esta incipiente barba que no es la de las fotos que nos hicimos en Kettwig y Colonia, pero les mostré aquellas en las que estábamos juntos y pudieron comprobar que no mentía —explicó Sam.

—Tiene mucho poder de convicción, te lo aseguro —intervino Susana—. Nos juró que jamás llegó a recibir esa llamada perdida tuya.

—¿Es eso cierto? ¿Por eso no te pusiste en contacto conmigo?

Sam asintió sin dejar de mirarla.

—No sabía que habías perdido tu teléfono móvil.

—Así fue. Soy un desastre.

—¿No vas a decir nada? —preguntó expectante.

—Me tranquiliza saber que existe un piloto más entre los pasajeros en caso de que suceda algo —respondió con una sonrisa nerviosa.

Él se llevó su mano hasta sus labios y le besó los nudillos. El gesto le sorprendió y sintió que se sonrojaba.

—¿Mejor ahora?

—Mucho mejor —logró decir mirándolo a los ojos, todavía atónita—. Oh Sam, no me puedo creer que me hayas hecho esto. Estás aquí y creí que jamás volvería a verte.

—Cuando me he enterado de lo del robo de tu teléfono móvil, por un momento pensé que tal vez tenía que suceder así.

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de que si lo perdiste era porque el destino decidió que teníamos que perder toda posibilidad de recuperar el contacto.

—Pues me alegro de que hayas ido en contra de lo supuestamente establecido. Y dime, ¿tienes por costumbre dar este tipo de sorpresas?

—Soy un especialista.

Por un instante ambos permanecieron en ese silencio que podía significar muchas cosas.

—¿Te quedarás a mi lado durante todo el vuelo?

—Solo si me lo pides.

—Por favor.

—De acuerdo, pero nada de pastillas milagrosas. Hablaré y hablaré hasta ver cómo te duermes de aburrimiento.

A pesar del frío, el cielo amaneció de un azul immaculado sin la neblina matinal tan característica de San Francisco. De los cinco días y cuatro noches que pasaba en la ciudad californiana, Sam reorganizó su agenda de vuelos con antelación para tener al menos dos días libres, de modo que Annie dejó de hacer turismo con los amigos que asistían a la boda para pasar el máximo tiempo con él.

—Sin duda quienes disfrutan de verdad de unas fantásticas vistas son los que viven en Sausalito. Eres afortunado —dijo Annie, sentada cerca de las rocas, mientras contemplaba el temprano atardecer de la bahía.

—No me quejo, pero si es por pedir, pediría estirar este instante lo más posible. No quiero que te marches. Ha sido demasiado corto y la distancia es...

—Demasiado larga, lo sé.

—Voy a echarte de menos —confesó él con semblante triste.

—Yo también.

Annie reparó en el perfil masculino, la tensión de su mandíbula, y luego su boca entreabierta antes de exhalar un silencioso suspiro. Su cabello ondeó a la par que la invernal brisa marina que los envolvía.

—No es justo —dijo él rompiendo el reconfortante silencio.

—¿Qué no es justo?

—Desde pequeño siempre he soñado con vivir en Europa. Creo que es algo que nos sucede a todos los americanos. Envidiamos vuestro modo de vida, vuestra historia. Meses antes de conocerte tuve la oportunidad, pero las condiciones no eran tan buenas como al principio prometían ser. Ya sabes, aerolíneas de bajo coste. La aviación comercial ha cambiado mucho en la última década. Aun así me lo sigo planteando, aunque el miedo al cambio y a empezar de cero me superan. Sin embargo, ahora que te he conocido...

—Eres capaz de pilotar un Airbus —le interrumpió Annie—, así que estoy convencida de que puedes conseguir cualquier cosa que te propongas.

—No estés tan segura. Ahora mismo ni siquiera sé cómo superar el miedo a que me des una respuesta que no es la que deseo escuchar.

—Primero tendrías que hacer la pregunta.

—Tengo unas ganas terribles de besarte pero si lo hago tendrás que

responderme a otra más, y esto terminaría convirtiéndose en un interrogatorio más que en una declaración de intenciones, que es de lo que se trata.

Annie sonrió y alzó su mano hacia su mejilla en un gesto colmado de afecto. Acarició la suavidad de su barba y sus dedos atraparon el rebelde mechón de ese adorable cabello.

—A veces hablas demasiado.

Ella acortó distancias y él la imitó.

—Lo sé —murmuró a escasos centímetros de sus labios, con la vista puesta en sus ojos.

Annie no quiso entornarlos cuando sintió la calidez de su boca sobre la suya. Él tampoco lo hizo mientras ambos se rendían a un beso buscado, pero dulce y pausado, casi hipnótico pese al deseo de no perder el contacto visual. Sintió la sonrisa de Sam sobre sus labios, y las manos dibujando caricias bajo su nuca le incitaron a dar el siguiente paso.

—¿Y cuál era la otra pregunta?

Sam recuperó el aliento y le sujetó el rostro con ambas manos.

—No es exactamente una pregunta, más bien una petición. Quédate esta noche, por favor.

Caminó de puntillas y se cubrió con el albornoz que estaba a los pies de la cama. Salió al pasillo y se detuvo en la habitación que hacía de estudio. Recuerdos de su pasado como jugador salpicaban la estancia. La puerta estaba abierta y no pudo evitar asomarse para contemplar algunas fotografías y trofeos. En un rincón de la vitrina descansaban guantes de béisbol de varios tamaños. Ya despuntaba en ese deporte desde una edad temprana a juzgar por las imágenes. Desde el colegio hasta el instituto, pasando por la universidad. Los Redhawks eran su equipo. En otras fotografías vestía la camiseta de los Mariners. Se había ido convirtiendo en el típico chico de película americana por la que muchas habrían suspirado. Ya había dejado atrás esa melena más larga a favor de un corte de pelo más estricto y una barba cuidada que le daba un toque más maduro. Los años no habían restado atractivo al cuerpo de lo que pudo ser un deportista de élite ahora convertido en piloto. Sujetaba en sus manos un marco de fotos, que mostraba una imagen más antigua en blanco y negro de un jugador, cuando sintió una presencia a sus espaldas.

—Lo siento, no pretendía fisgonear —se disculpó mientras devolvía el marco a su lugar —, pero es que vi la puerta abierta y no pude resistirme.

Él le sonrió y le pasó las manos por la cintura. Luego la besó. Su aliento olía a café y se unió a la esencia que despedía su albornoz y a la suya propia, envolviéndola en un efecto embriagador al recordar los sucesos de la pasada noche.

—Tienes permiso para fisgonear todo lo que quieras.

Annie vio que apartaba la vista y la fijaba en la fotografía que acababa de soltar.

—Es mi padre. Estuvo en la liga profesional tres temporadas. Mucho más tiempo que yo —bromeó—, pero tuvo que retirarse en pleno auge de su carrera.

—¿Qué sucedió?

—Coqueteos con el lado oscuro. Drogas y alcohol. Lo poco que le quedó fue para pagar las clínicas más caras de rehabilitación. Gracias a mi madre, que no cesó en su empeño, salió a tiempo del agujero, y aunque no volvió al campo de juego sí se dedicó a entrenar a equipos de liga menor.

—Vaya, lo siento. Así que más que seguir los pasos de tu padre, tal vez quisiste demostrarle que tú sí podías llegar a conseguirlo.

—No lo conseguí. Nunca me lo dijo, pero sé que fui una gran decepción para él.

—No digas eso.

—Al frustrarse mi futuro con los Mariners, también perdí la beca para la Universidad. Siempre me echó en cara que podía haberlo evitado. De haberlo hecho habría podido continuar con mis estudios de Medicina.

—¿Quisiste ser médico?

—¿Te sorprende?

—No, en absoluto. Te veo capaz de cualquier cosa, pero no deberías haber abandonado.

—Elegí ser piloto porque me daba la oportunidad de cambiar de rumbo y en aquel momento lo necesitaba.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó al ver su mirada incierta.

—Ya te he contado suficiente, demasiado quizá —dijo con media sonrisa dándole una palmada en el trasero—. Ahora vayamos a desayunar porque ha sido una noche larga y necesito reponer fuerzas.

Mientras tiraba de su mano hacia las escaleras llegó hasta ella el olor a cera derretida. Volvió a revivir la inolvidable velada. Juntos habían preparado la

cena mientras charlaban de sus respectivas vidas y saboreaban una copa de vino. La chimenea crepitaba en el salón y las luces de las velas contrastaban con los colores terracota de la temprana puesta de sol invernal que se disfrutaba desde aquella pequeña casita construida sobre una colina.

Todo fue surgiendo de forma espontánea y con una asombrosa naturalidad.

—No hay ninguna prisa, Annie —le dijo tras un beso largo y exigente cuando él cerró la puerta y ambos se quedaron de pie en el vestíbulo—. Solo deseo estar contigo y disfrutar de tu compañía. Si algo tengo claro es que quiero que dentro de unos años, cuando ambos echemos la vista atrás, recordemos estos momentos como algo especial.

Annie no consiguió disfrazar su decepción y él se dio cuenta.

—No me interpretes mal —le aclaró al tiempo su mano se detenía en la curva de su cuello—, pero ahora mismo no puedo prometerte nada cuando dentro de veinticuatro horas estarás a diez mil kilómetros de distancia.

—Tienes razón.

—No quiero pensar en despedidas.

—Yo tampoco —dijo ella con una sonrisa que él borró con un beso.

Sam le propuso un juego mientras ponían la mesa y sacaban el pescado marinado ya cocinado que habían comprado en el Pier 41. Le rellenó la copa de vino.

—No me asustes.

—Dime lo que no te gustaría que supiera de ti.

—Sabes que odio volar y no es agradable que precisamente tú, un piloto, lo sepa.

—Eso ya no me vale porque no tengo que recordarte dónde estás ahora mismo y desde donde vienes.

La tomó de la mano y ella la aceptó. Lo siguió hacia el salón, donde desdobló una manta que había sobre el sofá y la extendió sobre la alfombra que quedaba frente a la chimenea. Después lanzó dos mullidos y enormes cojines sobre el suelo, se sentó y se apoyó de costado sobre uno de ellos. Esperó a que ella hiciese lo mismo. Ambos estaban descalzos y el mero roce con los pies de él cuando Annie adoptó su misma posición sobre el otro cojín fue motivo suficiente para tragar saliva, gesto que Sam no pudo ignorar.

—¿Nerviosa?

—Tengo la ligera impresión de que has hecho esto muchas veces. Es

evidente que controlas la situación.

Él se limitó a sonreír después de dar un sorbo a su copa de vino.

—Dime, ¿cuántas han pasado por ese jacuzzi?

—Vaya, veo que eres observadora. Todavía no te lo he enseñado —dijo sorprendido.

—Lo he visto cuando he entrado en el cuarto de baño. Hay una puerta de cristal que comunica con un rinconcito de estilo zen que haría las delicias de muchas azafatas. Muy bien pensado.

—Así que se trata de eso. ¿Crees en la vieja teoría de que los pilotos se cepillan a todo lo que se cruza en su camino?

—Creía que el juego continuaba. Dime lo que no me gustaría que supiese de ti.

—Muy hábil por tu parte. *Touché* — le sostuvo la mirada durante varios segundos antes de proseguir—. Sí, tuve un lío con una azafata. No fue una buena experiencia, te lo aseguro, y prefiero no hablar de ello ¿de acuerdo? Ahora es mi turno. —La sonrisa regresó a su rostro—. ¿Qué hay de lo que se cuece durante esas interminables guardias entre atractivos cirujanos, celadores y enfermeras de cabello castaño rojizo, ojos y sonrisa que harían resucitar a un muerto?

—¿Qué daño está haciendo *Anatomía de Grey*.

—No más que el que ha hecho Starbuck —bromeó Sam.

—Después de una guardia caótica te aseguro que lo único que me apetece es llegar a casa, darme una ducha y meterme en la cama.

—Todo el mundo piensa que nuestra profesión es excitante porque volamos, amanecemos cada día en un lugar diferente y tenemos a media tripulación a nuestros pies o una novia en cada aeropuerto, y nada más lejos de la realidad. Los años dorados de los pilotos de la Pan Am no volverán a repetirse. Al final cuentas los días para regresar a casa y disfrutar de rutinas tan simples como dormir en tu cama, saborear un café en tu taza o dejar de comer esos menús basura.

—Creo que estamos desvirtuando el juego. En vez de hablar de lo que no nos gustaría que supiésemos el uno del otro hemos terminado hablando de todo lo contrario.

—Cierto, pero es bueno saber a lo que nos enfrentamos, ¿no te parece? Es complicado lidiar con lo que conllevan profesiones como las nuestras.

—¿Es el trabajo la razón por la que no tienes una relación estable?

—Depende de lo que entiendas por estable. A veces es una pérdida de

tiempo intentar que una relación funcione.

—No estoy de acuerdo. Ninguna relación es una pérdida de tiempo porque si no te dio lo que buscabas al menos sí te enseñó lo que necesitabas.

Sam dejó sobre la mesa su copa de vino y despojó a Annie de la suya colocándola en el mismo lugar.

—Voy a confesarte algo que no quiero que sepas de mí.

—Adelante. Soy toda oídos.

—No he traído a ninguna mujer a este lugar. Tú eres la primera.

Annie dejó escapar una risa.

—Hablo en serio —dijo Sam.

—No tienes que demostrarme nada. Eres un hombre guapo y soltero. Eres libre de hacer lo que te plazca con tu vida.

Sam sacudió la cabeza con una sonrisa que acusaba perplejidad.

—Aun teniendo la libertad de hacer lo que me plazca quiero esto, elijo estar contigo.

—Vaya, gracias. Tendré que sentirme halagada —bromeó guiñándole un ojo.

—No lo he dicho para halagarte —aclaró al tiempo que la mano masculina cubría la suya—. Tengo que ser sincero contigo.

—Ahora en vez de halagada voy a sentirme asustada.

Él sonrió de nuevo y apartó los ojos de ella durante un instante.

—Temía no volver a verte y al mismo tiempo temía tu reacción cuando estuvieses frente a mí. Quería sentir lo mismo que sentí en ese abrazo de despedida en Colonia.

Annie observó que la nuez de su garganta oscilaba cada vez que revelaba un nuevo sentimiento.

—¿Y?

—He sentido eso elevado al infinito.

—¡Qué bien hablas! Menudo embaucador estás hecho. Empiezo a pensar que estarías mejor calladito.

—De acuerdo, no volveré a abrir la boca —le dijo al tiempo que le pasaba la mano por la cintura y la atraía hacia él.

—¿Estás seguro? —musitó ella.

—Salvo para besarte —rectificó.

Capítulo 6

Después de charlas telefónicas en las que ambos ya se acostumbraban a las peculiaridades de sus respectivos acentos y en las que el día a día iba acercándolos cada vez, más pese a la distancia, Duncan empezó a cuestionarse muchas cosas.

—Me da la sensación de que no he hecho nada interesante en mi vida. Es como si estuviera consumiéndola en vez de vivirla. Tú has hecho montones de cosas, siempre te estás planteando objetivos que cumplir, disfrutas, viajas y ayudas a la gente con tu trabajo.

—Seguro que has hecho cosas importantes y no te acuerdas.

—He perdido en estos dos últimos años a dos de mis mejores amigos a causa del cáncer, vi hace hace poco a la chica que me besó por primera vez cuando apenas era un crío. Un beso que no fue romántico, lo hizo solo y exclusivamente para que me sintiese bien porque ninguna chica me había besado hasta entonces. He sabido que estuvo enganchada a las drogas y el alcohol durante años, y ahora parece estar de nuevo en el buen camino. Son cosas que me hacen replanteármelo todo. Y para colmo, el trabajo no es tan bueno como antes. Es como si todo el mundo encontrase su camino. Todos menos yo.

—Lo encontrarás, Duncan. Las cosas no son fáciles para nadie.

—Lo sé. Es que es como si al haberte conocido me hubieses hecho despertar de este letargo en el que se estaba convirtiendo mi vida.

—Creo que necesitas vacaciones. Yo que tú empezaría a mirar vuelos.

—Me encantaría. No dejo de pensar en la idea de volver a verte y abandonar este frío de perros durante unos días.

—Pues adelante, no te lo pienses, pero no olvides que aquí también hace frío.

—No tanto como aquí, estoy seguro. Entonces, ¿te parece bien que vaya a

visitarte? Veamos cómo funciona nuestro reencuentro.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Tengo muchas ganas de volver a verte, pero si te soy sincera estoy un poco asustada. Todo esto ha sido tan rápido. La forma en la que nos hemos conocido, cómo he conectado contigo desde el principio.

—Tendremos que confiar en nuestros instintos. Eres tan especial, Olivia, que soy yo quien tiene miedo a decepcionarte.

—No vas a decepcionarme. Me encanta charlar contigo y eres atractivo, muy atractivo.

—Yo que tú iría a revisarme la vista —bromeó él.

—No digas tonterías. Siempre me han gustado los tipos altos, rubios y de ojos azules. ¿Qué más podría pedir? —prosiguió ella en el mismo tono relajado y de broma.

—¿Menos canas y un poco de color a este blanco escocés?

Ambos rieron y a esa risa siguió un instante de silencio que Olivia rompió.

—La única certeza que tengo en este momento es que me he mostrado ante ti tal y como soy, y eso no es algo que haga muy a menudo, sobre todo si se trata del sexo opuesto.

—Mi certeza es que cuando te vuelva a ver seguiré ofreciéndote mi amistad, mi respeto, y espero que muchas sonrisas y abrazos. El resto dependerá de la química.

—Has vuelto a expresar con palabras mis sentimientos.

—Ya te dije que tal vez estaba escrito que tuviésemos que conocernos.

—Oh, Duncan, ¿dónde has estado todos estos años?

—Entre la nevada Canadá y la lluviosa y fría Escocia —respondió entre risas.

Jamás olvidaría el día que se reencontraron en el aeropuerto de Málaga a donde él volaba desde Edimburgo. Al ser viernes, Olivia condujo hasta allí para quedarse el fin de semana. Se alojó en casa de una amiga y Duncan lo hizo en un hotel cercano. Ambos lo habían acordado así porque pese a la confianza mutua que empezaba a existir, la mejor opción era ir paso a paso y no dar nada por supuesto.

Como era de esperar el vuelo llegaba con algo de retraso y cuando los pasajeros comenzaron a emerger por la puerta de salida sabía que la cuenta

atrás había comenzado. Estaba tan concentrada en ver todos los rostros de los viajeros que justo cuando lo tuvo a tan solo unos pasos, él fue quien le hizo una seña con la mano.

—¡Hola! —dijo con una amplia sonrisa.

—Oh Dios, vaya vista que tengo.

—Ya te dije que tenías que revisarla —le recordó entre risas dejando a un lado su equipaje.

Ambos se abrazaron con naturalidad y se dieron un beso en la mejilla.

—Por fin estoy aquí. Creí que este momento nunca llegaría —le susurró al oído mientras la abrazaba.

Se separaron del fugaz abrazo, él volvió a agarrar la maleta y la mano que le quedaba libre la enlazó con la de ella. Olivia aceptó ese gesto como algo espontáneo y natural. No recordaba la de veces que le había dicho en los últimos días cuánto deseaba pasear de la mano con ella por las calles de Granada. El cosquilleo asentado en su estómago durante los instantes previos al reencuentro habían desaparecido para dar paso a una absoluta sensación de paz y confianza.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó, como si el hecho de ir a buscarlo al aeropuerto fuese algo que hacía con frecuencia—. ¿Estás cansado?

—No, estoy feliz.

Sintió el afecto con el que le sujetaba la mano mientras se dirigían a la salida. A mitad de camino él se detuvo.

—Quiero decirte algo.

Olivia asintió y se mantuvo a la espera mientras él le rodeaba su rostro con sus manos.

—No sé lo que va a suceder a partir de ahora, pero me alegro de haber tomado la decisión de venir a verte. Pase lo que pase hoy, estás haciendo de este momento y de todos los que nos han traído hasta aquí, unos de los mejores de mi vida.

Y dicho aquello depositó un beso en su frente. Olivia cerró los ojos un instante para volver a abrirlos y encontrarse con su rostro sonriente.

—Yo también estoy contenta de tenerte aquí, Duncan.

—¿Ha sido como esperabas?

—Ha sido mucho mejor, te lo aseguro.

Ambos volvieron a enlazar sus manos y mientras se dirigían hasta la hilera de taxis Olivia pensó en la oportunidad que la vida le brindaba. Duncan disfrutaba del momento en sí porque para él no existían las oportunidades. No

imaginaba que esa era precisamente la única que tendría para cambiar las cosas, y no sabía que Olivia era la que su destino había designado para ayudarle a cambiarlas.

O tal vez sí lo supo, pero cuando quiso darse cuenta ya fue demasiado tarde.

Disfrutaron de una magnífica noche de viernes en la que a una cena a base de tapas y algún que otro vino, y de una conversación agradable y relajada, se unió ese primer beso que Duncan posponía por temor a dar un paso en falso, y que Olivia deseaba pese a que trataba de ocultarlo.

—Qué ganas tenía de besarte —suspiró él con una sonrisa al apartarse unos centímetros de sus labios.

—¿Ha merecido la espera?

—Vaya si lo ha merecido

—¿Y ha sido como esperabas?

—Mmm...un segundo. Tengo que probar otra vez.

Ella rió contra su boca antes de volver a saborearla. Tras separar sus labios Duncan se llevó su mano al mismo lugar y besó cada uno de sus nudillos. Sabían que solo sería el primero de muchos. Un mero prelude de los momentos de absoluta y mutua entrega que Olivia jamás olvidaría. Y que tal vez Duncan tampoco olvidó.

Fue una semana perfecta, plagada de momentos para el recuerdo, de palabras grabadas para siempre en la memoria, de anécdotas alegres, de tristes confesiones, de miradas inolvidables, de besos irremplazables, de abrazos llenos de ternura y de promesas que no quedarían más que en eso, en meras promesas. Y la despedida fue como suelen ser todas las despedidas. Con esos besos agridulces que anunciaban la esperanza de un nuevo capítulo, de una segunda parte o como quiera que quisiesen llamar al hecho de alargar lo que había comenzado como una aventura sin expectativas.

—¿Te he decepcionado en algún momento durante estos días? ¿De verdad te gusto? —le preguntó al tiempo que la rodeaba con sus brazos por la cintura.

—No sé cuántas veces me lo has preguntado, y mi respuesta sigue siendo la misma. Me encantas.

—Solo quería comprobarlo —bromeó él con una sonrisa burlona.

—Pues deja de hacerlo porque ya te lo he dejado muy claro —le increpó dándole unos suaves golpes en el brazo.

Duncan le retiró el cabello hacia atrás envolviéndola con una mirada llena de calidez. Ella se mantuvo firme en su intento de no venirse abajo ante la intensidad del momento. Ninguno de los dos pronunció palabra porque el silencio era sinónimo de todo lo que querían decirse y no se atrevían a pronunciar en voz alta. La besó con dulzura, deteniéndose para mirarla y yendo en su busca de nuevo para saborear sus labios, alargando el momento de separarse de ellos. Después la rodeó con sus brazos y Olivia lo dejó marchar. Se dirigió a la salida sin mirar atrás. Él tampoco lo hizo. Duncan, por miedo a reconocer que se estaba implicando demasiado. Olivia, por miedo a reconocer que ya estaba implicada del todo.

A las semanas que siguieron al primer reencuentro, la incertidumbre comenzó a hacer acto de presencia en algunos mensajes y conversaciones telefónicas. Hasta que una mañana recibió uno que la sumió en un estado de confusión y decepción sin precedentes. Duncan decía no estar preparado para aquello, no sabía si sería capaz de hacerla feliz durante mucho más tiempo. Tarde o temprano las cosas empeorarían y no quería que ella tuviese que soportar los vaivenes de su desastrosa vida. Olivia supo que solo eran excusas. Discutieron. Era como si Duncan se hubiese convertido en una persona completamente distinta hasta el punto de negar cosas que se habían dicho y habían sucedido entre ellos. Y ahí fue cuando empezó a preocuparse.

No obstante, después de la tempestad llegó la calma y volvieron a darse una nueva oportunidad, aunque en esa ocasión Olivia anduviese con pies de plomo y estuviese a la defensiva ante cualquier señal de que todo podía volver a derrumbarse.

A su regreso a Escocia, poco antes de primavera, lograron un acercamiento mayor que parecía teñir de seguridad a una relación que desde sus comienzos había andado sobre la cuerda floja, y Olivia llegó a la conclusión de que uno de los principales problemas radicaba en la distancia porque cuando estaban juntos, en el día a día, todo parecía ir como la seda. Era como si con ella se sintiese protegido de algo que desconocía. Por primera vez comenzaban a hacer planes, visitaron juntos varias agencias para buscar un nuevo apartamento en el barrio de Stockbridge y Duncan pareció haber abandonado ese eterno pesimismo e inseguridad que le impedían plantearse ser feliz a largo plazo.

Cada instante que compartían se convertía en un regalo que dejaba paso a

un atisbo de esperanza en aquellos ojos que iluminaban todo lo que hubiese a su alrededor. Una luz que Olivia luchaba por mantener contra viento y marea, incluso dejando a un lado ese algo que su parte de psicóloga intuía pero que como mujer enamorada tal vez prefirió ignorar.

Seguían viéndose cuando las circunstancias y el trabajo lo permitían. Fue el turno de Duncan de tomarse una semana de descanso tras haber pasado juntos gran parte del mes de agosto en Edimburgo. Ambos esperaban siempre con ansias el momento de volver a encontrarse y Duncan se sentía feliz al saber que celebrarían juntos su cumpleaños. Los primeros días transcurrieron con normalidad hasta que Olivia comenzó a notar que una vez más algo no marchaba bien, y aquello no fue más que la crónica de una separación anunciada.

—Me encanta pasear por esta ciudad. Dentro de muchos años recordaré estos momentos como los más bonitos de mi vida.

—*Recordaré* —repitió Olivia.

Buscó sus ojos, pero él seguía mirando al frente.

—Tú también lo harás. Espero que también los recuerdes.

Olivia se tragó un nudo de grandes dimensiones. No supo qué demonios le ocurría, pero una tristeza sin precedentes la invadió y los labios le temblaron. Aguantó las ganas de llorar.

—Hablas como si fueses a desaparecer de mi vida —dijo sintiéndose incómoda.

Él se giró para mirarla justo cuando sintió que una lágrima resbalaba por su mejilla. Olivia creyó que se detendría para besarla, consolarla y borrar esa lágrima. En vez de eso continuó caminando sin soltarla de la mano y sin dejar de mirar al frente.

—No sabemos lo que nos va a deparar el mañana. La vida me ha enseñado que solo importa el presente, así que vivamos el momento.

Pero Olivia se detuvo y él la imitó.

—No me gusta lo que has dicho. Si te estás planteando de nuevo...

—No me estoy planteando nada —interrumpió—. Solo ha sido una reflexión en voz alta —le rodeó su rostro con sus manos—. Deja de analizar todo lo que digo. Eres una mujer terriblemente inteligente, y sin embargo a veces te comportas como una cría.

—Muchas gracias. Lo estás arreglando.

—Oh vamos, Olivia. No te lo tomes a mal. Te lo digo desde el cariño —le dijo besándola.

Ella se apartó dispuesta a no ceder ante esa táctica que ya conocía de antemano. Él dejó escapar una risa.

—No le veo la gracia.

Y siguió su camino mientras él trataba de alcanzarla. Enlazó su mano con la de ella, pero lo rechazó. Volvió a intentarlo sin éxito. Cuando llegaron a casa, pese a que Duncan prosiguió con sus bromas y sus juegos de seducción para hacerle olvidar el pequeño incidente, ella agarró el par de cojines extra que él necesitaba para dormir por su dolor de espalda y se los entregó.

—Esta noche a esta *cría* no le apetece escuchar tus ronquidos y va a dormir sola, así que te vas a la otra habitación.

—Venga, estás de broma.

—Nunca había hablado más en serio —intentó mantenerse firme y con rostro serio, si bien le costó reprimir la risa. Resultaba difícil parecer convincente viéndolo allí de pie frente a ella, cuán alto era, con aquellos ojos incrédulos y esa mueca suspicaz.

Duncan creyó que había ganado la batalla y se inclinó para besarla, pero ella se sirvió de los dos cojines a modo de muro protector sobre su torso.

—Aparte de una mujer inteligente también soy una mujer de palabra —le dijo con un guiño dándole con la puerta en la narices.

Horas más tarde Olivia se desveló y miró la pantalla del teléfono móvil. Faltaban cinco minutos para las cuatro de la mañana y comprobó que tenía varios mensajes. Todos de él. Eran las fotografías que se habían hecho juntos ese mismo día.

DUNCAN: Estás preciosa en todas. Me encanta coleccionar tus sonrisas. :):)

Le pilló con las manos en la masa porque él apareció en línea.

DUNCAN: Vuelve a la cama XX

Ella dejó el teléfono sobre la mesilla de noche y regresó a su posición. Segundos después oyó girar el pestillo de la puerta y se hizo la dormida. No pensaba ceder. Sintió su peso sobre el colchón y los labios sobre su sien. Un reguero de besos roció su rostro y a esos silenciosos besos le siguieron unas palabras que jamás lograría olvidar. Todavía se preguntaba si ese instante no había sido nada más que un sueño.

—Te quiero —susurró contra su frente.

Olivia se removió bajo las sábanas pero no abrió los ojos. Él se levantó y abandonó el dormitorio.

Por la mañana salió temprano a trabajar mientras Duncan dormía. Cuando regresó a casa para un descanso que tenía antes de su próxima cita en el gabinete, comprobó que se había marchado. Le envió un mensaje.

OLIVIA: ¿Dónde estás?

DUNCAN: He salido a dar un paseo. Estoy sentado en la plaza tomando mi segundo café.

OLIVIA: Pensaba que me ibas a esperar para tomar ese café contigo y darme un beso de buenos días.

DUNCAN: Te los di todos anoche, ¿recuerdas? ;)

«No ha sido un sueño», pensó.

La mañana de su cumpleaños se levantó antes que ella.

—Feliz cumpleaños, señor Murray —dijo con voz perezosa al oírlo moverse por la habitación.

—Gracias, cariño —se inclinó y la besó.

—¿Dónde vas? Es muy temprano.

—Shhh, sigue durmiendo —le dijo sentado a su lado al filo de la cama—. Voy a darte una ducha y luego a dar un paseo.

—Quédate aquí conmigo. No te vayas.

—Tú descansa —insistió besándola con ternura.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada.

—Nada, deja de preocuparte. Hoy es mi cumpleaños y de un tiempo a esta parte han pasado muchas cosas en mi vida. Ya sabes que de vez en cuando necesito mis pequeños momentos a solas para pensar y hacer balance. Te prometo que estaré de regreso en un par de horas.

—Claro. Tómame el tiempo que necesites.

—Gracias, sabía que lo entenderías.

Se puso en pie, pero ella alzó el brazo y lo agarró de la mano.

—¿Va todo bien?

Duncan asintió y le ofreció una sonrisa despreocupada que no la

tranquilizó en absoluto. Lo dejó ir sin cuestionar su decisión.

Se había equivocado al no hacerlo.

Lo que pudo haber sido una bonita noche de celebración en un lugar con espectaculares vistas a la Alhambra y excelente comida se convirtió en una velada ensombrecida por las dudas, la tristeza y el incuestionable hecho de que era el momento de hacer muchas de las preguntas que Olivia no se había atrevido a hacer por temor a descubrir una verdad que prefería obviar. La cierto es que si aquella noche Duncan le envió una llamada de auxilio, ella no fue lo suficientemente valiente como para hacerle frente.

—Siento que al final hayamos tenido que comer dentro. No habría sido agradable cenar con ese aire que se ha levantado —se disculpó Olivia.

—No te preocupes, todo está perfecto.

—Pero no era esto lo que yo había planeado.

—A veces las cosas no salen como uno piensa.

Estaba dispuesta a replicarle diciéndole que precisamente había planeado aquello porque le había pedido celebrar algo íntimo en un lugar coqueto y con encanto, y que no parecía estar agradeciendo su esfuerzo con su actitud, pero él se le adelantó.

—Cielo, está bien, de veras.

—Deberías estar feliz. Es tu cumpleaños, Duncan. No sé qué es lo que te pasa pero, sea lo que sea lo que te entristece, espero no ser la causa.

—¿Cómo puedes pensar algo así?

—Ya no sé qué pensar.

Olivia le sostuvo la mirada durante varios segundos. Observó el brillo de sus ojos y sospechó que esa chispa nada tenía que ver con la botella de vino que se habían bebido entre los dos. Duncan trató de mantener a raya sus emociones, pero el intento fue en vano y las primeras lágrimas hicieron acto de presencia.

—Eres una mujer con suerte al estar rodeada de tanto cariño y de gente que te apoya y te quiere.

—Lo que has visto no se construye de la noche a la mañana. Todo en esta vida, incluso la amistad y la familia, hay que trabajarlo a diario.

—Lo sé, pero yo no soy como tú. Mi vida está años luz de la tuya. Yo no tengo a nadie.

—Me tienes a mí, y empiezas a ser parte de todo esto, no lo olvides —le

recordó al tiempo que llevaba una mano hasta su mejilla para borrar esa lágrima y hacía un esfuerzo sobrehumano por no sucumbir a las suyas.

—Estoy solo, Olivia.

Olivia sabía que la relación con su hermana era inexistente, pese a que nunca le había contado las razones porque así se lo había pedido y lo respetaba. Por otro lado, sus amigos eran escasos, pero se preguntaba si la culpa de esa situación no radicaba en él mismo por ese miedo a implicarse emocionalmente o porque sencillamente no había escuchado la versión de la otra parte.

—Ya no lo estás.

—Tal vez me lo merezca.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—No, no lo es. Por supuesto que no lo mereces —le dijo acariciándole el pelo—. Y ahora por favor, si hay algo que me quieras contar creo que este es el momento.

Olivia suponía que en una profesión como la suya debería haber reconocido cuando alguien le ocultaba la verdad. Sin embargo, Duncan poseía una capacidad innata para ocultarla o bien ella estaba perdiendo la objetividad necesaria para darse cuenta de que aquel hombre de ojos anegados por las lágrimas arrastraba una carga de la que le sería muy difícil librarse si no pedía ayuda. Y tal vez esa noche, de alguna forma, estuvo a punto de pedirla.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Duncan pareció haberse olvidado de lo sucedido la noche anterior y fue cuando le planteó por primera vez la posibilidad de marcharse con él a Escocia.

—Quiero que te vengas conmigo.

—Sabes que no puedo. Tengo un trabajo.

—Ah, lo mío no lo es —le replicó.

—No he dicho eso, pero tú eres quien ha hablado siempre de un nuevo comienzo aquí. No quiero recordarte la de veces que me has dicho que ya nada te ata a Escocia, salvo el trabajo y algunos amigos, porque tus seres queridos ya no están. Eso sin mencionar a esa hermana con la que no tienes relación y de la que siempre evitas hablar.

Duncan intentó ocultar su disgusto ante su último comentario y ella no se molestó en disculparse.

—Dime que es lo que te impide acompañarme.

—Te lo diré porque es muy sencillo. Yo sí tengo una familia, unos amigos y unos lazos emocionales que me atan a este lugar. Sabes lo que amo Escocia y que no hay nada que desee más que irme a Edimburgo a vivir contigo, pero no puedo marcharme de la noche a la mañana y regresar cuando me plazca. No cuando un día dices blanco y al siguiente es negro.

Él ignoró el mensaje de reproche implícito en sus palabras.

—No tienes que rendirle cuentas a nadie. Eres tu propia jefa, de modo que no busques excusas. Solo unos meses.

—¿Solo unos meses? ¿Hasta cuándo, Duncan? ¿Hasta que te canses? ¿Hasta que tus demonios, tus dudas y tus malditas inseguridades vuelvan a aparecer? Algún día tendrás que dejar de mirar atrás.

—Ya hemos hablado de eso.

—No. No hemos hablado. Ayer tuviste la oportunidad de hacerlo y no lo

hiciste. Fue mucho más fácil pagar la cuenta y solucionarlo en la cama. Cada vez que tienes que enfrentarte a la realidad de tu vida porque añoras la que te ofrezco, huyes. Y empiezo a pensar que todo esto te viene demasiado grande. No estás acostumbrado a querer y a que te quieran, no estás preparado para una relación normal; no mientras sigas culpando al resto del mundo de tu infelicidad cuando tú eres el único responsable. Te he dado la oportunidad de cambiar las cosas.

—¿Por qué yo? Podrías aspirar a algo mejor y lo sabes.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. ¡Deja de hacerte la víctima y reacciona, maldita sea! —gritó enfadada. Arrastró la silla y se puso en pie.

—Lo siento, Olivia. Lo siento —le rogó yendo tras ella, agarrándola de la mano y envolviéndola en sus brazos desde atrás—. Es que todo es mucho más fácil cuando estoy contigo, pero subo al avión y regreso a casa, y todo se me hace cuesta arriba.

Ella se deshizo de su abrazo y se giró hacia él.

—¿Y crees que es fácil para mí? Me haces feliz, te marchas y trato de seguir ahí pese a la distancia, hasta que vuelves a hacerme daño y a mí me toca recomponer de nuevo mi corazón roto. Pero incluso así, sé que me necesitas, que te necesito y me haces quererte tanto que incluso llego a creerme que la próxima vez no será tan difícil volver a recuperarme. Me dijiste una vez que apartarme de tu vida era la opción más segura, que no tengo necesidad de cargar con tus demonios interiores y ¿sabes una cosa? Sé que hay algo que no me estás contando, algo que querías contarme ayer y, sea lo que sea, espero que algún día te sinceres conmigo de una vez por todas.

Olivia sabía que había dado en la llaga y él guardó silencio durante unos segundos antes de volver a tomar la palabra.

—Nunca he pretendido hacerte daño. He cometido dos grandes errores contigo: hacerte promesas en momentos de absoluta felicidad cuando sabía que no iba a ser capaz de cumplirlas y tomar la decisión de abandonar en el momento en que estaba enfadado conmigo mismo y con el resto del mundo.

—No se trata de lo que me prometiste o dejaste de prometer. Esto no es una relación, Duncan. Una relación de verdad es cuando alguien acepta tu pasado y te apoya en tu presente.

—Quizá sea ahora o nunca.

—¿Me estás dando un ultimátum?

—¿Por qué haces siempre que mis palabras suenen justo al contrario de lo que significan?

—Sé muy bien lo que quieres decir aunque no lo quieras decir, así que creo que no hay más que hablar.

—¿Pretendes terminar con esto así como así, sin más?

—Parece que no tengo alternativa.

—Siempre existe una alternativa.

—Contigo no, Duncan. Contigo solo hay una forma de hacer las cosas. La tuya. Eso es lo que nos diferencia.

—No eres tan diferente a mí.

—Oh, vamos. No me vengas con esas. No puedo hacer nada para que superes tu maldito miedo a enfrentarte a la posibilidad de hacer lo que realmente quieres. Deja de desear las cosas y simplemente comienza a llevarlas a cabo.

—Es lo que intento decirte. He visto una preciosa casa en Porty. Necesita ser restaurada y sé que llevará tiempo pero merecerá la pena, y como soy manitas nos ahorraremos mucho, así que creo que voy a entregar la señal. He hablado ya con el banco y no parece que vaya a tener problemas de crédito. Vente conmigo, Olivia. Probemos.

«Nos ahorraremos mucho»

—¿Has comprado una casa?

—Todavía no, es lo que pretendo. Está cerca de la playa, y frente a un bonito parque. Tendrías que verla. Tiene muchas posibilidades. De acuerdo, sé que el verano escocés no es precisamente para tostarse bajo el sol, pero podrás disfrutarla de otra manera y te encantará. Está cerca de Edimburgo. Cuando la vi supe que era para mí, que estaba hecha para nosotros.

No se esperaba aquel paso por su parte y el hecho de que le planteara un futuro juntos le llegó al corazón. Fue como si por un instante se viese a sí misma envejeciendo con él en esa casita de Portobello que ya imaginaba sin haber visto, pero la realidad la volvió a golpear. No podía volver a caer en lo mismo.

—Me alegro de que te hayas animado con ese nuevo proyecto porque te hará bien centrar tus energías en algo positivo, pero no puedo hacerlo porque ya no confío en tus palabras. Quiero hechos y sé que tarde o temprano me harás pasar otra vez por lo mismo —logró decir a duras penas, en un vano intento de controlar sus emociones.

—Ahora eres tú la que no me está contando algo.

Esa era otra de sus habilidades, saber cuándo le ocultaba información. Pero a diferencia de él, Olivia terminaba desvelándola.

—Tuve un retraso la última vez que te marchaste. Afortunadamente fue una falsa alarma y eso fue lo que me ha hecho replantearme todo esto.

Él comprendió. Olivia observó que plegaba los ojos en un sombrío gesto. Se apoyó contra el marco de la ventana y deslizó sus dedos por su cabello de una forma que ponía de manifiesto su desconcierto ante la revelación.

—*Afortunadamente* —repitió a media voz—. Habría sido un error que hubiésemos tenido un hijo. Te entiendo.

—Tener un hijo con alguien que en cualquier momento va a desaparecer de mi vida habría sido lo último que habría deseado, así que perdona si me sentí aliviada —le aclaró ella enojada.

—Buscas un motivo para acabar con esto, ¿no es cierto?

—Sigues sin entenderlo. Busco un motivo para no seguir enganchada a ti. Volverás a hacerlo, Duncan. Volverás a marcharte. Es lo que siempre haces cuando te implicas demasiado.

—Si quieres que desaparezca de tu vida, dímelo. Demuéstrame que eres mucho más valiente que yo.

—No soy valiente, lo finjo, cosa bien diferente. ¿Y sabes por qué? Porque al fin y al cabo nadie notará la diferencia.

Él se acercó y atrapó su rostro con sus manos. Rozó sus labios con los suyos dispuesto a hacerle olvidar sus dudas, tal y como había hecho en tantas otras ocasiones, pero Olivia se resistió y se apartó con suavidad.

—Dame un respiro, por favor —le pidió.

—De acuerdo. Si es eso lo que quieres, no te presionaré.

La dejó allí sola con sus pensamientos. Poco después oyó correr el agua de la ducha. Salió al balcón, decidida a fumarse un cigarrillo, cosa que no solía hacer en casa, pero lo necesitaba. Cuando fue a abrir el cajón del mueble donde guardaba el paquete de tabaco vio que el móvil de Duncan vibraba con la entrada de un mensaje. No pudo evitarlo y se fijó en el nombre que salió en la pantalla.

Una tal Julie acababa de enviar una fotografía. No le dio importancia. No era asunto suyo. Fue a abrir la ventana que daba al balcón, pero vaciló. Se quedó mirando el móvil, y en medio del silencio pegó un respingo cuando el aparato vibró de nuevo contra la superficie de la mesa y entraba otro mensaje de la misma persona, aunque esta vez, al ver el icono del micrófono, supo que se trataba de un mensaje de voz.

No podía escuchar el mensaje de voz sin delatarse, pero sí comprobar en la galería de fotos si la foto se había descargado. El agua de la ducha seguía

corriendo. No debía entrometerse en algo tan sagrado como su intimidad pero tenía que hacerlo, aun presintiendo que lo que iba a descubrir tal vez no fuera de su agrado. Nerviosa ante lo que estaba a punto de hacer, casi se le resbaló el teléfono de las manos. Respiró hondo cuando hizo click en la galería y decenas de fotos se desplegaron ante sus ojos. En ese instante acababa de descargarse la última. Una chica de cabello castaño y ojos oscuros sonreía a la cámara con una seductora sonrisa. Siguió recorriendo la pantalla más abajo. Sorprendida, se encontró con varias carpetas con diferentes nombres: Katerina, Mariah, Sarah, Jana, también una con el nombre de Julie, probablemente la misma que le acababa de enviar la última imagen. Sintió que el ritmo de sus pulsaciones se aceleraba cuando abrió uno de esos archivos y descubrió muchas más fotos de mujeres en las que existía un denominador común. Todas sonreían al objetivo de la cámara. Algunas habían sido tomadas a modo *selfie* por ellas mismas. Otras tenían que haber sido hechas por Duncan a modo de fotogramas. Lo que le llamó la atención es que todas tenían entre sí rasgos muy similares: cabello moreno o castaño, ojos negros o marrones y bocas bonitas de labios perfilados. Un escalofrío le recorrió de la cabeza a los pies cuando vio una carpeta llamada *Olivia*. Con dedos temblorosos dejó que la pantalla desplegara las imágenes. Allí estaban todas las fotografías que se habían hecho juntos y las que se habían tomado mutuamente. Desde la primera que se hicieron el día que se conocieron en la plaza del mercado hasta la que ella misma le había hecho la noche anterior. Esa era la única diferencia con el resto de carpetas. Él aparecía con ella en muchas de ellas, no así en las demás, en las que las mujeres aparecían solas. Se quedó mirando esa última fotografía de él. La de la noche de su cumpleaños con esa mirada cargada de tristeza. ¿O tal vez era de culpabilidad?

El ruido de la puerta del baño la puso en alerta, se salió de los iconos de archivos de imágenes, de la galería de fotos y dejó el móvil en la misma posición que estaba. Duncan entraba poco después en el salón con la toalla anudada a su cintura, justo en el instante en el que Olivia disimulaba cerrar las ventanas.

Él se acercó a ella vacilante y extendió una mano hacia su mejilla.

—No he planteado las cosas correctamente y, como de costumbre, hemos terminado discutiendo. Lo siento, no quería llegar a esto.

Tenía que preguntarle sobre esas fotografías. Tenía que hacerlo, pero no pudo enfrentarse a la realidad de una más que posible infidelidad. Quiso

alejarse de su cabeza su creciente ira interior diciéndole a voces que ya era hora de poner las cartas sobre la mesa. Duncan escondía algo que tarde o temprano le estallaría en la cara. Ella retiró su mano de su rostro. De repente, su mero contacto le quemaba la piel.

—Habría que plantearse si es inteligente seguir adelante con esto porque no quiero volver a pasar por lo mismo. Es imposible sostener una relación basada en la mentira.

—Nunca te he mentado con respecto a mis sentimientos. He sido sincero contigo y, lo creas o no, yo también necesito tiempo para asimilarlo.

—¿Asimilar qué?

—Que por primera vez en mi vida una mujer pueda llegar a aceptarme tal y como soy sin hacerme daño.

«¿Una mujer? ¿Solo una? ¿Qué hay de las demás que te dedican esas sonrisas en exclusiva?», estuvo a punto de soltar, pero se abstuvo.

—Ya está bien. Deja de jugar al hombre víctima conmigo porque ya me sé esa historia —dijo Olivia sin ocultar el sarcasmo.

Salió del salón, pero él la detuvo.

—No, no la sabes. No tienes ni la menor idea.

—Desde luego que no la sé. En realidad no sé nada de tu vida. Podrías estar casado, podrías estar llevando una doble vida, podrías estar jugando este mismo juego con otras al igual que conmigo, guardando secretos que jamás me revelarás y desde luego no voy a estar esperándote eternamente, y mucho menos voy a perder más el tiempo en indagar en tu mierda. Si quieres hundirte en ella tú solo es tu problema.

—Basta Olivia. Déjalo estar —Acortó distancias llevando su mano de nuevo a su rostro en un intento suavizar su enfado.

—Y tú deja de tratarme como si fuese otra idiota más de tu lista. No me toques. Será mejor que te marches.

Él apartó la mano y Olivia no pudo ignorar aquella expresión indescifrable en sus ojos. Era más que evidente la lucha interna que se desataba en su interior.

—Vete, por favor. Ahora.

Esperó a que se decidiera a confesarlo todo, sin embargo no lo hizo, lo que refutó no solo su teoría de la infidelidad sino también la de su absoluta cobardía para admitirlo.

—Si eso es lo que quieres respetaré tus deseos. Buscaré un hotel. Te diré donde me alojo antes de irme por si cambias de opinión.

—Estoy harta de esta situación. No cambiaré de opinión. Esta vez no.

Sin poder evitarlo Olivia lanzó una mirada fugaz al móvil. En aquel instante sus ojos fueron un claro reflejo de la sospecha y Duncan la miró. Supo lo que había hecho.

En medio de ese silencio afilado ella salió allí y se dirigió al vestíbulo. Descolgó las llaves y abrió la puerta, pero antes de cruzar el umbral lo miró una vez más.

—¿Sabes? Hablando de las mujeres que te han hecho daño...Estoy convencida de que si tu madre viviera no estaría muy contenta, viendo como su hijo hiere a la única que de verdad habría estado dispuesta a pasar el resto de su vida con él y con sus demonios interiores.

Duncan no se pronunció, se limitó a apretar los labios para no dejar que la verdad que ella deseaba escuchar por fin fluyese con libertad. Olivia sabía que acababa de reabrir alguna profunda herida, una tan grande que sus atractivas facciones se distorsionaron en un rictus de rabia y amargura que no pudo ignorar. La mirada que le lanzó fue clara muestra de ello, y pese a que esperaba alguna respuesta o reacción por su parte, no sucedió nada. Así era Duncan. En vez de luchar por cambiar las cosas escondía la cabeza bajo el ala. No solo huía del compromiso sino también de la confrontación.

—Regresaré en media hora. Será tiempo suficiente para que recojas tus cosas. Espero no encontrarte aquí —le dijo antes de marcharse.

Olivia, desolada, estuvo dando vueltas por el casco viejo sin dejar de mirar el teléfono móvil, a la espera de una llamada, de un simple mensaje de disculpa que jamás llegó.

Y así acabó todo. Se había cansado de luchar.

Capítulo 8

Diez meses después, y con la idea equivocada de que había pasado página, Olivia regresó a Edimburgo. La fase de negación y olvido fue dura. Se vio tentada en muchas ocasiones de volver a contactar con él, pero hacerlo habría supuesto un retroceso y si algo tenía claro es que tenía que mirar hacia delante. Sabía a lo que se exponía estando allí. Contaba con la posibilidad de un encuentro fortuito, pero jamás imaginó que sucedería cuando se adentraba en Dean Village, como si esa mano invisible llamada destino estuviera de nuevo al acecho.

Duncan disfrazó el nudo de su garganta ante la sorpresa con una sonrisa, no supo si tímida o forzada. Ella no supo qué decir. Las palabras quedaron atrapadas en su corazón, en el mismo lugar en el que permanecían. Quizá porque eran demasiadas las que nunca se dijeron tiempo atrás, o bien quería engañarse a sí misma al creer que ya no tenían nada más que decirse. ¿Cómo actuar en una situación semejante? Ambos seguían allí de pie mirándose en silencio, sorprendidos, pero al mismo tiempo con la ligera sensación de que ese encuentro estaba destinado a producirse. Fue él quien rompió el hielo.

—Hay cosas que nunca cambian —susurró al tiempo que acortaba distancias y la acogía en un tímido abrazo.

Olivia sintió un leve estremecimiento que intentó ignorar y que quiso achacar a la ráfaga de viento helado que se había levantado de repente. Su inesperada cercanía le encogió el estómago, incluso después de los meses transcurridos, como si temiese que un mero roce más allá de lo permitido por su parte le llevase a cruzar territorio prohibido. Se apartó de él y su llana sonrisa le hizo bajar la guardia, lanzándole así el mensaje de que no había lugar en aquel instante para antiguos rencores. Fue una sensación muy extraña, pero incluso las cosas extrañas con Duncan siempre adquirirían un matiz diferente y especial.

—Y que lo digas. Seguro que si hubiese escogido otro camino tú también

lo habrías hecho.

—Creo que a eso lo llaman destino.

—Claro.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde el viernes.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Hasta el miércoles.

—¿Esperas a alguien?

—He quedado para almorzar con un par de amigos.

—Nunca ha dejado de sorprenderme tu capacidad para hacer amistades allá donde viajas.

—Al contrario que tú, me gusta la gente. La vida ya se encarga de darte momentos de soledad, de modo que por qué no disfrutar de la buena compañía de los amigos si tenemos la suerte de tenerlos y conservarlos —dijo a sabiendas del mensaje implícito en sus palabras.

—Te ha faltado tiempo para lanzar la flecha —recriminó con mirada seria, pero sin perder la sonrisa.

—Me lo has puesto en bandeja, señor Murray.

—Y ahora ya en serio. Dejando las formalidades a un lado —dijo en tono jocoso—, dime, ¿te apetece continuar este paseo conmigo?

No quería darle un no por respuesta y prefirió ser cortés a cortante porque su resentimiento ya había desaparecido para dejar paso a otro sentimiento: el de la aceptación de que hay cosas que no se pueden cambiar por mucho que una se empeñe.

—¿Hoy no trabajas?

—Me he tomado la mañana libre para asuntos de carácter personal y antes de tomar algunas decisiones importantes necesito despejar mi mente.

—Ha sonado misterioso —dijo sin querer indagar más de lo necesario. Hacerlo supondría implicarse en el tema y las palabras «implicación» y «Duncan» siempre acarreaban problemas.

—Y la respuesta es...

—¿Por qué no? —consultó el reloj haciéndose la interesante—. Ya ha terminado mi momento de soledad, de modo que sí que me apetece.

Mientras caminaban a lo largo del río, disfrutando del pintoresco paisaje en el que se fundían el verdor, el gris de la piedra y el sonido del agua, Olivia no

supo cómo sucedió y si estaba o no planeado por parte de Duncan, el caso es que terminaron sentados en ese banco que tiempo atrás se había convertido en su rincón favorito.

—A lo mejor prefieres otro lugar. No quiero que te sientas incómoda — dijo él con vacilación en la voz.

—Aquí está bien.

—¿De verdad no pensabas llamarme?

—¿Para qué iba a hacerlo? Como bien me has recordado, hay cosas que nunca cambian.

Él ocultó su malestar con otra sonrisa que no acompañó a sus ojos, esa sonrisa que Olivia ya conocía de sobra. La de «siempre estás con la escopeta cargada».

—No sabes la de veces que me he preguntado durante estos meses si alguna vez volvería a verte —confesó él.

Ninguna mención a la forma en la que todo terminó entre ellos. Muy típico de Duncan.

—Pues ya ves que sí. La gente va y viene, pero Edimburgo permanece.

El guardó silencio. Sabía que tenía las de perder si le replicaba, así que optó por desviar la conversación en otra dirección.

—Deja que te mire. Estás muy guapa.

—No empieces, deja de flirtear.

—No estoy flirteando. Solo quiero ser amable.

Esta vez Olivia la lanzó una sonrisa de las suyas que significaba «Sí, seguro» y tuvo que esquivar su mirada, temerosa de experimentar el efecto de los recuerdos. Permanecieron callados. Estaban a gusto en ese silencio positivo que en tantas ocasiones habían compartido.

—Lo creas o no sigo soñando con vivir aquí —confesó ella, lamentando enseguida haber dado voz a sus pensamientos.

Él le lanzó una mirada fugaz, quizá por el temor a que sus ojos dijese lo que sus labios no se atrevían a pronunciar tras escuchar aquella declaración. Ella sonrió.

—Tus palabras, como tu sonrisa, siguen siendo letales. No tienes la menor idea de su poder y de lo que puedes provocar con ellas —dijo él, de nuevo mirando al frente y perdiéndose en la belleza escénica del paisaje.

Se deshizo de su gorro de lana y Olivia supo que lo había hecho a propósito. Le costó resistir el impulso de alzar el brazo y rozar con sus dedos ese cabello fino y suave que tantas veces había acariciado.

—Lo siento. Estuve tentada de llamarte en más de una ocasión, pero no podía hacerlo, Duncan. Teníamos que poner tierra de por medio.

—No te lo reprocho. Era lo mejor para los dos, sobre todo para ti. No tenía ningún derecho a seguir haciéndote infeliz. Hice caso a tus consejos.

—¿Quieres decir que...?

—Busqué ayuda.

—Nunca es tarde para buscar ayuda y enmendar errores.

—Mi problema radica en que he cometido demasiados a lo largo de mi vida y deshacerse de semejante carga no es tarea fácil.

—Nadie nos garantiza que las cosas sean fáciles, pero en nuestras manos está el no hacerlas más complicadas.

Él la miró y Olivia bajó la vista.

—¿Y qué hay de ti?

—No hay mucho que contar.

—Estás muy delgada. ¿Va todo bien?

—Mira quién habla.

Él también había cambiado bastante en los últimos meses. Sus facciones parecían más marcadas, el contorno de sus ojos acusaba signos de madurez y su imperecedera mirada traviesa se había transformado en una mirada abrupta atenuada tan solo por el azul de sus ojos.

—Han sido semanas de mucho ajeteo en el trabajo y necesitaba esta escapada. A veces me entran ganas de mandarlo todo al infierno.

—Nunca es tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para rectificar.

—¿Crees que he cometido algún error?

—No lo sé. Tú eres la que acaba de decir que quieres mandarlo todo al infierno.

—Estoy contenta con mi vida, si es eso a lo que te refieres. Es solo que a veces me gustaría irme lejos durante una temporada. Eso es todo.

—Tuviste la oportunidad de hacerlo conmigo.

De nuevo se hizo el silencio. Olivia no se esperaba que hablase del pasado. Ella se había arrepentido de alguna de sus decisiones. ¿Le había sucedido a él lo mismo? Lo dudaba, pero pese a todo se preguntaba dónde estaría de no haberse cruzado en la vida de Duncan. ¿Qué habría sido de él si hubiese dado con alguien que no le hubiese obligado a replantearse una vida cuyo camino estaba destinado al fracaso si no lo hacía? ¿Habría cambiado

algo?

—Ya sabes lo que me gusta este lugar y te confieso que a veces vengo aquí para recordar esos momentos felices —prosiguió él—. De hecho, y como te dije una vez, este banco debería tener mi nombre aquí grabado y no este otro. Me gustaría que el día que abandone este mundo alguien se ocupase de gastar las pocas libras que me queden en dedicarme un lugar así para la posteridad. «Duncan, escocés que emigró a Canadá, que regresó y amó esta tierra y que compartió este banco con su preciosa Olivia hasta el fin de sus días» —dictó con una sonrisa teñida de nostalgia.

Sin darse cuenta ella exhaló un largo suspiro. No pudo evitar el ligero temblor de sus labios, como no pudo esconder el brillo que acechaba a sus ojos. Una gélida brisa azotó su rostro y sintió la mano de Duncan sobre la suya. Segundos después estaba rodeada por sus brazos, que la mecían al ritmo del sonido de las hojas de los árboles, sus manos acariciando su espalda, sus labios sobre su cabello. Olivia no habría sabido decir cuánto tiempo estuvieron en esa posición, abrazados y en un silencio que anunciaba el inevitable recuerdo de lo que pudo haber sido, pero que jamás debería volver a ser.

—Qué bueno es volver a sentirte así —le susurró él al oído.

Olivia se separó del abrazo, confusa e inquieta por lo que implicaban sus palabras. Se hallaba lo bastante cerca de ella como para besarla y reparó en el nudo atravesado en su garganta. Sin más dilación, Duncan le enterró el rostro en sus manos, clavando sus ojos en los suyos sin contemplaciones. Ella pensó en el pasado, en los buenos momentos, pero sin olvidar los malos que le provocaron su ausencia, sus cambios de humor, su inestabilidad emocional y sus irrefrenables ganas de ser libre y no estar a atado a nada, pero él logró borrar ese pensamiento de su mente deslizando las yemas de sus dedos por sus labios entreabiertos.

—No es buena idea —murmuró Olivia bajando la vista.

Él le retiró un mechón del rostro. Seguía mirándola, comiéndose con los ojos su nariz, sus mejillas, la comisura de sus labios, haciendo con la vista todo lo que no se atrevía a hacer con la boca y con sus manos.

—Necesito saberlo y solo te lo preguntaré una vez —dijo ella de repente.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Estuviste con otras mujeres mientras estabas conmigo?

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Sí o no?

—No.

Su mirada perpleja, casi de enojo ante la pregunta parecía genuina y sin embargo Olivia no se dejó convencer. Sabía hasta que punto era capaz de embaucarla, así que se armó de valor y se lo dijo.

—No me mientas. Vi las fotos en tu móvil el día que te marchaste. Las de todas esas mujeres dedicándote sonrisas.

Su mirada acariciadora se endureció. Se puso en pie y le dio la espalda. Olivia no se movió. No quería arriesgarse a que sus piernas de gelatina la delatasen. Luego él se giró de nuevo hacia ella.

—No es lo que piensas. Te lo explicaré.

—Creí que serías más original. Contesta a mi pregunta. ¿Estuviste con esas mujeres, sí o no?

—No. No en el sentido que tú crees.

—¿Y por qué he de creerte?

—Porque es la verdad.

—Dame un motivo.

—No es mi intención convencerte. Lo que intento decirte es que no importa las mujeres con las que haya estado o dejado de estar, ninguna ha llegado a significar nada porque no me lo puedo permitir. No me puedo permitir sentir nada por nadie. Por nadie, Olivia, salvo por ti. Acercarme a ti aquel día en Granada ha sido lo único bueno que he hecho en mi vida.

Duncan le tendió la mano y ella alzó el rostro hacia él. ¿Podía acaso existir algo peor que desear lo prohibido, lo que sabía que debía estar vetado a su corazón?

Él entrelazó sus dedos con los de ella con suavidad, sin prisas. Y Olivia lo siguió.

Apoyó la cabeza sobre el marco de la ventana del salón del apartamento de Duncan. La guitarra que había apoyada sobre la pared captó su atención. No la había visto hasta este momento. La cogió y acarició sus curvas. Sus dedos se deslizaron por las cuerdas mientras contemplaba en silencio el ir y venir de los peatones y el tráfico a lo largo de Leith Walk. A las puertas de una cafetería una pareja se reencontraba y se entregaba a un lánguido beso bajo la llovizna que empezaba a caer sobre el asfalto. Olivia sonrió ante la escena, sintiendo incluso un poco de envidia sana, pero ese sentimiento se esfumó de un plumazo cuando unos brazos muy familiares apresaron su cintura desde

atrás y unos labios rozaron la curva de su cuello. Ambos se acomodaron bajo el hueco de la ventana y Olivia se recostó sobre su torso mientras seguía abrazando la guitarra.

—¿De dónde ha salido? ¿La tenías escondida? ¿Es este otro de tus secretos? ¿Forma parte de *tu historia*?

Sintió la risa de sus labios sobre su coronilla.

—Era de mi padre. Le gustaba tocarla y era la única manera de hacerme dormir cuando tenía pesadillas. La llevo conmigo a todos lados porque creo que algo de él permanece bajo estas cuerdas.

—¿Tenías pesadillas de pequeño? —preguntó ella mirándolo de frente.

Duncan asintió y rehuyó su mirada.

—¿No quieres hablar de ello?

—¿Tú no tenías pesadillas de pequeña?

—No, que yo recuerde.

Él guardó silencio. Olivia imaginó que era algo de lo que deseaba hablar, pero que todo lo haría llegado el momento.

—Nunca me la enseñaste. Deberías aprender a tocarla. Sería un bonito homenaje a tu padre.

—No tengo habilidades para la música y creo que más que un homenaje sería una deshonra a su memoria.

—Siempre tan positivo.

—Realista.

—Claro.

El silencio volvió a instalarse entre ellos.

—Es tan bueno tenerte aquí, me había olvidado de... —Duncan se detuvo.

—¿De qué?

—De lo que provocas en mí cuando estás cerca, de lo que me haces sentir y de lo mucho que te he echado de menos.

—Para por favor, no sigas por ahí.

—Es la verdad —musitó contra su mejilla—. Te he sentido más cerca que nunca. Mírame a los ojos y dime que lo que acaba de pasar no ha significado nada.

—Ya hemos pasado por esto, Duncan. Es como ver un partido en diferido. Sabemos cuál va a ser el resultado.

Ella se apartó y él le dio la espalda mientras se llevaba las manos a la cabeza y dejaba escapar un suspiro de resignación.

—Sigues sin entenderlo —se quejó él.

—¿Qué es lo que tengo que entender?

Duncan inclinó su rostro de forma que ella solo pudo vislumbrar su perfil a través de la tenue luz. Un laxo mechón le impedía ver la totalidad de sus facciones, ahora más marcadas por esa incipiente sombra de barba que comenzaba a despuntar en su mandíbula.

—No he vuelto a estar con nadie desde que lo dejamos.

—Oh, vamos—. Ella no evitó el sarcasmo de una carcajada—. No me vengas ahora con ese cuento.

—Lo que intento decirte es que no es fácil comenzar una relación con alguien cuando sobre mí pende la maldición de haberme cruzado con una mujer imposible de olvidar.

Olivia tragó saliva. No pensaba dejarse llevar por el peligroso poder de sus palabras. Sabía que la confusión lo dominaba y en cierto modo le comprendía porque ella estaba tan perdida como él, pero al mismo tiempo era consciente de que aquello no era más que un retroceso. Estaban dando marcha atrás, transitando por un camino que ya habían recorrido con anterioridad y cuya meta nunca habían logrado alcanzar.

—No nos dejemos llevar por las emociones. Ha sido un reencuentro fortuito, nos hemos acostado. Ha estado bien, fuegos artificiales y todo lo que tú quieras, pero no ha sido nada más que sexo. Fin de la historia. Estoy lejos de casa y desde aquí veo las cosas desde otra perspectiva.

—Yo estoy en casa y solo lo veo de una manera —dijo con voz grave, alzando la vista hacia ella—. Contigo he logrado vencer el miedo a mostrarme tal y como soy, y creo que la lista de cosas por las que jamás he logrado ni lograré olvidarte es demasiado grande.

—Esto ha sido un gran error.

Olivia se puso en pie y fue en busca del resto de su ropa. Comenzó a vestirse deprisa, dispuesta a salir de allí antes de ceder como tantas otras veces había cedido, pero él fue más rápido y volvió a atraparla con sus brazos aferrándola a ellos con una ternura que le trajo demasiados recuerdos.

—Nunca debiste dejarme marchar.

—No te dejé marchar. Tú elección fue abandonar. He pasado los peores meses de mi vida luchando por no sucumbir a los sentimientos que seguía teniendo por ti y lo he superado. Ya he dejado atrás esa fase.

—Y he terminado haciendo que me odies.

—No te odio.

—Sí, todos lo hacen, y con razón. Soy incapaz de amar a nadie.

—¿Por qué dices eso?

Se dejó caer al suelo y apoyó su espalda contra la pared mientras escondía su rostro entre sus manos para ocultar las lágrimas de impotencia que amenazaban con empañar sus ojos. Olivia se arrodilló a su lado, conmocionada y angustiada ante ese dolor que no sabía cómo mitigar. Pero no quería dejarse convencer. Siempre utilizaba sus demonios interiores e inseguridad para apartarla de él, y ahora los utilizaba para todo lo contrario, para que se quedara.

—Destruyo todo lo bueno que hay a mi alrededor.

—Escúchame bien porque solo te lo diré una vez. Nunca podría odiarte porque me diste lo mejor de ti durante un tiempo y me hiciste muy feliz, tremendamente feliz, pero eso no era suficiente porque también me hiciste daño, y lo creas o no ya no soy tan fuerte como antes.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees, mucho más de lo que yo jamás llegaré a ser. He cometido errores —rodeó su cara con las dos manos—, pero te quiero, Olivia. De verdad que te quiero.

—No digas cosas de las que después puedes arrepentirte. Puede que mañana niegues todo lo que estás diciendo hoy.

—Deja de mirar al pasado.

Se apartó de él y volvió a ponerse en pie.

—Es tu pasado lo que te impide seguir adelante y hasta que no te sinceres conmigo las cosas no van a cambiar.

—La carga es demasiado grande. ¿Estás dispuesta a compartirla conmigo?

—Ahora estás empezando a asustarme. Será mejor que me vaya.

—¿Lo ves? No confías en mí.

Ella se volvió hacia él y se quedó mirándolo un instante.

—Ahora soy yo quien necesita tiempo para pensar si quiero o no compartir tu carga y tu pasado, sea el que sea.

Él se puso en pie y le acarició la cara.

—No soy así por elección, Olivia. Sé que no he sido un tipo fácil de llevar, lo reconozco, pero necesito más que nunca que confíes plenamente en mí. Es lo único que te pido, por favor.

—Confío en ti, Duncan. No debería hacerlo, pero lo intento —le dijo.

—Esta tarde tengo una cita importante y la verdad es que me gustaría que me acompañaras, pero creo que lo mejor es hacerlo todo paso a paso.

—Vuelves a dejarme fuera de la ecuación. ¿Te das cuenta?

—Esto tengo que hacerlo yo solo. Habrá tiempo para compartirlo contigo, te lo prometo.

—¿Das por hecho que me voy a replantear lo nuestro?

—Haré lo imposible para convencerte, pero no soy nadie para retenerte. Espero verte mañana, y si después de lo que tengo que contarte decides no seguir adelante, entonces respetaré tu decisión. Para siempre.

—No sé si podré esperar hasta mañana a que me desveles el misterio.

La mirada de él se ensombreció por un instante, pero su sonrisa, su abrazo y ese beso sobre su frente ganaron la partida. Olivia se apartó, todavía con esa incertidumbre que no la abandonaba.

—Podrás hacerlo. Yo he estado esperando toda mi vida a alguien como tú y espero no haberme dado cuenta de ello demasiado tarde —confesó sin soltarla de la mano.

Ella asintió y segundos después desaparecía escaleras abajo. Una vez en la calle, antes de cruzar, se giró por puro instinto. Duncan estaba tras la ventana y le lanzó un beso en el aire. Le fue imposible ignorar el cosquilleo que se apoderó de su estómago. Luego alzó la mano en un gesto que significaba «espera». En menos de diez segundos apareció de nuevo tras la ventana. Sujetaba un folio en cada mano y los puso de cara al exterior. En español había escrito las palabras «TE QUIERO». Su sonrisa la envolvió en un creciente halo de calidez pese a la lluvia y el frío. Tendría que plantearse muy seriamente inmortalizar también sus sonrisas y comenzar a coleccionarlas. Sin embargo, no se molestó en hacerlo. No hizo falta porque jamás pudo borrar esa imagen de su cabeza.

Fue la última vez que lo vio con vida.

Capítulo 9

No podría creer en su buena estrella cuando el sábado el cielo azul volvía a ser protagonista indiscutible. Acudió a su cita en la tienda solidaria de Raeburn Place. Una muchacha aporreaba con ímpetu las teclas de una calculadora y apuntaba algo en una libreta cuando entró en el establecimiento. Alzó la vista hacia ella.

—¿Ethel?

—La misma.

—Soy Olivia Muriel.

La joven se quedó mirándola unos segundos, detalle que no le hizo sentir incómoda pero que sí le provocó cierta inquietud. Era como sentirse observada por alguien que se había hecho una idea preconcebida por motivos que todavía desconocía y que estaba a punto de descubrir.

—Oh, es un placer conocerte por fin, Olivia.

—Gracias, Ethel. El placer es mío.

—Siento haberte hecho esperar hasta esta hora. Puedo cerrar unos treinta minutos para comer. Es mejor hacer esto sin ser interrumpidas —le dijo al tiempo que ponía de cara al exterior el cartel de cerrado.

—Lamento robarte tu tiempo de descanso.

—Oh, no. No te preocupes. Acaba mi turno y además, estaba deseando que llegase este momento. Es que esto ha sido tan...

La muchacha no logró dar con la palabra adecuada y un brillo sospechoso apareció en sus ojos, claro indicio de que, fuera lo que fuese lo que tenía que anunciarle, los recuerdos harían otra vez acto de presencia.

—Lo siento... —se disculpó.

—Descuida. ¿Quieres que vayamos a comer algo aquí al lado y me lo cuentas?

—Será mejor que primero me acompañes a la trastienda. Mi almuerzo

puede esperar.

Olivia la siguió. A un lado de la sala había cajas de cartón ordenadamente apiladas contra la pared con un etiquetado de diferentes colores. Al fondo se dispersaban algunos muebles y artículos de decoración de segunda mano.

—Las de las pegatinas blancas son las de toda la ropa y otros artículos que hay que revisar antes de ponerlos a la venta. Las verdes son las que ya están preparadas para su venta al público. Generalmente en el convento hacen una primera criba y se quedan lo que no se puede vender para hacer algunos remiendos porque siempre hay alguien que le puede sacar utilidad.

Ethel arrastró una de las cajas con la pegatina de color verde que parecía estar apartada del resto.

—A la vista de lo que nos hemos encontrado no nos parecía oportuno ponerlo a la venta hasta que tú le echases un vistazo —le aclaró.

—¿Cómo llegaron hasta aquí todas estas cosas?

—Las Hermanas de la Misericordia se pusieron en contacto con nosotros.

—¿Las Hermanas de la Misericordia? ¿No lo hizo nadie de su familia? —indagó preguntándose por esa hermana de la que siempre evitó hablar.

—Solo sé que... él trabajó en el convento como voluntario. Puede que alguien se encargara de llevarlo todo allí.

Observó que sacaba de la caja un anorak de color azul. Era el mismo que llevaba puesto la última vez que se encontraron en Dean Village y el pellizco de su estómago se acrecentó. La joven extendió la prenda sobre una mesa y metió la mano en uno de los bolsillos delanteros para extraer un sobre.

—¿Qué es?

—No tendría que haberlo leído, pero tenía tu nombre escrito. Estaba abierto y por su contenido no tuvimos más remedio que hacer algo al respecto. Generalmente la gente guarda las cosas sin más en una o varias cajas y echa un cierre a los recuerdos. A veces nosotros somos los responsables de reabrirlos y nos encontramos con alguna que otra sorpresa.

—¿Ha sido así en esta ocasión?

—Es un caso bastante especial. Verás, hablé con mi superior y nos pusimos en contacto con el convento porque, al fin y al cabo, estas cajas vinieron de allí. Lo que se saca de la venta se dona a la obra social del centro. Al parecer Alastair Murray dejó instrucciones en sus últimas voluntades que incluían a este convento, pero donde no se mencionaba nada del documento que nos hemos encontrado. Al tratarse de un asunto de dinero buscamos otros

cauces.

Olivia no logró ocultar su mezcla de asombro y disgusto ante la revelación.

—Si se trata de dinero creo que yo soy la persona menos indicada. Tendrá algún pariente que...

—No nos hemos encontrado dinero en el sentido literal—aclaró Ethel—. Se podría decir que la agencia inmobiliaria se ha dormido un poco en los laureles, y en vez de solucionar ellos el asunto han esperado a que lo hagamos nosotros.

—¿Agencia inmobiliaria?

—Cuando lo leas lo entenderás.

—¿Pero cómo me habéis encontrado?

—Confieso que ha sido un poco desconcertante y a la vez muy conmovedor. En otra de las prendas, una gabardina, he encontrado un mapa doblado de una ciudad española: Granada. Ahí curiosamente estaba tu nombre escrito, el de tu página web para ser más exactos.

«El día que nos conocimos», recordó Olivia.

—Ese viejo mapa arrugado con tu nombre escrito en él y tu página web nos llevó hacia ti.

—Es increíble.

—Lo es, pero será mejor que deje de hablar y lo descubras por ti misma. Te recuerdo que puedes revisar todo y quedarte con lo que desees.

—¿Por qué? No soy quién para quedarme con nada. Nada de esto me pertenece.

—Aun así...No sé, pero da la impresión de que Alastair así lo habría querido.

—¿En qué te basas para decir eso? Ni siquiera me conoces. Además, su última voluntad fue donar todo esto a una obra social.

—Bueno...en la caja de los libros y cedés encontrarás algo que responderá a tu pregunta.

Olivia tragó saliva con fuerza.

—Tómate el tiempo que necesites, ¿de acuerdo?

La joven le ofreció una amable sonrisa y le presionó ligeramente el hombro con afecto antes de abandonar la trastienda.

Con manos temblorosas, Olivia abrió el sobre con su nombre escrito de puño

y letra de Duncan. Todavía le costaba acostumbrarse a que le llamasen Alastair. Sorprendida, se encontró con dos folios mecanografiados y sujetos por una grapa a lo que a toda vista era un recibo de retirada de fondos del banco con fecha de 27 de febrero 2015 por la cantidad de diez mil libras. El mismo día que se reencontraron en Dean Terrace. Desdobló los folios y comenzó a leer. El nombre de una agencia inmobiliaria de Portobello figuraba en el membrete. Se trataba de un contrato de opción de compraventa.

Como comprador de un inmueble en el número 21 de Abercorn Terrace constaba Alastair Murray. Se llevó la mano al pecho en un gesto de conmoción. No daba crédito. El contrato databa del mismo día del recibo del banco y la señal como entrega a cuenta para la reserva de la propiedad era justamente esa misma cantidad. ¿Acaso después de haberse encontrado en Stockbridge había decidido dar el paso? ¿Era aquella la decisión que tenía que tomar y por esa razón había salido a pasear para despejar su mente? Pero ya le habló de aquella casa la vez que rompieron de forma definitiva.

Prosiguió con la lectura del contrato y comprobó que se establecía un plazo de nueve meses para formalizar la compraventa hasta que los antiguos propietarios cumplieran con una serie de garantías, dado que la casa necesitaría de una importante reforma y los correspondientes permisos de obra y concesión de subvenciones requerían también unos plazos. Olivia ignoraba cómo habían llegado a semejante acuerdo. El caso es que así estaba firmado por ambas partes, y de no cumplir con esos requisitos se podía dar por rescindido el contrato, quedando de nuevo en poder de los interesados las cantidades adelantadas en concepto de señal.

Ahora entendía la preocupación por parte de Ethel y las Hermanas de la Misericordia. El periodo prescribía en menos de tres meses, concretamente el veintisiete de noviembre. La agencia tenía en su poder ese dinero. Se preguntó por qué nadie había conseguido ponerse en contacto con su única hermana. Tal vez porque no había tenido cabida en sus últimas voluntades, lo cual era comprensible habida cuenta de la relación nula entre ellos.

Se agarró a la silla y tuvo que sentarse. Los recuerdos se agolparon en su mente de forma automática y echó mano de su móvil. Todavía guardaba ese último mensaje de voz que le envió por *WhatsApp* después de haberse visto por última vez. Había perdido la cuenta de las veces que lo había escuchado y se resistía a borrarlo.

Ha sido una sorpresa verte, Olivia. Como siempre, has aparecido en el momento

adecuado de mi vida. Sé que te he hecho sufrir y que alguien como tú, que se preocupa por hacer feliz a la gente, no merece a un egoísta como yo a su lado. No estaba preparado para hacerte feliz porque yo no lo era. No te mentía cuando te decía que no podía implicarme contigo porque tarde o temprano mi verdad terminaría haciéndote daño. Y ya ves que por protegerte de esa parte de mí que tanto detesto he hecho que saques a la luz lo poco bueno que existe en mi interior. No voy a olvidar jamás los momentos que me has dado. Puede que no hayamos vivido el romance del siglo, pero guardaré como un tesoro el tiempo que hemos estado juntos porque he disfrutado cada minuto. No tengo derecho a pedirte más oportunidades. Ya me las diste todas y no supe aprovecharlas, pero si mañana se da la remota posibilidad de que decidas dar el paso de regresar a mi lado, prometo pasar el resto de mi vida compensándote por cada segundo que te he hecho llorar.

Ya es hora de poner en orden mi vida y de enfrentarme a ella. Tras años de búsqueda de mí mismo por fin he logrado llenar un gran vacío. Tú eres lo que me ha impulsado a dar el paso definitivo para dejarlo todo atrás y comenzar de nuevo. Tengo puesta toda mi ilusión en muchas cosas y quiero que formes parte de ellas. Te quiero mucho, Olivia. Te lo digo de viva voz y queda grabado. De esa manera si mañana discutimos y te digo que ha sido todo fruto de tu imaginación, aquí estará la prueba.

Las lágrimas volvieron a empañar sus ojos. De modo que eso era de lo quería hablarle. De la casa de Portobello que por fin se había decidido a comprar. ¿Era esa la cita tan importante que tenía aquella tarde? Pero ¿cuál era ese vacío de su vida que por fin había logrado llenar? ¿A qué tenía que enfrentarse? ¿De qué verdad había querido protegerla?

No quería volver allí, no quería regresar a aquel día en el que sintió que la tierra se abría bajo sus pies y la oscuridad la envolvía llevándola al peor de los infiernos posibles.

Tras ese conmovedor mensaje de audio no tuvo noticias de él hasta unas horas más tarde. Eran exactamente las 20:45 cuando volvió a contactar con ella con un nuevo mensaje que no pudo escuchar hasta que regresó a su apartamento media hora después.

DUNCAN: ¿Qué tal ha ido el resto del día, viajera? ;) Creo que en un par de horas estaré de regreso en Edimburgo. Sé que habíamos acordado vernos mañana, pero no sé si voy a poder esperar. ¿Quedamos esta noche, aunque llegue un poco tarde, o tienes otros planes porque otro escocés ya se me ha adelantado? ;)

Estuvo tentada de aceptar, pero lo cierto es que había estado todo el día fuera, tratando de ocupar su mente en cualquier cosa que no fuera Duncan y

estaba agotada, aunque, ¿a quién quería engañar? Fue su orgullo lo que frenó su deseo de proponerle venir al apartamento y estar acurrucada junto a él en el sofá. Decidió tomárselo con calma. Las prisas y las ganas con Duncan nunca eran buenas consejeras. Podía esperar. *Debía* esperar.

OLIVIA: Acabo de llegar y he escuchado tu mensaje un poco tarde. Estoy cansada. Demasiadas emociones en un solo día. ¿Te parece bien que lo dejemos para mañana, tal y como habíamos dicho?

DUNCAN: Claro, cariño. No te preocupes, me parece perfecto. ¿Sobre las 13:30 o 14:00? ¿Horario español?

OLIVIA: Genial.

DUNCAN: Parece ser que igual mañana el cielo se despeja a lo largo del día. Podríamos subir al Arthur's seat.

OLIVIA: ¿Arthur's seat? ¿Estás seguro? Creía que sufrías de vértigo. ¿Qué pasará cuando llegemos a la cima?

DUNCAN: Cuando esté ahí arriba, me sujetarás la mano y me sentiré seguro.

OLIVIA: Eres un liante, y lo sabes. ;) Te espero a las 13:30 en St. Andrew Square, en la puerta de Harvey Nichols.

DUNCAN: Allí estaré. :)))

OLIVIA: Si por lo que sea cambiamos de sitio o de hora, nos llamamos o mandamos sms. Ten en cuenta que en cuanto salga de casa me quedo sin WiFi y no vaya a ser que no encuentre conexión.

DUNCAN: Lo tendré en cuenta. Y contaré las horas. Descansa, preciosa. XXX

OLIVIA: Tú también. X

Pero a la mañana siguiente, cuando acudió al lugar de la cita aún no se había presentado, lo cual le extrañó porque si algo caracterizaba a Duncan era su extrema puntualidad. Esperó los diez minutos de rigor. Miró el móvil, pero ni rastro de llamadas ni mensajes de texto. Por un instante pensó en la posibilidad de entrar en Harvey Nichols e intentar conectarse a su WiFi, ya que en la pantalla del móvil le aparecían redes abiertas disponibles, pero descartó la idea. Agotó el tono de llamada sin que Duncan contestase al teléfono. Bajo ningún concepto iba a consentir ese desplante, así que volvió a intentarlo. Su enojo fue en aumento.

Pasaron las horas y no recibió la disculpa que esperaba. Cuando llegó a casa y se conectó a la red de WiFi comprobó que no tenía ni un solo mensaje en el *WhatsApp*. La última hora de conexión no aparecía, lo que le enfureció todavía más si cabe porque ocultarla era algo que nunca había hecho con anterioridad. No se explicaba aquella extraña actitud, sobre todo después de lo sucedido el día anterior, pero ¿a quién quería engañar? Era cuestión de

tiempo, solo que esta vez había superado su propio récord.

Con toda la sangre fría del mundo se enfrentó a la pantalla y escribió su último mensaje. No se sentía con ánimos de hacerlo de viva voz.

Sea lo que sea lo que no te ha permitido acudir a tu cita, me habría bastado con unas palabras escritas para decir la razón. Una vez más muestras tu cobardía y no contestas al teléfono.

Esperó al doble click para comprobar que lo había recibido. Permaneció unos segundos a la espera de que apareciese en línea para saber si lo había leído, pero nunca supo si llegó a hacerlo al tener configurada la privacidad de la última hora de conexión. El resto del día lo pasó sin tener noticias. El domingo tampoco recibió respuesta alguna. Escribió un nuevo y último mensaje:

Ahora sí que es el momento de decir adiós para siempre y por el bien de ambos será mejor que termine todo aquí y ahora. No vuelvas a contactar conmigo. Jamás. Es lo único que te pido.

Pero pese a sus palabras de despedida definitiva no pudo resistir el impulso, porque por mucho que se empeñara en olvidar el desplante había algo en su interior, tal vez un sexto sentido, que trataba de prevenirle de algo. De ahí que el miércoles, el mismo día que volaba de regreso a España, hiciera un último intento por averiguar lo que había sucedido. Se armó de valor y con aquel frío que helaba hasta el alma comenzó a caminar en dirección a su apartamento. Sin embargo, en el cruce de Leith Walk con York Place cambió de opinión y se detuvo.

«No tiene sentido. Si no ha querido ponerse en contacto contigo es porque no le ha dado la gana y a estas alturas no debería importarte. Deberías mandarlo al infierno de una vez por todas», pensó su yo realista y racional.

«Pero tantos días seguidos sin dar señales de vida no es propio de él», pensó su yo visceral.

Finalmente optó por regresar por donde había venido. Ya había tenido suficiente. Volvió a llamarle al móvil y continuaba apagado. La hora de conexión seguía sin aparecer. Y el mensaje que le había enviado no había hecho el doble click. A todos los efectos parecía que la había bloqueado.

«Hasta aquí hemos llegado. Se acabó»
Mientras esperaba la llegada del tranvía bajo la marquesina de Saint Andrew

Square, no dejaba de darle vueltas a lo sucedido. El extraño presentimiento continuaba ahí, acechándola. Era demasiado fuerte para ignorarlo e hizo lo imposible por apartarlo de su cabeza. Debería haber aceptado el ofrecimiento de Steve para llevarla al aeropuerto. Al menos habrían hablado de algo que no fuera Duncan.

El tranvía por fin llegó a la parada. Se pudo acomodar con su maleta de cabina en un asiento al lado de la ventana. Cuando reanudó su marcha la melancolía hizo acto de presencia. Siempre le sucedía cuando giraba a la derecha y enfilaba por Princes Street, dejando atrás la espectacular estampa de los bellos jardines con el castillo y las pintorescas casas de Ramsay Gardens como marco de fondo. Sabía que se tenía que volver a despedir y tal vez en esta ocasión fuera para siempre.

Aguantó las lágrimas, tragó saliva con fuerza y respiró hondo. Puso el móvil en modo avión. Necesitaba tener la mente ocupada con algo diferente, así que optó por sacar su Kindle del bolso para leer un rato, pero fue tarea imposible concentrarse en la lectura con el trajín de viajeros que se iban acomodando. Una señora de mediana edad que viajaba con su hijo le hizo levantarse para ocupar sus asientos. Consultó el reloj y ya llevaban veinte minutos de retraso. El personal de tripulación se afanaba en cerrar los huecos destinados al equipaje de cabina para no demorar el despegue. Diez minutos más tarde el avión se deslizaba por la pista y se elevaba por los aires. Intentó proseguir con su lectura mientras la mujer del asiento de al lado desplegaba su mesita para leer el periódico. Abrió el ejemplar del *Edinburgh Evening News* por la página de sucesos. La imagen de un castillo en ruinas de los muchos que imperaban por Escocia, a orillas de un acantilado, captó la atención de Olivia. Leyó el titular de reojo:

VARÓN DE 43 AÑOS FALLECE TRAS UN ACCIDENTE
EN GREENAN CASTLE.

Siguió leyendo su libro con el paso de páginas del periódico como ruido de fondo y con ese titular latente en su cabeza. Menudo escenario para perder la vida, más propia de un drama que de la realidad. De vez en cuando desviaba los ojos y al parecer su compañera de fila se dio cuenta de ello.

—¿Quieres echarle un vistazo? —se ofreció con una sonrisa.

—Oh, vale. Gracias.

Apagó el Kindle y comenzó a ojear el diario hasta detenerse en la página donde minutos antes había leído ese titular. Leyó más abajo.

Varón de 43 años, de Argyll, ha fallecido tras, al parecer, haber sufrido una caída mortal al suroeste de Ayrshire. El portavoz de la Policía de Strathclyde ha informado de la llamada de un vecino de los alrededores, que paseaba con sus perros aprovechando la marea baja de primera hora de la mañana de ayer a orillas del acantilado sobre el que descansan las ruinas de Greenan Castle.

Las primeras pesquisas indican que se trata de un trágico accidente y que el individuo caminaba solo cuando se produjo la caída que le costó la vida.

Desgraciadamente no es la primera vez que se produce una tragedia de estas características en esta zona...

Dejó de leer para centrar la vista en las dos imágenes que ilustraban el suceso. Una de ellas parecía ser de archivo y mostraba una vista aérea del castillo hueco y en ruinas que aún se mantenía en pie al filo de lo imposible tras más de cuatro siglos de existencia. La otra mostraba la explanada que se extendía tras las ruinas y los alrededores del acantilado. Dos vehículos oficiales aparecían en la esquina superior de la fotografía. Este último rodeado por un perímetro policial. En otra imagen aparecía un vehículo de color azul oscuro precintado. Algo de color verde y blanco sobre la parte trasera del vehículo le resultó familiar. Era el logo de una pegatina de los Hibs, equipo de la liga escocesa de fútbol al que Duncan seguía desde que tenía uso de razón.

El nudo en la garganta se hizo enorme. La edad, originario de Argyll como Duncan, que supuestamente regresaba de Ayrshire la tarde víspera de su cita en Saint Andrew Square. Esa localidad quedaba a poco más de tres millas de Greenan Castle, según decía el artículo. La mera coincidencia la hizo temblar.

Volvió a leer el artículo, pero no daba más detalles. La placa de matrícula del vehículo había sido pixelada en la imagen, supuso que por motivos de protección de datos. Cerró el periódico y lo dobló, tratando de ahuyentar los fantasmas que la atormentaban. La corazonada fue demasiado fuerte para ignorarla. No podía tratarse de él, ¿verdad? O sí. Por eso no había acudido a su cita. Era solo una coincidencia, una maldita coincidencia, se repitió a sí misma. Pero algo en su interior le decía todo lo contrario. Sintió una punzada en el pecho. Se sintió desvanecer, como si alguien hubiese drenado de golpe

toda la energía de su cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la mujer que estaba sentada a su lado con rostro preocupado.

La náusea le provocó un repentino mareo que le obligó a tomar aire con fuerza. Se negaba a creer en la mera posibilidad. No podía ser, debía de ser un error.

—Estoy bien —dijo a media voz.

—¿Estás segura?

Asintió con la cabeza mientras luchaba contra viento y marea para no sucumbir a los efectos de una revelación que se negaba a aceptar. Intentó quitarse el cinturón. De repente, se sintió prisionera de aquel chisme. Tenía que ponerse en pie, salir de allí y tomar el aire, pero ¿cómo iba a hacerlo si estaba encerrada en un avión a miles de metros de altura? Creyó que se tambaleaba al ponerse en pie, pero respiró hondo haciendo un esfuerzo infrahumano para conseguirlo. Su dolor alcanzó proporciones inimaginables. La sensación de ahogo se apoderó de ella. Sufría un claro episodio de ansiedad.

—Estás muy pálida —insistió la mujer.

—Sí, creo que estoy un poco mareada. Eso es todo —respondió a duras penas mientras hacía acopio de todo el valor y fuerza que se necesitaba para mantenerse en pie. No podía aguantar ni un minuto más allí sentada sin que la agonía y el sufrimiento la delataran. Una azafata, que pareció percatarse de que algo sucedía, se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarla? ¿Necesita algo? —le preguntó.

—Es solo un mareo. Se me pasará.

La azafata asintió, no del todo convencida.

—Será mejor que vuelva a su asiento. Le traeré algo de beber.

—No puedo. Necesito salir de aquí.

Fue consciente de las miradas de algunos pasajeros. Algunas inquietas, otras de curiosidad, incluso de recelo.

—Iré al aseo. Necesito refrescarme un poco —aclaró.

Sintió que perdía el equilibrio. Todo le daba vueltas. La azafata la sujetó por el brazo mientras le hacía una seña al sobrecargo.

—De acuerdo. Le acompañaré para asegurarme de que todo va bien.

Olivia apenas podía mantenerse erguida por el angosto pasillo escoltada por la azafata. Entró a trompicones en el aseo y la muchacha la ayudó a abrir el grifo mientras dejaba la puerta entreabierta para asegurarse de que no sufría

un colapso. El sobrecargo pidió permiso para entrar y le entregó un vaso de agua con una pastilla.

—Esto le hará sentirse mejor.

—¿Qué es? —preguntó Olivia.

—Un calmante. Descuide, no es la primera vez que alguien sufre un ataque de claustrofobia dentro de la aeronave. Esto la ayudará a superar el resto del viaje —explicó el hombre.

«No tengo miedo a volar», estuvo a punto de decir, pero cambió de opinión. Necesitaba algo más que una pastilla para superar aquello. Se sentía como si hubiese abandonado el mundo de los vivos. Algo en ella también acababa de morir.

La mujer sentada a su lado le sujetó la mano con afecto.

—Tranquila, antes de que te des cuenta estaremos aterrizando y este mal trago quedará en el olvido.

Olivia trató de esbozar una sonrisa de agradecimiento. Asintió muy a su pesar y cerró los ojos. No quedaría en el olvido. Si su corazonada era certera, jamás lograría olvidar.

Puso en marcha el teléfono móvil en cuanto aterrizó. Vibró contra el bolsillo de su bolso mientras caminaba como una zombi hacia la hilera de taxis. La pastilla había cumplido con su cometido de calmarla durante el vuelo y se perdió en un profundo sueño del que despertó pasadas dos horas cuando apenas quedaban quince minutos para tomar tierra. En ese tiempo los efectos habían desaparecido y regresó a la angustiada realidad que la tripulación y la señora de al lado y su hijo, creían ser consecuencia del miedo a volar.

Tardó en reaccionar a la llamada. Era Steve.

—¿Dónde estás?

—Oh Steve. Dios mío, Steve —comenzó a llorar y ya no pudo detenerse.

—¿Qué ocurre?

—Han tenido que dar la noticia en la televisión. No puede ser cierto. Esto no puede haber sucedido, no puede ser. No puede tratarse de él. Dime que no se trata de él —decía en un intento desesperado por controlar la oleada de sentimientos que la envolvía.

—¿Qué noticia? Cálmate, Olivia. ¿De qué hablas?

—Lo he leído en el periódico, el *Edinburgh Evening News*. Se ha encontrado un cadáver al suroeste de Ayrshire. No voy a poder superar esto,

no voy a poder superarlo —balbuceó entre el torrente de lágrimas.

—¿Superar el qué? ¿Qué es lo que...?

—Se trata de Duncan. Es él.

—¿Qué?!

—Encontraron su cuerpo la mañana de ayer. Ha tenido un accidente —dijo atropelladamente, sin poder respirar, sin lograr controlar el llanto y el dolor que la aniquilaban por dentro—. Oh, Steve, si yo hubiese estado con él esto no habría sucedido. Tendría que haber quedado con él y por mi culpa ya no está. Se ha ido, Steve, se ha ido para siempre. No podré superarlo, no podré...

—Para, para, para —interrumpió de golpe—. ¿Cómo sabes que se trata de él?

—Todo coincide, él estaba en Ayrshire, Steve. Había quedado con él y no se presentó. Sé que es él. Mi corazón me lo dice.

—Por favor, trata de tranquilizarte. ¿Dónde estás?

—Acabo de aterrizar.

—Creía que salías más tarde. ¿Por qué no me llamaste? No te habría dejado subir a ese avión hasta saber que estabas en condiciones de hacerlo.

—Me he enterado de la noticia durante el vuelo. Ya te he dicho que lo he leído en el periódico.

—Escúchame con atención. Me encargaré de comprobar lo que me estás contando y volveré a llamarte. Cálmate, por favor. Puede que sea un error y se trate de otra persona.

Olivia lloraba a moco tendido y se sintió objeto de las miradas, en particular la de un hombre que se acercó a ella con rostro preocupado.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda? —le preguntó en inglés al haberle escuchado hablar por teléfono.

Olivia trató de calmarse y asintió con la cabeza.

—¿Seguro?

—Sí.

La bondad de aquellos ojos anónimos se le quedó grabada en el peor momento de su vida. Reprimió un nuevo llanto.

—Olivia. Olivia, ¿me oyes? —le gritaba Steve al teléfono.

—Sí, te oigo.

—Ni se te ocurra conducir ahora hasta Granada, ¿me oyes?

—Descuida, me vine en autobús. Me quedo en casa de una amiga.

—Muy bien. Me informaré de todo y volveremos a hablar. Llámame en

cuanto llegues. Promete que lo harás.

—Lo haré. Lo prometo.

El desconocido viajero la miró una vez más con rostro preocupado antes de reanudar su camino tirando de su maleta.

Olivia llegó a casa de su amiga. Tras contárselo todo, vio que tenía dos llamadas perdidas de Steve. Tuvo que sentarse para no derrumbarse cuando le confirmó la devastadora noticia que su corazón destrozado ya había asimilado como cierta.

Capítulo 10

Se limpió el resto de las lágrimas con el dorso de la mano al tiempo que arrastraba una de las enormes cajas hasta ella y la abría. El azul siempre fue uno de sus colores favoritos. Camisas, sudaderas, pantalones, americanas, anoraks, gabardinas, bufandas y guantes se apiñaban en esa caja anónima. Sujetó entre sus manos un suéter de color rojo que consiguió hacerle comprar porque realzaba mucho el color de sus ojos. Enterró el rostro en el suave tejido y aspiró el aroma. Pese al detergente utilizado su olor corporal permanecía, o tal vez fuese solo producto de la intensidad de su recuerdo. Se encontró con otro de color verde que todavía conservaba la etiqueta puesta. Ni siquiera había llegado a estrenarlo. Revisó los bolsillos de otras prendas. Abrigaba la esperanza de encontrar algo, alguna nota, algunas palabras escritas que le aclarasen el misterio de una muerte tan repentina como injusta.

En la otra caja de menor tamaño encontró una funda de piel oscura. Deslizó la cremallera y sacó una vieja cámara de fotos, una Polaroid. Seguro que más de un coleccionista pagaría un buen precio por ella ahora que todo lo *vintage* estaba tan de moda. Abrió la pestaña creyendo que encontraría un carrete de fotos, pero estaba vacío. Devolvió la cámara a su lugar y siguió rebuscando. Encontró muchos libros y algunas láminas o pequeños lienzos sin enmarcar. Había una bella acuarela del castillo de Eilean Donan que no recordaba haber visto, al menos no en su apartamento. Era la primera vez que veía algo pintado con aquella técnica en blanco y negro. La escala de grises estaba conseguida al cien por cien, dándole a la imagen un efecto impactante, casi tridimensional. Echó un vistazo al reverso y leyó una dedicatoria escrita a mano.

No hay amor suficiente capaz de llenar el vacío de una persona que no se ama a sí misma. Es hora de que hagas algo al respecto.

Feliz cumpleaños.

Tu amiga Annie X

3 de noviembre de 2012

¿Se preguntó quién era Annie? Nunca le habló de ella, aunque si lo pensaba fríamente la lista de las cosas de las que nunca le habló era tan larga que no era de extrañar. El mensaje indicaba de una forma clara que la persona que lo escribió quizás llegó a conocer también algunos de los entresijos del alma de Duncan.

Rebuscó entre los libros hasta dar con una edición de principios los setenta del clásico de la literatura escocesa *Ivanhoe*, de Walter Scott. Se llevó la mano al pecho en un gesto automático al recordar. Cuando le confesó que era uno de los primeros libros que le regaló su padre pero que lo perdió cuando se marcharon a Canadá, Olivia decidió mover cielo y tierra para encontrarle un ejemplar de aquella edición o, en el peor de los casos, una lo más similar posible. Sucedió durante una deliciosa tarde de verano en la que paseaban por las callejuelas de South Queensferry y se detenían a disfrutar de una pinta en un pub con impresionantes vistas del Forth Bridge. Se emocionó al desenvolver el paquete y reencontrarse con algo que añoraba desde su infancia.

—No me lo puedo creer —dijo sin ocultar la sorpresa y la emoción—. Es la misma edición. ¿Cómo lo has conseguido?

—Por internet se compra y se vende de todo. Ha sido más fácil de lo que pensaba.

—Aun así no imaginas lo que esto significa —logró decir conmovido, mientras le sujetaba la mano y se la llevaba a sus labios—. No sé cómo lo haces, pero siempre logras llegar a esa parte de mí a la que no llega nadie.

—Quizás deberías dejar que la gente lo hiciera más a menudo, ¿no crees? Imagina lo que podrías llegar a conseguir.

Él asintió con media sonrisa y rehuyó su mirada para centrarla en ese pedazo de su memoria que ella le había ayudado a recuperar. Olivia se fijó en sus manos sobre las solapas, en cómo pasaba las primeras páginas y se detenía justo en el capítulo tres. Acarició sus hojas algo amarilleadas por el paso del tiempo mientras el rictus de nostalgia se apoderaba de sus facciones. Y supo que había despertado en él algo más que un simple recuerdo. Quiso preguntarle, deseaba indagar e ir más allá, pero él alzó la vista y la boca masculina cubrió la suya con un beso que le hizo olvidarse de su propósito. Se apartó y apoyó su frente sobre la de ella.

—Gracias, mi vida. Hoy me has hecho inmensamente feliz.

Y eso era todo lo que Olivia deseaba oír.

Respiró hondo ante ese último recuerdo. De entre las páginas de la edición ilustrada de *Ivanhoe*, resbaló algo que cayó a sus pies. Se agachó para recuperar varias hojas dobladas y una antigua fotografía de escasa calidad tomada con una Polaroid, seguramente con la misma que acababa de ver en la caja. Un hombre alto y apuesto posaba junto a un chiquillo de no más siete u ocho años. Debía de tratarse de Duncan y su padre porque ambos guardaban un gran parecido. El reverso no revelaba ningún dato. Jamás había visto fotos de su infancia y no pudo evitar que una sonrisa acudiera a su rostro al ver a esa otra versión de él, con ese cabello rubio cortado al estilo paje, vestido con unos pantalones cortos, calcetines hasta la rodilla y un suéter de rayas. Su padre miraba a la cámara con una sonrisa que sin duda había transmitido a su hijo a través de la poderosa genética. Examinó la foto para averiguar dónde había sido tomada y le dio un vuelco al corazón. Conocía aquel lugar. Duncan la había llevado allí el primer verano que pasaron juntos en Escocia. Era Helensburgh.

Abrió su bolso y en el teléfono móvil buscó las fotografías que se hicieron en aquella localidad cuya avenida principal, donde se habían detenido a comer en un restaurante español a petición de Duncan, transcurría paralela a la orilla de las aguas del fiordo de Clyde. Cuando encontró la imagen que buscaba sintió un pellizco en el estómago. Duncan se agarraba a una barandilla haciendo una divertida pose mientras alzaba ligeramente una de sus piernas, como si estuviese manteniendo el equilibrio a la vez que expandía sus brazos en el aire. Había varias de él en esa posición. Olivia tenía un magnífico recuerdo de ese día en el que él parecía feliz pese a las lejanas memorias que con toda seguridad le traería aquel lugar que le vio crecer, y que tuvo que abandonar demasiado pronto. En lugar de la barandilla, antes había un pequeño bloque de cemento donde Duncan se había subido haciendo la misma pirueta. No muy lejos se divisaba ese obelisco cuyo nombre no recordaba. Casi cuatro décadas de diferencia entre ambas fotografías, la mitad de una vida. Antes de regresar a Edimburgo ese mismo día, la llevó por los alrededores de la localidad y le mostró la calle donde vivió durante su infancia, pero su casa había sido demolida y sustituida por otra construcción más moderna. También le enseñó su escuela, Larchfield, que solo era de chicos y que terminó uniéndose a otra de chicas. Ahora se conocía como Lomond School.

Sin embargo, nunca mencionó nada relacionado con su familia ni a la fotografía que alguien, probablemente su madre, había inmortalizado con la cámara en ese mismo lugar. Desolada ante tanto recuerdo e incógnita, desdobló uno de los folios que había resbalado del libro junto con la instantánea. Eran los mismos sobre los que ese día había escrito de prisa las palabras que acompañaron a su última sonrisa, que le llenó el corazón y que le hizo mantener un resquicio de esperanza: «Te quiero». Al borde de las lágrimas desdobló el otro papel y descubrió con el corazón en un puño otras dos fotografías. La primera era la de un bellissimo almendro en flor y la segunda mostraba ese banco de los jardines de Dean Village en el que tantas confidencias e instantes inolvidables habían compartido. Al dorso leyó unas palabras también escritas de su puño y letra.

Duncan Murray, escocés que emigró a Canadá, que regresó y amó esta tierra y que compartió este banco con su preciosa Olivia hasta el fin de sus días.

Tragó saliva con fuerza para contener el torrente de emociones. Rememoró cuando tiempo atrás le habló del lugar en el que había plantado un almendro en memoria de su padres. Era un lugar que solo él conocía y que no había compartido con nadie. Olivia nunca llegó a conocer ese lugar, un rincón apartado que, según Duncan, pasaba desapercibido para todo el mundo hasta que el árbol florecía y solo algunos tenían la suerte de mirar en la dirección correcta para descubrirlo y disfrutar del efecto de la primavera en su máximo esplendor. Ahora que miraba la fotografía supo que había estado siempre frente a ella cada vez que ocupaban ese banco.

«—Algún día ya no estaré aquí —le decía con voz melancólica y ojos llenos de nostalgia—. El mundo seguirá su rumbo y solo vivirás mientras alguien te recuerde. ¿Harías algo por mí cuando llegue ese momento?»

—Cállate. Sabes que no me gusta que hables de esas cosas —le amonestó asestándole una ligera palmada sobre el ancho pecho en el que se acurrucaba en un abrazo, allí sentados en medio del verdor de Dean Village.

—Vamos, solo dime si lo harías.

—¿Hacer qué? —Ella se movió para mirarlo a los ojos.

—Este mismo banco en el que estamos sentados ahora mismo.

—¿Qué le pasa a este banco?»

Arrastró su cuerpo hasta el filo, se deshizo de su abrazo y se giró para leer la placa.

—¿Una dedicatoria en el banco de un parque? Vamos, para eso tendrías que hacer algo muy grande —bromeó.

—¿Cómo qué? —El rostro masculino mostraba un semblante serio—. Puede que haberte querido hasta el último día de mi vida sea motivo suficiente para tomarse la molestia de intentarlo.

—¿Y si soy yo quien se marcha antes que tú? ¿Harías lo mismo por mí?

—No me lo pidas, no me pidas algo semejante.

—No me parece justo. Tú me pides algo que no eres capaz de darme si se da el caso contrario. ¿No crees que eso es jugar en clara desventaja?

Las hojas de los árboles se agitaron en medio del silencio y él permaneció callado, mirándola de esa manera que conseguía conmovérla. Sus dedos acariciaron sus sienes, sus mejillas, su nariz, el contorno de sus labios y de sus ojos.

—No te hagas la remolona y responde a mi pregunta —le rogó él con voz ronca y una sonrisa contenida.

—En este momento de mi vida creo que el silencio sería la respuesta más sabia. —Ella cerró los ojos y sintió el roce de sus labios en los párpados. Sabía lo que se proponía hacer—. Sí, bésame por Escocia.

Sintió su sonrisa en la frente, de nuevo el reguero de besos en las mejillas, en la nariz y en las sienes, para terminar sobre su boca como un regalo.»

Oyó un par de golpes en la puerta y regresó a la realidad. Su esfuerzo por recomponerse fue en vano porque no se había dado cuenta de que sus ojos volvían a estar anegados por las lágrimas. Al girarse vio a Ethel asomando la cabeza por el hueco de la puerta con expresión preocupada.

—¿Estás bien?

—Tranquila, como decía Mafalda, «no estoy llorando, es solo que se me metió un recuerdo en el ojo».

—Bonita frase. Siento que lo estés pasando mal con todo esto.

—No te preocupes. Oh, vaya —Olivia miró su reloj—. Ha pasado casi media hora y ni me he dado cuenta. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer y aquí estoy yo haciéndote perder el tiempo.

—No te preocupes. Estas cosas es mejor no hacerlas con prisa. Y bien, ¿quieres quedarte con algo?

—No. Si su deseo fue que todo fuera donado a las Hermanas de la

Misericordia, quiero respetarlo. Haré todo lo posible por aclarar el tema de la agencia inmobiliaria de Portobello.

—Te lo agradezco. Son cosas que no nos gusta pasar por alto y antes de aclarar el tema con ellos pensamos que tú podías estar al tanto de esa operación de compra venta.

—Ya ves que no estaba al corriente —dijo sin ocultar ese sentimiento de culpabilidad que no la abandonaba.

—Aun así es de agradecer que te tomes las molestias.

Olivia sabía que era una idea descabellada, y la única forma de dar carpetazo a todo aquello era dejar todas sus pertenencias allí, olvidarse del tema y seguir adelante, pero había llegado hasta aquel lugar por alguna razón y se resistía a abandonar. Se aventuró a hacer una de las muchas preguntas que rondaban por su cabeza.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿dónde fueron a parar su móvil y su ordenador portátil? Sé que podríais haber sacado una buena cantidad con estos artículos.

—El ordenador se vendió enseguida.

—¿Y qué pasó con el disco duro?

—Se destruye. Cuando se trata de ordenadores se vende con o sin disco duro nuevo, según lo que quiera el comprador. Siempre nos quedamos con el certificado de destrucción del antiguo por el tema de la protección de datos.

—Entiendo. ¿Y el móvil?

—No lo sé, dudo que se pudiera recuperar tras el accidente, teniendo en cuenta que...—Ethel se interrumpió.

Olivia cerró los ojos para borrar esas imágenes que su mente había creado. Imaginarlo abandonado a su suerte, devuelto a la orilla tras la caída por la bajada de marea, solo y sin nadie que le hubiese abrazado antes de morir. Se le rompía el corazón solo de pensarlo. No cesaba de preguntarse si ella había sido la última persona a quien le había enviado algún mensaje y cuál era el imprevisto que le había surgido para no acudir a su cita. Si alguien se hubiese molestado en recuperar el contenido de su teléfono móvil o su ordenador, su historial de fotografías, mensajes de *WhatsApp*, correos electrónicos y sus llamadas, tal vez se habrían podido obtener respuestas. ¿Cómo habrían sido esos últimos segundos antes de darse cuenta de que perdía el control de su propio cuerpo? ¿A quién habría dedicado su último pensamiento antes de caer al vacío y hundirse en la oscuridad?

«¿Que fuiste a hacer a aquel lugar, Duncan?»

Sintió que temblaba y Ethel la sujetó con afecto del brazo para calmarla, gesto que agradeció.

—Lo siento —se disculpó Olivia intentando recomponerse.

—Tranquila. Será muy duro hacer frente a todo esto de nuevo.

—Lo es, pero tengo que hacerlo —dijo tras un leve suspiro—. Me gustaría llevarme la acuarela de Eilean Donan y este libro, si no te importa. Es que... fui yo quien se lo regaló —aclaró.

—Por supuesto. Además, eso es muy personal y es mejor que se quede contigo.

Olivia imaginó que había visto las fotografías y leído la dedicatoria de la acuarela.

—Una pregunta más. ¿Qué hay de la guitarra?

—¿Qué guitarra?

—Duncan tenía una guitarra en su apartamento. Era de su padre, y de ahí que fuese tan especial para él.

—La verdad, no tengo ni idea —respondió con una expresión que dejaba muy claro sus dudas—. Le preguntaré a mi jefa y te llamaré si descubro algo.

Llegó a casa y dejó la caja con las cosas de Duncan en el vestíbulo. Necesitaba pasear para poner en orden sus pensamientos porque estaba claro que tenía mucho por hacer. No sabía cómo iba a concentrarse en su trabajo si tenía la mente desbordada de preguntas. Lo que tenía muy claro es que tenía que hacer una visita al convento.

Al entrar en contacto con el WiFi del apartamento le habían entrado varios mensajes. Uno de ellos era de su amigo Steve, quien le proponía quedar para cenar y ponerse al día antes de que se encerrase entre las cuatro paredes del hospital, lo cual le arrancó una sonrisa porque le apetecía mucho verle. Le devolvió la llamada y se encontraron horas más tarde en un restaurante de Thistle Street. Le relató todo lo sucedido en la tienda solidaria y no pareció muy entusiasmado con sus ideas de ponerse a indagar.

—Cierra ese capítulo de una vez por todas. Esto te hará daño.

—Lo sé, pero no puedo hacerlo. Y no lo hago por él sino también por mí.

—Hagas lo que hagas no volverá. Tienes que aprender a vivir con ello al igual que yo hice con Marcos.

—Es diferente.

—¿Por qué? ¿Por el hecho de ser gay crees que no se sufre igual?

—Eso ha sonado muy machista viniendo de ti. Sabes perfectamente que no lo digo por eso. Lo que intento decir es que Marcos y tú estuvisteis juntos casi cinco años. Vivíais juntos, trabajabais juntos, lo hacíais todo juntos. Lo sabíais todo el uno del otro. Y lo más importante de todo, cuando se le diagnosticó la enfermedad sabías que tu vida con él tenía ya fecha de caducidad porque nadie logra librarse de un cáncer de páncreas.

—¿Y eso lo hace menos doloroso?

—No, pero al menos tuviste la oportunidad de decirle lo mucho que le querías, de repasar vuestros malos y buenos momentos, de hacer balance. Yo no tuve esa oportunidad —le tembló la voz—. Me enteré de su muerte por el periódico. Hoy mismo me he encontrado en una caja una fotografía de él con su padre que nunca me enseñó. No hablaba de su familia, apenas contaba cosas de su infancia o adolescencia. Tenía una hermana de la que evitaba hablar a toda costa. En la foto que nos hicimos en Helensburgh era evidente que estaba recordando un momento de su niñez y no me lo contó. Todo es tan extraño.

—Sus razones tendría para no contártelo. No olvides que cuanta menos información, menos problemas.

—Maldita sea, Steve, el día que sospeché que él era el hombre del periódico que habían encontrado muerto a orillas del mar, iba metida en un avión de regreso a España sin saber si algún día sería capaz de volver aquí. Siete meses, con sus días y sus largas noches esperando a que alguien se pusiese en contacto conmigo para decirme lo que había sucedido y cómo había sucedido.

—Te conté lo que me dijo la policía.

—Yo podría haber sido una de las últimas personas que lo vio con vida. ¿Por qué nadie me preguntó? Sé que iba a reunirse con alguien aquel día para algo importante. ¿Qué es lo que le llevó a Ayrshire? ¿Llegó a encontrarse con esa persona? Los mensajes de su teléfono móvil podrían haber dado tantas respuestas, pero nadie lo hizo. Nadie las buscó.

—Lo queramos o no, esas cosas suceden. Y no es la primera vez que en ese lugar se ha producido alguna tragedia parecida. Cualquiera se expone al peligro acercándose a un sitio así.

—Le tenía terror a las alturas, sobre todo cuando lo que se extendía ante él era el mar. Debería haber ido a la policía, tendría que haberles hablado de ello.

—Fue un accidente, Olivia. Un desgraciado accidente. Quítate esa idea

de la cabeza o solo conseguirás acrecentar tu dolor.

—Tú puedes llorar a Marcos en su tumba. Yo no sé dónde está enterrado Duncan.

—Está en Seafield.

A Olivia se le humedecieron los ojos.

—¿Cómo...?

—Sabía que querrías saberlo y me encargué de averiguarlo.

—Gracias.

Steve la acogió en sus brazos.

—Te ayudaré en todo lo que necesites, pero prométeme que no te obsesionarás con esto.

—Te lo prometo.

Steve se apartó y la miró no muy convencido. Sabía que su amiga no pararía hasta llegar al fondo del asunto.

Capítulo 11

Tardó en dar con la tecla de apagado del despertador. Estaba agotada e iba a costarle habituar de nuevo su cuerpo al horario de rutina laboral.

Afortunadamente la ducha, un succulento desayuno y dos cafés bien cargados nivelaron los desajustes matutinos de su organismo. Salió a la calle dispuesta a enfrentar no solo un nuevo día, sino su primer día de trabajo en una nueva ciudad, lejos de casa, de su familia y amigos, del entramado de calles de pasado nazarí de su niñez y juventud. Comenzar ahora una nueva etapa con aquel cielo azul limpio y completamente despejado fue una inyección de ánimo.

Aunque el trayecto se hacía algo largo a pie, poco menos de una hora, iba con tiempo de sobra y prefirió caminar para aprovechar la mañana soleada. No tardarían en llegar las mañanas heladas en las que sería mejor opción quedarse un ratito más en la cama y usar el transporte público. Se sintió diferente al atravesar Northbridge. Lo había hecho cientos de veces para cruzar a la ciudad vieja, pero ahora se sentía como ciudadana escocesa de corazón con independencia de lo que pusiese en su pasaporte. Corazón y alma divididos entre la bella ciudad que la vio nacer y crecer, Granada, y la ciudad que le cautivó desde el primer instante, Edimburgo. Dos ciudades con una fascinante historia, soñadas y veneradas por escritores y viajeros de todo el mundo. Maravillosas coincidencias.

Acostumbrada siempre a ir a paso muy rápido, se dio cuenta de que se acercaba a Morningside. Ya había estado cerca de aquella zona cuando su amigo Steve compartía piso cerca de la universidad. A lo lejos divisó la Kennedy Tower y cruzó la zona de aparcamientos hasta el edificio donde se hallaba el ala de Psicología Clínica y Psiquiatría del hospital. Se acercó al mostrador de recepción para identificarse y esperó unos minutos a que Morag Keenan, la directora del programa, viniese a recibirla. Le dio la bienvenida con un afectuoso saludo y se quedó sorprendida porque se la esperaba más en su papel e incluso de mayor edad, pero calculó que no sería mucho mayor que

ella. Tenía un corte de pelo muy juvenil y ese típico rostro escocés de mejillas sonrojadas por el frío y ojos claros.

Atravesaron un largo pasillo en el que se exponían trabajos de todo tipo. En aquel espacio terapéutico colaboraban tanto los propios pacientes como el personal del hospital, voluntarios, e incluso familiares, creando con ello un entorno creativo y lleno de color.

Media hora después, todos los participantes en el proyecto se hallaban reunidos en una sala. La doctora Keenan les entregó su acreditación y les dio la bienvenida.

—No vamos muy bien de tiempo y aunque ya estáis informados de todo, os expondré algunas cosas a modo de simple recordatorio. Este programa implica utilizar información confidencial de los historiales de los pacientes que se han ofrecido a formar parte del mismo, y así se mantendrá a no ser que exista un riesgo para el propio paciente, familiares, hijos en su caso, o bien un asunto de carácter legal que requiera forzosamente el acceso de terceros a esa información. Fuera de dicho caso excepcional, esos datos funcionarán como simple estadística y no saldrán de aquí. A lo largo de estos meses os irán siendo asignados un número de pacientes determinados. Todos ellos, o bien sus padres o tutores legales, han dado su consentimiento por escrito para el programa, pero no olvidemos que, pese a que lo hacen voluntariamente, no tienen la libertad de entrar y salir del recinto mientras sean objeto de estudio. A veces necesitarán un pase e incluso teniéndolo será un pase de tiempo limitado.

»El nivel de observación bajo el que está el paciente cambia cada veinticuatro horas y siempre bajo supervisión de su médico, que es quien decide. Ellos os informarán en cada momento de estos protocolos y podréis plantearle cualquier duda que os surja.

»Existen tres razones por las que el paciente está aquí ingresado. Porque simplemente va a ser evaluado, porque ha comenzado una nueva medicación o bien porque puede estar en riesgo. Por lo tanto tendremos tres grados de observación diferentes. Sobra decir que pueden sentirse incómodos y que en ocasiones la situación podría ser tensa, pero confío en que todos estáis sobradamente preparados para suavizar estas pequeñas tensiones en la medida de lo posible.

»Pese a lo que ha avanzado la medicina en otros campos, en la Psiquiatría y Psicología aplicadas ese avance es lento, tan lento que a menudo nos preguntamos si realmente hacemos progresos. La mente fue, es y seguirá

siendo un misterio. No miramos de la misma manera a alguien que padece una enfermedad reconocida y diagnosticada que a una persona que sufre de algún trastorno mental o desorden emocional. De ahí que el factor humano sea fundamental y en eso es en lo que nos hemos basado para vuestra selección. Durante este estudio ni unos ni otros podréis prescribir medicación alguna porque para eso estaremos los integrantes del equipo médico que supervise a cada caso. La Psicología Clínica coincide con la Psiquiatría en que su objeto es el trastorno mental, no la enfermedad, de manera que las funciones de psicólogos clínicos y psiquiatras convergen en gran medida en este proyecto. Todos y cada uno de vosotros estáis suficientemente capacitados para el diagnóstico y el establecimiento de la estrategia terapéutica más adecuada para cada paciente, por lo que se impone la cooperación, por supuesto siempre desde el reconocimiento de las distintas competencias. Lo que hace especial este programa son dos cosas: la primera es que bajo ningún concepto podréis comentar con el resto de integrantes del programa la evolución de los casos que tenéis entre manos. La segunda es que descubriremos el verdadero objetivo que os ha traído hasta aquí tras obtener los resultados de vuestro estudio. Eso es todo, así que bienvenidos y buena suerte.

Y así comenzó su primera semana de trabajo. Una semana de adaptación en la que se metió de lleno en los historiales clínicos de los pacientes integrantes del programa que le habían sido asignados. De entre todos ellos, el caso por el que más se interesó desde un principio fue el de Ethan Thomas. Un joven de dieciséis años que presentaba un claro episodio de depresión. Había ingresado en el programa voluntariamente y con el apoyo de sus padres, lo cual era un paso importante.

Durante las primeras fases de observación no había llegado a entablar conversación con ninguno de sus pacientes. Ethan fue el primero con quien lo hizo, tal vez porque veía en él muchas de las cosas que una vez vio en Duncan y que no quiso o no pudo entender porque estaba ya demasiado implicada como para querer darse cuenta.

Tras esa primera sesión, pensó que aquel muchacho, independientemente del problema emocional que arrastraba, mostraba claros signos de crisis de ansiedad y trastornos del pánico que sin duda le frenaban a salir del recinto porque aun teniendo un pase para hacerlo se negaba a utilizarlo. Pero por otro lado, ese miedo a sufrir una crisis en un espacio abierto no se manifestaba al

cien por cien ya que participaba en las actividades de los talleres, incluso en el de jardinería que se desarrollaba en el exterior, lo que demostraba que no necesitaba ninguna terapia de exposición. No quería anticiparse en sus conclusiones porque el seguimiento no había hecho más que empezar, pero era algo que plantearía en su informe semanal y, para su sorpresa, ese mismo viernes la doctora Keenan la convocó para contrastar impresiones de sus primeras valoraciones sobre Ethan.

Justo cuando acudía a su cita, la doctora abandonó el despacho porque la acababan de llamar. Olivia se quedó allí sola y, en medio del silencio y el aburrimiento ante la espera, recorrió con la vista la superficie de la mesa. Entre el relativo desorden reconoció la carpeta que contenía su informe, pero lo que le llamó la atención fue otra de un color diferente que sobresalía bajo la suya y que tenía un pósito pegado con una referencia numérica escrita a mano y un apellido que, inevitablemente, le puso la piel de gallina: Murray.

Algo se removió en su interior. Siempre había sido curiosa, pero en aquel instante no fue precisamente la curiosidad lo que le impulsó a hacer lo que hizo. Era algo mucho más fuerte. Deslizó un poco más la carpeta para abrirla, pero estaba vacía. Se aseguró de que la puerta seguía entornada y no se oía ningún paso al otro lado. Asomó la cabeza, comprobó que el pasillo estaba despejado y regresó de prisa a la mesa. Extendió el brazo para mover un poco la pantalla del ordenador. Aparecía un largo listado de nombres, fechas de consulta y números de referencia de historiales clínicos. Era evidente que en el momento en el que ella entraba, la doctora buscaba el expediente cuyo número estaba apuntado en ese pósito porque el cursor estaba situado justo sobre aquel número que acababa de memorizar.

Y allí estaba el nombre: Alastair Murray. Se le erizó el cabello de la nuca. A toda velocidad devolvió la pantalla y el cursor a su posición original, regresó a su asiento y la puerta del despacho se abrió de golpe.

—Siento haberte hecho esperar. Si no te importa lo dejamos para el lunes. Ha surgido un problema tengo que resolver ahora. Espero que no te importe — se disculpó la doctora.

—Por supuesto, lo entiendo. Lo hablamos la semana que viene —logró decir mientras hacía acopio de todas sus fuerzas para ocultar los efectos del ritmo ascendente de sus pulsaciones.

—Gracias, Olivia. Y perdona las molestias. Disfruta del fin de semana.

—Gracias, igualmente.

Olivia salió del despacho y se apoyó sobre la puerta con el corazón

latiéndole a cien por hora. Sin cruzar la mirada con nadie atravesó el pasillo en el que estaban expuestos los trabajos de algunos pacientes. No quería ponerse en evidencia con su rostro descompuesto tras lo que acababa de ver en la pantalla del ordenador de la doctora Keenan. Sin embargo, el tintineo de una campanilla le obligó a alzar la vista. A tan solo un par de metros de distancia Ethan Thomas desenrollaba una gran cartulina que sujetó por los extremos para pegarla con cinta adhesiva sobre el espacio libre de uno de los murales de corcho destinados a los trabajos de los pacientes. Se fijó en la chica que lo observaba desde el otro lado del pasillo. La muchacha sostenía varios libros en la mano, así que Olivia imaginó que era voluntaria de la biblioteca porque llevaba la acreditación pendiente de su cuello. Ethan se apartó lo suficiente para contemplar desde una mejor perspectiva el resultado de su obra ya expuesta. Entonces vio a la joven y una leve sonrisa que apenas duró un suspiro se dibujó en sus labios. Olivia buscó la reacción de la voluntaria ante ese gesto, pero cuando fue a mirarla agachó la cabeza, se giró sobre sus talones y desapareció por el pasillo. Ethan volvió a fijar la vista en el mural, con el vestigio de una efímera sonrisa ya borrada de su rostro. Luego, cabizbajo, siguió el mismo camino de la muchacha.

Cuando desapareció por el pasillo con una de las enfermeras, Olivia se adelantó hasta quedar frente al primer trabajo de su paciente expuesto en el tablón. Sólidos trazos de colores oscuros ilustraban lo que parecía un puente inacabado o medio destruido sobre un río. El dibujo era tan bello como lúgubre. Algo similar a una sombra emergía de las aguas pintadas de un gris azulado. Se acercó para verlo mejor. Tragó saliva al descubrir de qué se trataba: Una mano que luchaba por salir a flote.

Steve le había propuesto ir a recogerla al hospital y una de sus compañeras de equipo, una encantadora galesa que también había vivido en España y quería practicar el castellano, le propuso tomar algo en un pub después del trabajo. La segunda opción le apetecía porque necesitaba relajar un poco la mente y abandonar la lengua inglesa durante unas horas, pero también declinó la oferta amablemente poniendo como excusa el cansancio, lo cual en realidad no era una excusa porque lo cierto era que estaba agotada. Durante su primera semana de trabajo había estado sometida a mucha tensión hasta comenzar a habituarse a todo, y después de lo que acababa de descubrir en el despacho de la doctora Keenan sabía que no sería buena compañía para nadie. Además,

necesitaba hacer algo que no podía ser pospuesto por más tiempo.

—No me digas que ahora vas a ir al cementerio y después te vas a meter en casa. Menudo plan de viernes.

—Necesito hacer esto, Steve.

—Deja que te acompañe.

—No, tengo que hacerlo sola.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Hay algo que no me has contado?

No era el momento de hablarle de ese historial de Alastair Murray. Podría tratarse de alguien con el mismo nombre, pero hasta andar sobre seguro tendría que hallar la forma de acceder a ese archivo y comprobarlo. No sabía cómo, pero tenía que hacerlo.

—Escucha, tengo que dejarte. Quedamos mañana para almorzar cuando salga del convento de St. Catherine's.

—¿He oído bien? ¿Hoy al cementerio y mañana al convento? ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Meterte a monja de clausura?

—Tengo que hablar con alguien. Duncan trabajaba allí como voluntario y si sus últimas voluntades incluían a la obra social de ese convento tuvo que ser por una buena razón.

Escuchó un suspiro de resignación.

—De acuerdo, pero mañana te daré el sermón del siglo y no te irás a dormir hasta que la cerveza te salga por las orejas. ¿Entendido?

Steve siempre conseguía sacarle una sonrisa en el peor de los momentos posibles.

—Oído cocina.

Cementerio de Seafield, Edimburgo

Al no haber podido reunirse con la doctora Keenan tuvo la posibilidad de salir antes de su hora, así que aprovechó para tomar el autobús a Seafield Road. A su llegada se encontró tan perdida que dio gracias a que la oficina todavía estuviera abierta. Si hubiese llegado cinco minutos más tarde no habría podido saber en qué parte del cementerio se encontraba enterrada la familia Murray. Al ser un apellido bastante común tuvo que dar el nombre de los padres, que afortunadamente conocía de antemano.

La tarde estaba parcialmente soleada, pero la brisa en aquel espacio abierto se tornó fría, y el sonido de las hojas de los árboles al moverse en

medio del aciago silencio la sumió en una inmensa tristeza. La encontró rápido, en la parte más moderna del cementerio, como si de entre todas aquellas lápidas la suya estuviese esperándola. Allí estaba, salpicada de restos de flores marchitas que nadie se había ocupado de retirar y que se esparcían sobre las letras plateadas grabadas para la posteridad sobre el granito de color azabache. Se arrodilló para apartar toda la hojarasca y leer ese nombre que ni él mismo nunca pareció aceptar.

Alastair Murray
3 de noviembre de 1972
27 de febrero de 2015

Se le nublaron los ojos. Estar frente a su tumba fue como recibir de nuevo la noticia de su pérdida, como dar el adiós definitivo. Descansaba por fin eternamente al lado de sus padres, Rosalyn y Robert Murray. Le consoló saber que no le había mentado en cuanto a los nombres de quienes le dieron la vida. Se limpió el resto de las lágrimas con el dorso de la mano al tiempo que la ráfaga de viento que se había levantado volvía a alborotarle el cabello y arremolinaba las flores mustias a su alrededor, como si de una danza en el aire se tratase, hasta que fueron a posarse sobre una tumba más pequeña que había justo al lado de Rosalyn Murray, y que hasta ese mismo instante había pasado desapercibida. Sin duda era la que más había sufrido los estragos del paso del tiempo y el clima. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando leyó las deterioradas letras:

Duncan Murray
29 de julio de 1981
12 de junio de 1985

— Oh, Dios mío.

Se llevó la mano al corazón, como si presintiese que iba a desplomarse de un momento a otro ante la revelación. Respiró hondo. Una, dos, tres veces, hasta que sintió que sus palpitaciones comenzaban a remitir. Trató de pensar con claridad. Por las fechas debía de tratarse de un hermano pequeño. Falleció a falta de pocos días para cumplir los cuatro años de edad y se llamaba Duncan. ¿Por qué nunca le habló de él? ¿Por qué le dijo que su segundo nombre era Duncan cuando en realidad ese era el nombre de pila de su hermano menor fallecido?

«¿Qué está sucediendo aquí? ¿Por qué me ocultaste todo esto?»

Capítulo 12

No logró pegar ojo en toda la noche. El descubrimiento de un hermano menor fallecido del hombre al que supuestamente conocía la mantuvo en vela. Se levantó muy temprano, y ante la apremiante necesidad de amortiguar la ansiedad que la consumía y de despejar su cabeza de tanta incógnita, aprovechó las primeras horas de la mañana para visitar el mercadillo del West Fair End. Había considerado la posibilidad de llamar a Steve. Sabía que tendría que contárselo, pero prefería esperar. Necesitaba poner de acuerdo a su cabeza y su corazón.

Supuso un alivio para la mente fundirse con la inmensa belleza de los jardines de Princes Street. Era lo que en aquel momento le daba fuerzas para enfrentarse a lo sucedido en el cementerio. La temperatura era agradable y animaba a tomar algo al aire libre. Pintores, joyeros y artesanos de la piel mostraban sus originales creaciones en un ambiente donde reinaba cierta calma pese al trasiego de turistas madrugadores y curiosos.

De entre toda la oferta existente, algo despertó su interés y le hizo detenerse. A simple vista no era más que otro puesto que ofrecía el mismo tipo de acuarelas de algún rincón de la ciudad vieja. Sin embargo, conforme se acercaba a los expositores apreció la gran diferencia. Aparte de unas impactantes ilustraciones que evocaban espectaculares paisajes de las zonas más abruptas de las Highlands y de playas desiertas de aguas turquesas y cielos que parecían fundirse con las rocas, había otras láminas cuyos dibujos al carboncillo conseguían revelar un sinfín de emociones. No entendía mucho de pintura, pero la técnica y perspectivas utilizadas hacían pensar que su autor parecía haberse servido más bien de los efectos de una cámara que enfocaba a su objetivo, dejando esa neblina propia de los detalles que quedaban en segundo plano como marco de fondo cuando se contemplaba una fotografía. Era como si los rostros retratados quisieran buscar a su autor en el mismo cielo, como si la mano que había creado aquellas imágenes las hubiese captado desde el aire, como en una sucesión de fotografías aéreas. Se quedó

impresionada, y no fue la única porque varias personas se habían detenido en el mismo lugar fascinadas por la originalidad y belleza de las obras.

Aprovechó para inmortalizar con su cámara ese instante, pero una voz a sus espaldas se lo impidió.

—Le rogaría que no lo hiciera.

Olivia sintió que el rubor ascendía a sus mejillas cuando se giró sobre sus talones y se vio frente a un hombre alto e innegablemente atractivo, que la observaba con una mezcla de reproche e indulgencia que la dejó sin palabras.

—Oh, lo siento —dijo en un vano intento de recuperar la compostura—. No pretendía... Pensaba comprar una de ellas, pero siempre suelo hacer una foto antes de...

—No tiene obligación de comprar nada —interrumpió él con el amago de una sonrisa de cortesía que parecía querer paliar los efectos de su prohibición.

—No es obligación, le aseguro que quería hacerlo. ¿Es usted el autor?

Él asintió con la cabeza y Olivia no perdió detalle de ese rostro apuesto encubierto por unos expresivos ojos grises. Y en ese breve instante ya no supo distinguir si su fascinación se debía a aquella mirada o a la magnitud creativa de las obras allí expuestas.

—Estoy impresionada. Nunca había visto algo parecido y... si soy sincera no sabría por cuál decidirme.

—Tómese su tiempo.

Un posible cliente de los que merodeaban por allí reclamó su atención.

—Si me disculpa.

Olivia respiró hondo y volvió a colocarse la cámara al hombro. Centró su atención en los expositores, pero no pudo evitar girar la cabeza en cuanto la ocasión lo permitió para observar al autor de semejante despliegue de talento. Ahora charlaba con una pareja interesada en una de las láminas de las Highlands y desvió sus ojos en su dirección un par de veces mientras lo hacía, lo que obligó a Olivia a decidirse de una vez por todas. Deseaba llevarse una de sus obras. La de la playa desierta con los restos de un viejo muelle y un cielo poblado de amenazantes nubes fue su primera opción. Sin embargo, los ojos del rostro femenino de lustroso cabello que caía en cascada sobre sus hombros y que parecía estar en perpetuo movimiento, como si la mismísima fuerza del viento hubiese sido captada y atrapada para siempre sobre el lienzo, le produjo un inesperado vuelco al corazón. Estaba en un lugar más apartado, junto a otra de una playa que mostraba los pies descalzos de una mujer y un

bebé sobre la arena. No lograba encontrarle explicación a aquel repentino presentimiento. Lo que tenía claro es que aquella acuarela había despertado en ella una ternura sin precedentes, y una voz interior le decía que era esa la que tenía que llevarse consigo y no otra.

Sin lograr deshacerse de la abrumadora sensación que la inundaba, y en un impulso, la retiró del expositor. Inmediatamente sintió una presencia tras ella.

—¿Por qué la ha elegido?

Olivia tardó en responder. No le resultó fácil hacerlo cuando volvió a encontrarse frente a esos ojos que la miraban a conciencia sin pestañear.

—Me pregunto si no ha sido ella quien me ha elegido a mí.

Aquella respuesta pareció sorprenderle, o al menos esa fue la impresión que causó en Olivia.

—Elija otra —dijo él al tiempo que le arrebatava el lienzo de las manos y le daba la espalda para dirigirse a la mesita que utilizaba de mostrador.

—¿Por qué? ¿Es que no está a la venta? Si no quiere venderla ¿por qué la tiene entonces expuesta al público? —preguntó sin ocultar la indignación ante su conducta irreverente.

Observó asombrada que la envolvía en papel, la metía en una bolsa de plástico y la dejaba sobre la mesa. Olivia se plantó delante de él dispuesta a soltarle un discurso sobre su falta de profesionalidad.

—Quiero llevarme esa.

—Elija otra, por favor.

—¿Por qué? No me parece normal que...

—Porque ésta es un regalo —le interrumpió extendiendo la mano con la bolsa en la que acababa de guardar su obra elegida—. No se la cobro, pero a cambio de que se lleve otra que sí que tendrá que pagar. ¿Le parece un trato justo?

Olivia se quedó sin palabras. La mano de él continuaba en suspenso sujetando la bolsa mientras ella asimilaba su propuesta.

—¿Hay alguna otra que le haya llamado la atención? —insistió él con media sonrisa.

—Pero... —vaciló.

—Adelante.

Ella agarró la bolsa con decisión, pero sin deshacerse de la incertidumbre ante una situación tan peculiar como inesperada.

—Sí, lo cierto es que...el de esa mujer —señaló—. La que parece haber

sido pintada utilizando una perspectiva fotográfica. Parece una especie de retrato desde el aire. Me gusta mucho.

—Veo que entiende de fotografía —dijo señalando con los ojos la cámara que colgaba de su hombro.

—Soy aficionada, no profesional.

—Lleva una buena cámara.

—Gracias.

—De acuerdo. Vayamos entonces a por *el retrato desde el aire* .

Olivia no se movió. Permaneció en el mismo lugar mientras él retiraba la obra del expositor y respondía a las preguntas de otra clienta sobre esa obra en concreto. No llegó a oír lo que le decía porque estaba más pendiente de sus gestos de afecto hacia la niña de no más de cinco años, que se agarraba con fuerza al brazo de su madre. La chiquilla sacó su libreta de bocetos y sus lápices de colores de la pequeña mochila y se los mostró orgullosa al enigmático artista. Él se puso en cuclillas y se interesó por sus dibujos. Tenía mucha mano con los críos y le enterneció contemplar tan bonita escena sin darse cuenta de que la sonrisa que se dibujaba en sus labios fue interceptada por el pintor cuando se despidió de ellas y regresó al mostrador.

Lo vio contemplar una vez más su obra antes de envolverla en el grueso papel. Olivia habría jurado haberle visto plegar los ojos en un gesto que bien podría haber sido producto de un recuerdo lejano y tal vez doloroso, pero se recompuso enseguida. Le entregó el lienzo envuelto y metido en otra bolsa. Olivia sacó el monedero de su bolso y pagó el importe. Estaba tan centrada en todos sus gestos que no se dio cuenta de que al hacerlo algo se deslizó entre las libras y cayó al suelo a los pies del mostrador.

—¿Por qué lo ha hecho? Habría pagado con mucho gusto las dos.

—Llevo varias semanas exponiendo en este mismo lugar, y cuando alguien se ha interesado en comprarlos he mentido diciendo que ya estaban reservados y vendidos.

—¿No quería deshacerse de ellos por motivos personales? —se atrevió a preguntar.

—Cuando le he oído decir que ella es quien le ha elegido a usted y no al contrario he sabido que estaría en las manos adecuadas.

«Ella»

Olivia se sintió halagada, pero aquella respuesta no hizo más que generarle nuevas preguntas.

—Muchas gracias.

—Yo soy quien debe dárselas. Y ahora si me disculpa, tengo que atender a ese cliente.

Sin que mediase una palabra más la dejó allí plantada. Olivia retomó su paseo sin dejar de pensar en lo sucedido y solo por un instante se olvidó de los secretos de Duncan.

Capítulo 13

La mujer que se acaba de marchar ha supuesto un respiro. Me he olvidado de todo durante unos instantes para perderme en esos ojos que parecen acariciar todo lo que miran. Me dispongo a atender a otro cliente que parece interesado en la acuarela de Victoria Street cuando noto que estoy pisando algo. Veo una fotografía en el suelo, justo donde la turista acaba de estar. Me agacho para recoger la vieja instantánea, tomada con una Polaroid, de un hombre con un niño y la limpio cuidadosamente con el dorso de la mano. Se le ha debido de caer al abrir el bolso o el monedero. Alzo la vista para buscarla e ir tras ella con intención de devolvérsela, pero su figura ya se ha perdido entre la multitud.

Vuelvo a examinar la fotografía detenidamente. Estoy convencido de que he visto antes a ese hombre en algún lugar. Guarda parecido con alguien, pero no logro ponerle nombre. La guardo a buen recaudo en el cajón del mostrador con la esperanza de que vuelva a aparecer por allí.

El frigorífico está vacío y moriré de hambre antes que de ansiedad tras los últimos acontecimientos si no pongo remedio.

Salgo del Sainsbury que hay camino de casa con la cabeza atestada de preguntas sin respuesta. No ceso de darle vueltas a la mención de Kettwig por parte del sargento Lennox, y reconstruyo una y otra vez los hechos sin encontrar explicación plausible a esa llamada. Ensimismado en mis pensamientos, a la salida del local, una mujer cuyo rostro me resulta ligeramente familiar detiene mi paso acelerado.

—¿Sam?

—Disculpe, ¿la conozco?

—¿Sam Hamilton? Soy Carol Davis, ¿no me recuerdas? De la Escuela de vuelo de Cumbernauld.

—Carol, claro. Oh, Dios mío, Carol. Algún día terminaré olvidándome

hasta de mí mismo.

—Descuida, entiendo tu despiste. Hace ya más de dos años. Hasta yo he dudado por un momento si eras tú. Los dos hemos cambiado y es comprensible. ¿Cómo estás? —le dijo posando su mano con afecto sobre su brazo.

—Fue muy duro. Sigue siendo duro. A veces me pregunto qué razones tengo para seguir aquí.

—Tarde o temprano descubrirás que existen motivos para seguir. Lo creas o no, siempre hay algo por lo que luchar. Me habría gustado asistir al funeral, pero ya sabrías que de aquella revisión médica se derivó un nuevo cáncer.

—Me enteré y lamento mucho no haberte llamado.

—Estabas pasando por un infierno y lo mío no era nada comparado con lo que tú estabas soportando. Además, aparentemente lo he superado, que es lo importante.

—Me alegro, Carol. No sabes cuánto.

—Gracias. Ya no volvimos a saber de ti. Allí esperan tener noticias de que algún día vuelvas a surcar los cielos.

—Fue una etapa de mi vida. Volar para mí es sinónimo de devastación y pérdida. No podría volver a hacerlo.

—Annie no estaría de acuerdo y lo sabes.

—Yo tuve la culpa de lo sucedido.

—No se pueden buscar culpables en una tragedia así. Por esa regla, entonces yo sería tan culpable como tú.

—¿A qué te refieres?

Veo que vacila antes de continuar.

—No imaginas la de veces que me he planteado si debía o no contactar contigo para contarte esto.

Se produce un silencio breve e incómodo. Carol no consigue ocultar su malestar y yo lanzo la pregunta sin pensar en las consecuencias.

—¿Qué es lo que me tienes que contar?

—No quiero hacerte recordar ese día, Sam.

—Lo recuerdo cada minuto, de modo que si tienes algo que decirme que no sepa, adelante.

—Vamos, te invito a un café.

El aroma a grano tostado me recuerda que esta mañana no he tomado mi dosis de cafeína. El camarero deja mi taza sobre la mesa e inmediatamente vacío la mitad del contenido de un sobre de azúcar para borrar el corazón dibujado con la cremosa espuma. Annie adoraba esos nimios detalles. Y no solo esas pequeñas obras de arte que se habían convertido ya en algo habitual en muchas cafeterías. Ella siempre descubría formas y mensajes cifrados en las nubes, en un charco en medio de la calle, en la pasta de dientes derramada sobre el lavabo, e incluso en frutas y hortalizas. Captaba la belleza en las cosas más simples que pasaban desapercibidas para el resto de los mortales, algo que Rory heredó de ella.

Me viene a la memoria esa cena en un bistro del West End en el que ambos disfrutábamos de una exquisita raclette. Habíamos pasado a la segunda y definitiva fase de nuestra relación, compartiendo el mismo techo tras la meditada decisión de Annie de dejarlo todo para comenzar una vida juntos en Edimburgo. Vuelvo a revivir la escena.

—¿No irás a comerte esa patata? —me advierte con expresión taciturna.

Me quedo mirando el pequeño tubérculo con rostro interrogante.

—¿Qué le pasa a esta patata?

—Por Dios, ¿es que estás ciego?

Me río, si bien no tengo ni idea de lo que pasa. Vuelvo a mirar la patata que pide a gritos ser bañada en el queso derretido.

—Tiene forma de corazón. ¿No te has dado cuenta?

—Vaya, ahora que lo dices...Sí, tienes razón.

—¿Y bien? —insiste ella con su sonrisa picarona y esos ojos que me desarman cada vez que me mira.

—¿No quieres que me la coma?

—No me parece justo que lo hagas. Tú ya te zampaste mi corazón el mismo día que te conocí, señor Hamilton. Es hora de que yo haga lo mismo con el tuyo.

Un silencio cómplice se instala entre nosotros. Sé a lo que se refiere. Estamos acostumbrados a compartir esos instantes en los que otras parejas no se sienten a gusto, pero para nosotros es sinónimo de aquello que no puede ser expresado con palabras. Y lo que siento en ese instante por la mujer que tengo delante es demasiado valioso como para decirlo en voz alta. Entonces extendo la mano con aquel minúsculo corazón humeante engarzado en mi tenedor hacia ella.

—Recuerda que el mío estaba cubierto de chocolate —me dice casi en un susurro.

Sonríó rememorando aquella mañana fría en la estación de Kettwig y cubro de queso derretido el corazón de patata, que ahora ya ha pasado a ser su corazón de forma simbólica. Ella entreabre sus tentadores labios con una dulce sonrisa antes atrapar el delicioso manjar mientras yo observo cómo se deshace en su boca, cómo se desliza por su garganta, esa línea de su cuello que me vuelve loco. Tragó saliva lentamente a la vez que ella. Jamás compartir con una mujer un simple bocado de comida había resultado tan sensual, pero así es Annie en los momentos más inesperados.

—Tú corazón ya es mío, Sam. Para siempre.

Y tenía razón. Se ha llevado mi corazón, se lo ha llevado todo. Por esa razón dejé de hacerlo. Ya no busco esas formas imposibles pero ciertas, ni capto la belleza que solo ella era capaz de descubrir. Hasta que empecé a pintar, hasta que la rabia que me consumía ante la injusticia de haber perdido a mi esposa y a mi hijo se convierte también en la serenidad y la calma plasmada en mis obras.

Miro la taza en silencio. El corazón ya se ha desvanecido al igual que el mío. La voz de Carol me despierta de mi momentánea distracción.

—Ese día yo tenía un permiso para ir a media mañana a mi revisión médica y no tenía ni idea de que Annie fuese a volar, pero por lo visto quería darte una sorpresa para tu cumpleaños.

Cierro los ojos en un intento de ponerle freno a los recuerdos. Dejo pasar el nudo que me atraviesa la garganta.

—No lo sabía.

—Por eso era un secreto, tenía que ser una sorpresa. El caso es que esa mañana una amiga vino a verla.

—¿Recuerdas quién era?

—No lo sé porque no la había visto nunca por allí, pero Annie me había dicho semanas antes que conocía a alguien interesado en comenzar a dar clases y di por supuesto que se trataba de la misma persona. Pasé por la cafetería, pero no llegué a entrar. Las vi charlando mientras Patrick estaba con Rory jugando en el hangar y ajustaba su arnés en el asiento trasero del ultraligero en el que Annie volaría ese día.

Patrick McNally fue el instructor de vuelo de Annie cuando yo no podía volar con ella. Le costó levantar cabeza después de lo que sucedió aquel día. Pobre Patrick. Adoraba a Rory.

—Poco después —prosiguió Carol —, justo cuando yo entraba en el local, Annie salía sola sin la amiga, que se levantaba y salía por la otra puerta. Y no sé si fue una impresión equivocada, pero noté que estaba tensa y distante. Observé que le temblaban las manos y se las agarré para tranquilizarla porque pensaba que su actitud se debía a los nervios de volar con Rory por primera vez, pero había estado sonriente y relajada durante toda la mañana y eso fue lo que me despistó.

—¿A dónde quieres llegar?

—No sé, pero era como si la visita de esa mujer la hubiese trastornado. Tú mejor que nadie sabes que Annie alumbraba con su sonrisa y positividad allá donde estuviera. Y esa mañana fue como cualquier otra, solo que su talante cambió tras haber hablado con esa mujer, o al menos esa fue mi impresión.

—Dices que las viste charlando a las dos. ¿Dirías que fue una conversación de dos amigas íntimas, o de simples conocidas?

Trato de hacer memoria de las amistades más cercanas que Annie había hecho a través de nuestros trabajos y del voluntariado en el comedor social de St. Catherine's.

—No sabría decirte, ya que pasaba por allí y no llegué a entrar. Las vi desde el exterior, pero la amiga estaba de espaldas y solo me dio tiempo a ver el rostro serio de Annie mientras escuchaba lo que le decía. Juraría que la conversación que tuvieron no versaba sobre un tema agradable.

—Me pregunto quién sería.

—Cuando más tarde entré en la cafetería ya no estaban, pero fui en busca de Annie porque se había dejado olvidado el móvil sobre la mesa y quería asegurarme de que se encontraba bien. Solo quería saber que estaba en condiciones para pilotar el aparato, pero la avioneta ya salía del hangar con ambos a bordo y no pude detenerlos.

—¿Y es por eso por lo que te sientes culpable?

Asiente lentamente con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Las condiciones meteorológicas eran aceptables, Sam. Había efectuado en ese mismo ultraligero más de ochenta horas de vuelo. Fue un error humano, pero siempre me pregunto si podría haberse evitado.

—Si había algo que le preocupaba no debería haber volado poniendo en peligro no solo su propia vida sino también la de Rory. Pero eso nunca lo sabremos. De todas formas te agradezco que me lo hayas contado.

—No sé si ha sido buena idea, pero no quiero que te sientas culpable. Nadie lo es. Fue un accidente.

Recuerdo que en dos momentos claves de su vida el hecho de olvidarse de su teléfono móvil estuvo a punto de separarnos. La primera vez, yo me atreví a ir en contra del destino y lo conseguí. La segunda, fue el maldito destino quien me ganó la partida.

Y de repente, me viene la gran pregunta a la cabeza.

—Un momento, ¿y su teléfono móvil? Has dicho que ya salían del hangar, así que no te dio tiempo a devolvérselo.

—¿No se puso en contacto contigo?

—¿Quién?

—Patrick.

Noto que empiezo a sudar.

—Tengo que hacer una llamada para comprobar una cosa —digo mientras mis torpes dedos tratan con dar con el número de Patrick MacNally.

Patrick responde enseguida. Se muestra alegre y sorprendido de mi llamada, y al mismo tiempo apesadumbrado cuando oye mi voz. Yo no pierdo el tiempo, le agradezco sus palabras de apoyo y voy al grano. Quiero saber qué fue del teléfono móvil de mi esposa.

—Efectivamente. Me lo guardé para entregárselo después del vuelo. Oh, lo siento, Sam. Es duro volver a pasar por esto.

—Solo dime dónde fue a parar ese teléfono. Es importante, Patrick.

—Se lo dejé a su amiga.

—¿Qué amiga?

—Una que había estado en la cafetería con ella. Pensaba guardármelo, pero aquella mujer me oyó hablar con Carol y ella misma se ofreció amablemente a hacerlo por mí. Al haberlas visto juntas pensé que era buena idea.

Carol es consciente de que mi rostro cambia de color. Guardo silencio y Patrick reacciona.

—¿Qué sucede, Sam?

—No sé a dónde fue a parar ese móvil. Nadie se molestó en enviármelo.

—Lo siento. Pensé que se habría encargado de buscar la forma de contactar contigo para enviártelo.

—Pues no, no lo hizo.

—Bueno...después de lo sucedido...ya me entiendes, tal vez pensó que no era el momento adecuado.

—Aun así, no entiendo por qué se quedó con algo que no le pertenecía.

—Tienes razón. No tenía ni idea, de verdad.

—Tranquilo. No tiene importancia. ¿Te dijo su nombre?

—No. Y yo tampoco se lo pregunté.

—¿Cómo era? ¿Recuerdas qué aspecto tenía?

—Era muy guapa. De cabello castaño y largo, ojos grises, y más o menos de la estatura de Annie.

—¿Recuerdas algún detalle? ¿Su coche? Tuvo que llegar en coche hasta allí.

—Lo siento. Eso es todo lo que recuerdo. Ese día fue...hay muchas cosas que mi mente ha querido olvidar.

—Gracias, Patrick. No sabes cómo agradezco esta información.

—Si puedo hacer algo por ti, no dudes en llamarme. Nos gustaría verte por aquí.

—Lo haré, descuida. Hasta pronto, Patrick.

—Cuídate, Sam.

Noto que la aprensión me envuelve al poner fin a la llamada. Trago saliva antes de hablar, pero no puedo hacerlo. Siento que me falta el aire.

—¿Te encuentras bien? Oh, Dios. Creo que igual no ha sido buena idea hablar de esto —se disculpa Carol, incómoda por el giro que ha tomado la conversación.

—No te preocupes. Es solo que cada vez que sale a relucir algo de aquel día es como revivirlo todo de nuevo.

—Lo imagino. Lo siento, no debería habértelo mencionado. No pretendía hurgar en la herida de esta manera.

—No lo has hecho, Carol. Te lo agradezco, de veras. Es solo que no dejo de darle vueltas a la cabeza. Si a Annie le preocupaba algo aquel día debería habérmelo contado.

—Tal vez pensaba hacerlo.

Guardo silencio. Quiero pensar que sí, que quería hacerlo. Pero no quiero pensar en la posibilidad de que aquella mujer pudiera ser quien imagino.

—Prométeme que seguirás adelante. Eres joven. Hazlo por Annie y por Rory.

—Lo intento. Aunque no lo creas sí que lo intento.

—Ellos velan por ti allá donde estén.

—Yo soy quien debería haber velado por ellos.

El breve silencio es motivo para que Carol decida dejarme a solas con mis pensamientos.

—Siento no poder hacer mucho más por ti. Daría lo que fuese para poder remediar tu dolor.

Se pone en pie y hace ademán de pagar los cafés.

—No, por favor. Yo me hago cargo.

—Gracias.

—Me alegro de que hayas superado la enfermedad.

—Y yo espero que superes tu pena. Cuidate, y por favor, llámame para lo que necesites. Sigo teniendo el mismo número de teléfono —me dice al tiempo que posa su mano sobre mi hombro en un gesto de afecto antes de marcharse.

—Lo haré.

Me quedó allí sentado, ajeno a lo que sucede a su alrededor, con mi mente trabajando a cien por hora y el miedo emergiendo de cada poro de mi cuerpo.

Salgo de la cafetería y llego a casa a velocidad del rayo. Entro en mi dormitorio a trompicones en busca de la caja del olvido. La bolsa de plástico en la que guardo lo que queda del móvil, junto con la batería y la tarjeta de memoria, resbala de mis manos a causa de mi estado de nervios. Está tan deteriorado que nunca me he parado a pensar en la posibilidad de que no fuera realmente el móvil de Annie, pero ¿quién se habría atrevido a pensar lo contrario?

Busco un clip en el lapicero, lo desdoble y con la punta hago palanca para tratar de levantar parte de la cubierta que queda a salvo y que prefiero no destrozar ya del todo. La superficie donde debería haber estado la batería conserva todavía parte de unos números y por suerte puedo comprobar que sí se trata del mismo modelo. Aun así hay algo que se me escapa. De la minúscula tarjeta de memoria solo me es posible descifrar las dos primeras filas de una serie de cinco números porque el resto está borrado. Al no tener a mano una lupa tengo que ir en busca de mis gafas de lectura. Allí mismo enciendo la lamparilla de la mesita de noche y bajo una luz más directa verifico uno por uno los números legibles en la tarjeta para

luego cotejarlos.

Pero antes tengo algo más por comprobar. Sin pensarlo dos veces llamo al teléfono de atención al cliente de la compañía telefónica para hacer una consulta. Tras el protocolo de identificación hago la pregunta.

—Con este contrato existe un número de abonado aparte del mío.

—Así es, señor Hamilton.

—Ustedes proporcionaron para ese abonado un móvil modelo Samsung GT-S5830 en el año 2012.

—Correcto, señor Hamilton.

—¿Podría decirme el IMEI de ese teléfono móvil?

—¿No está en su poder este teléfono, señor?

—No, acabo de llegar de viaje y lo he olvidado en el hotel. Ya se encargan de enviármelo a casa —miento. No tengo ganas de entrar en detalles escabrosos con la operadora, y menos aún de que bloqueen ese teléfono ahora que lo necesito operativo para localizar las llamadas—. Como verá le llamo desde el otro número de abonado de este contrato —le aclaro.

—Le mandaremos el IMEI por sms.

Doy las gracias, cuelgo y espero impaciente a que entre el mensaje. El número de IMEI que me acaban de enviar no coincide con el del móvil medio destrozado que sostengo en la mano, y es un milagro que esos datos no se hubiesen borrado del reverso tras el accidente. Ese número es como el documento de identidad del aparato. La magnitud de la revelación me provoca una taquicardia. Corro hasta el cuarto de baño, abro el grifo de agua fría y me lavo la cara. Respiro hondo, pero no consigo normalizar el ritmo de mis latidos. Solo tengo dos cosas claras. El teléfono móvil que la policía judicial me devolvió cuando se cerró la investigación no era el de Annie, y quienquiera que fuese la persona que había hecho la llamada desde Alemania podría tener en su poder el auténtico junto con la tarjeta de memoria real. ¿Quién era la mujer que estuvo con Annie aquel día y que nunca me devolvió un teléfono que no le pertenecía?

La posibilidad vuelve a cruzar mi mente, pero la descarto. La sensación de náusea se instala en mi estómago. Me inclino sobre el inodoro para expulsar lo poco que queda en él. Gotas de sudor frío perlan mi frente cuando recuerdo aterrado ese día, esas fotografías, su mensaje.

Y vuelvo a revivir esa mañana de hace una década. Lo he hecho muchas veces para recordar esos momentos felices previos a la marcha de Annie,

ensuciados para siempre por lo que sucedió después.

La nostalgia me consumía cuando regresaba a casa agotado tras una larga jornada. Habían transcurrido apenas catorce horas y ya la echaba de menos. Mientras yo volaba de regreso a San Francisco desde Chicago, ella despegababa rumbo a París para regresar a España.

Parte de los platos y tazas del desayuno continuaban sobre la isla de la cocina, los otros apilados dentro del fregadero como recordatorio de que yo la había interrumpido cuando se disponía a meterlos en el lavavajillas.

—Pero ¿qué... —comenzó a decir entre risas al tiempo que deslizaba hasta su cintura la camiseta que le presté y posaba mis manos sobre sus nalgas.

—Tienes el trasero más bonito que he visto en mi vida. ¿Te lo había dicho?

—Seguro —se mofó ella al tiempo que se giraba hacia mí y la aprisionaba entre mis brazos.

—Tendrás que empezar a creer en mi palabra, señorita Kennedy.

—«Nunca creas en las palabras de un nombre mientras te esté tocando parte de tu anatomía». Eso me solía decir mi madre.

Solté una carcajada y antes de que ella se diera cuenta ya estaba cubriendo de besos su garganta y su cuello.

—¿No tuviste bastante anoche?

—Mmmm no. Calla y deja que te bese —le ordené entre risas.

Annie se dejó llevar. Me tomé mi tiempo y sentí que estaba preparada cuando se aferró a mi cuerpo. La agarré por las caderas con firmeza.

—¿Me quieres dentro de ti?

De sus labios escapó un leve gemido mientras asentía con la cabeza. Allí mismo me abrí paso en su interior y ella me sometió a una dulce tortura, rodeándome con su piernas para asegurarse de que se lo entregara todo. Y prolongué ese momento, mirándola a los ojos, incitándola, retirándome para después ir a su encuentro, recreándome en esa cascada de cabello de tintes celtas y memorizando cada una de sus facciones para no olvidar ese instante que no sabía si volvería a repetirse. No quería olvidarla. No podía olvidarla. Hasta que la sentí tensarse bajo mi abrazo y ambos nos fundimos en un último aliento. Mi único pensamiento era que no quería dejarla ir. La sujeté contra mi pecho y la abracé con fuerza. Las palabras salieron sin

poder evitarlo.

—Creo que estoy irremediablemente enamorado de ti — confesé.

Ya estoy en casa solo otra vez, rememorando estos últimos minutos junto a ella mientras deslizo la mano por la superficie de la encimera: su mirada tras escuchar mis palabras, su sonrisa y ese «creo que yo también» después de besarme. Permanezco pensativo frente a la ventana, con esa sensación de felicidad incierta a la que temo aferrarme. Las hojas de los árboles se mecen con fuerza a causa del viento y el cielo plomizo anuncia lluvia, lo que contribuye a incrementar mi tristeza. Las primeras gotas no tardan en golpear con fuerza contra el cristal. Y ahí es cuando lo veo.

Sobre la mesa hay un sobre con mi nombre escrito a mano. Pienso que es algo que Annie me ha dejado antes de marcharse a modo de despedida. Lo abro mientras la sonrisa regresa a mi rostro. Estoy ansioso por descubrir el misterio, pero el contenido arranca esa sonrisa de golpe. Preso del pánico, miro a mi alrededor y de nuevo fijo la vista en la ventana de la terraza. El corazón comienza a latirme con fuerza. Juraría haberla dejado cerrada antes de salir, incluso Annie ha bromeado en relación a mi obsesión de comprobar los cierres de puertas y ventanas, diciendo que a nadie se le ocurriría subir aquella interminable cuesta para robar. Sin embargo, alguien ha estado allí. Durante años he creído que estaba a salvo, pero me equivoqué. Ha estado lo suficientemente cerca o disponía de una cámara con objetivo profesional. Leo el reverso de una de las fotografías. En letras mayúsculas ha escrito:

YO SERÉ QUIEN VENDRÁ EN TU BUSCA

Se me revuelve el estómago con solo pensar que ha estado observándonos mientras ambos compartíamos ese momento tan íntimo. El miedo se apodera de mí.

Pese a su clara amenaza, he querido olvidarlo. Ese es el único modo de seguir adelante con mi vida. Por eso me marché de allí de la noche a la mañana. Y pensé que lo había conseguido, que se había olvidado de mí cuando la realidad era bien distinta. porque una acosadora psicópata nunca

se olvida de cumplir una amenaza.

Las manos me tiemblan mientras trato de localizar el número de teléfono del sargento Lennox. Tengo que llamar un par de veces hasta que responde a mi llamada.

—Soy Sam Hamilton, perdone que vuelva a molestarle.

—Buenas tardes, señor Hamilton. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Verá, es que...he recordado algo y es urgente que hablemos.

—¿De qué se trata?

—Tengo una leve sospecha de quién puede estar detrás de esa llamada realizada desde Alemania. Lo poco que conservo del móvil de mi esposa no es en realidad el móvil de mi esposa.

—¿Cómo dice?

—Es otro. He comprobado con la compañía telefónica el número de IMEI. El número de serie de la tarjeta de memoria y el teléfono que obra en mi poder no es el mismo. El día del accidente mi esposa olvidó su móvil en la cafetería de la escuela de vuelo.

Le pongo al corriente de lo que me ha contado Carol Davis.

—¿Y qué me quiere decir con esto?

—Es evidente que alguien le dio el cambiao en el último momento

—¿Y por qué alguien iba a querer hacer algo así?

—Para ocultar pruebas de un asesinato.

El silencio dura más de la cuenta.

—¿Tiene idea de lo que está diciendo? Eso es una acusación grave. No se encontraron indicios de ningún delito. Fue una tragedia que no se pudo evitar, un error humano, señor Hamilton.

—Habrá cámaras de vigilancia en el aparcamiento que grabasen el momento en el que la supuesta amiga de mi esposa llegó y se marchó, así como el número de matrícula de su vehículo. Necesito que busquen a esa mujer como sea. ¿No cree que le estoy dando suficientes motivos como para empezar a mover ficha?

—¿Y por qué sospecha de esa mujer?

—Porque tal vez se trate de la misma que hace años ya intentó matarme a mí.

Capítulo 14

Tal y como sucedía con la mayor parte de los conventos, el de St. Catharine's of Mercy estaba ubicado en un área tranquila y agradable: Lauriston Gardens, en la ciudad vieja y a pocos pasos del parque Meadows. Agradeció dejar atrás las construcciones modernas de Nightingale para viajar de nuevo al pasado de esos edificios llenos de historia. En aquel domingo parcialmente cubierto de algunas nubes que no parecían amenazar con lluvia, la paz que el entorno del lugar transmitía resultaba mucho más profunda.

La parcela ocupaba casi toda una manzana y al ignorar si habría otro acceso más abajo Olivia entró en el primero que vio, aprovechando que la cancela estaba abierta. Varios jóvenes salían de una puerta del edificio que quedaba justo a su izquierda. Se disponía a entrar, pero vaciló. Una voz le sacó de dudas.

—¿Puedo ayudarle?

Una mujer de melena rubia sujeta por una felpa y astutos ojos azules estaba tras ella.

—¿Es usted del convento?

—Así es.

—Vengo de parte de Ethel, de la tienda solidaria de Raeburn Place. Al parecer fueron ustedes quienes se encargaron de enviarles las pertenencias de un fallecido que prestó aquí servicios de voluntariado. Alastair Murray. Bueno, Alastair Duncan Murray, aunque él siempre prefirió que le llamaran Duncan —aclaró en caso de que allí se hubiera decantado por su segundo nombre.

La sonrisa se esfumó del rostro de la mujer y fue sustituida por una expresión teñida de una mezcla de sorpresa, y tal vez también de tristeza.

—Soy la hermana Macy.

Olivia no ocultó su sorpresa. Se esperaba a alguien de mayor edad y vestida de hábito. De lo que estaba segura era de que le leyó el pensamiento a juzgar por sus palabras.

—Aunque no lo creas todavía existe vocación en nuestra generación. Y a veces hasta nos vestimos de paisano y nos tuteamos.

Olivia sonrió.

—¿De qué conocías a Alastair?

—Fuimos...tuvimos una relación.

—Ah, vaya...Lo siento mucho.

—Gracias.

—Si hay algo que pueda hacer por ti.

—Oh, disculpa. Ni siquiera me he presentado. Soy Olivia Muriel — logró decir con un nudo atravesado en la garganta.

Trató de evitar que no lo temblaran los labios, pero el brillo de sus ojos ya anunciaba alguna lágrima.

—Nunca me dijo que había estado aquí como voluntario. Creo que hay muchas cosas que no me contó —confesó.

Macy guardó silencio durante unos instantes.

—Acompáñame —fue todo lo que dijo.

Entraron en el edificio y Olivia la siguió por un largo pasillo. Tras cruzar el umbral de una doble puerta se encontró en una cocina muy grande en la que varias personas colaboraban con tareas culinarias de diversa índole, como si de una cadena de montaje se tratase.

—Hoy daremos de comer a unas ochenta personas en dos turnos —le informó al tiempo que le daba un delantal y ella se ponía otro—. Este es nuestro equipo, gracias al cual muchas almas perdidas pueden hacerse con un plato caliente. Os presento a Olivia.

Los voluntarios sonrieron y alzaron su mano en señal de saludo. Todos excepto una mujer que, tras dirigirle una mirada fugaz, volvió a bajar la vista. ¿La conocía de algo o fue una impresión equivocada?

—Bien, ¿qué tal si me echas una mano? —preguntó señalando con la cabeza el enorme contenedor lleno a rebosar de tubérculos.

Olivia se olvidó de la mujer cuya mirada le había hecho sentir incómoda. En sus planes del día no contaba con ponerse a pelar patatas y zanahorias, pero si quería descubrir lo que la hermana Macy sabía más le valía ponerse manos a la obra.

—Me parece un trato justo —respondió.

Dejó el bolso donde le indicó y se puso el delantal.

Mientras se dedicaban a trocear las verduras para un gigantesco estofado retomaron su conversación sobre Duncan, aprovechando que estaban más apartadas del resto.

—¿Qué hacía aquí Duncan exactamente? —preguntó Olivia.

—Un poco de todo. No se le daban muy bien los fogones, pero ayudaba a los chicos y parados de larga duración en situación de deshaucio y desarraigo a escribir cartas, temas de informática y orientación laboral, les buscaba asistencia médica o bien ofrecía su vehículo para transportar a quien lo necesitase. De hecho, su vehículo también lo donó a la obra social.

—¿Lo seguís teniendo?

—No, se vendió muy bien y con ese dinero se han logrado hacer muchas cosas en el centro. También era un manitas, así que siempre se ofrecía a arreglarlo todo. Hay más de una sala cuyas paredes están pintadas por él. Se ofrecía a todo.

Olivia se sintió reconfortada y no se molestó en ocultar su emoción ante sus gestos solidarios. Jamás se había esperado esa faceta de él.

—¿Y cómo llegó aquí?

—Fue a través de otra voluntaria. Ella le aconsejó que ayudar a otros sería la mejor forma de ayudarse a sí mismo.

—¿Sigue esa voluntaria aquí?

—No, ya no está.

—Lástima, me habría gustado conocerla. También me podría haber dado respuestas.

Olivia no reparó en el silencio de la monja e inmediatamente lanzó la pregunta que luchaba por salir.

—¿Le habló alguna vez de mí?

—No, pero intuía que había alguien en su vida. Solo me dijo que había conocido a una chica española, pero que las cosas no habían salido como esperaba. Supuse que el problema era la distancia y aproveché para preguntarle, pero no quiso entrar en muchos detalles. Para determinadas parcelas de su vida se mostraba excesivamente reservado.

—Lo sé. Se encerraba en su coraza y no había manera de hacerle salir de ella.

—El problema de Duncan radicaba en que estuvo tanto tiempo pensando que no merecía ser feliz que al final terminó creyéndose.

—No comprendo. ¿Qué es lo que...?

—¿Sabías de la muerte de su hermano menor? —interrumpió la monja.

—No, jamás me habló de ello. Puede que pensara hacerlo la tarde que... —respiró hondo y Macy la agarró con suavidad del hombro—. Ayer estuve en el cementerio y descubrí su lápida. Fue un duro golpe enterarme de esa manera. Todavía no lo he asimilado, como no he asimilado muchas cosas, aunque entiendo lo importante que debió de ser para él hasta el punto de hacerse con su nombre. Supongo que decidir utilizarlo era una forma de mantener viva su memoria.

Entonces recordó ese fin de semana que pasaron en Ronda. Bromeaba con Duncan frente al mostrador de recepción del hotel en el que se alojaban, pidiéndole que le dejase ver la foto de su pasaporte. Él se negó a hacerlo poniendo como excusa y entre risas que saldría de allí huyendo en cuanto se la mostrase porque estaba horriblemente feo. ¿Fue ésa la verdadera razón?

—No es la primera persona que reniega de su primer nombre en favor del segundo —añadió Macy como para restarle importancia.

Olivia intentó relajarse. Tendría que cuestionarse si era bueno analizar tanto las cosas, pero le resultaba cada vez más difícil habida cuenta de los acontecimientos. No se le iba de la cabeza aquel expediente en el despacho de la doctora Keenan y no era buena idea mencionárselo a la hermana Macy. No hasta tener la certeza de que se trataba de la misma persona. Tendría que ir paso a paso.

—Dios mío —suspiró desalentada—. Todo esto es tan confuso. Una hermana de la que no quería hablar y un hermano del que desconocía su existencia y su muerte.

Macy se apartó para echar las zanahorias en una enorme olla.

—Las familias perfectas no existen.

—¿Por qué no me lo contó? ¿Por qué no confió en mí? —insistió Olivia.

—Le costaba confiar en la gente.

—Sin embargo, sí confió en una monja. Oh, vaya... disculpa. No pretendía ser desconsiderada, es que me cuesta entender que no me contase algo así.

—Tranquila, yo también habría pensado como tú.

Macy miró a su alrededor, como si con ese gesto quisiera asegurarse de que no había nadie prestándoles atención. Dejó el pelador de patatas sobre la mesa.

—No debería decir esto —dijo a media voz—. Aunque sé perfectamente que no estoy sujeta a ningún secreto profesional o de confesión como lo estaría

un sacerdote, un abogado e incluso un psicólogo como sería tu caso, me gusta mantener el anonimato de aquellos que vienen aquí en busca de ayuda. Y me da igual el motivo. No distinguimos entre los que cruzan estas puertas porque no tienen un plato caliente que llevarse a la boca y los que buscan dar tregua a una situación desesperada, o aquellos que simplemente están solos y necesitan compañía o ser escuchados. Todos y cada uno de ellos de alguna forma vienen a intentar encauzar sus vidas y encontrar el camino. Aquí no solo enseñamos y atendemos las necesidades básicas de hospitalidad, sino que damos apoyo espiritual a quien lo necesita.

—Una labor digna de admirar en los tiempos que corren.

—Las buenas acciones siempre se hacen desde el silencio y en el anonimato, las malas son las que gozan de una publicidad gratuita e injusta. Mi consejo es que deberías pasar página.

—Creía que ibas a ayudarme. Apuesto a que somos más o menos de la misma edad. Imagina por un instante que no eres religiosa. Imagina por un momento que estás en mi lugar.

—No me gustaría estarlo.

—Entonces, ayúdame.

—Veo que eres muy rápida con el pelador y con el cuchillo. Aquí toda la ayuda que recibamos es poca.

—¿Una monja haciendo chantaje?

—No utilices esa palabra.

—Lo siento...yo no...

—Llamémoslo intercambio de favores —bromeó, si bien habría jurado que la sonrisa no llegó a ponerse de acuerdo con sus ojos.

Las bolsas donde se guardaban las obras que había comprado en el mercadillo continuaban apoyadas contra la pared del vestíbulo. Las liberó con cuidado de su envoltorio y decidió que formarían parte de la decoración de su hogar temporal hasta su regreso a España. Volvió a contemplarlas recreándose en cada detalle. Los pies sobre la arena, la orilla y la inmensidad de cielo y océano como marco de fondo. Por instinto, sus ojos fueron a posarse en el estante sobre el que se apilaban dos hileras de libros que ahora estaban separadas por el bello lienzo de Eilean Donan, recuperado de una de las cajas de Duncan. Los estilos eran muy similares.

Retiró el lienzo de su lugar en la estantería y la unió a las otras dos. Las

mismas iniciales S.H. aparecían con idéntico trazo. Eran del mismo autor. ¿Y si esa tal Annie que le dedicaba aquellas palabras a Duncan en el reverso también había quedado seducida por las obras del artista del West Fair End?

Le fue imposible ignorar el nudo asentado en su estómago y comenzó a hacer cábalas. Iría de nuevo hasta allí y le preguntaría si lograba recordar a la persona que le había comprado esa acuarela. Habida cuenta de las molestias que se tomaba con algunos de sus clientes, puede que recordase con detalle a quién lo hizo.

Olivia regresó al convento al día siguiente después del trabajo y Macy parecía muy ocupada. Esa tarde se encargaba de ayudar a servir la cena junto a algunos de los mismos voluntarios que había visto la tarde anterior. Buscó a la mujer de rostro familiar, pero no estaba allí.

—Me alegro de verte. Toda ayuda es siempre bienvenida.

—Yo también necesito ayuda —le recordó Olivia.

—Ya te lo dije. Mi consejo es que te olvides de todo y sigas adelante.

—No puedo hacerlo. Lo quise con todo mi corazón, y no ceso de preguntarme si habría podido evitar su muerte.

—La muerte es inevitable. No deberíamos tener miedo a llegar a la meta.

—Yo solo quiero la verdad.

—En la ignorancia radica el misterio de la vida. A veces nos puede poner a salvo.

—¿A salvo de qué?

El silencio volvió a instalarse entre ambas y Macy apartó la vista. Olivia imaginó que aquella mujer solo buscaba la forma de no ahondar más en su dolor y en su incertidumbre.

—Hay mucho que hacer ahora mismo. Hablaremos más tarde.

La hermana Macy entró en la sala donde Olivia le esperaba. Se sentó frente a ella y le ofreció una taza de té.

—Gracias.

—Pareces cansada. No quiero abusar de tu buen hacer ni quiero que te sientas obligada a estar aquí solo porque necesitas respuestas. Te contaré lo poco que sé independientemente de que vengas o no.

—No lo hago por esa razón. Me viene bien echar un par de horas aquí.

Necesito mantener la mente ocupada y me siento arropada por gente muy amable. Duncan tuvo suerte al venir aquí.

La monja apartó la mirada. Se había dado cuenta de que lo hacía con mucha frecuencia, tal vez porque se sentía abrumada por sus palabras o por tratar temas tan personales e íntimos entre mujeres que estaban en una posición tan diferente. Olivia la observó detenidamente. Pese al atuendo espartano y la ausencia total de maquillaje era una mujer de facciones bonitas, casi perfectas, y preciosos ojos grandes y almendrados. Se preguntó si antes de decidir entregar su vida a Dios se había sentido atraída por algún hombre. ¿Y por Duncan? ¿Se habría sentido atraída por él en algún momento?

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—No olvides que la condición de religiosa hace que la discreción vaya de la mano conmigo.

—Cuando veo a una monja o un cura jóvenes me pregunto si antes de la *llamada* han tenido una vida...ya sabes.

—Si lo que quieres saber es si tuve alguna relación, mi respuesta es sí. La tuve, pero no salió bien. De todas formas, eso no tiene nada que ver con mi decisión de dedicar mi vida a esta congregación.

—Entiendo.

—No hablemos de mí. Ahora háblame un poco de él —la animó.

Olivia pensó que lo mejor era ser clara desde el principio, así que decidió hablarle abiertamente sobre algunos pormenores de su relación, los altibajos, las rupturas, los encuentros, la promesa de hacerle partícipe de esa parte de su pasado que le había ocultado, lo que había encontrado en la tienda solidaria de Raeburn Place y su reencuentro en Stockbridge el día antes de su muerte. Se desmoronó al recordar aquel momento e hizo lo imposible para frenar las lágrimas.

—Tuvo que ser espantoso enterarte así.

—Ese día quedará marcado en mi calendario de por vida. No supe a quién acudir y ni a quién llamar. Fue un amigo mío quien se encargó de certificarme que, efectivamente, se trataba de él. Fue el peor momento de mi vida. Sigo sin entender por qué nadie se puso en contacto conmigo tras su muerte.

—¿Por qué lo dices?

—Los mensajes que Duncan y yo nos enviamos la tarde antes del accidente eran bastante significativos, y si yo hubiese estado en el lugar de la policía habría tratado de mover cielo y tierra para hablar con una de las

últimas personas que podría haber visto con vida a Duncan.

—No quiero ser indiscreta, pero ¿a qué clase de mensajes te refieres?

—Era como si quisiera dar un paso adelante, como si estuviese dispuesto a sincerarse conmigo de una vez por todas para que... —respiró hondo antes de continuar. No se le iban de la cabeza aquellas imágenes de mujeres sonrientes en su móvil. Mujeres de rasgos muy similares entre ellas—, para que pudiésemos volver a empezar.

—Así que pensabas retomar la relación.

—Esa era la idea. Quería contarme algo. En principio habíamos quedado en vernos al día siguiente porque tenía una cita muy importante esa misma tarde, pero me envió un mensaje diciendo que ya estaba llegando a Edimburgo y que estaba deseando verme, pero yo...yo le dije que era mejor esperar. Si no lo hubiese hecho, si hubiese dejado a un lado mi estúpido orgullo él ahora estaría vivo —dijo con voz queda.

—Eso nunca lo sabrás. Tal vez simplemente quisiera decirte que finalmente se había decidido a dar el paso de comprar esa casa de Portobello que me comentaste. Y a la vista está que iba a hacerlo.

—No lo sé, tengo la sensación de que hay algo más que lo de la casa de Portobello. Dijo que por fin había encontrado las respuestas a muchos vacíos de su vida y que eso era lo que le había impulsado a tomar la decisión. Tendría que ir a la policía y contarles todo esto.

—¿Y para qué? Fue un accidente.

—Duncan sufría de miedo a las alturas. Jamás se habría acercado a ese lugar —dijo sin miramientos.

El silencio nubló la mirada de Macy.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, es solo una corazonada.

—Mira, Olivia. Puede que no te guste escuchar esto, el caso es que tras la notificación notarial de que la obra social de nuestra congregación era beneficiaria de todos los bienes materiales de su apartamento, me enviaron allí junto con el abogado y uno de los muchachos del hogar que se ofreció a trasladarlo todo en su camioneta. En el armario del baño encontré algo que...

—¿Qué?

—Tal vez no debería haberlo hecho, pero no quería que nadie se llevara la impresión equivocada.

—¿A dónde quieres llegar?

—Encontré un bote de antidepresivos y lo quité de en medio. No quería

que nadie pensara en la posibilidad de que...

—Un momento, si estás insinuando que Duncan podría haber...No, me niego a creerlo, no creo a Duncan capaz de quitarse la vida.

—Yo también me resisto a considerar la posibilidad, pero la medicación que tomaba podría haberle provocado efectos secundarios contraindicados.

—¿Decía eso la autopsia?

—No lo sé.

—Cuando rompimos la primera vez me confesó que había buscado ayuda. Tendría que haberme dado cuenta de que algo no iba bien, pero estaba demasiado centrada en lo que sentía por él como para ver más allá. El amor nos ciega. Nos hace perder tantas cosas...la objetividad, el orgullo y a veces hasta la dignidad.

—Aquí solo queríamos que tuviese un funeral digno y que descansara en paz.

—¿Asistió a su funeral? Pensar que estuvo solo me rompe el corazón.

—Fue un funeral íntimo. Ningún familiar que yo recuerde. Nosotros nos encargamos de darle sepelio. Es lo menos que podíamos hacer después de todo lo que él había hecho por nosotros. Desgraciadamente, la única persona que podría haberse hecho cargo de ello no estaba en condiciones de hacerlo —dijo con la vista perdida en la humeante taza.

—¿Se refiere a su hermana?

La pregunta hizo levantar la cabeza a la religiosa. Olivia trató de descifrar la expresión de sus ojos. Puede que, como ella, también estuviese asimilando demasiadas cosas en muy poco tiempo.

—¿Qué te contó sobre Keira?

—¿Keira? ¿Era ese su nombre? Dios, ni siquiera sabía el nombre. Nunca me habló de ella. Solo me dijo que era un caso perdido.

La hermana Macy guardó un breve silencio antes de volver a tomar la palabra.

—¿Te habló Duncan de las razones que le llevaron a romper con todo y regresar de nuevo a Escocia para quedarse de forma definitiva?

—Me dijo que su padre estaba enfermo y que quería estar cerca de él llegado el momento.

—¿Fue eso lo que te dijo?

Olivia asintió con un nudo en la garganta.

—En realidad regresó por otros motivos. Quería encontrar a su verdadero padre.

—¿Su verdadero padre? —dijo Olivia con voz ahogada. Se le quedó la boca seca. No consiguió articular palabra.

De pronto recordó. Ahora todo le cuadraba. Arrastró la silla y fue en busca de su bolso para sacar la fotografía de Duncan y ese hombre en Helensburgh. Era una posibilidad entre un millón, pero tal vez algún detalle de la imagen pudiera revelar información. Sin embargo, no pudo hacerlo porque, pese a que puso el bolso boca abajo para esparcir el contenido y registró cada recoveco de su monedero, no la encontró. La había perdido. Trató de hacer memoria de los movimientos que había hecho en los últimos días.

—¿Qué es lo que buscas?

—En la tienda solidaria, Ethel encontró un sobre dentro de un libro. Había una fotografía de Duncan con un hombre que tenía que ser su verdadero padre porque eran como dos gotas de agua. No la encuentro. No sé a dónde ha ido a parar. Dios mío, tengo que recuperar esa fotografía sea como sea —farfulló nerviosa y al borde del colapso.

Macy se puso en pie y la acompañó de nuevo hasta la mesa. La obligó a sentarse.

—Debes tomarte esto con calma, Olivia.

—Estoy harta de mentiras y de secretos.

—A veces la gente miente por motivos justificados.

—Eres monja, no deberías justificar la mentira.

—Sí, siempre y cuando se trate de proteger a alguien o protegerse a uno mismo.

—No quiero que me protejan.

—¿Sabes cómo perdió la vida su hermano menor? —dijo de repente.

Olivia negó con la cabeza.

—Murió ahogado —respondió Macy sin miramientos—. Alastair estaba con él cuando sucedió y ha vivido con esa carga y con otras muchas durante toda su vida.

—Oh, Dios mío...Pero seguro que fue un accidente.

—Pudo haberlo salvado.

—Era un chiquillo. No se puede hacer responsable a un niño de algo semejante porque dime, ¿dónde estaban sus padres?

—Dejó que sucediera, Olivia. Lo vio morir y no hizo nada. ¿Quién soportaría cargar con algo así?

Capítulo 15

Nunca me olvidé de la rudeza con la que la madre Victoria me agarró de la mano el día en el que supuestamente mi vida iba a cambiar para mejor. Su aparente mirada complaciente no se debía al hecho de que por fin alguien iba a darme una oportunidad. A través de su sonrisa forzada pude apreciar esa incredulidad propia de quienes creen estar incluso por encima de Dios. Siempre pudo más su deseo de deshacerme de mí que enfrentarse a la verdad de lo que pudiéramos contar al mundo todos esos niños y niñas que habíamos sido transferidos desde Greenford Park a otros orfanatos del país.

Esa lluviosa mañana de primeros de noviembre su mirada fue fiel reflejo de sus pensamientos: «Si abres la boca volverás al agujero. La gente de tu calaña, tarde o temprano regresa a donde realmente pertenece».

«La gente de *su* calaña», rectifiqué en silencio. Se equivocaba. Jamás volvería a Lanark. Algún día esas almas del diablo pagarían por sus pecados. Cualquier lugar sería mejor a partir de ahora, incluso este destartado edificio en el que había pasado los últimos cuatro meses era un paraíso comparado con el infierno de Greenford Park. Tardarían años en salir a la luz las atrocidades cometidas en ese orfanato y tal vez ni siquiera esa maldita hija de Satanás, que durante muchas noches en vela me hizo desear mi propia muerte, estuviese viva para responder ante la justicia, pero yo me encargaría de ello a mi manera.

No era como el parásito de mi padrastro que se pasaba la vida quejándose de las injusticias del sistema desde ese mugriento sillón frente al televisor sin hacer nada para remediarlo, mientras que la perdedora de mi madre rara vez conservaba un trabajo porque estaba demasiado colocada como para estar comportándose como una madre normal. Apenas podíamos sobrevivir con esas precarias ayudas. Tuve que hacerlo, tuve que escapar de ese maldito agujero, de ese bloque similar a una colmena en la que los perdedores eran apartados del resto y donde nunca entraba la luz del día.

¿Por qué? ¿Por qué otros tenían la suerte de nacer en familias normales, en hogares cálidos desde cuyas ventanas se podía disfrutar de algo tan simple como un jardín? Eso debería estar al alcance de todos, pero no. La vida no era así. La vida estaba lejos de ser así para gente como yo, destinada, como mis padres, al fracaso.

Hasta que decidí que no estaba dispuesta a aceptar lo que supuestamente el destino tenía preparado para mí. A mi corta edad mis ojos habían visto demasiado y tuve que hacerlo si no quería quedarme atrapada de por vida en esa espiral. ¿A quién iban a creer? ¿A una desvalida niña maltratada que en la escuela demostraba ser aplicada, o a un supuesto padre y una madre que nunca estaban en condiciones de protegerla? Resultó muy fácil que el estado se hiciera cargo de nosotras. Más aún que mi madre renunciara a nuestra custodia.

Era libre. Lo que no imaginaba era que aquello había sido el cielo comparado con el infierno que me esperaba.

Tenía seis años cuando mi hermana Margaret y yo cruzamos las puertas de Greenford Park. Sí, hasta este momento solo he hablado en mi nombre, pero éramos dos, que pasó a ser una. Quedé solo yo, porque tú fuiste la afortunada que pudo escapar de allí.

Tuve la mala suerte de ser la más pequeña, la débil, la de menor peso y aspecto demacrado y desnutrido a la que tenían bien escondida porque las familias venían en busca de la niña perfecta. Quién iba a elegirme a mí cuando tú dabas el perfil que buscaban, querida Margaret.

El día que entramos allí por primera vez nos impresionó la de espacios que había para jugar. Pensamos que, después de todo, podríamos ser felices en aquel lugar mientras esperábamos a que una buena familia nos adoptara, pero solo veíamos lo que esas desalmadas querían mostrar al exterior, a la asistente social y a los padres que venían en busca de un chiquillo o chiquilla para darles un hogar digno.

Esa felicidad de la mañana de nuestra llegada fue tan efímera como una gota de lluvia. Los nervios me traicionaron al entrar en uno de los cuartos de juegos y vomité lo poco que quedaba en mi estómago. Uno de los niños que estaba en la habitación dejó lo que hacía, corrió y se agachó frente a mí, pero la monja lo detuvo al ver la reacción de la asistente social, quien pensó que aquel crío se disponía a limpiar los restos de mi vómito.

En el momento en que la responsable de asuntos sociales terminaba con su cometido, salía por la puerta y nos dejaba allí a solas, la monja se acercó y me tiró de la oreja con tal fuerza que grité de dolor. Mi hermana estaba paralizada ante la escena, y más le valía permanecer así antes de que aquella mujer la tomara también con ella.

—Límpialo o me encargaré de que vuelva al lugar de donde ha salido — me ordenó.

Más tarde aprendería que lo de obligarnos a ingerir nuestro propio vómito era uno de los castigos estrella de la que llamaban hermana Lucifer. Sí, Lucifer. No merecía ser llamada hermana Lucy aquella encarnación del mismo demonio.

Más tarde nos pusieron a todas en fila mientras la misma monja que me había pegado y ridiculizado, y otra que le acompañaba, nos examinaban una por una. A algunas nos decían que diéramos un paso al frente, y yo fui una de ellas. Otras, como Margaret, se quedaban en su sitio.

En dos filas separadas seguimos a las religiosas a través de un largo pasillo hasta otra sala donde nos dieron un camisón, una toalla rugosa y una pastilla de jabón. Ordenadamente y con las cabezas gachas nos guiaron hasta las duchas. Los gritos se multiplicaron al entrar en contacto con el agua fría, pero la hermana Lucifer nos mandaba callar.

—¡Silencio! ¡Y frotad con fuerza. Solo así lograréis librar esos cuerpos del pecado!

Por si aquello no había sido bastante, todavía me quedaba por descubrir la razón por la que nos habían separado en dos filas. Otra monja nos esperaba con tijera en mano. No pude resistir las lágrimas mientras veía caer al suelo los mechones dorados de mi pelo. Había traído dos cosas de valor a ese orfanato. Acababa de perder una de ellas.

Durante la cena tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no vomitar aquella asquerosidad que llamaban comida. Miraba a mi alrededor y veía como otras niñas devoraban lo que había en el plato sin miramientos, como si fuera el mayor de los manjares posibles. Pero aquel día no puede hacerlo, pese a que con la mirada indicaba a Margaret que debía imitar al resto. Ella, como yo, se resistía a probar esa basura. Entonces la hermana Lucifer me

agarró del pelo con fuerza y enterró mi cara de lleno en el plato. Se hizo el silencio a mi alrededor. Levanté la cabeza lentamente mientras restos del guiso resbalaban por mi mejilla. Miré a Margaret, que inmediatamente se llevó la cuchara a la boca. La débil mirando por el bienestar de la que supuestamente tenía que haber sido la fuerte. Qué triste ironía. Obviamente, me mandaron a la cama sin cenar. Tendría que aprender a tragar y aguantar las arcadas si quería sobrevivir.

La primera noche en aquella gran sala abarrotada de camas en las que apenas teníamos espacio para movernos, y aunque lo hubiésemos tenido no habríamos podido hacerlo tras el toque de queda, aprendí lo que mojar las sábanas traía como castigo. Y tal y como me temía, varias noches después, Margaret no pudo evitarlo y lloró aterrada ante lo que sabía que le esperaba.

Fui yo quien te salvó de dormir en tu propio orín durante dos noches seguidas, hermanita. Quien te ahorró el mal trago de atravesar todo el pasillo y las habitaciones de los chicos con tus sábanas malolientes sobre tu espalda, quien te alejó de ese cuarto oscuro. Tú todavía conservabas tu precioso cabello y tenías la oportunidad de salir de allí, así que fui yo quien hizo el rápido intercambio de mis sábanas limpias con las tuyas a tiempo y pasé por todo ese calvario en tu lugar.

Fuiste la segunda cosa de valor con la que llegué al orfanato y que también perdí, porque un mes más tarde eras adoptada y yo me quedé en aquel infierno tres años más. Juraste que volverías a por mí, que contarías lo que sucedía tras aquellos muros, pero me dejaste allí abandonada a mi suerte bajo la tiranía de unos demonios vestidos de hábito que nos castigaban y nos mancillaban en nombre de Dios. Muchas veces me preguntaba si algún día la hermana Lucifer ardería junto con aquel crucifijo que llevaba atado a la mano y que utilizaba para golpearnos sin piedad. Desde entonces odio cualquier signo que me recuerde a la cruz. Me siento como una superviviente del holocausto ante una esvástica.

Pasaron los días, las semanas, los meses. Otros niños y niñas llegaban, algunos se marchaban, los menos. Y otros morían y eran enterrados en una fosa común. Los débiles y los más pecadores eran los que terminaban eligiendo ir al infierno para la eternidad, decían aquellas arpías, cuando el infierno estaba allí mismo, dentro de ellas.

Junto con otras niñas y niños nacidos del pecado como yo, trabajaba en la lavandería y me obligaban a fregar los suelos hasta dejarlos impolutos con productos que me hacían llorar hasta apenas poder respirar. El único resquicio

de normalidad al que me aferraba eran las horas de clase, pero hasta eso sabotó la hermana Lucifer. Como una estúpida creí que sobresalir de entre el resto me daría la posibilidad de escapar de allí. De nada me sirvió ser un as de las Matemáticas o de la Física. Ir por delante de cualquier conocimiento impartido por aquellas malvadas disfrazadas de la voluntad de Dios no hizo más que provocar la ira de la hermana Lucifer, quien me castigaba sin miramientos, lo que consiguió hacerme más fuerte. No podía maltratarme físicamente porque tarde o temprano las secuelas dejarían huellas visibles, así que empezó el maltrato psicológico. Yo no era nada, jamás llegaría a nada. Si alguna vez salía de allí sería con los pies por delante, me decía una y otra vez.

La noche llegó a convertirse en mi remanso de paz. La mayoría de las veces cerrábamos los ojos de puro agotamiento. Y así fue hasta que comencé a trazar un plan de huida que no salió como esperaba porque alguien se fue de la lengua y ahí comenzó la gran pesadilla. Descubrí la razón por la que esas otras niñas, de repente desaparecían de la noche a la mañana y decían que habían caído enfermas. A raíz de mi intento infructuoso de escapar pensé que tenía los días contados, que la hermana Lucifer me encerraría en el cuarto oscuro y que jamás volvería a salir de aquel agujero. Sin embargo no fue así. Regresé a la sala esa misma noche. No dormiría en el cuarto oscuro, sino en mi cama, como el resto de mis compañeras. Todo habría seguido igual de no ser por esas pastillas que me obligaban a tomar, las mismas que se rumoreaban daban a otros niños que ya no servirían para la adopción ni para sus propósitos de trabajo en esclavitud. En medio de la oscuridad todo parecía diferente. Me dejaba ir. Flotaba y pensaba que a lo mejor el final era mi verdadera vía de escape.

A la luz del día existían dos versiones de la misma imagen. La que yo y otros como yo vivíamos a diario, y la que veían quienes visitaban Greenford Park: la imagen idílica que nada tenía que ver con la realidad. Pero el milagro ocurrió. Greenford Park iba a cerrar para siempre. El edificio sería vendido a un promotor.

Logré salir de allí, hermana Lucifer. Y por mi propio pie. Dejé todo aquello atrás. No arrastré conmigo ni un solo recuerdo de mi pasado en ese lugar. No sería de esas idiotas que alcanzaban el éxito vanagloriándose de haber pasado por una infancia humilde y desgarradora. Yo no era de esas. No permitiría jamás que alguien indagara en la basura de mis orígenes.

Me había preparado a conciencia para aquel momento en el que mi vida estaba a punto de cambiar. En cada visita de los Murray me había mostrado como la hijita ejemplar a la que cualquier matrimonio desesperado por ejercer su derecho a ser padres desearía adoptar. Todos querían bebés para moldearlos a su antojo. Una niña de nueve años que había pasado por una infancia traumática y llena de carencias en un lugar como Greenford Park no era un plato de buen gusto para nadie, pero por una vez tenía que dar gracias a ese Dios que solo estaba de parte de los ricos, e incluso de la hermana Lucifer y la madre Victoria. Esta última se había encargado de tapar algunos agujeros con tal de sacarme de allí. Después de todo, había sido bendecida con un rostro angelical, piel de porcelana y unos ojos azules acompañados por una melena dorada a la que nadie se habría podido resistir. El patito feo convertido ahora en cisne. Ellos querían la perfección y ¿quién era yo para negársela? No estaba dispuesta a fallar. Esta vez todo sería diferente porque ya no habría hermanas a las que proteger. Nada ni nadie se interpondría en mi camino. Estaba a punto de abandonar para siempre esa vida de tercera y ocupar aquella que me pertenecía de pleno derecho y que me había sido arrebatada.

Caminé por el pasillo erguida, con mi cabello rubio como el trigo recogido en una trenza, ese que me juré a mí misma que dejaría crecer y mataría a quien se atreviera a volver a cortarlo. Ese cabello que ahora la madre Victoria intentaba adular con un deje de desprecio disfrazado de envidia. Mis viejos mocasines que cepillé una y otra vez hasta que quedaron relucientes, una falda plisada y la camisa blanca almidonada bajo el suéter de color azul pardusco que había visto días mejores, completaban mi atuendo de niña respetable, obediente y aseada.

Nos detuvimos frente a las gruesas puertas de madera que necesitaban varias capas de pintura. La madre Victoria llamó antes de entrar. De repente, en aquella enorme sala me sentí empequeñecida. Al fondo, frente a la ventana, observé las figuras del hombre y la mujer que estaban dispuestos a ofrecerme una nueva vida. Se giraron hacia mí con una calurosa sonrisa en sus rostros. Sin embargo, la mía se desvaneció cuando descubrí que alguien os acompañaba. Ellos se hicieron a un lado para que yo pudiera verte. Tus ojos azules, tu pelo del color de la arena del desierto y tu mirada huidiza conseguían iluminar la espartana estancia y ni siquiera tú eras consciente de ello. Sentí una ola de náusea apoderarse de mis entrañas al recordar lo que jamás iba a permitir que volviera a suceder. Fue en ese instante cuando

comencé a odiarte.

—Hola Keira. Bienvenida a nuestra pequeña familia. Te presentamos a Alastair, tu nuevo hermano.

Nadie me había dicho que mis nuevos padres tuvieran ya otro hijo. Me había olvidado de Margaret y de su traición. Los Murray ignoraban que me habían separado de mi hermana años atrás. Para mí no existía. Yo era hija única. Es lo que quería ser, para que nadie eligiera al otro o la otra antes que a mí. Tendría que compartirte, Alastair. Y aquello no entraba en mis planes.

Durante el trayecto en el asiento trasero hacia mi nuevo hogar apenas pronunciaste palabra. Evitabas el contacto visual y girabas la cabeza para mirar por la ventanilla. Eras tímido, de eso no cabía duda. Yo, sin embargo, no paraba de sonreír mientras tus padres, que de ahí en adelante serían también los míos, hablaban de lo felices que seríamos todos en Helensburgh y de la escuela que pronto me recibiría con los brazos abiertos.

El reluciente Ford se detuvo al lado de una bonita casa con jardín en el cruce de la calle Campbell con West Princes. Tú te adelantaste y te agarraste al brazo de tu madre mientras que tu padre no se lo pensó dos veces y agarró mi mano con decisión, quizá para hacerme sentir segura frente a ese gesto tuyo que de forma inconsciente y tal vez inocente solo pretendía marcar terreno.

Entonces giré la cabeza y me olvidé de ese detalle. Al final de la calle vislumbré por primera vez un paisaje que nunca hasta ese momento había visto con mis propios ojos.

—¿Es el mar? —pregunté sin ocultar la emoción que me embargaba.

—No, Keira. Es el gran fiordo de Clyde que se une a las aguas del lago Lomond.

—¿Y el océano es así de grande?

—Mucho más. Es inmenso, casi infinito.

—Llevaremos a Keira a la playa, ¿verdad mamá? —preguntaste.

—Claro que sí —convino tu madre con una sonrisa.

Ella me dirigió una mirada fugaz al tiempo que la sonrisa moría en sus labios. Una sonrisa que volvió a su rostro en cuanto su vista se fijó en su marido. Había visto esa misma expresión en mi madre cientos de veces.

La profesión de fotógrafo en el *Lennox Herald* y el *Helensburgh Times* daba

para vivir de forma ciertamente acomodada a los Murray, teniendo en cuenta los años que Escocia vivía y que muchos tenían que salir fuera a buscarse las habichuelas. Rosalyn no necesitaba deslomarse por un pocas libras para llevar un plato de comida a casa. Robert se encargaba de que todas nuestras necesidades estuviesen cubiertas. No eran ricos, pero si lo comparaba con el lugar donde viví con mi madre o con el orfanato donde había pasado los tres últimos años de mi corta vida, aquello podría haberse considerado el mismísimo castillo de Windsor.

Por primera vez contaba con una habitación para mí sola con vistas a un jardín y un almendro desnudo que en pocos meses desprendería el esplendor de la primavera. Rosalyn se había molestado en dejar ropa a estrenar en mi armario. Acostumbrada a usar la de la beneficencia, aquello fue un logro más que añadir a la lista de objetivos cumplidos. Si el año pasado una mujer llamada Margaret Thatcher se hizo con el poder, muy pronto yo ocuparía el lugar que me pertenecía.

Mi primera noche en mi nuevo hogar, después de la cena, escuché a Rosalyn y Robert en el cuarto de al lado hablando en susurros con Alastair. Me tapé los oídos. No quería resistir la tentación de agudizar el más despierto de mis sentidos y escuchar algo inapropiado. Pasados unos minutos se abrió la puerta de mi habitación.

—Estarás muy cansada. Ha sido un día de muchas emociones para todos —dijo Robert.

—Ha sido el mejor día de Halloween que he tenido nunca.

Robert miró a Rosalyn y ambos me sonrieron.

—Pero si apenas lo hemos celebrado.

—Para mí ha sido el mejor.

—Nos alegra oírte decir eso.

—¿Te gusta tu habitación? —preguntó Rosalyn.

—Me encanta. No echaré de menos la cama del orfanato.

—Eso ya se acabó. No dejaremos que regreses a aquel lugar. Está será tu cama para siempre —dijo Robert—. Al menos hasta que vayas a la Universidad.

Iría a la Universidad. Entonces sí que sería libre, pero hasta entonces tenía que centrarme en otros asuntos.

—Mañana será tu primer día en la escuela. ¿Estás nerviosa? —me

preguntó mientras me arropaba.

—Un poco, pero sé que todo irá bien porque iré con Alastair.

—Es buen chico, dale tiempo, y aunque no te lo pueda parecer, está muy emocionado con la idea de tener una hermana mayor.

—¿Os podré llamar papá y mamá?

Ambos intercambiaron miradas y sonrisas cómplices. Robert fue el primero en contestar.

—Pues claro, cariño.

Rosalyn lo hizo después.

—Claro, Keira. Por supuesto que puedes.

—Gracias. Os quiero —solté de sopetón y con una facilidad de la que hasta yo misma me sorprendí. Era la primera vez que decía esas palabras de viva voz, si bien las había ensayado muchas veces delante del espejo. Era fácil decirlas a mi propio reflejo, pero ahora que acababan de brotar de mis labios frente a dos personas de carne y hueso, pensé que tal vez las había dicho demasiado pronto. Y lo peor de todo, ¿habrían resultado creíbles?

—Nosotros también, pequeña. Ahora descansa. Mañana te espera un gran día —me dijo Robert, si bien a quien yo miraba en ese instante era a Rosalyn. Su marido había hablado por ella, lo que la salvó de tener que pronunciarse.

—Y el sábado celebraremos una gran fiesta de cumpleaños para Alastair. Será una buena oportunidad para que todos te conozcan —añadió Rosalyn.

—Lo estoy deseando —dije con una sonrisa para disfrazar el nudo atravesado en mi garganta. Una de esas sonrisas que también había ensayado alguna que otra vez frente al espejo. No me apetecía que me expusieran como la gran obra de caridad del año, pero ¿quién sabe? Ser el centro de atención me daría infinitas posibilidades.

Tuve suerte de que Larchefield School se hubiese unido al St. Brides. Se acabó la segregación por razón de sexo. Ir caminando a la misma escuela contigo me daría muchas ventajas. El trayecto a pie no era muy largo y al tratarse de mi primer día, Rosalyn nos acompañó, así que toda la conversación giró en torno a la escuela. Pronto tendría tiempo de estar a solas contigo, Alastair, sin Rosalyn y sin Robert.

La señorita Pickwick resultó ser joven y amable durante nuestra pequeña visita previa con el director del centro. Al comienzo de las clases mis compañeros de aula me dieron la bienvenida tras la presentación. Parecían

simpáticos, pero todos lo eran al principio. Solo era cuestión de tiempo que uno a uno dejaran caer sus máscaras.

La mañana del octogésimo cumpleaños de Alastair me ofrecí para ayudar en la cocina. Rosalyn andaba de un lado para otro preparando pudding, emparedados, masa para galletas y un bizcocho relleno de nata y chocolate. Admito que disfruté horneando las galletas y participando en la elaboración de tu tarta de cumpleaños mientras ibas con tu padre a hacer un recado. Yo creo que tu madre quería quitarte de en medio para que todo fuese una sorpresa, incluso tu tarta. Yo nunca había tenido algo así. Mi madre nunca se tomó las molestias.

Me chiflaban las nueces de macadamia. Probé una vez unas deliciosas galletas que robé en la cocina la noche que intenté huir de Greenford Park y nunca creí que semejante manjar pudiese existir. Fue lo único bueno que salió de aquella terrible experiencia. Por esa razón, cuando esa mañana vi a tu madre esconder un bote lleno de nueces importadas de Australia, tal y como se leía en la etiqueta de grandes letras rojas, sentí que salivaba.

—¿Podríamos hacer galletas con nueces de macadamia? Mi madre solía hacerlas cuando estaba... cuando estaba bien —mentí.

Ella me miró con esa mirada propia que solía despertar en todos los que adoptaban a alguien como yo. Esa pobre niña a la que habían logrado salvar de un hogar destructivo, solo para llevarla a otro lugar aún peor.

—Oh, cielo. No sé si será buena idea. Alastair no puede comerlas. Prometo hornearlas para ti otro día.

—¿Por qué no puede comerlas?

—Es alérgico a algunos frutos secos. Sería peligroso para él.

—¿Peligroso?

—Sí, Keira. Está terminantemente prohibido y por eso las guardo en este armario. A Robert le gustan, así que no vamos a negárselas, ¿no te parece? Y a ti tampoco —dijo con un guiño de complicidad.

—Claro.

—Prometo hacerlas para ti cualquier otro día. Y bien mi pequeña chef, ¿cómo va la masa para la siguiente bandeja?

—Está casi lista.

El teléfono interrumpió nuestro momento de alianza y tu madre abandonó la cocina no sin antes echar un vistazo a mi masa.

—Tiene una pinta excelente. Te dejo al mando para ponerlas en la bandeja con la forma que desees.

Depositó un beso en mi frente mientras mi mirada estaba fija en el armario donde las nueces de macadamia quedaban fuera de tu alcance.

Pero no del mío.

Cuando regresó a la cocina las galletas ya estaban en el horno. Aspiró el exquisito olor que se escapaba de entre sus rendijas y por un instante pensé que me había descubierto, pero no fue así.

—Creo que ya están listas. Veo que has puesto el nombre de Alastair en algunas.

—Sí, ¿crees que le gustará?

—Ya lo creo. Le encantará, ya lo verás.

—¿Alastair es como yo?

—¿A qué te refieres? —preguntó Rosalyn al tiempo que sacaba una bandeja del horno y trasladaba con una pinza las galletas recién hechas a un recipiente de cristal.

—¿También es...adoptado?

Rosalyn se detuvo, apartó la bandeja a un lado con lentitud y se limpió las manos con un paño de cocina.

—¿Por qué lo preguntas?

Era ahora o nunca.

—Es que... —agaché la cabeza fingiendo timidez.

—¿Qué? Vamos, dilo, cariño. No es nada malo preguntar.

Sentí su mirada sobre mí, y luego sus manos sujetando con afecto mis hombros. Alcé la vista hacia ella.

—Es que no se parece a ti...ni a Robert.

Su mirada aparentemente serena e inocente se fundió con una sonrisa.

—Alastair no es adoptado.

—Entonces podéis tener hijos. Si podéis tenerlos, ¿por qué me habéis adoptado a mí?

Tardó en responder. Era evidente que la había vuelto a pillar fuera de juego.

—Hay tantos niños y niñas como tú, Keira. Necesitan un familia donde crecer con valores y con estabilidad. No queríamos que Alastair creciese solo. Queríamos darle un hermano o una hermana, pero Dios no nos ha

concedido ese deseo. Por eso acudimos a un orfanato.

La miré en silencio, esperando a que se extendiera en su respuesta, pero no lo hizo.

—Es complicado, Keira. Lo importante es que estás aquí con nosotros, tal y como quería Robert.

Ya era demasiado tarde cuando se dio cuenta de su error.

—Tal y como queríamos. Robert y yo queríamos tenerte aquí. Alastair también —rectificó.

No pudo ocultar el nudo atravesado en su garganta. No me había equivocado. En su rostro vi algo parecido al miedo. Me agarró de la mano, me llevó hasta la mesa y se sentó en una silla frente a mí.

—Escúchame, hija. Sé por lo que has pasado, pero aquí nadie te hará daño. Estás en un lugar seguro y nunca habrá secretos, pero voy a contarte algo. Es mejor que lo sepas ahora y que quede entre nosotras. Eres una niña inteligente y lo entenderás. Verás —titubeó—. Hubo un hombre al que quise mucho hace tiempo y ese hombre es el papá de Alastair.

—¿Y por qué no estáis juntos?

—No fue posible. Son cosas de adultos que algún día entenderás. Poco tiempo después conocí a Robert. Es un hombre trabajador, apuesto y bueno. Sabía que sería un gran padre para mi hijo. Él quería tener más hijos, pero llevamos años intentándolo sin resultado. Los médicos dicen que no tenemos ningún problema y que puede ocurrir en cualquier momento, pero Robert ha perdido la esperanza y sabe que no sucederá.

—¿Y tú? ¿Has perdido la esperanza?

—¿Acaso tú la perdiste alguna vez?

Yo negué con la cabeza, pero no era su pregunta a la que respondí. En realidad me negaba a creer en la remota posibilidad de que pudiese suceder, en que no solo tuviese que compartir a Alastair, sino a alguien más.

—¿Lo sabe Alastair?

—¿Y eso qué importa? Su padre, *vuestro* padre, es Robert.

—Pero has dicho que aquí nunca ha habido secretos.

—A veces es necesario, Keira. Para proteger a quienes queremos.

Cubrió mi mano con afecto mientras que con la que le quedaba libre retiraba un mechón de mi frente, limpiaba un resto de harina y depositaba un beso en su lugar.

—No habrá ningún secreto más. Prométeme que esto quedará entre nosotras.

—Lo prometo.

Rosalyn no había sido capaz de darle un hijo a Robert, pero sí a otro. Sin quererlo tu madre me había puesto en bandeja lo que algún día podría destruirte, Alastair. Después de todo no eras tan diferente a mí.

Capítulo 16

Consultó la hora y se dio cuenta que gran parte de la mañana había pasado en un abrir y cerrar de ojos. Aprovechó un descanso de cinco minutos para ir en busca de un café y se detuvo en el mostrador de recepción para preguntar dónde se podía solicitar un certificado de defunción. No había dormido en toda la noche pensando en lo que le había revelado la hermana Macy. Se negaba a creer lo del pequeño Duncan. Tenía que comprobar la causa de su muerte a través de un certificado legal. Indagaría hasta llegar al final. Lo intuía. Tenía la corazonada que tras aquella tragedia había mucho más. Tiraría del hilo, lo tensaría hasta romperlo si ello le garantizaba la verdad.

La doctora Keenan apareció en ese instante tras ella con otro café en la mano y la citó en su despacho para hablar de Ethan Thomas. Olivia la siguió mientras su jefa hablaba de temas mundanos. Trató de centrarse, lo cual era tarea difícil con mil y un pensamientos gobernando su mente.

—¿Va todo bien? — le preguntó una vez dentro del despacho con rostro preocupado.

—Sí, claro.

—Pareces cansada.

—No he dormido muy bien esta noche.

—Vaya, lo siento. Es normal. Han sido muchos cambios en pocos días y seguro que echarás de menos tu hogar y a tu familia.

—Si soy sincera, estoy tan ocupada que no tengo tiempo ni para llamar a la familia.

—Pues tómate un respiro. A veces es necesario. Este trabajo exige mucha energía y debemos estar al cien por cien.

—Lo sé.

—Bien, hablemos de Ethan. La verdad es que este caso me preocupa — confesó la doctora ofreciéndole un asiento a Olivia.

—A mí también y más aún desde que me dijiste que querías contrastar impresiones tras haber leído mi informe.

—He considerado tu valoración sobre un posible patrón de agorafobia y, aunque por el momento no podemos descartarlo, prefiero centrarme en otros factores.

—Entiendo, y creo que tendríamos que descartarlo porque tras mi primera sesión, veo algo que no me cuadra.

—Adelante.

—Ethan sufre un claro episodio de depresión. Durante toda su vida ha aceptado el hecho de que sobrevivió al accidente de su padres, pero es ahora cuando se rebela contra esa verdad que no asume y cuando aparece un sentimiento de culpa que ha motivado que todos los que están a su alrededor teman por su estabilidad emocional. Que sepamos nunca ha presentado síntomas de ningún trastorno emocional serio, salvo los propios de la pubertad y adolescencia. Ese muchacho se ha criado con unos padres adoptivos que lo adoran y dudo que existan carencias afectivas porque el mismo Ethan así me lo ha reconocido. El sentimiento es recíproco. Es buen hijo según sus padres, buen estudiante según sus profesores, no se ha metido en líos y dio negativo en el test de drogas. El acoso escolar ha quedado descartado por el momento. Solo tiene un perfil abierto en FaceBook que dice no utilizar mucho. Además, los padres están muy pendientes de los contenidos de internet que visita así como de su teléfono móvil. Sus amigos y compañeros de clase se interesan por su estado y quieren venir a verle, pero él se niega a recibirlos. ¿Qué está haciendo aquí?

— Adelante, continúa.

—Igual es muy pronto para emitir juicios de valoración. El caso es que me da la impresión de que Ethan está fingiendo.

—¿Fingiendo?

—Cada vez que está a punto de ser dado de alta cambian sus patrones de comportamiento —alcanzó el expediente, lo abrió para señalar las anotaciones de la doctora y comenzó a leer—. «Frustración, reacción hostil, pasa de la alegría a tristeza, ausencia total de autocrítica, se niega a salir del recinto pese a que tiene la posibilidad de hacerlo porque tiene pase». Sea lo que sea, parece sentirse más seguro entre los muros de este hospital.

—Dudo que esté sufriendo maltrato ni abusos.

—Pienso lo mismo. Hay algo que Ethan no nos ha contado y tal vez no lo haya hecho porque su mente no lo recuerda. Puede que ni él mismo lo sepa. En realidad no sabemos nada de esos primeros cinco años de su vida y seguramente los padres tampoco. La mayoría de las veces no se informa

debidamente a la familia adoptante o bien se les oculta información comprometida que pueda disuadirlos de la adopción. No debería ser así, pero desgraciadamente sucede. Piensan que lo hacen en favor del menor, pero los adoptantes se encuentran en muchas ocasiones en un callejón sin salida. He tenido más de un caso de este tipo en España.

La doctora Keenan permaneció en silencio, pensativa, mientras daba golpecitos suaves con el bolígrafo sobre la mesa.

—Tienes razón. Creo que estás enfocando esto muy bien. En efecto, no sabemos nada de esos primeros años de su vida. Sigue por esa línea. Buen trabajo, Olivia.

Olivia le devolvió la carpeta y no pudo evitar desviar los ojos a la que había debajo. El pólito amarillo con la referencia numérica que no había olvidado y las letras MURRAY estaban ahora encima de otro expediente. El pulso se le aceleró y apartó la vista.

—Gracias.

—Veo que te implicas. Eso es bueno, pero ya sabes que hay otros pacientes. No quiero perder a Ethan, pero tampoco quiero que Ethan nos pierda a nosotras. Ya fracasamos una vez.

Las palabras cayeron sobre Olivia como un jarro de agua fría.

—¿Fracasasteis? —consiguió decir con un nudo atascado en la garganta.

—Es una larga historia. Lo único que puedo decirte es que perdimos a un paciente que presentaba patrones de comportamiento muy similares a todo lo que me has planteado en tu informe y en la conversación que hemos tenido.

—¿Qué le sucedió?

—Murió meses después de su última consulta. No quiero cometer el mismo error y me complace ver lo rápida que has sido en tus evaluaciones. La Psiquiatría diagnostica y trata a estas personas, pero a la hora de buscar respuestas vuestra labor es necesaria para investigar, comprenderlos y prevenirlos.

—Sobre todo comprenderlos.

—Así es. Y tú comprendes a Ethan.

«Pero no supe comprender a Duncan o no quise hacerlo porque estaba enamorada de él y los sentimientos me nublaban la vista, el corazón y la razón».

A cada minuto que pasaba se sumaba una nueva complicación. La cabeza le iba a estallar de un momento a otro y ni siquiera su paseo hasta las oficinas del

Registro consiguió hacerle despejar la mente. Ahora solo confiaba en poder conseguir la información que buscaba.

—Hay cementerios privados en Edimburgo que mantienen sus propios registros, así que para ahorrar tiempo y dinero a veces es mejor saber dónde están enterrados porque si están en Morton Hall no tenemos posibilidad de acceder —le informó el funcionario.

—Ambos están enterrados en Seafield.

—En ese caso, ponga el nombre del fallecido, fecha de defunción y una última dirección si la sabe, aunque no es requisito indispensable.

—Sé la dirección del primero de ellos, pero no del segundo porque falleció en 1985. Solo sé que vivía en Helensburgh.

El hombre le entregó dos impresos y pagó la tasa. En unos cinco días recibiría los extractos. Abandonó el edificio y se sorprendió al ver ya a turistas a esa hora por la catedral de Saint Giles. Entre el grupo de gente una mujer parecía mirarla fijamente. Incluso creyó verla alzar la mano en señal de saludo justo cuando alguien se puso delante y la perdió de vista. A lo mejor saludaba a otra persona.

Reanudó su camino sin mirar atrás y cuando giró calle abajo no consiguió librarse de la sombría sensación de que alguien la vigilaba.

Se encontraba en la sala que compartía con el resto de sus compañeros de programa. Esa tarde de jueves esperó a quedarse sola. Lo necesitaba, y no precisamente para poner en orden su cabeza, sino para arriesgarse a hacer algo que podía provocar su inmediata expulsión de programa, además de otras consecuencias en las que prefería no pensar. Había observado desde principio de semana la hora a la que el servicio de limpieza entraba en los despachos y, tal y como sucedía en las películas, Olivia se imaginó a sí misma esperando el momento para colarse en el de la doctora Keenan, mientras se escondía debajo de la mesa al escuchar los pasos de alguien que estaba a punto de pillarla con las manos en la masa. Pero afortunadamente nada de eso sucedió.

Con la excusa de que tenía que revisar sus informes le solicitó un poco más de tiempo para añadir algunas cosas. Y para su sorpresa, ella misma le dejó las llaves encima de la mesa.

—Cuando termines deja el informe en mi despacho. Así los tengo ya todos a primera hora de la mañana. Confío en ti. Cierra cuando te vayas, las

devuelves en recepción y firmas la entrega, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias.

—Y no te quedes hasta muy tarde. Necesitas descansar, no lo olvides.

—Media hora más, lo prometo. Y...doctora Keenan...

Se giró en el umbral de la puerta.

—¿Sí?

—Gracias por apostar tanto por mí. Espero estar a la altura.

—Lláname Morag, y estarás a la altura siempre y cuando termines pronto y te vayas a casa o a un pub a tomarte una pinta —recordó con una risa.

Olivia sonrió. Solo esperaba que no se le ocurriera decir que la esperaba para tomarse esa pinta con ella porque no se sentía con ánimos.

—Seguiré tu consejo.

Se marchó de allí y Olivia dejó escapar todo el aire retenido en sus pulmones.

Entró en el despacho sin cerrar la puerta. A esa hora no había nadie en los pasillos colindantes, así que la dejó entornada, de forma que si alguien se acercaba podría oír sus pasos y salir en ese instante explicando su presencia allí en ausencia de la doctora Keenan. Si cerraba la puerta para dejar tan solo un informe y alguien entraba y la descubría, sí que daría que pensar.

Con su carpeta todavía en la mano, echó un rápido vistazo a la superficie de la mesa. Estaba todo muy ordenado, ningún papel descarriado. Recordaba el pósito con la referencia encima de un portafolios de color marrón oscuro y a simple vista no parecía que estuviese allí. Revisó con rapidez todo lo que había en las bandejas clasificadoras, comprobó el mueble archivo y los cajones estaban cerrados a cal y canto, pero se acordó de que el juego de llaves traía consigo otras dos que eran plateadas y de menor tamaño. ¿Y si abrían alguno de aquellos cajones? Probó con el mueble archivo. No abrió con la primera llave, pero sí con la segunda.

El cajón estaba repleto de carpetas colgantes en tres niveles. Tal y como esperaba, estaban clasificadas por orden alfabético. Respiró hondo ante lo que estaba a punto de hacer. Miró hacia la puerta y agudizó el oído. Reinaba el silencio. Decidió correr el riesgo. En el peor de los casos sería expulsada del programa, pero bajo ningún concepto iba a marcharse de allí sin obtener la información que necesitaba. Al infierno con la protección de datos y la

confidencialidad. Estaba segura de que la doctora se refirió a Alastair Murray cuando mencionó al paciente que había perdido, y le había parecido lo suficientemente significativo como para contrastarlo con el historial de Ethan hasta el punto de no querer cometer los mismos errores.

Se fue directamente a la letra M. Major, Mathews, McCallum, McDoughall, Mortimer. Ningún Murray a la vista. Buscó en el segundo nivel con el mismo resultado. En el tercero dio con lo que buscaba. Abrió la carpeta, le temblaba el pulso.

Alastair Murray. Última consulta: 30 de noviembre de 2014.

Desde la primera ronda de consultas, el 12 de febrero del año 2012, hubo otras posteriores. Una de ellas, el 3 de marzo y el 24 de marzo del 2013, poco más de dos meses después de pasar su primera semana juntos en Granada tras haberse conocido. La medicación que se le prescribió fue Seroxat. Olivia pensó que lo tranquilizador de la paroxetina era que sus efectos secundarios eran de carácter leve y no solían modificar la calidad de vida del paciente. Y además, la experiencia clínica ya había demostrado que ese antidepresivo no estaba relacionado con la taquicardia o hipotensión, por lo tanto dudaba que estuviese relacionado de forma indirecta con la causa de su muerte. Sí que podía provocar otros efectos adversos como la disfunción sexual, y ahora entendía esa falta de confianza que a veces mostraba con ella en la intimidad. De forma fugaz cruzó por su mente una de las veces que estuvo con él en su apartamento de Edimburgo, ese instante en el que entraba en la cocina y lo veía tomarse unas pastillas. Él le dijo que eran para su úlcera, y la forma en que lo dijo no le convenció, pero tampoco lo cuestionó. Nunca volvió a verlo tomando ninguna otra pastilla, y si lo hizo se aseguraba de que ella no estuviera delante. La hermana Macy le había dicho que encontró ansiolíticos en el cuarto de baño, pero los profanos en la materia solían meter los ansiolíticos en el saco de los antidepresivos cuando eran cosas diferentes. Aquellas consultas habían sido atendidas por la doctora Patricia Hogarth.

Las últimas consultas habían tenido lugar entre el 15 y 30 de noviembre de 2014. Entonces observó no solo la firma de una nueva psiquiatra, Morag Keenan sino también un cambio en la medicación: Alprazolam, un ansiolítico significativo prescrito para casos de trastornos del pánico y estrés postraumático. No daba crédito. Por aquel entonces hacía unos meses que habían puesto punto y final a su relación. Lo que leyó a continuación terminó

de poner su mundo patas arriba.

Grandes carencias afectivas. Acentuado sentimiento de culpa por la muerte de su hermano menor. Presenció su muerte cuando tenía doce años y fue incapaz de salvarlo. La madre no supera la pérdida y de una forma indirecta proyecta esa frustración en su hijo. Habla más de su padre que de su madre. Sin duda presenta todos los síntomas de un rechazo materno que su padre trató de suplir. Es como si no tuviera pasado. Lapsus temporal demasiado grande sin información. Trastorno disociativo, no recuerda momentos de su vida, o simplemente no quiere hablar de ello.

Negativa la proposición de sesión de hipnosis.

Le cuesta establecer una relación duradera de amistad. Busca relaciones cortas sin compromiso. Pérdida de la capacidad de amar o de establecer relaciones personales. Posible origen en ese rechazo materno y la creencia de que nunca estará a la altura. Pasa de la alegría a la tristeza y la frustración con facilidad. Se entusiasma con un nuevo proyecto, pero tan pronto se interesa como deja de encontrar placer en ello. Igual que con las personas, no se implica con nada que le suponga un lazo emocional.

Notó que empezaba a transpirar, pero no sabía si era sudor o lágrimas lo que le nublaba la vista. Era él, ya no le cupo duda. Sacó su móvil del bolsillo, pero solo le dio tiempo a fotografiar la primera página porque tuvo que guardarlo cuando oyó que alguien se acercaba. Devolvió la carpeta a su sitio y cerró de nuevo bajo llave justo en el instante en el que Jeff, un enfermero con quien había entablado más de una conversación desde su llegada, asomaba la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿Haciendo horas extras para Keenan?

—Tenía que terminar unos informes y me pidió que se los dejara encima de su mesa.

Se preguntó si había notado la congestión que su rostro sufría ante la tensión del momento, así que sacudió las llaves delante de él para que viera que estaba autorizada a estar allí.

—Baja el ritmo o no llegarás al fin de semana —bromeó.

—Deseando irme a casa ya, pero antes hay que devolver las llaves.

—Yo estoy de guardia —suspiró con gesto desganado.

Pensó que si Jeff se iba, podría regresar y fotografiar el resto del expediente, pero no parecía tener la intención de moverse de allí y prefirió no tentar a su suerte. Luego pensó en la posibilidad de que existiesen cámaras de seguridad y solo imaginarlo le produjo un pavoroso estremecimiento. Miró al techo, pero no vio nada sospechoso que así lo indicase. Tan solo unas minúsculas luces intermitentes de color rojo que parecían ser sensores de

alarma contra incendios. En cualquier caso confiaba en que a la mañana siguiente no se descubriera el pastel y la pusieran de patitas en la calle.

Dejó su informe sobre la mesa y se dirigió a la puerta con su compañero. Una vez fuera, las manos le temblaban y no atinaba a meter la gruesa llave en la cerradura.

—Hasta mañana, Jeff.

—Descansa, Olivia. Hasta mañana.

Llegó a casa en un tiempo récord. Abrió el buzón y se encontró con una carta de *National Records of Scotland*. Le sorprendió la rapidez porque había tardado solo un par de días. Subió las escaleras de las dos plantas a toda velocidad, entró en el apartamento, se deshizo de su gabardina y rasgó el sobre. Desdobló los certificados y los extendió sobre la mesa.

La causa de la muerte del pequeño de los Murray fue asfixia por sumersión accidental, tal y como le había dicho Macy. Qué tragedia para esos padres y qué tragedia para Duncan porque, ¿quién podría culparle de algo así cuando era solo un chiquillo? Ante una situación de peligro no todo ser humano reacciona de la misma manera. Unos actúan y otros se quedan bloqueados. Le pudo pasar a él. ¿Por qué siempre se sintió culpable? ¿Por qué de una forma indirecta echaron sobre él esa carga cuando a lo mejor no se habría podido evitar?

La mano le tembló cuando sujetó el certificado que acreditaba el fallecimiento de Alastair Murray. Buscó el dato que le interesaba.

Causa de la muerte: hemorragia subaracnoidea debido a traumatismo craneoencefálico severo.

Los certificados no daban más información de la que ya sabía. Acababa de tirar por la ventana treinta libras. No tenía nada. Si quería ir más allá tendría que conseguir un informe de resultados de la autopsia, o bien una copia del certificado médico legal de la causa de muerte donde pudiera saber las causas antecedentes y otros estados patológicos, pero ¿cómo diablos se las iba a ingeniar para conseguirlo? Había estado a punto de hacerlo en el despacho de Keenan, pero no había logrado su objetivo.

Volvió a leer detenidamente cada uno de los documentos: nombres y apellidos de los fallecidos, fecha, lugar, distrito del registro. Entonces se dio

cuenta de una coincidencia que le puso el vello de punta. Ambas muertes estaban certificadas en distritos cercanos: South Ayrshire en el caso de Duncan, y Ayr en el caso de su hermano menor. Sabía de la reorganización de Escocia por distritos y subdistritos, pero prefería comprobarlo y asegurarse de que no era solo una corazonada. Puso en marcha el ordenador y buscó en Google el listado de distritos del país. Un enlace le llevó a la página web oficial desde la que descargó un pdf. A efectos de Registros, South Ayrshire estaba constituido desde el año 2006, mientras que el de Ayr como tal ya desapareció en 1975.

¿Por qué nadie contrastó toda esta información junto con sus consultas al hospital? ¿Cómo no se había dado cuenta del momento por el que estaba pasando Duncan? Ella era psicóloga clínica, trataba con gente con los mismos problemas día a día. De hecho estaba inmersa en un proyecto para entender, prevenir y ayudar a quienes sufrían de depresión y trastornos límites de la personalidad. ¿Por qué no lo había visto? ¿Cómo se suponía que iba a ayudar a otros si no había podido ayudarlo a él?

Prosiguió con su búsqueda en la red, desmoralizada por la impotencia tras haber leído parte de su expediente. Todo tenía su origen en la muerte del pequeño Murray. Tenía que existir alguna esquila o mención en memoria de su muerte. Sabía que por la fecha sería poco probable encontrar información al respecto, pero tal vez apareciese algo. Probó con publicaciones locales de la zona de Dumbarton, a donde pertenecía el registro de Helensburgh, pero no encontró nada. Sin embargo, cuando ya había perdido la esperanza algo captó su atención al final de la pantalla. Aparecía el nombre de Robert Murray en un artículo del *Daily Record*. Pinchó en el enlace.

LA VIDA A TRAVÉS DE LOS OJOS DE DOS FOTÓGRAFOS DE HELENSBURGH

Rezaba el titular del artículo, el cual conducía a una serie de fotografías que habían sido tomadas entre 1975 y 1989. La lúgubre belleza de la imagen de un camino flanqueado por cipreses y un cortejo fúnebre en la distancia le llevó hasta la información que tan ansiosamente buscaba.

Robert Murray también estuvo tras el objetivo de su cámara para capturar en imágenes las noticias de esta zona durante más de una década para el *Lennox Herald*, antes de su partida a Canadá, tras la tragedia de la que fue víctima su familia y que algunos habitantes de Helensburgh seguramente todavía recuerdan con gran tristeza. Esta es la única imagen del funeral del pequeño Duncan Murray cuyos restos, años después, fueron trasladados al

cementerio de Seafield, en Edimburgo, donde Robert Murray y su esposa Rosalyn descansan en paz junto a él.

Parte de su legado fotográfico es también objeto de homenaje en este libro de Dave Ryan. Las fotografías se exhiben de forma temporal en el Artizan Shopping Center.

Dave Ryan, ya retirado, tiene en proyecto crear una página web donde exponer parte de estas fotografías.

Interesados en la exposición o en adquirir el libro «Despedida de los setenta y los ochenta» pueden contactar en el número indicado más abajo.

El artículo era del año 2010, de modo que ya no tenía posibilidad de visitar esa exposición, pero sí de informarse sobre la familia Murray. Tomó nota del número de Dave Ryan. Habían pasado cinco años. Confiaba en que ese hombre siguiese vivo y conservase el mismo número de teléfono.

Miró el reloj. Todavía no eran las nueve de la noche. No se lo pensó y marcó el número. Al tercer tono de llamada una voz masculina respondió.

—Dígame.

—¿Hablo con Dave Ryan?

—El mismo.

—Mi nombre es Olivia Muriel. Quisiera...

—Escuche, si va a venderme algo, olvídelo, señorita. Me va bien con la compañía que la que estoy actualmente —le interrumpió, pensando que se trataba de una llamada spam de alguna compañía de telefonía móvil.

—No, no. Verá, estoy interesada en su libro «Despedida de los setenta y ochenta». He buscado en la red y he visto su número en un artículo del *Daily Record*. Disculpe si es un poco tarde para llamarle. Solo me preguntaba si...

—Vaya...lo siento.

—Tranquilo, descuide. A mí me habría pasado lo mismo ante un teléfono desconocido.

—Su nombre era...disculpe, pero...

—Olivia Muriel —repitió.

—Señorita Muriel, siento decirle que no tengo ejemplares disponibles, pero si está muy interesada puede comprarlo a través de Amazon y se lo mandarían a casa. Estaban a la venta en una librería que por desgracia ya ha puesto su cartel de cerrado. Mi hijo se encargó de poner a la venta los ejemplares que quedaban en esa página.

—De acuerdo, entonces me haré con él a través de Amazon, pero...— titubeó antes de continuar — ¿sería posible concertar una cita con usted? Quisiera hacerle algunas preguntas sobre su compañero, Robert Murray, y su

familia.

—¿Robert Murray?

—Verá...yo conocí a su hijo Alastair. Falleció el pasado mes de febrero.

—Oh, Dios mío. No me había enterado. ¿Cómo ha sido? La última vez que lo vi ya era todo un hombre, y fue en el funeral de su padre. No he vuelto a saber de él desde entonces —dijo el fotógrafo con voz claramente afectada por la triste noticia.

—Un desgraciado accidente.

—No me lo puedo creer. Lo siento mucho. Me habría gustado estar presente para darle su último adiós. ¿Usted es...? ¿Puedo preguntarle de qué conocía a Alastair?

—Iré al grano, señor Ryan. Alastair y yo tuvimos un relación de casi dos años. Fue muy especial. Lo quise mucho y quiero pensar que él también me quería, pero había algo que le frenaba a ser feliz.

Un extraño silencio se instaló en la línea y por un instante Olivia pensó que la llamada se había cortado.

—¿Sigue usted ahí?

Le pareció oír un leve carraspeo antes de responder.

—Sí, sigo aquí. Escuche, voy a permitirme a hacer esta reflexión en voz alta. Igual que ha encontrado mi número de contacto en ese enlace del *Daily Record*, podría haber encontrado mi libro en Amazon. ¿Cuál es el verdadero motivo de esta llamada?

Desde luego Dave Ryan no se andaba con rodeos.

—Usted trabajó con Robert Murray. Lleva décadas viviendo en Helensburgh y ha trabajado en diarios locales, cubriendo noticias, conociendo los hechos en primera persona y sobre todo, conociendo la historia de los protagonistas de sus fotografías.

—¿Qué es lo que busca exactamente?

Olivia tardó en responder.

—La verdad. Hay algo de la infancia de Alastair que se me escapa y usted es mi única esperanza.

—¿Desde dónde me llama?

—Desde Edimburgo.

—Siento no poder desplazarme hasta allí. Tendrá que ser usted quien lo haga. ¿Qué tal este sábado? ¿Le parece bien a las diez de la mañana o es muy temprano?

- Me parece perfecto.
- Le envió mi dirección por *WhatsApp* .
- De acuerdo, gracias señor Ryan.
- Llámame Dave. Hasta el sábado, Olivia.

Le temblaba el pulso cuando puso fin a la llamada. Dejó el móvil sobre la mesa. ¿En qué se estaba metiendo? Alzó la vista para contemplar las acuarelas de Samuel Hamilton. Quería pensar en otra cosa que no fuese en la verdad que Dave Ryan pudiese llegar a revelarle. Aquello era un suma y sigue. Solo deseaba irse a dormir y poder despertar con la sensación de que todo había sido un mal sueño.

Capítulo 17

Llevo dos días en un sin vivir continuo. Todo mi mundo se viene abajo una vez más tras descubrir la aterradora posibilidad de que el peor episodio de mi vida vuelva a producirse.

La policía de Essen, en Alemania, ha recibido el aviso. Lennox empieza a tomarse en serio el asunto por el testimonio de Carol Davis, el hecho de que el móvil que se encontró en el accidente no es el de mi esposa y que el real con su tarjeta de memoria no ha sido utilizado hasta hace un par de semanas. De todas formas, y poniéndonos en un caso extremo, según el sargento, quienquiera que esté tras esta llamada tiene en su poder ese teléfono y podría haberlo dejado tirado en algún lugar para que creamos que sigue en Alemania y alguien, probablemente un niño, podría haberlo encontrado y haber marcado mi número. Le he dicho que Annie me tenía en su lista de contactos como «papi».

La mención de ese detalle me provoca una punzada de dolor. Me trae a la memoria recuerdos imborrables.

Hace ya seis meses que la vi aparecer en el aeropuerto, tirando de aquel carrito con dos enormes maletas y un pesado bolso de mano. Comencé a trabajar en Edimburgo justo tres meses después de descubrir esas fotografías y aquella nota amenazadora en mi casa de Sausalito. Nunca se lo he contado a Annie. Me limité a explicarle que necesitaba un cambio. Ella estaba encantada con la idea, si bien en un principio se mostró un poco sorprendida y en cierto modo temí que llegara a sentirse responsable de mi decisión. Pasé las primeras semanas en un apartahotel de la ciudad mientras buscaba algo en alquiler. En cuanto estuve asentado en un pequeño apartamento de Dean Street, Annie se tomó varios días de vacaciones para

estar conmigo. A partir de ese momento comenzamos a vernos con más frecuencia. Solía volar a Málaga varias veces al mes y en ocasiones pasábamos una sola noche juntos. Con eso era suficiente para ambos hasta que las despedidas eran cada vez más agrídulces y el tiempo que estábamos separados comenzaba a pasarnos factura. Para mi sorpresa, fue ella misma quien planteó la posibilidad de trasladarse a Edimburgo. Con el miedo a que aquello no funcionase por las continuas ausencias por mi trabajo, Annie me hizo saber que la decisión la tomaba porque ella también necesitaba un cambio y afortunadamente las enfermeras españolas estaban muy bien consideradas en Reino Unido. Así que pidió una excedencia de un año, hizo las maletas y se vino a vivir conmigo, si bien su familia había puesto el grito en el cielo porque pensaban que ambos íbamos demasiado deprisa.

Intenté buscar un sitio más grande y acorde a las necesidades de ambos, pero el alquiler era relativamente bajo para tratarse del barrio de Stockbridge, y estaba provisto de mucha luz aun tratándose de una planta baja. Aquel lugar tenía cierto encanto, era donde habíamos empezado la loca aventura de poner el contador de nuestras vidas a cero, de modo que por qué cambiar. A los cuatro meses de su llegada y tras varias entrevistas, encontró trabajo en el Royal Edinburgh Hospital. Nuestras vidas profesionales por fin comenzaban a encauzarse.

Viajo de nuevo en el tiempo a esa tarde de abril. Escucho el sonido de las llaves en la puerta de entrada justo cuando prendo la última vela.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué celebramos?

La pequeña mesa viste de gala junto a la ventana. El olor a vainilla y a algo exquisito que Annie no identifica impregna la estancia. Es una sorpresa.

—Parece mentira que no te acuerdes.

Me acerco a ella y la rodeo por la cintura para darle un beso.

—Mmm...huele genial.

—Acabo de salir de la ducha.

—Idiota—ríe ella devolviéndome el beso.

—Ni se te ocurra acercarte al horno. Es la primera vez que lo hago, un experimento, así que si no te gusta disimula y elogia mis indiscutibles dotes culinarias.

Annie suelta una carcajada.

—Menos mal que estás dotado de otras cosas que suplen lo desastre que eres en la cocina que si no... —susurra contra mi cuello con otro beso juguetón.

—Que si no qué.

—Iba a estar yo aquí ahora, Samuel Hamilton.

—Me alegra saber que al menos poseo algo que me permite retenerte entre estas cuatro paredes.

Me echa los brazos al cuello y le obsequio con una sonrisa seguida de otro beso largo y exigente.

—Y bien. ¿Qué tengo que recordar? —me pregunta apartándose con suavidad.

—Seis meses desde que te dejaste arrastrar por tu yo escocés y me acompañaste en la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—Solo seis meses...Dios, pero si parece que llevamos aquí una eternidad.

—Sí, solo seis meses de felicidad.

—¿Seguro? —bromea con una sonrisa pero con mirada reservada.

—No he estado más seguro de nada en mi vida. Lo que me pregunto todos los días es si lo estás tú.

—¿Por qué no iba a estarlo? Estoy aquí contigo. ¿Qué otras pruebas necesitas?

—Dejaste un piso junto a la playa y una ciudad en la que brilla el sol casi todo el año para cambiarla por otra en la que llueve y hace un frío de mil demonios.

—Recuerda que te conocí en Alemania y en Navidad. No temo al frío.

—Lo recuerdo, y me queda tan lejano. Es como si hubiese estado contigo toda la vida y no quiero que nada cambie. Quiero tenerte siempre así, como te tengo ahora.

Ella guarda silencio, agacha la cabeza y el gesto me incomoda.

—¿Sucede algo?

—¿Y si algo cambiase?

La sujeto por el mentón y elevo su rostro hacia mí.

—¿Qué es lo que crees que puede cambiar lo que siento por ti?

—Estoy embarazada.

No puedo evitarlo. Mi primera reacción es abrir los ojos de par en par. Me espero cualquier cosa menos aquello. Que se haya arrepentido de abandonarlo todo por mí, que eche de menos a su familia, a sus amigos, sus

compañeros de trabajo y su modo de vida para adaptarse a la mía y a la carencia de todo lo que ha dejado atrás. Pero jamás me habría imaginado que el hecho de darme un hijo le plantee dudas con respecto a mis sentimientos.

—¿De veras piensas que darme un hijo puede cambiar lo que tenemos?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Annie, Annie —le digo sacudiendo la cabeza con media sonrisa—. Pues claro que un hijo lo cambia todo.

Me mira expectante, no muy convencida del significado de mis palabras y mis gestos. Entonces, de un impulso la elevo en mis brazos, con la mano que me queda libre aparto los trastos que hay sobre la encimera de la cocina y la siento enlazando sus piernas alrededor de mi cintura.

—Cambia lo que siento por ti porque si antes de que entrases por esa puerta con tu habitual sonrisa ya te quería, imagínate ahora que sé que llevas algo mío dentro de ti, algo de los dos —extiendo la palma de mi mano sobre su vientre—. Y por supuesto que lo cambia todo porque este apartamento se nos queda pequeño y porque tu estado de soltera podría sufrir una leve alteración en las próximas semanas.

—Oh, Sam. ¿Lo dices en serio? —Su sonrisa se mezcla con sus lágrimas.

—¿Tengo pinta de estar de broma? —La rodeo con mis brazos y la beso—. Te quiero, mi vida.

—Yo también y no me hace falta ningún documento que lo demuestre.

—Quiero hacerlo. Quiero casarme contigo.

— Y yo, Sam.

—No me lo puedo creer. Vamos a tener un bebé.

—¿De verdad estás contento?

—Ni te lo imaginas.

—Si te soy sincera nunca me había planteado la maternidad, pero ahora que sé que es algo nuestro... No imaginas la sensación, aunque confieso que estoy un poco asustada.

—Todo irá bien, cariño. Serás una madre fuera de serie, ya lo verás. Y a propósito, ¿cuándo pensabas decírmelo?

—Esta noche.

—Pues ahora sí que tenemos mucho que celebrar.

La atraigo hacia mí con fuerza y atrapo su boca con un beso ávido que es interrumpido por el reloj del horno.

—Mmm...vaya. Qué oportuno —sonríe contra mis labios.
—Venga, ponte cómoda mientras sirvo la mesa.
—Te seguiré queriendo igual, aunque eso que está ahí en el horno sea incomedible.
Le doy una palmada en el trasero.
—Te demostraré que te equivocas.

Dos meses después nos casamos en el juzgado. Una ceremonia rápida e íntima a la que solo asisten nuestras familias respectivas y los amigos más cercanos que han podido permitirse viajar en esas fechas. Un gélido viernes, doce de diciembre, viene al mundo nuestro hijo Rory, un nombre elegido por su madre en recuerdo de su abuelo fallecido, un hijo deseado por ambos que culmina tres años de una relación por la que nadie apostaba nada salvo nosotros mismos.

La vida nos sonríe. Yo me olvido de los sinsabores que una vez acecharon mi vida, dejo de mirar atrás y me centro en vivir los mejores años al lado de las dos personas que lo son todo para mí. Abandonamos nuestro nido de Stockbridge por razones de espacio y nos lanzamos a la aventura de hipotecarnos con la compra de un precioso apartamento de dos dormitorios del que Annie se enamora en Hart Street.

Dos años más tarde y semanas antes de su cumpleaños, me quedo sorprendido por lo que me pide.

—Quiero aprender a volar. Ese será mi regalo.

Despierto de mis recuerdos y por un instante creo que estoy sugestionado, que es simplemente una jugada de mi mente cuando la distingo entre los paseantes que se detienen en mi puesto. Ha regresado y viene directamente en mi busca.

—Hola, mi nombre es Olivia. No sé si me recordarás, pero estuve aquí hace ya una semana y me llevé dos de tus obras. Bueno —puntualiza con una tímida sonrisa—, en realidad solo pagué una de ellas porque la otra fue un regalo.

«Bonito nombre. Olivia»

—Claro que me acuerdo. Mi nombre es Sam. ¿Qué puedo hacer por ti, Olivia? ¿Vas a devolverme alguna de ellas? —pregunto en tono de broma,

señalando con los ojos la bolsa en la que veo alguno de mis lienzos.

—Oh, no. Claro que no. Me encantan las dos que me llevé, en serio — responde con risa nerviosa—. Es solo que me he encontrado con esta acuarela y creo que está firmada por ti. Me gustaría que me confirmases que tú eres su autor.

Trago saliva con fuerza, aunque trato de disimularlo. ¿Cómo ha llegado a sus manos? Ella me mira fijamente.

—Sí, es mía.

—¿Y recuerdas a la persona que la compró?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Es algo personal.

—¿Puedo saber dónde la has encontrado?

—Entre las pertenencias de alguien que... —vacila antes de continuar—. De alguien que fue importante en mi vida y que desgraciadamente ya no está.

Aprecio cierto brillo en sus ojos y no necesito saber más.

—Entiendo.

—Tenía esta dedicatoria por detrás. Tal vez este detalle pueda decirte algo.

Leo la dedicatoria escrita de puño y letra de Annie, de mi Annie. Y en esta ocasión es Olivia quien intercepta una mirada que solo tiene un significado. Sabe que recuerdo perfectamente la identidad de esa persona, y sin embargo le miento.

—No logro recordar, lo siento.

Ella permanece callada a la espera de que cambie de opinión, pero no hago nada.

—De acuerdo, pero si algún detalle te viniese a la memoria te dejo mi número. Agradecería mucho cualquier información.

Busca algo donde apuntarlo y saca lo primero que encuentra en el bolso.

—¿Y qué clase de información es la que buscas exactamente?

—Me da la impresión que esa tal Annie conocía muchas cosas del destinatario de la dedicatoria. Puede que el simple hecho de localizarla y charlar con ella me lleve a entender las razones de su muerte.

Imagino que me ha lanzado ese mensaje con el solo propósito de hacerme reaccionar. A la vista está que no me ha creído.

—Siento no poder ayudarte.

—De todas formas te dejo mi número.

Cuando la veo alejarse le echo un vistazo a la tarjeta en la que me ha apuntado su número de teléfono. Miro el reverso y leo el contenido con el corazón en un puño.

*Royal Edinburgh Hospital
Departamento de Psicología Clínica y Psiquiatría.
Morningside Terrace
Edinburgh EH10 5 HL*

El mismo hospital donde trabajó Annie.

Capítulo 18

Olivia permanecía de pie junto a la ventana mientras Ethan contemplaba el fuerte aguacero desde el otro lado de la habitación sumida en la penumbra.

—Acércate. ¿No te parece bonito ver llover?

—No.

—¿Te pone triste? ¿Tienes algún recuerdo relacionado con la lluvia?

—Ya hemos hablado de eso. Apenas tengo recuerdos.

—Todos los tenemos, Ethan. Incluso cuando son tan lejanos como los tuyos, y en mi mano está hacerte recuperarlos para enfrentarte a lo que te sucede.

—No me gusta ver agua tras los cristales.

—Pues si se me permite el sarcasmo, teniendo en cuenta que vives en un país donde llueve una buena parte del año, será duro afrontar semejante fobia.

Ethan no se esforzó por ocultar una risa.

—¿Y desde cuándo no te gusta ver la lluvia tras la ventana? —prosiguió Olivia.

—Desde que tengo esa pesadilla.

—¿Llovía cuando tus padres tuvieron el accidente?

—No lo sé, nadie me habló nunca de ello.

—¿Qué sucede en esas pesadillas recurrentes, Ethan?

—Cuando despierto no logro recordar lo que he soñado.

Sabía que mentía.

—¿Y cuál es tu sensación al despertar?

—Solo sé que cuando abro los ojos ya estoy a salvo.

—¿Qué hay de Claire, la voluntaria? Es una muchacha encantadora, ¿no crees? Y se preocupa mucho por ti.

Por primera vez alzó la vista para mirarla. El inesperado giro de la conversación consiguió captar su atención y su rostro se encendió de repente, no supo Olivia si por timidez o por enojo ante esa súbita intromisión en su intimidad.

—¿Quieres hablarme de ella?

—No.

—Descuida, será nuestro secreto.

—No me gustan los secretos —le aclaró con una mirada que dejaba claro que era enojo y no timidez.

—Todos tenemos secretos y no siempre tienen por qué ser malos —dijo más bien para convencerse a ella misma y no a su paciente.

—Si no se pueden contar, entonces no es bueno.

Será nuestro secreto. No puedes contárselo a nadie.

— A veces no contarle no implica que sea malo, y puede que silenciarlo se deba simplemente a que no quieres hacer daño a alguien. Ahora no te hablo como psicóloga, Ethan. Te hablo como ser humano. Yo sufrí porque alguien no me confió sus secretos y si lo hubiese hecho, hoy estaría vivo. ¿Es eso lo que te sucede? ¿Temes recordar algo que no puedes contar?

Si lo cuentas dejará de ser nuestro secreto.

—Basta, no quiero seguir con esto.

Sabía que seguir de nuevo en esa línea no le conduciría a ninguna parte. Tenía que jugársela y hacerle reaccionar.

—Tal vez tengas miedo de recordar algún secreto.

—No lo sé. No quiero saberlo.

—¿Te has planteado alguna vez indagar en tus orígenes? —contraatacó—. ¿Saber de dónde procedes? ¿Poner un rostro a tus padres biológicos?

—No.

—¿Estás seguro? No conozco a ningún niño adoptado que no se lo haya planteado.

—No quiero ponerles rostro.

—¿Por qué?

—Si lo hago entonces comenzarán los recuerdos.

—Hagamos una cosa. Te propongo un juego.

Te propongo un juego. A ver quién aguanta más tiempo debajo del agua.

De repente, Ethan se puso en pie con tal ímpetu que la silla salió

despedida hacia el lado opuesto de la sala. Se apartó y se apoyó contra la pared. Su rostro era el vivo reflejo del terror y comenzó a jadear. Respiraba con dificultad. Olivia sabía que en casos así estaba obligada a llamar inmediatamente a su supervisor o salir en busca de ayuda, pero no lo hizo. Estaba más cerca que nunca de conseguir que los restos de la memoria más temprana de Ethan despertasen por fin de su letargo, y no estaba dispuesta a perder la oportunidad de poder ayudarlo.

Se acercó con sumo cuidado. Sabía que solo una parte de él continuaba en aquella habitación, la otra estaba lejos de allí, y Olivia quería que permaneciese en aquel lugar o en ese tiempo al que su mente parecía haberle transportado. Fuera lo que fuese, sus palabras habían incitado esa repentina ira.

—Todo va bien, Ethan.

No se movió y Olivia extendió la mano hacia él.

—Estás a salvo. No va a sucederte nada.

Por fin el muchacho se atrevió a mirarla a los ojos. El miedo seguía impreso en sus pupilas, pero su respiración se tornó más acompasada. Sabía que lo que hacía iba en contra del protocolo. Sin embargo, se arriesgó y siguió adelante.

—Ven conmigo. Vamos, acércate y sentémonos aquí.

Confía en mamá. Si lo haces bien, no te pasará nada.

Las gotas de lluvia se reflejaban sobre la reluciente madera de la mesa que había bajo la ventana, creando sombras en perpetuo movimiento.

—No tengas miedo. Es solo lluvia, ¿lo ves? No puede hacerte daño.

Su mano empezó a temblar.

—¿Te caíste al agua, Ethan? ¿Te caíste porque te escabulliste de papá y mamá? ¿Fuiste travieso y tu travesura te lo hizo pasar mal?

Ethan negó con la cabeza de forma sistemática.

—Dime qué sucedió.

—Es un juego —respondió con voz ronca.

—Mírame a los ojos, Ethan. Cuéntame en qué consiste ese juego.

Fijó la vista en ella y Olivia observó el movimiento de sus pupilas.

—No me gusta.

—De acuerdo. Dime entonces dónde juegas.

—En la piscina.

—¿Con quién estás? ¿Estás con tus padres en la piscina?

—Con mamá.

—¿Qué te dice mamá?

—Quien aguante más tiempo dentro del agua, gana. Tengo que ganar. Tengo que ganar o... —Ethan se detuvo. El pánico volvía a hacer acto de presencia en su rostro.

Olivia tragó saliva. Miró hacia la ventana, pero Ethan se mantenía reticente y seguía con la vista fija en el suelo.

—¿Por qué, Ethan? ¿Por qué mamá te obliga a ganar?

—Porque si pierdo moriré.

Olivia frenó el temblor de sus manos al cubrirlas con las suyas, aunque no supo quién de los dos temblaba más.

—Entonces no volveremos a jugar, te lo prometo. Ahora mira hacia la ventana. Estás a salvo conmigo.

«¿A salvo de qué?», se preguntó Olivia.

—No le tengas miedo. Adelante, puedes hacerlo.

—No puedo. No es lluvia.

—¿Qué es entonces? Dime lo que ves. Estás allí.

—Estoy dentro. El agua me rodea y viene a por mí.

—¿Dónde estás?

—Tengo que ganar a mamá.

—¿Qué es lo que recuerdas, Ethan?

—Tengo que subir a la superficie antes que mamá.

—¿En la piscina?

—Estoy encerrado y tengo que salir.

—¿De dónde?

Nervioso, se puso en pie y colocó las palmas de las manos sobre la ventana. El agua caía en ese instante sin piedad sobre el cristal formando decenas de caudalosos ríos.

—Tengo que salir de aquí —dijo con voz sofocada.

—Tranquilo.

—¡Déjame salir!

Palpaba cada resquicio de la ventana como si buscara una salida. Olivia fue consciente de que aquello se le iba de las manos cuando comenzó a golpear el cristal con una fuerza inusitada.

—Ethan, por favor. No corres peligro, cálmate.

Pero su frente estaba perlada de sudor y el ritmo de su respiración

empezaba a ser preocupante. Su rostro se retorció de dolor y pasaba de blanco a cenizo, pero sabía que huiría de ese recuerdo y regresaría a ella.

—Ayúdame, ayúdame.

—Deseo ayudarte, pero no puedo hacerlo, Ethan. Solo tú eres capaz. Solo tú puedes caer y volver a levantarte.

Y lo hizo. Literalmente, el muchacho se vino abajo y se dejó caer en el suelo como un muñeco de trapo. Olivia se arrodilló a su lado y lo acunó en sus brazos.

—Lo has conseguido. Has salido a la superficie. Has ganado el juego y nadie se enfadará contigo. Estás a salvo. No tendrás que jugar nunca más, te lo prometo.

—Estoy a salvo —repitió él en un leve susurro.

En medio de ese instante de calma tras la tempestad el supervisor entró en la estancia y Olivia alzó la mano en señal de silencio. La doctora Keenan le seguía justo detrás y la expresión de su rostro fue sinónimo de asombro, aunque había algo más. Algo que Olivia no logró descifrar.

Ethan tembló en sus brazos.

Como era de esperar, su superior no tardó en citarla a su despacho.

—Después de lo sucedido hoy creo que debería plantearse el cambio de medicación a Ethan. En vez de avanzar lo que veo es un claro retroceso. El escitalopram no está dando resultados. Aparece una ansiedad que no existía al principio —sugirió Olivia.

—No necesito decirte que la ansiedad y la depresión van de la mano. La mente crea situaciones como mecanismo de defensa ante la ansiedad o el estrés —le recordó la doctora Keenan.

—No sabemos si comienza a distorsionar la realidad o si simplemente es la realidad sobre algo que desconoce lo que intenta salir a flote. Sería recomendable una nueva analítica. ¿Cómo están sus niveles de cortisol en la sangre?

—Lo que le sucede a Ethan no tiene ninguna causa fisiológica.

—Pues entonces tiene la causa en un claro trauma de su infancia que intenta reconstruir pero no puede, porque me niego a creer que el episodio de hoy sea producto de los efectos secundarios de la medicación.

—Deberías contar con esa posibilidad.

—No era una alucinación.

—¿Te has planteado la paramnesia?

—Por supuesto que no. Ethan no está evocando recuerdos falsos sobre acontecimientos pasados para rellenar un vacío de su memoria.

—Era solo una pregunta. Perdona mi indiscreción, pero ¿va todo bien? Comprendo que lo sucedido hoy con Ethan te haya alterado, pero no sé...te noto distinta, y perdona si me meto donde no me llaman.

«El hombre del que me enamoré y me ocultó tantas cosas resulta que pasó consulta en este hospital y su historial está en tu despacho. ¿Te parece suficiente motivo para estar alterada», pensó.

—Sí, estoy bien. Disculpa si mi tono ha sido un poco brusco. Quiero hacer las cosas lo mejor posible después de lo que me ha costado llegar hasta aquí.

—Lo estás haciendo bien.

—Si estuviese en mi mano suspendería la medicación y comenzaría con el EMDR. Es eficaz, mucho menos invasivo y muy efectivo para los trastornos de origen traumático.

El EMDR era una terapia desarrollada hacía más de dos décadas en Estados Unidos en la que el terapeuta guiaba al paciente en un serie de movimientos oculares mientras este se centraba en detalles del recuerdo de una experiencia traumática. Una forma de estimular los hemisferios cerebrales denominada «estimulación bilateral».

—A través de esa terapia Ethan será capaz de reprocesar toda la información de ese trauma hasta que deje de ser psicológicamente perjudicial —prosiguió Olivia—, y al terminar será capaz de observar ese recuerdo con una perspectiva mucho más realista. Ethan confía en mí, ya ha empezado a revivir detalles de esos primeros años de su infancia y se siente seguro en la consulta.

—Tomaré nota de ello. Hoy has dado un gran paso, Olivia. Estamos cerca de dar con la raíz de su problema.

—Gracias. ¿Quieres que hable con los padres?

—Yo me encargaré, y de paso les explicaré la terapia que propones.

—Te lo agradezco, de veras.

—Ya te dije que ibas por buen camino con Ethan. Sigue así.

Olivia asintió y salió de su despacho con un sinfín de pensamientos danzando en su cabeza. No quería decepcionar a la doctora, quien parecía haber puesto todas sus esperanzas en ella pero, independientemente del EMDR, tenía que hallar la forma de conseguir una muestra de sangre de Ethan.

Alguien, la doctora Keenan o tal vez otro miembro del equipo médico, se equivocaba en algo, y si no era en la medicación habría que descubrirlo. Bajo ningún concepto iba a dejar que una negligencia pusiera en peligro la vida de un muchacho que en aquel instante estaba en sus manos.

Antes de acabar su turno y después de que la enfermera saliese de la habitación, Olivia e Ethan se quedaron a solas.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubieran dado una paliza.

—Sé que fue duro para ti, pero esta mañana has dado un gran paso.

—No entiendo lo que me sucedió —dijo al tiempo que agachaba la cabeza.

—Estamos cerca de descubrirlo.

—No quiero seguir aquí, quiero marcharme.

—Escucha Ethan, quiero ayudarte, pero para eso necesito que confíes en mí.

—No me gusta cómo me siento. Creo que es culpa de esas pastillas que me hacen tomar. Tengo que confesarle algo, pero prométame que no saldrá de aquí.

—Soy toda oídos.

—No...no las he tomado.

—¿Qué no has tomado?

—Mi medicación.

Olivia hizo lo imposible por parecer sorprendida.

—Las he mantenido bajo la lengua con un viejo truco. No pienso seguir tomando esa mierda que me hace tener alucinaciones. Las migrañas comienzan de nuevo.

—¿Y qué has hecho con las pastillas? Tu nivel de observación actual ni siquiera te permite ir al baño solo.

Rehuyó su mirada y Olivia entendió.

—Claire. Lo sabía. Es ella la que te ha ayudado a hacerlo.

Él asintió.

—¿Y te has parado a pensar que quizá no sean alucinaciones? ¿De que se traten de recuerdos reales que quieren salir por fin de ese rincón escondido de tu cabeza?

—No lo sé. Ya no quiero saberlo. Quiero irme de aquí. Estoy asustado.

—De qué o de quién.

—De mí mismo.

—No debes temer a tus recuerdos, pero tendrás que hacer algo por mí. Tienes que prometerme también que no saldrá de estas cuatro paredes y yo guardaré tu secreto con Claire.

Olivia salió al pasillo y se detuvo frente a la obra expuesta de Ethan. Las nubes grisáceas reflejadas en el agua y esa mano que luchaba por salir a flote. Ese muchacho había recordado por primera vez algo que ya había dibujado. Sintió un breve escalofrío. No pudo evitar pensar en la muerte del pequeño Duncan. Y en Alastair dejándolo morir.

—¿Tu vecino no trabajaba en unos laboratorios? —preguntó Olivia a Steve de camino a casa esa misma tarde.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Te interesa? La verdad es que es guapo. Lástima que sea heterosexual.

—Déjate de bromas. Necesito que me analicen una muestra de sangre. Creo que Ethan sufre los efectos propios de una medicación mucho más fuerte de la que le está prescribiendo el médico.

—¿Qué insinúas?

—Tú solo dime si tu amigo puede hacerme ese favor.

—¿En qué andas metida? De verdad, Olivia, empiezas a preocuparme. Te lo tomas todo demasiado a pecho. Deberías relajarte un poco.

—Tranquilo, prometo hacerlo cuando tenga esos análisis. Ese muchacho tiene que expulsar el drama que tiene dentro y un antidepresivo no va conseguirlo por mucho que se empeñen.

—¿Y cómo vas a conseguir la muestra?

—Ya me he hecho cargo de eso.

—Prefiero que no me cuentes detalles. Veremos lo que se puede hacer.

Por fin iba en dirección a su apartamento tras otra jornada agotadora. No veía el momento de llegar, darse una ducha y tumbarse en el sofá, cuando recibió una llamada de un número de teléfono desconocido. Respondió al tercer timbrado.

—¿Dígame?

—¿Olivia? ¿Olivia Muriel? —preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Sam Hamilton, el pintor del West End.

—Hola, Sam —dijo Olivia sin ocultar su sorpresa.

—¿Te llamo en mal momento?

—No, iba camino de casa.

—Verás, ayer se puede decir que me pillaste fuera de juego y me olvidé de algo.

—¿De qué se trata? —dijo Olivia, con la esperanza de que aquel hombre le diera por fin respuestas.

—Creo que tengo algo que te pertenece. Es una antigua fotografía de un hombre con un niño.

—¿Tienes tú esa foto? Gracias a Dios. No tenía ni idea de dónde había podido perderla.

—Creo que la perdiste el día que me compraste la acuarela y tu *retrato desde el aire*.

Olivia sonrió para sí ante el comentario. Lo había recordado.

—No sabes cómo te agradezco que la hayas guardado.

—Supuse que era importante para ti.

—Lo es.

Se produjo un breve silencio.

—Me preguntaba si...Es que estoy saliendo ahora mismo de la Portrait Gallery. Podríamos quedar en algún sitio que te venga bien y así te la entrego.

Olivia se preguntó si el motivo real de aquella llamada era devolverle la fotografía o algo relacionado con la acuarela de Eilean Donan.

—Claro. ¿Por qué no? —Estuvo a punto de decirle que se encontraba cerca Queen Street, pero cambió de opinión. Parecía un tipo normal, pero consideró que era mejor no facilitar demasiada información—. ¿Dónde te viene bien?

—Pensaba proponerte el Starbucks que hay en la esquina con la calle Castle, pero iría en contra de mis principios —dijo con una voz que dejaba traslucir cierto tono de broma.

—¿No te gustan los Starbucks?

—Soy de Seattle. No me pidas que diga que sí, por favor.

Olivia dejó escapar una risa.

«¿Así que eres de Seattle? Un americano que vende sus acuarelas en un

mercadillo artesano de la ciudad de Edimburgo. Interesante, muy interesante», pensó con una sonrisa en los labios.

—Si te soy sincera yo también los tengo un poco aborrecidos.

—Lástima que no puedas ver mi cara, pero te aseguro que acabo de suspirar de alivio.

—Te creo —dijo Olivia entre risas—. Ya que estás por esa zona no te haré desviarte mucho. Baja hasta Circus Place. Ahí hay una cafetería que con suerte igual todavía está abierta.

—¿Florentin?

—¿La conoces?

—Sí, he estado allí más de una vez.

Olivia percibió cierto cambio en su tono de voz. Tal vez el sitio no fuera de su agrado, aunque a ella le encantaba.

—Si prefieres otro lugar...

—Es el sitio perfecto. Te espero allí —dijo antes de colgar.

—De acuerdo, yo también voy de camino.

Olivia se quedó pensativa frente a la pantalla del teléfono móvil con un pequeño cosquilleo en el estómago. No sabía si estaba nerviosa por el hecho de encontrarse con un tipo tan atractivo como enigmático, o por lo que pudiese revelarles respecto a esa tal Annie que conoció a Duncan. Algo en su interior le decía que el motivo de esa llamada no era solo para devolverle la fotografía.

Estaba sentado en una mesa del exterior. Bebía un sorbo de su taza de café mientras charlaba con la camarera, pero desvió la vista hacia ella cuando la vio aparecer. De inmediato se puso en pie al tiempo que extendía su mano a modo de saludo. La forma en que la sujetó, con solidez pero con cierta suavidad al soltarla, causó en Olivia un efecto agradable. Apreció signos de ojeras en su rostro que no había visto la primera vez, lo que acentuaba el color de sus ojos y la intensidad de su mirada. Se dio cuenta de que se había quedado absorta mirándolo.

«Basta, contrólate. Esto no es una cita. Además, seguro que está casado», se reprendió a sí misma en silencio al ver un anillo en su mano izquierda.

—No has tardado mucho. Gracias por venir pese a lo precipitado de mi llamada —le dijo ofreciéndole la silla para que tomara asiento.

—Gracias a ti por haberte preocupado de que recupere esa fotografía.

—Hablando de la foto —dijo sentándose de nuevo frente a ella mientras echaba mano de su cartera, la sacaba y la depositaba sobre la mesa—. Aquí la tienes.

La camarera salió de nuevo a tomar nota a Olivia, quien ya sostenía la fotografía en sus manos con una mirada que revelaba cierta nostalgia. Sam no quiso interrumpir ese instante ni la camarera tampoco.

—Oh, lo siento —dijo ella al percatarse de su momentánea abstracción—. Lo mismo que él.

La camarera asintió con una sonrisa y regresó al interior del local.

—Así que ya conocías este lugar —dijo ella.

—Sí, viví durante un tiempo en la calle Dean.

—Me encanta este barrio, es uno de los más bonitos de Edimburgo.

—No te lo voy a discutir —dijo él con media sonrisa—. Tengo maravillosos recuerdos del tiempo que pasé aquí.

—Yo también —Miró la fotografía de nuevo y exhaló un leve suspiro.

—¿Puedo saber de quién se trata? Cuando fuiste a preguntarme por la acuarela de Eilean Donan dijiste que había pertenecido a alguien que había sido importante para ti, pero que ya no está. ¿Tiene esta fotografía algo que ver? —preguntó con marcado interés.

La camarera depositó el café en la mesa, Olivia le dio las gracias y vertió un poco de azúcar del sobre, justo en medio de los círculos que la cremosa leche había dibujado. Se sintió observada por Sam, que no perdía detalle de su pequeño ritual. Nunca utilizaba la cucharilla, sino que esperaba a que los minúsculos granos de azúcar se fundieran con el calor del líquido. Luego alzó la vista hacia él, dispuesta a responder a su pregunta.

—Sí. Esta es la única fotografía que conservo de cuando era un niño.

—Un chico muy guapo.

—Debió de serlo, tan guapo como su padre. Se parecen mucho. Me habría gustado conocerle.

—¿No llegaste a hacerlo?

—No, desgraciadamente tanto su madre como su padre fallecieron hace tiempo, antes de que nos conociéramos. Nos hicimos una foto en ese mismo lugar, en Helensburgh, donde Duncan, bueno...donde Alastair, porque ese era su verdadero nombre y no Duncan, vivió sus primeros años.

Sam la escuchaba con atención. Olivia intuía que el motivo real de su llamada para encontrarse con ella iba más allá del asunto de la fotografía. Sin embargo, observó que desviaba sus ojos hacia la imagen cuando la ocasión se

lo permitía, lo cual le despistó porque era ella quien necesitaba obtener información y no él.

—¿Su padre? ¿Estás segura?

—Claro —respondió Olivia confusa al ver su mirada perpleja.

—¿Y dices que falleció hace tiempo?

—Así es.

—Yo diría que este hombre está vivo.

—¿Cómo que está vivo? No puede ser. He visto su tumba. Es Robert Murray.

—Entonces te aseguro que la conferencia a la que acabo de asistir en el museo la ha dado un fantasma. Este hombre es Colin Stewart.

—¿Quién es Colin Stewart?

—Colin Stewart, el pintor. Una de las leyendas vivas del arte contemporáneo, de la pintura del siglo veinte, digno sucesor de Turner.

—Ahora que lo dices, sí que he visto sus obras en la Scottish National Gallery. ¿Estás seguro de que se trata de la misma persona?

Olivia no daba crédito.

—Lo es. He buscado en Google imágenes de él en su juventud y estoy convencido de que se trata de la misma persona. Compruébalo tú misma. No creo que sea su padre, Olivia. Este hombre es viudo y no tiene hijos.

Ambos guardaron silencio mientras hacían cábalas sin apartar la vista de la fotografía.

—Eso sí, el parecido entre ambos es innegable —reconoció él.

—Podría tratarse de un familiar, pero dudo que Duncan esté emparentado con las altas esferas.

—¿Y por qué no?

—¿Este hombre vive aquí, en Escocia?

—Sí. Vive en Ayrshire, en alguno de los castillos de la zona.

«Ayrshire, ¿por qué en los últimos días todo giraba en torno a ese lugar? ¿Y si era eso lo que quería contarme aquel día?», pensó Olivia.

—¿En un castillo? ¿Y dices que has asistido a una conferencia de Colin Stewart en la Portrait Gallery? —preguntó nerviosa, sabiendo que el cuerpo sin vida de Duncan había sido encontrado cerca de Ayrshire.

—Así es. Ha sido esta misma tarde. Es por eso que no he podido esperar y te he llamado.

—Creía que me llamabas para decirme quién es esa tal Annie que dedicaba una obra tuya a Duncan —dijo decepcionada, si bien sintió una

subida de adrenalina ante la posibilidad de que ese hombre, Colin Stewart, fuera el mismo que posaba con Duncan en la fotografía. Si era su verdadero padre y estaba vivo sería la respuesta a todas sus preguntas, pero antes tenía que acudir a la cita que tenía con Dave Ryan.

El ruido de sillas y mesas al ser arrastradas para meterlas dentro del local los interrumpió.

—Parece que van a cerrar —Rehuyó su mirada al tiempo que hacía una seña a la camarera con la mano.

—No hay prisa, Sam —le dijo la muchacha.

Estaba claro que era un habitual de aquel local. Pese a las palabras de la camarera, Sam parecía tener prisa por marcharse. ¿Acaso se proponía abandonar la conversación en aquel punto sin responder a su pregunta? Olivia iba a abrir su bolso, dispuesta a pagar su café y marcharse de allí cuando él la detuvo.

—Ni se te ocurra. No te vayas, por favor. Ahora vuelvo —dijo poniéndose en pie.

Lo vio entrar en el local y charlar amigablemente con el chico que había tras el mostrador mientras pagaba el importe de los cafés. La camarera vino a retirar sus tazas vacías y la miró con curiosidad, no supo Olivia si era porque recordaba haberla visto allí alguna vez con Duncan o por el simple hecho de que acompañaba al guapo artista americano afincado en Edimburgo.

Al minuto Sam salía de la cafetería y regresaba con ella.

—Bien, creo que tenemos mucho por contarnos, pero mejor hacerlo delante de un succulento plato de comida. Llevo tiempo cenando solo y hacerlo en buena compañía no sería mala idea —dijo con convicción, si bien sus gestos denotaban cierta indecisión que llegó a conmovier a Olivia —. ¿Y bien? ¿Aceptas la invitación de un expiloto convertido en pintor aficionado?

—¿Piloto? —Olivia no cabía en su asombro.

—Como ya te he dicho, tenemos mucho de qué hablar.

Capítulo 19

Durante el paseo por el barrio Olivia le habló del programa en que ella trabajaba para el Royal Edinburgh Hospital. Entraron en un pequeño local que quedaba justo delante de la explanada donde el mercadillo de Stockbridge se instalaba cada domingo. Empezaba a refrescar y optaron por cenar dentro, justo en una mesa que quedaba libre al lado de la ventana.

Sam levantó la pinta en señal de brindis, sin poder evitar que acudiera a su memoria esa imagen de Annie brindando con él por primera vez en Kettwig. Cómo había cambiado todo. Qué cruel era la vida. Olivia siguió su ejemplo.

—¿Quieres brindar por algo en particular? —preguntó ella al advertir cierta melancolía en sus ojos.

—Que cada uno brinde por lo que desea.

Y así lo hicieron ambos, en silencio, sosteniéndose la mirada y preguntándose si la búsqueda de la verdad era el deseo más apropiado.

—La primera vez que te vi pensé que eras una turista que estaba de paso, pero parece ser que me equivoqué. ¿Fue él, Duncan, la razón que te trajo a vivir a Edimburgo?

—Me enamoré de Escocia mucho antes de conocerlo a él, pero siempre tuve miedo a dar el paso de venirme aquí. Tuvimos una relación con muchos altibajos.

—No tienes que hablar de ello si no te sientes cómoda.

—No me siento incómoda contigo.

—Me alegro —dijo él con una sonrisa sincera.

—Pienso que si lo hubiese hecho, si hubiese dado el paso de venirme aquí a vivir con él, tal vez estaría vivo y ahora no tendrías que estar perdiendo el tiempo con una desconocida enamorada de tus obras, que se agarra a un clavo ardiendo en busca de respuestas. Hay tantas cosas que necesito saber que no sé por dónde empezar a buscar.

Sam supuso que se refería a la dedicatoria de Annie. Tarde o temprano él también tendría que enfrentarse a los recuerdos, y ella pareció intuir sus

pensamientos, tan cargados de culpa como los suyos. Se volvieron a encontrar con la mirada, pero ambos la apartaron más rápido de lo que hubiesen deseado. Sam para fijarla en el plato que el camarero acababa de ponerle delante. Olivia para dar tregua a su incertidumbre girando su cabeza hacia la ventana, y así ocultar el nudo atravesado en su garganta.

—Es fácil enamorarse de este país, a pesar al clima —dijo él rasgando el repentino silencio.

—Lo es, aunque creo que si las cosas hubiesen salido de otra manera habríamos sido felices en cualquier sitio del mundo.

—¿Cuándo sucedió? Me refiero a...

—Falleció en febrero, hace siete meses.

—Vaya, lo siento mucho. Es todavía muy reciente.

—Sí, demasiado reciente. Y lo peor de todo es que me he dado cuenta de que en realidad no lo conocía, no sabía nada de su vida. A veces nos creemos que lo sabemos todo de las personas a quienes amamos, pero no siempre es así, al menos no lo es en mi caso.

—No deberías mortificarte por eso. Y dime, ¿dónde os conocisteis? —preguntó él en un tono distendido, tal vez para no entristecerla más de lo que ya estaba.

—Por extraño que te parezca no lo conocí aquí, sino en Granada. Con la de veces que he visitado Escocia y termino enamorándome de un escocés que me encuentro a no más de seiscientos metros de mi casa. Curioso, ¿no te parece?

—¿Granada? ¿Eres de allí? —Abrió los ojos de par en par sorprendido. Olivia asintió con la cabeza.

—Granada es una ciudad preciosa. Mi esposa era de Málaga.

—No hablas en serio.

—¿Tengo pinta de estar de broma? —preguntó con mirada taciturna, pero sin dejar de sonreír.

—¿Y cómo has venido a parar aquí? Un tipo de Seattle con una malagueña en Edimburgo —dijo sin obviar que él había hablado en tiempo pasado de su esposa.

—Bueno, en realidad yo vivía en San Francisco y nos conocimos en Alemania. Es lo que tiene el oficio de piloto. El mundo se nos termina quedando pequeño.

—Madre mía, es increíble. La de vueltas que da una por el mundo hasta conocer a su media naranja.

—Bueno...en tu caso la tuya fue a parar casi a tu misma puerta.

—Cierto —dijo con sonrisa—, aunque tanto esfuerzo para nada porque al final, cuando crees haber encontrado a la persona con la que estás dispuesta a compartir el resto de tu vida, zas, llega el destino y te la arrebató de golpe.

—Ella tampoco está ya conmigo.

Olivia ya lo había imaginado, pese al anillo, pero aun así lo preguntó.

—¿Divorciado?

—Viudo —aclaró a media voz al tiempo que rehuía de su mirada una vez más, de esa mirada que todo el mundo le dedicaba cada vez que revelaba su desoladora realidad.

—Oh, Dios mío, Sam. Lo siento, jamás habría imaginado... Lamento mucho tu pérdida.

—Cuando viniste en mi busca con esa acuarela— se detuvo unos segundos antes de continuar—, no te dije toda la verdad.

—Lo imaginé. Permíteme que te diga que mentir no es precisamente uno de tus fuertes. Por eso te di mi número, por si cambiabas de opinión, y te estoy muy agradecida por haberlo hecho.

—Cuando leí el reverso de la tarjeta donde me apuntaste el número de teléfono supe que no tardaría en llamarte. Reconocí la caligrafía de esa dedicatoria mucho antes de leer el nombre. Annie era mi esposa. Era enfermera y trabajaba en el Royal Edinburgh Hospital.

Olivia ahogó una exclamación. Sam hizo desaparecer un ligero temblor en su labio inferior dando un sorbo a su cerveza.

—Estoy sorprendida. Tristemente sorprendida.

—Por eso te conté una verdad a medias. En realidad no es que no recordase quién me había comprado esa acuarela. Lo cierto es que la persona que se la llevó para un regalo de cumpleaños simplemente ya no estaba para responder a las preguntas que quisieras formularle. Y yo no creo que tampoco pueda responderlas.

—Es evidente que, de alguna forma, conocía por lo que estaba pasando Duncan. Nadie escribe esas palabras de tanta carga emocional sin que exista una razón para ello.

—Annie también trabajó durante un tiempo como voluntaria. Aquí lo de dedicar algunas horas a la semana a obras sociales o trabajos de voluntariado puntúa mucho en un currículum y Annie lo hizo en el comedor social de St. Catherine's durante unos años. Tal vez conoció allí a Duncan, no lo sé.

—O tal vez fuera en el hospital. Parece ser que pasó consulta con una

psiquiatra en el Royal Edinburgh Hospital y no lo he sabido hasta ahora.

—¿Nunca te lo contó?

—Me dijo que había buscado ayuda, pero no entró en más detalles.

—¿Y cómo te has enterado?

Olivia centró la vista en su plato.

—Me he enterado de manera extra oficial, pero por favor que no salga de aquí o me expulsarán del programa. Dios, no sé porque te estoy contando esto. Ya no sé en quién confiar.

Sam aceptó su respuesta sin cuestionar nada más. Entendía su postura. Estaba tan perdida como él, pero no dejaba de preocuparle esa duda patente en sus ojos. Se preguntó si no era más que un disfraz para ocultar las lágrimas que pugnaban por salir a flote. Por primera vez en mucho tiempo, y tras lo que había vivido los últimos días, era hora de dejar de escucharse a sí mismo, de dejar de auto compadecerse. No era el único que había sufrido. Como él, Olivia también había perdido al amor de su vida. Ante sus ojos tenía a una mujer valiente que necesitaba contarle su historia tanto o más que él necesitaba olvidar la suya para seguir adelante.

—Puedes confiar en mí —le dijo.

Y delante de aquel típico plato escocés ambos comenzaron a contarse parte de su historia.

Era la primera vez que Olivia visitaba la biblioteca del hogar del convento creada gracias a las donaciones. Se encontró con un espacio amplio y lleno de luz natural provisto de libros, revistas, música y películas a disposición de quienes quisieran solicitarlo.

El sonido de una guitarra atrajo su atención e inmediatamente recordó la que Duncan conservaba como recuerdo de su padre. Se acercó al hombre que probaba sus cuerdas y las ponía a punto para comenzar a tocar ante la atenta mirada de otros dos jóvenes. La pegatina de los Hibs seguía en el mismo lugar. Entonces allí era donde estaba. La había donado también al hogar del convento.

Trató de contener la emoción y se fijó en un gran mural de corcho plagado de fotografías.

Un libro, una sonrisa.

Todas ellas rebosaban naturalidad y espontaneidad. Los rostros anónimos mostraban la mejor de sus sonrisas con un libro en la mano, pero cada sonrisa en sí era diferente. Alegres, inesperadas, nostálgicas, tímidas e incluso recelosas, pero en todas ellas despuntaba el atisbo de un gesto feliz.

—Dicen que era un buen tipo —dijo alguien a sus espaldas.

Al volverse se encontró con la misma mujer que aquel primer día en la cocina le había hecho sentir incómoda. La que le pareció reconocer entre los turistas arremolinados aquella mañana a las puertas de la catedral.

—¿Quién? —preguntó Olivia a sabiendas de la respuesta.

—Duncan.

—¿Fue él quien hizo las fotos?

—Disculpa, no me he presentado formalmente. Mi nombre es Katerina.

—Soy Olivia. Encantada de conocerte, Katerina.

Así que allí lo conocían también como Duncan. Ambas volvieron a fijar sus miradas en el mural. Durante varios segundos se instaló el silencio entre ellas.

—Decía que no había nada mejor que coleccionar las sonrisas de la gente porque nunca se sabe cuando vas a dejar de sonreír para siempre —dijo Olivia.

—¿Llegaste a conocerlo?

Olivia asintió.

—¿Y tú? —preguntó.

Por razones que ignoraba intuyó que estaba sopesando su respuesta, lo que incrementó su sensación de *déjà vu*.

—Él ya no estaba cuando yo entré aquí como voluntaria. Fue semanas después de su...pérdida.

Olivia no quiso dejarse llevar por la nostalgia y mucho menos por la sospecha que se cernía sobre aquel rostro que seguía resultándole tan familiar. Una de las fotografías del mural le llamó la atención, ya que alrededor de la misma varias personas habían dejado allí escritas unas palabras colmadas de cariño y afecto.

Annie, te queremos.

Querida Annie, sigue surcando los cielos.

Annie, tu sonrisa permanecerá siempre en nuestros corazones.

—¿Quién es ella? —preguntó Olivia con una corazonada.

—Annie Kennedy. Era enfermera y estuvo aquí también como voluntaria.

— *Era* — musitó sabiendo ya de antemano de quién se trataba.

—Sí. Perdió la vida en un accidente de avioneta con su hijo de cuatro años. Fue una tragedia que conmovió a todo el país. Eso me contaron cuando llegué aquí. Dicen que tenía buena mano con los chicos más problemáticos y todos le decían que habría tenido que dedicarse a la Psicología o la Psiquiatría en vez de a la Enfermería.

Olivia trató de encontrar las palabras adecuadas ante la devastadora noticia. ¿Por qué Sam no se lo había contado? Dios bendito, ese hombre no solo había perdido a su esposa sino también a su hijo. Y de qué manera más horrible.

—Dios bendito, qué horror.

—Lo fue, y aquí no dejan de recordarla.

La voluntaria regresó a sus quehaceres mientras Olivia seguía contemplando las fotografías perdida en sus pensamientos. Dos voluntarios que ya habían fallecido. ¿Era Annie la voluntaria que, según la hermana Macy, había aconsejado a Duncan el voluntariado?

Olivia recordó los lienzos que se llevó la primera vez que estuvo en su puesto del mercadillo. La mujer retratada por Sam. La misma mirada, los mismos ojos y rasgos, la misma expresión y un lustroso cabello. Estaba convencida de que se trataba de la misma persona. Después recordó esos piececillos sobre la arena de la playa, seguramente los de su hijo.

«Cuando le he oído decir que ella es quien le ha elegido a usted y no al contrario he sabido que estaría en las manos adecuadas», le había dicho Sam.

Se marchó de allí. Necesitaba tomar el aire. No quería que nadie la viese llorar.

Katerina sí la vio.

El repiqueteo de las tapas de sus zapatos sobre los adoquines retumbaba en medio del silencio. La calle Broughton siempre estaba animada porque había varios comercios y restaurantes, pero esta vez venía caminando desde Northumberland, donde vivía Steve, y todo parecía mucho más en calma. Por un momento dudó si se trataba del propio eco de sus pisadas y pensó que alguien caminaba tras ella. Miró hacia atrás, pero no había nadie. Estaba sola.

Aceleró el paso. Nunca se había sentido insegura en aquel barrio de señoriales casas victorianas, pero la extraña sensación que la invadió fue

motivo más que suficiente para inquietarse. Dejó atrás la calle Dublín, siempre con la ligera impresión de que alguien le pisaba los talones. Se sentía observada. Se detuvo en seco y dejó de oír pasos tras ella. Se giró para ver cómo un hombre subía a un coche, arrancaba y conducía calle abajo. No había nada raro en aquello ¿verdad?

A pocos metros una mujer caminaba en dirección contraria a la suya en la otra acera, pero el hecho de verla vestida de negro le pareció un tanto tétrico, aunque igual le iba el estilo gótico, el caso es que se tranquilizó cuando la vio desaparecer por la esquina y su calle quedó despejada.

Entró en el portal de su edificio y subió los peldaños prácticamente de dos en dos. No lograba deshacerse de la extraña sensación que la invadía. No oyó ningún ruido procedente del interior de los apartamentos de la primera planta. Además, había visto a su vecina salir con una maleta esa misma mañana. Así que el panorama no resultaba muy alentador.

Le pareció oír de nuevo la puerta de abajo. No escuchó ningún paso, así que se trataba de alguien que acababa de salir. En todo caso no iba a quedarse allí fuera para comprobarlo. Le costó atinar con la cerradura y luchó con la llave hasta que logró abrir. Entró, echó el cerrojo y se apoyó contra la puerta. Respiró hondo cuando sintió una corriente de aire procedente del salón, pero la ventana estaba cerrada y comprobó al entrar en la cocina que era esa la que estaba abierta. No lograba recordar si la había cerrado esa mañana al salir. Ya empezaba a dudar de lo que hacía y dejaba de hacer porque su mente estaba en todos sitios menos donde debía estar. Echó el cierre y regresó al salón. Encendió el ordenador y puso algo de música para ahuyentar las malas vibraciones que parecían perseguirla.

Tras darse una ducha que consiguió despejarla, frente al espejo y a través del vaho, creyó ver una sombra. Cerró los ojos para huir de la angustiada broma que su mente le estaba gastando. Extendió la mano sobre la superficie del espejo para limpiar el vapor condensado al tiempo que entreabría los ojos, temerosa de descubrir algo más que su propio reflejo cuando los abriera del todo. Pero esa sombra no era más que la toalla azul colgada en el gancho de la puerta. Se le puso la piel de gallina y sintió que el corazón se le salía del pecho al escuchar un crujido procedente del salón. ¿Eran imaginaciones suyas o no era más que simple sugestión y se estaba dejando llevar demasiado por las circunstancias?

Descalza y envuelta en la toalla, salió del baño para comprobar una vez más el cerrojo de la puerta de entrada. Todo parecía en perfecto orden. Se

puso el pijama, puso a cargar el móvil y se sentó frente a la pantalla del ordenador mientras la tetera calentaba el agua. Si no se tomaba algo para tranquilizar su estado de ánimo no lograría pegar ojo. En su cabeza solo se dibujaba el terrible suceso que al parecer todo el país recordaba y del que Sam Hamilton había sido el desventurado protagonista y foco de todas las miradas de compasión. ¿Cómo había hecho frente a semejante pérdida?

En ese instante de aflicción y confusión su teléfono móvil sonó. Se quedó petrificada. Después de más de siete meses, Duncan continuaba en su lista de contactos y su número era el único cuyo tono de llamada se distinguía del resto. Ese era el tono que irrumpía en el silencio de la estancia. Se puso en pie y agarró el teléfono con pulso trémulo. Su nombre parpadeaba en la pantalla como un lúgubre recuerdo que parecía volver a la vida de la forma más siniestra. Sabía que debía de tratarse de un error. Sin embargo deslizó los dedos para descolgar y se llevó el teléfono al oído.

—Dígame.

Nadie respondió.

—¿Es esto alguna clase de broma?

Alguien respiraba al otro lado. De eso estaba segura, no era sugestión. Se le erizaron los cabellos de la nuca y un escalofrío le recorrió toda la espina dorsal. La llamada se cortó y el teléfono se le resbaló de las manos cuando reparó en un detalle. Acababa de ver algo que había pasado completamente inadvertido cuando entró en el salón para comprobar los cierres de la ventana. La acuarela de Eilean Donan estaba rasgada. Alguien había entrado allí y la había destrozado.

—Oh, Dios mío...

Nuevamente el timbre del teléfono le produjo un sobresalto. Esta vez el tono era el utilizado para el resto de llamadas, pero aun así miró con recelo la pantalla. Era Sam. Se agachó para recogerlo del suelo. El corazón todavía golpeaba contra su pecho al descolgar. Cuando oyó su voz no lo pudo evitar y se vino abajo.

Capítulo 20

No he dejado de pensar en Olivia en todo el día. He estado tentado de llamarla para volver a verla. Después de haberse sincerado conmigo, siento que le debo lo mismo, pero bastante incertidumbre tiene ya ella en su vida como para que yo me convierta en un problema añadido. Tras darle muchas vueltas llego a la conclusión de que de nada servirá esperar a mañana para hacer algo que ya tengo decidido. No pienso plantearme las razones, pero necesito verla. Lo quiera o no, Olivia me ha transmitido la paz que mi alma en contienda necesita.

Me encuentro cerca de la calle en la que nos citamos ayer. Rememoro cada momento, cada palabra, cada gesto de esa mujer que ha entrado en mi vida como un soplo de aire fresco para hacerme recordar, o tal vez para ayudarme a olvidar. Decido correr el riesgo y marco su número con la esperanza de que no ande lejos de donde estoy. Responde enseguida.

—¿Qué tal, Olivia?

—Hola, Sam.

Percibo un matiz diferente en su voz. Tal vez va caminando mientras atiende la llamada porque noto su respiración acelerada, y sin embargo no escucho ningún ruido de fondo.

—Verás, estoy ahora mismo por la calle Albany. Acabo de hacer la entrega de una de mis obras a un cliente y me preguntaba si te apetecía...

—Oh, Sam —Su voz se quiebra. Adquiere un tono que no anuncia nada bueno.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? —pregunto alarmado.

—Alguien ha entrado en mi apartamento.

—¡¿Qué?! ¿Pero tú estás bien? ¿Se han llevado algo?

—No. Quiero decir, sí, estoy bien. Y no, no se han llevado nada, pero tu lienzo de Eilean Donan...alguien ha...Dios...aquí está pasando algo y...

—Olivia, me estás asustando —me interrumpo al escuchar su voz aterrada al otro lado de la línea.

—La han destrozado, Sam. Tu acuarela.

Siento un leve mareo y tengo que detenerme para apoyarme sobre una farola. Intento calmarme.

—¿Estás con alguien?

—No, estoy sola. Pensaba llamar a mi amigo Steve antes de llamar a la policía.

—¿Quieres que vaya?

—Sí, por favor —me ruega entre sollozos—. Número nueve de Hart Street, segundo piso, puerta dos.

En ese instante creo que se me paraliza el corazón. No es posible. Esto no puede estar sucediendo. Olivia vive en mi apartamento, el mismo que Annie y yo compramos para comenzar una nueva etapa de nuestras vidas con Rory, pero que me he visto obligado a alquilar porque la tragedia se interpuso en mi camino y mi futuro ha quedado truncado para siempre. Cuelgo el teléfono y llamo al sargento Lennox mientras echo a correr calle abajo. No dejo de pensar en la casualidad. En la macabra, insólita e increíble casualidad.

Minutos más tarde subo acelerado los dos pisos. Llamo a la puerta con los nervios a flor de piel.

—Soy Sam. Ábreme.

Al otro lado Olivia parece incapaz de girar la llave y tiene que hacer dos intentos. Entro rápidamente, cierro la puerta y, sin pensármelo, la estrecho en mis brazos. Su cuerpo tiembla contra el mío y siento la imperiosa necesidad de protegerla, aunque ni yo mismo sé de qué o de quién.

—Shhh, cálmate —susurro contra su sien—. Estoy aquí, no pasa nada.

Olivia quiere aparentar entereza, pero la forma en la que su cuerpo se aferra a mi abrazo la delata, y soy consciente de que deseo posponer al máximo el instante. En un intento desesperado de arrinconar los sentimientos que esta mujer me inspira, me separo de ella con suavidad y aparto un mechón de su rostro. Un gesto que pretende parecer paternal, pero que en ambos ha provocado un efecto distinto.

—¿Mejor ahora? —pregunto al tiempo que borro el resto de una lágrima con mi pulgar.

—Sí, mucho mejor. Gracias.

Fijo la vista en la acuarela destrozada y la pongo de cara a la pared.

—Ya he llamado a la policía. No he podido darle muchos detalles. Necesitas tomar algo para rebajar esa tensión antes de que lleguen. Yo me encargo. Tú siéntate y relájate.

Pero Olivia no me hace caso y me sigue a la cocina. Me voy directamente al bote donde está guardado el té y las infusiones. La miro y me está observando con una expresión que no logro descifrar. Probablemente se siente incómoda ante la situación, y la comprendo.

—¿Cómo has entrado? —me pregunta haciéndose a un lado del marco de la puerta.

Me acerco al fregadero, vacío el agua de la tetera y vuelvo a llenarla.

—¿Qué cómo he entrado? Me has abierto tú.

—Abajo. ¿Quién te ha abierto la puerta de abajo?

Pongo en marcha la tetera y enseguida me percató de mi error. Me ha visto entrar en la cocina y desenvolverme en ella con absoluta naturalidad.

—Lo siento, tendría que habértelo dicho.

—¿Decirme qué?

Entonces me giro hacia ella. Sostiene un cuchillo en la mano apuntándome.

—Pero ¿se puede saber qué...?

Es entonces cuando la revelación equivocada cae sobre ella con la fuerza de un potente rayo.

—¿Cómo has entrado? —repite con una voz que llega a asustarme.

—¿No creerás que yo he sido quién ha hecho esto? Aparta ese cuchillo, por favor —digo al tiempo que doy un paso adelante.

—No te muevas —me advierte ella sin cambiar un ápice la dureza de su expresión.

—Todo tiene una explicación. Soy el propietario de esta vivienda. La puse en alquiler con la agencia de Fiona. Fiona Walton —Echo mano a mi bolsillo y saco mi móvil —. Llámala y compruébalo tú misma.

Olivia vacila un instante.

—Vamos, hazlo. Me duele que creas que soy capaz de hacerte daño.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Maldita sea, acabo de enterarme de dónde vives. No tenía ni idea de que eras mi inquilina. Te lo juro. Pensaba decírtelo ahora, pero no me has dado tiempo.

—¿Por qué no me contaste lo del accidente de avioneta?

Trato de evitarlo, pero ya es demasiado tarde. Olivia ha visto la angustia y el dolor a través de mis ojos. Tardo en romper el afilado silencio.

—Annie siempre tuvo miedo a volar, pero lo superó hasta el punto de que se impuso como objetivo aprender a hacerlo. Murió al estrellarse el ultraligero que pilotaba. Volaba con Rory, nuestro hijo de cuatro años. Esa iba a ser la sorpresa que iba a darme para mi cumpleaños. Él también perdió la vida —relato como un autómatas sin mirarla a los ojos—. Desde entonces no he sido capaz de volver a volar. La pintura me ha salvado de caer en un agujero, ha sido una vía de escape para canalizar la rabia que todavía me consume. Y si no hubiese sido por esa iniciativa de la Fundación de Colin Stewart, jamás habría podido salir del pozo sin fondo en el que me encontraba. Hace poco más de dos semanas recibí una llamada, y el número de teléfono que aparecía en la pantalla era el de Annie. Sí, después de más de dos años, no he dado su línea de baja. No estaba preparado para hacerlo como no estoy preparado para admitir la posibilidad de que aquello no fuera un accidente. Los restos de su teléfono móvil recuperados resultan que no son en realidad de su teléfono móvil, sino de otro completamente diferente. Y tengo las pruebas. Quiero que reabran el caso.

Intento recuperar el aliento tras mi réplica y vuelvo a alzar la vista hacia Olivia, que me mira aterrorizada. El cuchillo resbala de su mano y cae en el suelo. Ella parece derrumbarse y tiene que buscar apoyo sobre la pared, pero voy hacia ella y la sujeto con firmeza por los hombros.

—Olivia, dime qué está pasando. No niegues que tú también me ocultas algo —La tomo del mentón y elevo su rostro estremecido hacia mí—. Mirame, por favor.

—Yo también he recibido una llamada desde el móvil de Duncan —confiesa tragando saliva con fuerza, con el miedo distorsionando sus suaves facciones—. Quien haya hecho esa llamada tiene en su poder su móvil o su tarjeta, y ha elegido mi número por alguna razón. Ahora estoy segura de que no fue un accidente.

—¿No crees que te precipitas en tus conclusiones?

—El certificado de defunción, los antidepresivos que la hermana Macy encontró en el armario del baño, lo del expediente en el despacho de la doctora, el tono de la conversación con Dave Ryan...No sé, pero todo me induce a pensar que aquí hay algo que se me escapa.

—¿Quién es Dave Ryan?

Me cuenta lo que ha descubierto y la cita que tiene con el fotógrafo.

Sobrecogido por el curso que toman los acontecimientos, vuelvo a rodearla con mis brazos en un vano intento de templar los ánimos. En medio de la confusión no sé reconocer mi propio temblor frente al de ella.

—El sábado iré contigo a Helensburgh. No quiero que te enfrentes a esto sola.

El timbre de la puerta nos hace despertar de la pesadilla. Es el sargento Lennox.

—Y será mejor que no le digamos nada a la policía hasta haber hablado con Dave Ryan.

Ella alza la vista y asiente con la cabeza. Veo el miedo en sus ojos. ¿O no es más que el reflejo de los míos?

Esperamos a que el sargento termine de hablar por teléfono. Tras lo sucedido ha quedado demostrado que hay motivos más que suficientes para tomarse nuestras sospechas en serio. Lennox, junto con un agente, ambos vestidos de paisano, han explorado y comprobado cada rincón de la propiedad y sus alrededores. Les pido que se aseguren de que no hay rastro alguno de micrófonos y cámaras ocultas en la vivienda.

—Parece que la compañía telefónica cometió un error y no habían procesado la solicitud de baja de la línea de teléfono del señor Murray. Lo sorprendente es que haya seguido dada de alta, y es que al parecer nadie se había ocupado de cerrar su cuenta bancaria. Estas cosas suelen suceder con frecuencia: gente que fallece sin parientes conocidos y cuyas cuentas nunca llegan a ser canceladas. Mientras haya saldo no se preocupan. Por el momento no daremos de baja la línea.

—¿Saben desde dónde se ha hecho la llamada? —pregunta Olivia.

—En la zona de Haymarket.

—Madre mía, está aquí, en Edimburgo. Esto es un mal sueño.

Intento mostrarme tranquilo. Olivia busca mi mano y yo la cubro con la mía con fuerza para ocultar mi temblor. Siento que la furia me corroe por dentro. ¿O es pánico? Si quien está detrás de todo esto resultara ser quien imagino, entonces estamos en grave peligro, pero no consigo encontrar la conexión.

—Tengo a mis hombres trabajando sobre las CCTV de la zona y Fiona Walton me pasará una relación de las personas que han alquilado durante los últimos tres años —prosigue el sargento—. Podría haberse alojado aquí

bajo otro nombre e incluso podría haberse hecho con una copia de las llaves. No hay ninguna cerradura forzada y dudamos que haya trepado dos plantas para colarse por la ventana de la cocina. Por el momento, en base a su conversación con Carol David buscamos a una mujer, pero no podemos descartar la posibilidad de que sea un hombre. Los vecinos del edificio de enfrente no han visto nada fuera de lo normal.

—No puedo quedarme aquí. ¿Y si es así? ¿Y se se ha alojado en este apartamento? —pregunta Olivia angustiada.

El mero hecho de pensar en la posibilidad me repugna.

—Habría que cambiar la cerradura —aconseja el sargento.

Y yo me pregunto si esa es la solución.

—Aun así, no puedo quedarme aquí. Me iré a casa de mi amigo Steve.

—Le recomendaría que no lo hiciera. Si está al acecho y ve que se marcha podríamos perderle la pista y lo que está muy claro es que está merodeando por la zona, y así queremos que siga. Pídale a su amigo que se traslade aquí unos días.

—No puedo pedirle algo así. Él trabaja desde casa.

—Yo me quedaré —me ofrezco sin pensar que para ella puedo ser un inconveniente.

Me lanza una mirada de sorpresa.

—Lo siento, no debería haberlo planteado. Si no vas a estar a gusto buscaremos otra solución —puntualizo—, pero el sargento tiene razón. Conviene que sigamos actuando con naturalidad.

—Quienquiera que sea sabrá que he llamado a la policía —insiste Olivia.

—Pero no sabe el resto —corrige el sargento—. Ni lo que usted ha descubierto sobre Alastair Murray ni lo que el señor Hamilton sabe tras su conversación con Carol Davis.

—¿Y si ese móvil no está en su poder? ¿Y si, como usted le dijo a Sam, lo lanzó en algún lugar y alguien se hizo con él?

—En mi profesión no siempre creemos en la casualidad sino también en los hechos, y teniendo en cuenta que hace unas semanas el móvil de la esposa de Sam estaba en Alemania y el de Murray ha sido interceptado aquí, solo hay que sumar dos más dos.

—La misma persona tiene en su poder dos móviles que pertenecen a dos fallecidos —dice Olivia más para sí misma que para nosotros.

—Puede ser su firma —añade Lennox.

—¿Insinúa que puede tratarse de una asesina en serie?—Ni siquiera yo doy crédito a lo que acabo de decir.

—¿Qué sentido tiene quedarse con el móvil de un fallecido? —interrumpe Olivia.—¿Cree entonces que lo sucedido en Greenan Castle no fue un accidente?

—Mañana a primera hora hablaré con el forense que certificó la autopsia de Murray. A veces se cometen errores, se pasan cosas por alto, sobre todo si no hay familiares que hayan reclamado al fallecido, como ha sido en este caso. Si en el transcurso de una autopsia se detectan signos que permitan suponer la existencia de un delito, se suspende y se nos comunica. En este caso no fue así.

—¿Y si se falseó el informe de la autopsia?

—¿Y por qué iba el forense querer falsearlo?

—Para ocultar un posible error terapéutico o de diagnóstico. Alastair estuvo acudiendo a consulta al hospital en el que yo trabajo por un episodio de depresión, y en casos así, si el paciente no fallece por muerte natural, se solicita una autopsia clínica de la que forman parte médicos, psicólogos y psiquiatras para poder detectar si se produjo algún error. ¿A nadie se la ha ocurrido investigar su historia clínica?

—¿El señor Murray tuvo un episodio de depresión?

Me doy cuenta de que Olivia se ha arrepentido de revelar su descubrimiento. Entonces le habla del programa en el que está contratada. No quiere dar nombres. No se atreve a lanzar acusaciones, ni le confiesa lo del acceso a archivos confidenciales la tarde en la que se quedó a solas en el despacho de la doctora Keenan.

—Tan solo me fijé en una carpeta con el nombre Alastair Murray que estaba sobre otros expedientes.

—¿Y cómo sabe que se trata de la misma persona? Podría tratarse de otro Alastair Murray. Es un nombre y apellido muy común.

—Yo tampoco creo en la casualidad, sargento.

Se produce un breve silencio.

—Lo tendremos en cuenta. Mientras tanto, le diré que lo que ha propuesto el señor Hamilton me parece la mejor solución.

—No quiero poner en peligro a Olivia —le insisto al agente.

—Estarán a salvo. Pondremos vigilancia.

Olivia y yo nos miramos. En un tiempo récord hemos pasado de ser prácticamente unos desconocidos a tener demasiadas cosas en común como

para ignorarlas.

—Todo saldrá bien —le digo en un intento de convencerme más a mí mismo que a ella.

Me da la sensación de que está en otro lugar. Algo se macera en su cabeza y estoy convencido de que no está muy segura de querer dar voz a sus pensamientos.

—¿En qué piensas? ¿Hay algo que hemos pasado por alto? —le pregunto.

Ella alza la vista hacia mí y luego hacia el sargento. Vacila antes de hablar.

—La mañana que salía de las oficinas del Registro, frente a la catedral, me pareció percibir un extraño movimiento. Una mujer me observaba desde las escaleras de la St. Giles. La figura me resultó extrañamente familiar y al saberse descubierta se giró y desapareció entre el grupo de turistas que se arremolinaban en la explanada. Me sentí vigilada, tal y como me he sentido esta noche cuando regresaba a casa.

Lennox y yo intercambiamos miradas.

—¿Había visto antes a esa mujer? —pregunta Lennox.

—Es voluntaria en el convento de las Hermanas de la Misericordia, en Lauriston Gardens. La vi el primer día que estuve allí y me sentí incómoda por la forma en la que me miró. Días más tarde se dirigió a mí en la biblioteca del centro social. Era como... como si me conociera.

—¿Y?

—Entonces empecé a recordar. Tras nuestra ruptura...Duncan, perdón, Alastair...Dios...esto es difícil para mí... estamos entrando en terreno muy íntimo y personal.

—Tranquila, tómate tu tiempo —le digo en un intento de calmarla.

—Si me lo permite, poco puede importar la intimidación del señor Murray. Por desgracia ya no está aquí para defenderse.

—Verá...yo...tenía sospechas de una posible infidelidad y tras una discusión vi que alguien le había enviado una fotografía junto con un mensaje. No pude evitarlo y lo hice... —respiró hondo—, me hice con su móvil y vi decenas de imágenes de mujeres con rasgos muy parecidos a los míos. En la galería de fotos descubrí varias carpetas con los nombres de esas mujeres y sus fotografías.

—¿Fotografías de contenido sexual?

—No, no. Eran primeros planos y en todas sonreíamos.

—¿Sonreíamos?

—Sí. También había una carpeta con mi nombre. Lo único que la diferenciaba de las demás era que contenía imágenes de nosotros dos juntos desde el día que nos conocimos.

—¿Sabe el nombre de esa mujer?

—Katerina.

—¿Puedo preguntarle qué hacía en las oficinas del Registro?

Me mira antes de responder. Sé que la pregunta le ha pillado por sorpresa.

—Fui a solicitar los certificados de defunción de Alastair y su hermano.

El sargento ha escuchado todo atentamente mientras toma nota en su libreta. No se pronuncia, lo cual me preocupa. Actúa de forma similar a la de la tarde que me presenté en la comisaría para contarle lo de la llamada recibida y veo lo mismo: una mezcla de duda y perplejidad. Tengo la ligera sensación de que el sargento está juzgando a Olivia. La miro y no sé si la expresión de su rostro revela angustia o simplemente vergüenza ante la exposición de un hecho tan delicado.

—Él era buena persona —aclara Olivia con voz queda—. Sé que tenía problemas y que arrastraba un pasado lleno de sombras, pero le aseguro que cuando dejaba pasar la luz era el hombre más maravilloso del mundo y sé que sería incapaz de hacer daño a nadie. No lo juzgue, por favor.

—El amor es la más noble flaqueza del espíritu —dijo el sargento—. Todos somos normales hasta que esas flaquezas salen a la luz y se cometen muchas más traiciones por debilidad que por el firme propósito de traicionar.

Capítulo 21

Se levantó de madrugada. Eran las tres de la mañana y no lograba conciliar el sueño. Sam descansaba en la habitación contigua, la misma en la que había dormido su hijo Rory antes de que la tragedia se lo llevara para siempre, la misma donde una vez se oyeron risas en tiempo de juegos. Ahora no quedaba ni rastro de todo aquello, tan solo el recuerdo y el lóbrego silencio.

Se llevó una sorpresa cuando al entrar al salón se lo encontró sentado en el sofá a la luz de un par de velas y con la mirada perdida.

—No te he oído salir de tu habitación. Pensaba que dormías.

—No he conseguido cerrar los ojos, perdona si he hecho ruido y te he despertado. Comprendo que te sientas incómoda con mi presencia aquí.

—Tú eres quien debe de estarlo. No olvides que es tu casa.

—Aun así me siento como un extraño.

—Voy a prepararme un té. ¿Te apetece?

—Deberías irte a la cama, mañana tienes que trabajar y ha sido un día muy duro.

—Yo tampoco consigo pegar ojo. Es una pérdida de tiempo estar dando vueltas en la cama.

—Déjame a mí —dijo poniéndose en pie—. Yo te lo preparo.

—Puedo hacerlo yo, Sam.

—Necesito sentirme útil. Necesito cuidar de alguien, hace tiempo que no lo hago, así que deja que al menos cuide de ti, ¿de acuerdo?

—De acuerdo—dijo ella con una sonrisa de sincero agradecimiento.

Se acomodó en el sofá mientras él se metía en la cocina. Contempló sus dos acuarelas, su «retrato en el aire» como ella lo había llamado, y supo que ese era el punto exacto donde apuntaban sus ojos cuando se lo encontró allí desvelado, no solo por los trágicos recuerdos, sino por todo lo acaecido hasta el momento. Estaba tan abstraída en sus pensamientos que no se dio cuenta de que ya estaba de nuevo sentado a su lado con una humeante taza en la mano y un par de cojines para que estuviese más cómoda.

—Muchas gracias. Si te presentases al concurso del hombre más atento del año seguro que te alzarías con el primer premio.

—Ten cuidado porque también podría ganar el del más insufrible.

Ambos por fin lograron sonreír a la par. Enseguida el silencio se apoderó del instante mientras daban los primeros sorbos a la infusión que caldeaba poco a poco sus gargantas y tal vez también sus almas. Olivia dejó escapar un leve suspiro.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—Trato de no pensar. Si lo hago terminaré volviéndome loca. Intentaba ocupar mi mente con tus acuarelas y tus dibujos, en cómo eres capaz de transmitir tanto a través de algo tan complejo y a la vez tan sencillo como un rostro o un pie sobre la arena, en esas olas que casi rugen en mi oído cuando las contemplo. Es increíble que tuvieses ese talento oculto y que no haya salido a la luz hasta..., vaya... lo siento, no era mi intención hacerte recordar.

—De las mayores tragedias suele salir lo peor de nosotros y también lo mejor, aunque no nos demos cuenta de ello porque estamos demasiado ocupados recreándonos en nuestra desdicha.

—A veces llamamos desdicha a no querer olvidar. Yo no quiero olvidar, Sam. No quiero que nadie me pida que olvide.

—Yo nunca te lo pediría —le dijo cubriendo su mano con una suave caricia.

El tacto de su piel sobre la suya fue reparador y Olivia rogó en silencio para que no la retirara. El apacible silencio que invitaba a la reflexión volvió a ser protagonista. Fue ella quien una vez más volvió a romperlo.

—No quiero ni pensar por lo que tuviste que pasar. No ceso de preguntarme cómo se puede lograr hacer frente a semejante horror.

Lo miró y él, en un gesto rápido, hizo desaparecer el resto de su lágrima con el dorso de su mano. Aquello se estaba convirtiendo ya en algo habitual.

—Ni lo imaginas, aunque seguro que te haces una idea. En tu caso, enterarse de esa manera de que el hombre al que seguías amando había perdido la vida es algo para lo que nadie está preparado.

—Todavía pienso que me lo voy a encontrar en mitad de la calle y que todos estos meses no han sido más que un mal sueño. Cuando paseo por Dean Village y me siento en ese banco que ambos compartíamos con frecuencia, cierro los ojos y por un instante pienso que está allí conmigo, sentado a mi lado. Siento su presencia. Puede parecer de locos, pero es así.

—Cuando se pierde a un ser querido creamos un sexto sentido, lo

hacemos de forma inconsciente para no romper los lazos porque nos aterra perder lo único que nos queda, algo que no es tangible y no se puede describir.

—¿Cómo se logra continuar sin ellos? Yo no consigo hacerlo.

—Nunca se consigue. Te acostumbras a la ausencia, pero no existe ni un solo día, ni un solo minuto en el que piense que tal vez se podría haber evitado.

—Yo *podría* haberlo evitado. Él me dio la posibilidad de evitarlo y no lo hice.

—No pienses así. De nada sirve porque él no volverá.

Oliva guardó silencio y se tragó el nudo de su garganta para evitar que también las lágrimas anegaran sus ojos. Volvió a centrar su atención en otro de sus dibujos, su única manera de dejar a un lado esa aprensión que sufría ante lo que se avecinaba y no se atrevía a afrontar.

—Es una playa preciosa. Has plasmado perfectamente la luz del atardecer escocés.

—Nuestras vidas podrían estar en peligro y tú sigues empeñada en alabar mi humilde obra.

—No quiero pensar en ello. Y no es humilde. Es grandiosa.

—Gracias.

—Es la verdad.

—Está hecha en Porty. Solíamos ir con frecuencia antes y después de nacer Rory. Para Annie era como volver a casa, a su Málaga querida, a ese mar Mediterráneo que la vio crecer. Se convirtió en su válvula de escape y más tarde se convirtió también en la mía.

—Portobello tiene su encanto, pero al principio Duncan y yo soñábamos con vivir en Stockbridge. Sin embargo, lo que veíamos no se ajustaba al presupuesto y cuando encontró esa casa que necesitaba reforma en Portobello supo que era el lugar donde quería pasar el resto de su vida. Quiso compartirlo conmigo, fue su forma de decirme que tal vez las cosas por fin podrían funcionar entre nosotros, pero no le creí. No le creí, no le di la oportunidad y lo perdí. Para siempre.

—No creo mucho en esas cosas, Olivia, pero no dejo de pensar que tal vez ellos se han tomado muchas molestias para que descubramos la verdad. ¿Qué sentido tendría sino que nos hubiésemos conocido de esta forma?

—Yo también lo he pensado, pero después de todo esto me pregunto si podré volver a creer en alguien. Duncan fue capaz de abrirme el corazón, pero tal y como lo abrió también lo dejó cerrado a cal y canto con sus

secretos y sus verdades a medias.

Notó el sabor de las lágrimas en su garganta, pero apretó la mandíbula y tragó saliva para evitar que su pena aflorase. No tenía derecho a hacerlo cuando Sam había perdido mucho más que ella. Aun así ese hombre destrozado por el dolor le ofreció un hombro donde llorar y ella se apoyó en él sin derramar una sola lágrima. Fue su corazón quien lo hizo, de forma anónima, en silencio, mientras él acariciaba distraídamente su cabello. En sus brazos se sintió por primera vez como en casa y en paz después de mucho tiempo. Resultaba paradójico sentirse así cuando sus vidas podían estar ahora en manos de una demente.

Empezó a notar pesadez en los párpados y la esencia de vainilla de la cera derretida la sumió en un sueño reparador del que no despertó hasta el alba.

Y él continuaba allí, a su lado. No se había marchado.

Al día siguiente la doctora Keenan la esperaba en su despacho a primera hora. Cuando entró se puso en pie y, con rostro preocupado, rodeó la mesa para llegar hasta ella. La sujetó con notable afecto por los hombros.

—Menudo susto nos has dado. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila. Lo peor ya ha pasado.

Se limitó a contarle que habían entrado en su apartamento sin dar muchos más detalles. Lo que menos le apetecía era volver a recrear el desagradable suceso con todo lo que conllevaba. Si esa mujer supiese en lo que estaba implicada habría salido de allí corriendo.

—Podrías haberte tomado el día libre.

—Estoy bien, de verdad. Solo necesito tener la mente ocupada.

Olivia no pudo reprimir las lágrimas. La doctora Keenan no supo cómo reaccionar y lamentó ponerla en una situación tan delicada.

—Pero ¿qué te ocurre? Me estás asustando.

—Creo que... voy a abandonar el programa. Quiero presentar mi dimisión. Estoy pasando por un momento de gran estrés emocional y no creo estar en condiciones de tratar a ningún paciente. No cuento con la objetividad necesaria.

—Si es por lo que te pasó ayer, no te preocupes. Ya te he dicho que puedes tomarte unos días. Entiendo que estés estresada.

Olivia consideró la posibilidad de sincerarse y contarle lo de Duncan,

pero algo le frenaba a hacerlo.

—No puedo, tengo mis propios traumas y no puedo ayudar a otros a superar los suyos hasta que yo no supere los míos.

—Pero tienes que ayudar a Ethan. No puedes abandonar ahora.

—Gracias por confiar tanto en mí, pero no sé si seré capaz de seguir. No quiero que mi estado emocional actual me nuble la capacidad para ayudar a ese muchacho.

—Escucha, te propongo una cosa. Tómate un par de días y ya se nos ocurrirá algo. Pon en orden tu cabeza y verás como las aguas vuelven a su cauce.

—No creo que pueda hacerlo.

—Podrás, Olivia. Eres la mejor del equipo. Te necesito para conseguir mi objetivo.

El móvil vibraba contra su bolsillo cuando se disponía a recoger sus cosas. Era Sam.

—¿Cómo ha ido todo?

—He presentado mi dimisión.

—¿Cómo?

—Pero la doctora Keenan no está de acuerdo con mi decisión. Intento confiar en ella, pero ¿y si está ocultando algo? No dejo de pensar en el historial de Duncan.

—La policía se encargará de eso. Mientras tanto, démosle un voto de confianza.

—Tras darle muchas vueltas lo he reconsiderado. No imaginas lo persuasiva que puede llegar a ser. Confía mucho en mí y no quiero defraudarla.

—Me alegro. Has luchado mucho por estar aquí y sería triste ver que abandonas.

—Parece que todo el mundo confía más en mí que yo misma.

—Pues no lo olvides.

—Intentaré no hacerlo.

—Estoy aquí fuera esperándote al final de la calle, a la salida del aparcamiento. Y creo que nos siguen.

—Oh, Dios mío.

—Tranquila, son policías.

—No sé si eso me tranquiliza.

—Tenemos que relajarnos, Olivia.

—Resulta difícil.

—Lo sé, pero estamos juntos en esto. Te prometo que acabaré antes de que nos demos cuenta.

—Quiero creerte.

—Tendré que convencerte invitándote a cenar.

—En otras circunstancias esto habría sonado a una cita.

Pudo intuir su sonrisa al otro lado de la línea.

—Ya tuvimos la primera hace unos días, ¿recuerdas?

—Así que eso fue una cita...

—No me digas que no lo fue porque entonces estaré haciendo el mayor de los ridículos.

—Puedes ser cualquier cosa menos ridículo, te lo aseguro —dijo sin poder evitar la risa. Lo necesitaba para olvidar en el lío en el que estaban metidos.

—Gracias y...Olivia...

—¿Sí?

—Siento que nos hayamos conocido en medio de todo este caos, pero mirémoslo desde el lado positivo y piensa que ya hemos recorrido un largo camino en un tiempo récord. De modo que si salimos de ésta tendremos tiempo para... seguir conociéndonos...siempre y cuando tú quieras, claro.

Olivia respiró hondo y un leve cosquilleo, ese mismo que no había vuelto a sentir desde que Duncan fijó sus ojos en ella una mañana de octubre, volvió a asentarse en su estómago. Sin embargo, esa sensación se desvaneció cuando pensó en que alguien ahí fuera la tenía en el punto de mira. Y lo que todavía no había logrado averiguar, ni ella, ni Sam, ni la policía era el porqué.

—Habrà tiempo para eso. Salgo en un par de minutos.

Capítulo 22

Una vez más el insomnio hizo acto de presencia. Esta vez no fue Olivia quien encontró desvelado a Sam en mitad de la noche, sino al contrario. En medio del silencio escuchó un ruido apagado. A un paso de la habitación de Olivia el ruido se convirtió en algo similar a un sollozo. La puerta estaba entornada y pudo observar a la figura femenina bajo el hueco de la ventana. Estaba sentada con las piernas flexionadas y su cuerpo parecía sufrir pequeñas sacudidas. Estaba llorando y, sin pensárselo dos veces, Sam golpeó la puerta con sigilo antes de entrar. Ella se incorporó y en un rápido gesto se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Perdona, no pretendía esta intromisión en tu intimidad. Es que me pareció oírte llorar y... —se disculpó desde el umbral.

—Oh, siento haberte despertado.

—Tranquila, estaba despierto. Solo dime si puedo hacer algo por ti.

Olivia vaciló unos segundos antes de responder.

—¿Podrías... abrazarme durante un minuto? —preguntó a media voz.

Sam no ocultó su sorpresa, pese a que lo habría hecho sin que se lo pidiera.

—Claro.

Ella se apartó y Sam advirtió la indecisión en sus movimientos ante ese nuevo acercamiento físico que tanto anhelaban, pero que ninguno se atrevía a admitir. Le dejó espacio libre para apoyarse sobre los cojines y se acomodó en el hueco que le ofreció. De forma natural extendió sus brazos hacia ella. No hicieron falta las palabras. Olivia se recostó sobre su pecho y él la rodeó con su cuerpo. Dejó escapar un largo suspiro. Con ese simple gesto sus dudas y sus miedos parecieron desvanecerse durante unos instantes. Sam no recordaba cuándo fue la última vez que abrazó a alguien de esa manera. Prefirió no recordarlo, mejor sentirlo.

—Lo siento, tuve una pesadilla. Estaba asustada, me levanté y...

—Sshhh, no pasa nada.

—No quería que me vieras llorar. Quiero superarlo, pero no puedo y me odio a mí misma por ello.

—A veces lloramos, y no porque seamos débiles, sino porque llevamos demasiado tiempo siendo fuertes.

—Siento haberte metido en todo esto.

—No pienses en ello. Ahora relájate.

Él deslizó sus dedos sobre su cabello y aspiró el suave aroma a cítricos. Pasados unos segundos notó que la tensión no parecía tener la intención de desaparecer.

—Creo que con un minuto no va a ser suficiente —susurró contra su coronilla.

—Solo un poco más, por favor. No te vayas.

—No me voy a ninguna parte. Este es el único lugar en el que quiero estar ahora mismo.

Entonces Olivia apartó la mejilla de su torso para mirarlo. Su rostro enmarcado entre las sombras y luces del exterior, que se filtraban a través de los visillos de la ventana, proyectaba un cúmulo de emociones. Las mismas con las que ella luchaba contra viento y marea. Sam sintió que perdía la noción del tiempo frente a esos ojos que lo acariciaban con la mirada y vio el dulce nudo atrapado en su garganta. Las yemas de sus dedos borraron la huella de sus lágrimas, las mismas que saboreó cuando rozó sus labios por primera vez. Se apartó lo suficiente para delinear el contorno con una delicadeza rayana en la desesperación. Lo hizo despacio, embriagándose del mero placer de observar su reacción. Ella separó los labios y Sam se detuvo.

—¿Quieres besarme? —preguntó Olivia, sorprendida de su propio atrevimiento.

—Mucho más que besarte —respondió Sam con una voz que ni él mismo reconoció como suya.

Todo el deseo contenido se evaporó en el instante en el que ella correspondió a ese primer beso que poco a poco fue perdiendo timidez y ganando en exigencia. Y Sam no tardó en demostrar la necesidad que tenía de ella cuando la agarró por la cintura para sentarla a horcajadas sobre él. La sujetó con firmeza por las caderas mientras su boca se centraba en la línea de su cuello, en su clavícula y más abajo sobre el tejido de su camisón, hasta que fue abriéndose paso hacia sus pechos desnudos.

Olivia siguió su ejemplo introduciendo las manos bajo su camiseta para acariciar el vello masculino. Una estimulante sonrisa se dibujó en su rostro

cuando él mismo se deshizo de su prenda y le subió el camisón para enterrarse en la calidez de su piel.

—Dios mío, Olivia.

Si seguía por ese camino ya no habría marcha atrás. En el instante en él que se lanzó a por su boca en un beso hambriento, urgente y desesperado, preludio de la necesidad de librar su batalla interior de una vez por todas, supo que ya no podría detenerse. Y ella tampoco.

Sintió sus uñas en sus hombros cuando se alojó en su interior, aferrándose a ese resquicio de cordura que le quedaba mientras sus cuerpos se balancean al ritmo del dolor que teñía sus almas. No podían respirar, ni pensar. La sintió tensarse sobre él y su mundo se detuvo antes de explotar. Presionó su frente contra la de ella y cerró los ojos un instante mientras recuperaba el aliento tras esa rendición física y mental que tanto había echado en falta. Olivia hizo lo mismo, postergando así la intensidad del placer que ambos se habían proporcionado.

—Ha sido mejor de lo que imaginaba —susurró él contra su boca con la mirada todavía nublada por el deseo.

—¿Lo habías imaginado?

—Muchas veces —respondió con un nudo en la garganta al tiempo que le sostenía la mirada entre las sombras—. Verte elegir ese retrato fue algo que no consigo olvidar. Sentí que...que ella te había puesto en mi camino.

Olivia aguantó las lágrimas y acarició la sombra de barba que despuntaba en su mandíbula. Él atrapó su mano y se la llevó a los labios.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que quieras.

—¿Puedes quedarte abrazándome el resto de la noche?

Sam le sonrió. Se sintió extrañamente relajado y feliz de poder complacer sus deseos.

—Empezaste por un minuto y ahora, toda la noche ¿Qué será lo próximo que me pidas?

Guardó silencio. No supo la razón, pero en el fondo esperaba una respuesta. Olivia volvió a besarle y luego buscó refugio en sus brazos. Con eso le bastaba.

Abrió los ojos aturdida cuando sonó la alarma del despertador. En medio del sopor y el cansancio se había olvidado de donde estaba. Sonrió al recordar

que el motivo de todo estaba tendido a su lado. El edredón le cubría lo imprescindible y sintió un deseo irrefrenable de acariciar su espalda, pero cambio de opinión y se escabulló sin hacer ruido al cuarto de baño.

Vertía el café recién hecho en una taza cuando unos brazos rodearon su cintura desde atrás. Sintió el cuerpo masculino desnudo contra el suyo, mientras sus manos le apartaban el cabello y besaba la curva de su cuello. Ella se giró y reparó en su rostro cansado. El agotamiento marcaba cada una de sus facciones, pero no restaba atractivo a esos ojos que la observaban a conciencia. Él se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Estás bien? ¿Estamos bien? Quiero decir...Vaya, he perdido la práctica y no sé si voy a manejar bien todo esto.

—Yo también estoy confusa. Todo está sucediendo demasiado rápido.

—Me refiero a que...lo de anoche no fue producto de toda esta locura en la que estamos inmersos, al menos no para mí. Fui plenamente consciente de cada minuto y me da miedo pensar que...—se detuvo un instante.

—No pienses —le tranquilizó Olivia, tal vez interpretando de forma errónea la incertidumbre que lo abordaba.

—Tienes razón. Si lo hago no lograremos sacar esto adelante.

Y sin más rodeó su rostro con las manos, la acercó a él y la besó con avidez para sorpresa de Olivia.

El tráfico era fluido cuando salieron poco después en dirección a Helensburgh. La localidad despertaba cuando el vehículo de Sam enfilaba por la carretera paralela a la costa del fiordo de Clyde. El grisáceo de las nubes se reflejaba sobre el agua dándole ese color triste y a la vez tan bello que era el sello del paisaje escocés.

—Nunca había visitado este lugar. Parece agradable. Ahora me doy cuenta de que me quedan muchos rincones de Escocia por conocer. Seguro que tú conoces muchos más que yo.

—He recorrido gran parte, pero también me quedan algunos por visitar. Aunque después de todo esto no creo que me queden fuerzas para hacerlo.

—Amabas este país antes de conocerlo a él y no dejarás de hacerlo por el hecho de que ya no esté.

—¿No te has planteado nunca volver a Estados Unidos?

—No se me ha pasado por la cabeza. Irme de aquí supondría romper con los recuerdos y no quiero hacerlo. Amo Escocia porque aquí he pasado los

mejores años de mi vida y me resisto a pensar que puedo repetirlos en otro lugar.

El breve silencio fue interrumpido por la voz femenina del GPS, que les informaba que en el próximo giro a la derecha estarían a dos minutos de su destino: Dennistoun Crescent.

—Es aquí.

Sam detuvo el coche frente a una casa de dos plantas. Apagó el motor y en medio del silencio escucharon el sonido de una máquina corta césped. Un hombre delgado de escaso cabello encanecido, gafas graduadas de montura oscura y un humeante cigarrillo pegado a sus labios caminaba por el jardín poniendo a punto la impecable alfombra natural de un verde intenso.

—¿Y si nos ha seguido hasta aquí?

—No he notado nada sospechoso, así que puedes estar tranquila. ¿Estás segura de que quieres entrar ahí sola?

—Creo que es lo mejor.

—Ese hombre podría contarte cosas que a lo mejor no quieres escuchar. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—La decepción es lo peor cuando tienes expectativas.

—No espero nada, Sam. Pero para entender al Duncan que perdí tengo que saber lo que le llevó a convertirse en el hombre en el que se convirtió.

—De acuerdo. Te espero aquí. Si me necesitas solo tienes que llamarme.

—Ya has hecho bastante con traerme. Ve a tomar un café y aprovecha para dar un paseo antes de que empiece a llover.

—Ni hablar. No me moveré de aquí.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—Tú también lo harías.

Olivia tenía la mano puesta sobre la puerta para abrir, pero él cubrió su mano con la suya y ella se giró. Sam pasó la mano libre que le quedaba alrededor de su nuca y la atrajo hacia él para besarla. Se separó de ella y la miró a los ojos.

—Dime que estarás bien —insistió preocupado.

—Lo estaré —dijo ella, llevando su mano hacia su mejilla en una fugaz caricia.

Luego salió del vehículo.

El hombre alzó la vista hacia Olivia cuando la vio tras la verja y presionó con el pie un pedal para apagar el aparato.

—¿Señor Ryan?

—¿Olivia? —preguntó tras expulsar el humo de una última calada antes de apagar el cigarrillo.

—He llegado un poco antes de la hora.

—Mejor antes que tarde —dijo con una sonrisa amable al tiempo que se dirigía a la verja y la abría para dejarle pasar.

Una mujer salió al exterior y se quedó bajo el umbral de la puerta principal. El señor Ryan extendió su mano a modo de saludo mientras miraba por encima de su hombro.

—¿Vienes acompañada? —preguntó refiriéndose al vehículo de Sam.

—Es un amigo. Me ha traído hasta aquí. Venir en transporte público iba a llevarme mucho tiempo y se ha ofrecido.

—Puedes decirle que entre si lo deseas.

—No, no es necesario. Es que...—dejó pasar el nudo de su garganta — es mejor hablar de esto a solas.

—Entiendo. Entonces no demoremos más de lo necesario esta reunión — dijo señalando con la vista la entrada de la casa—. Te presento a mi esposa Marjorie. Marjorie, Olivia es la muchacha de la que te hablé y que conoció a Alastair.

—Hola, Olivia. Lo siento mucho. Ha sido una triste noticia enterarse de la muerte de Alastair. De haberlo sabido habríamos acudido a su funeral para darle su último adiós. Qué injusta es la vida a veces.

—Yo tampoco pude acudir.

De repente, se sintió fuera de lugar y se preguntó qué hacía allí indagando en los secretos de los que él trató de mantenerla al margen a toda costa. Los Ryan intuyeron su incertidumbre.

—Adelante, entremos —dijo Marjorie posando una mano amiga sobre su hombro.

Olivia giró la cabeza para mirar a Sam, que la observaba a través de la ventanilla del coche. Su sonrisa no logró disfrazar la inquietud de su mirada.

La señora Ryan sirvió tres tazas de té y unas pastas de mantequilla y almendras que habría devorado de no ser porque su estómago estaba cerrado a cal y canto.

—¿Así que eres española? —preguntó Dave tras escuchar el breve relato de su trabajo en Edimburgo y lo que le había llevado hasta Helensburgh.

—De Granada.

—Qué ciudad más bonita para vivir. Bueno, toda España es un paraíso. La comida, su historia, la arquitectura, la gente y ese sol que dura días —añadió Marjorie.

—Totalmente de acuerdo. Y es ahí donde conociste a Alastair —intervino Dave.

—Sí ...aunque bueno...cuando lo conocí me dijo que su nombre era Duncan. Me dijo que Alastair era su primer nombre, pero que todo el mundo lo llamaba por el segundo: Duncan. No he descubierto hasta hace unos días que ese nombre era en realidad el de su hermano pequeño fallecido. Nunca supe que tenía un hermano, jamás lo mencionó. Tan solo habló de una hermana con la que no tenía relación.

Ambos dieron un sorbo a sus tazas de té e intercambiaron miradas significativas. Fue Dave quien rompió el hielo y fue al grano.

—¿Qué es lo que te ha traído hasta aquí exactamente? ¿Qué es lo que quieres saber?

—Tras indagar por mi cuenta he sabido que el pequeño Duncan murió ahogado cerca de algún lugar de South Ayrshire. Sé que Alastair arrastraba una carga emocional y una serie de problemas de autoestima muy grandes. El día de su muerte había decidido sincerarse conmigo y enfrentarse de una vez a sus demonios. Quería contarme algo, pero no llegamos a vernos. No acudió a su cita. Su cuerpo sin vida fue encontrado a los pies de Greenan Castle.

El color de los rostros de los Ryan pareció desvanecerse de golpe.

—El pequeño de los Murray perdió la vida cerca de las playas de Greenan Castle. ¿Lo sabías? —dijo Dave.

—Lo sospechaba. De ahí mi insistencia en conocer el pasado de Alastair. En el artículo del *Daily Record* vi la fotografía del funeral. No he encontrado más información al respecto y solo quiero saber si...si Alastair fue en realidad responsable de la muerte de su hermano. Me niego a pensar que le dejó morir. Por favor, díganme que Alastair intentó salvarle.

—¿Quién te ha dicho que le dejó morir? —preguntó Dave.

—La hermana Macy, del convento de St. Catherine's, donde Alastair trabajó como voluntario. Él le confió algunas cosas que no había confesado a nadie, ni siquiera a mí.

Olivia puso freno a las lágrimas con la servilleta de papel que había en la

mesa. Los nervios comenzaron a pasarle factura y Marjorie fue a sentarse a su lado. La rodeó por los hombros con sus brazos para calmarla.

—Yo también me niego a pensar que le dejase morir. Dave y yo nunca creímos que fuera responsable. Cargó con una culpa que no le correspondía. Su madre se enterró en vida, no aceptó la muerte de su hijo y ni siquiera miraba a Alastair porque cada vez que lo hacía le recordaba lo que había perdido. Imagina lo duro que tiene que ser para un chiquillo pasar por algo semejante. Marcharse a Canadá no solucionó las cosas, las empeoró porque Rosalyn jamás pudo volver a concebir y Robert también se sintió en gran medida responsable de todo. Alastair creció a la sombra de una madre triste que jamás volvió a sonreír a su hijo y de un padre que trató de mitigar ese sentimiento de culpabilidad sin mucho éxito —relató Marjorie.

—¿De qué se sentía culpable su padre?

—Las cosas iban bien hasta que Robert convenció a Rosalyn de adoptar a esa niña —confesó Dave.

—¿Su hermana Keira era adoptada?

—Sí, y ese fue el mayor error de los Murray. De haber sabido que Duncan nacería poco tiempo después, tal vez no se habrían precipitado con la adopción. Si así hubiese sido Duncan estaría vivo.

—Y empiezo a pensar que probablemente Alastair también lo estaría —sentenció Olivia.

Capítulo 23

Seguro que aquel cumpleaños fue inolvidable para todos, pero sobre todo para ti, Alastair. De no ser por mí habrías puesto los pies en la tumba mucho antes de lo previsto. Pero cuando se trata de prioridades hay que actuar. Tenía que empezar a ocupar la posición que merecía en mi nueva familia. Tras mi primer día de clase, en el que tuve que fingir que no sabía solucionar los problemas de Matemáticas, sabía que tendría que emplearme a fondo para no caer en la tentación de exponer mi frustración. Demostrar que sabía hacerlas con más rapidez que la señora Ryan habría sido un grave error por mi parte. No estaba dispuesta a arriesgarme a pasar otra vez por lo mismo que me hizo pasar la hermana Lucifer. Había aprendido la lección de que era mejor hacerse pasar por ignorante, o de lo contrario volvería a ser apartada de la familia que yo había elegido. Sí, yo elegí a los Murray, querido Alastair. Mucho antes de que ellos me eligieran a mí.

Tus padres me presentaron orgullosos a sus amigos y vecinos. Lo quieras o no, te robé el protagonismo en tu gran día, pero lo que no sabías era que minutos después de soplar las velas de tu tarta tú serías el verdadero centro de atención.

Y yo, tu salvadora.

Soplaste las ocho velas con ímpetu. Vi la emoción en tus ojos al abrir todos tus regalos. El famoso y esperado cubo de Rubik estaba entre ellos, pero nada comparado con lo que expresaron cuando abriste el de tus padres: una Polaroid. Eras un niño con suerte. Tu primera cámara de fotos para seguir los pasos de tu padre. Empezaste a hacer tus primeras fotografías ese mismo día y tu madre fue la que ocupó el lugar de honor. Luego, tus amigos y algunos compañeros de clase. Entonces tu padre te dijo algo al oído y te acercaste para hacerme una instantánea. Siempre pedías lo mismo a quienes se ofrecían a

posar: una sonrisa. La misma sonrisa que se desvaneció del rostro de tu madre cuando la vi de pie junto a la ventana.

Seguí la dirección que tomaron sus ojos. En medio de la algarabía de la fiesta y de esa Polaroid que se había convertido en el regalo estrella, anulando a todos los demás, nadie se percató del hombre que estaba ahí fuera, al otro lado de la calle. Un tipo alto, de cabello rubio y porte elegante sujetaba un paquete que a toda vista era un regalo de cumpleaños. Vi a Rosalyn tensar la mandíbula. Su rostro no reflejó sorpresa, sino algo mucho más intenso: angustia y añoranza. Miró a su alrededor, como para asegurarse de que nadie había reparado en el visitante anónimo que evidentemente ella sí conocía. Robert le pidió ayuda para repartir las porciones de tarta entre los invitados. Estaba tan centrada en aparentar normalidad que no se dio cuenta de que *yo me había dado cuenta*.

Se apartó de la ventana y acudió a la llamada de Robert. Yo ocupé su lugar. El hombre continuaba allí y parecía indeciso. Tal vez no fuese bienvenido y prefería no causar problemas. Finalmente pareció decidirse y empezó a caminar en dirección a la casa, abrió la verja y cruzó el pequeño jardín. Me fui hacia la otra ventana para ver mejor desde ese ángulo lo que hacía, y fuera del alcance de la vista de Rosalyn, quien ya no miraba a la ventana, sino hacia al vestíbulo, como si estuviera a la espera de que el hombre fuese a llamar al timbre en cualquier momento. Pero eso no sucedió. Dejó sobre el felpudo el paquete envuelto en un papel de un llamativo color naranja y desapareció por donde había venido.

—Aquí tienes tu trozo de tarta, Keira. Está deliciosa, Pruébala — escuché a mis espaldas. Era Robert y me había pillado curioseando.

—Gracias, papá — dije con una sonrisa, acordándome de repente de que me había olvidado del momento cumbre de tu fiesta.

—¿Estás bien? — preguntó, tal vez preocupado por mi bienestar en un día en el que, lo quisiera o no, tú eras el protagonista.

—Sí, es una fiesta muy divertida.

—Pronto tú tendrás otra igual, falta muy poco para tu cumpleaños. A Alastair le han encantado tus galletas. Vamos, ve con él y sus amigos. Preguntan por ti. Hoy tú también eres la reina de la fiesta, no lo olvides.

Sé que mentía para hacerme sentir mejor, así que hice lo que me pidió para agradarle y fui a reunirme con el resto de invitados, pero antes giré la cabeza y vi cómo él mismo corría el visillo y también descubría al desconocido que acababa de marcharse. De regreso al salón, donde tú

devorabas un trozo de tarta, tu madre alzó la vista. Tu padre permanecía en el umbral mirándola con expresión seria. Ella se disculpó ante la madre de tu vecino, con la que hablaba, y lo siguió. Por un instante me olvidé de ti y también los seguí.

Apoyada sobre el marco de la puerta del salón y simulando no estar pendiente de otra cosa que no fuera el rico pastel de cumpleaños que había en mi plato, los vi salir al exterior. Entonces aproveché para regresar a la ventana. Corrí el visillo lo indispensable para comprobar que la conversación entre ellos era tensa y que el motivo de tal tensión era la presencia de ese hombre allí esa tarde y su regalo. Decidí que ya había visto lo suficiente como para atar cabos.

Me dirigí al salón y vi que dejabas sobre la mesa tu trozo de tarta sin terminar. Te llevaste las manos al cuello de tu camisa y empezaste a toser. El color de la piel de tu rostro comenzó a cambiar. Se tornó grisáceo y pardusco. Cuando fui en tu busca ya habías perdido el conocimiento. Mientras tus amigos se apartaban y daban la voz de alarma a los adultos yo me agaché a tu lado y aflojé el cuello de tu camisa para que pudieses respirar mejor. Justo cuando te colocaba acostado boca arriba con las piernas un poco elevadas y la cabeza inclinada a un lado, tus padres entraron corriendo.

Abriste los ojos. Acababas de recuperar la conciencia gracias a mí.

—Oh, mi vida —Tu madre se arrodilló a nuestro lado angustiada junto a tu padre, que te tomaba el pulso y exhalaba un suspiro de alivio al ver que todo había sido un susto.

—Gracias, Keira. Si no hubieses sido tan rápida habría sufrido un shock —dijo Robert.

—Le has salvado la vida. Has salvado la vida a mi Alastair —decía tu madre inclinada sobre ti y acariciándote el cabello.

Entonces me di cuenta de que el regalo del desconocido estaba a tu lado en el suelo, junto a Robert. Pese a tu estado reparaste en ese detalle. Cualquier niño lo habría hecho.

—¿Qué es?

—Es otro regalo de papá. Te lo pensaba dar esta noche cuando estuvieras en la cama, pero ¿por qué esperar? ¿Qué dices, Robert? —preguntó tu madre, esperando que tu padre le cubriera en su pequeña mentira piadosa.

—Ya lo has descubierto, así que no tiene sentido esperar —accedió Robert.

Con cuidado te incorporaron y te ayudaron a sentarte en el sofá. Se había

hecho el silencio tras la desagradable experiencia. Quitaste rápido el papel que envolvía una caja de color azul. Tus padres intercambiaron miradas. Dentro había un libro. *Ivanhoe* era su título. Sonreíste de oreja a oreja. Más incluso que en el momento en el que recibiste la Polaroid. Lo sabías. Sabías que ese regalo no era de Robert.

Esa noche entraste en mi habitación y me diste las gracias por lo que había hecho por ti. Yo fingí no darle importancia. No logré conciliar el sueño y de madrugada salí al pasillo. Me pareció escuchar un sonido, una especie de crujido seguido de algo similar a un gemido. Procedía del dormitorio de tus padres y no dudé en acercarme de puntillas hasta la puerta. No estaba cerrada del todo y por el estrecho resquicio vi a Robert encima de tu madre moviéndose al compás de los jadeos que ambos dejaban escapar sin pensar en que tú o yo pudiésemos estar escuchando. La luz de la calle se reflejó en el rostro contraído por el placer de Rosalyn. Tenía los ojos cerrados, tal y como hacía mi madre cuando los hombres que pasaban por su cama la embestían una y otra vez. Y años más tarde me pregunté si ese gesto de tu madre no era más que una forma de evadirse, de imaginar solo por un instante que era el desconocido que aquella tarde había esperado a las puertas de su casa quien la llevaba al éxtasis.

Me desperté con la luz de las primeras horas de la mañana. Salí de la cama y me acerqué a la ventana. El cielo estaba increíblemente despejado, e incluso pude sentir cierta calidez de ese sol proyectado sobre el cristal de mi ventana. Todo estaba en completo silencio. Nadie parecía tener prisa por levantarse, así que tenía que aprovechar mi pequeño momento a solas en la planta de abajo sin sentir ojos vigilantes sobre mi espalda. Sin hacer ruido me dirigí a las escaleras, no sin haber echado antes un vistazo a tu habitación y la de tus padres. Seguís durmiendo como angelitos, así que tenía el campo libre.

Abajo todavía quedaban restos sin recoger de tu fiesta de cumpleaños. Platos vacíos, vasos, botellas de refrescos. En la cocina, dentro del cubo de la basura vi lo poco que había quedado de tu tarta, así como esas dos galletas con tu nombre ya despedazadas en las que tanto esmero y esfuerzo había puesto. De regreso al salón me quedé mirando las fotografías de la boda de tus padres. Guapos y felices, al menos en apariencia. En otras tú estabas con

ellos. La devoción en los ojos de tu madre era evidente y supe que esa mirada no era más que el reflejo de lo que veía en ti. El recuerdo del hombre que por razones que desconocía no podía estar con ella ni contigo. Pero entonces, ¿por qué había aparecido la tarde anterior?

En medio del silencio escuché un ruido muy leve. Me giré y, para mi sorpresa, tú acababas de salir de la cocina y atravesabas descalzo el vestíbulo. Habías entrado por la puerta trasera. ¿De dónde venías a esas horas? Miré el reloj del salón que marcaba las ocho y media de la mañana. En una mano llevabas tus zapatos para no hacer ruido y en la otra una pequeña bolsa de lona. Te escabulliste por las escaleras y desapareciste de mi vista.

Una hora después la casa volvía a su rutina. Tu madre nos servía el desayuno mientras que tu padre le sonreía y se acercaba a ella para colocar los platos en el escurridor. Le acariciaba el trasero pensando que tú y yo estábamos en nuestras cosas. Supuse que de haber estado solos tu padre la habría animado a repetir lo de la pasada noche allí mismo.

Mientras tú veías en el salón tu programa dominical de televisión favorito con una sonrisa comedida que no delatara tu escapada secreta, yo aproveché la ocasión para subir a tu habitación. Recorrí con la vista la estancia en busca de mi objetivo hasta que lo encontré. La bolsa de lona sobresalía por debajo de tu cama. Me agaché para abrirla y todo lo que contenía era tu cámara Polaroid y el libro de *Ivanhoe*. Lo abrí por la primera página esperando encontrar algo, no sabía qué, si te soy sincera.

Comencé a pasar páginas hasta que en el capítulo tres, titulado «Cedric el sajón», me tropecé con una nota manuscrita a lápiz que deberías haberte encargado de borrar.

Obelisco de Henry Bell. Sé que tu madre no te dejará verme. Mañana estaré allí esperándote a las 7:30 a.m. Si no apareces lo comprenderé y te querré siempre.

Tu padre.

Cerré el libro y lo devolví a su lugar. Busqué una foto, algo que probara que te habías encontrado con él en secreto, porque estaba segura de que habías llevado la cámara contigo por una buena razón. La habrías escondido en un lugar seguro donde nadie pudiera encontrarla. Preferí no arriesgarme a que alguien me encontrara fisgoneando entre tus cosas, así que salí de tu habitación y regresé abajo. Mientras bajaba las escaleras por mi cabeza rondaba un único pensamiento. No solo tenías una madre que te quería y te

protegía, tenías dos padres que también lo hacían. Me detuve frente al espejo oval del vestíbulo. No era mi imagen la que estaba allí reflejada. Era la de ese otro yo que desertó de mí y que algún día tendría que responder por sus actos.

«He conseguido una familia. No me has dejado en el agujero, tal y como pretendías. Más pronto de lo que piensas daré contigo y demostraré que yo debería haber sido la elegida. Nadie volverá a hacerme lo mismo, y para eso tengo que ser la *única* ».

La furia me invadió con solo pensarlo, con solo recordarlo. La manos me temblaron, pero apreté los puños junto a mis muslos en un intento de frenar mis impulsos. El cubo de Rubik estaba encima de la mesita del estrecho pasillo. Te habías olvidado de otro de tus regalos estrella. Lo agarré y mis dedos comenzaron a moverse con extraordinaria destreza y velocidad por las seis caras de aquel estúpido chisme que conseguiría vender millones de unidades en todo el mundo. En realidad no era destreza, sino rabia. No fui consciente de que logré hacerlo en menos de un minuto y Robert, que subía en ese mismo instante por la escalera me había visto. Me miró con los ojos abiertos de par en par.

—No es posible. Has conseguido hacerlo —dijo asombrado.

Tragué saliva. Sabía que aquello traería consecuencias. ¿Cómo había podido ser tan descuidada?

—Ha sido la suerte del principiante —fue lo único que se me ocurrió decir.

A la mañana siguiente, la lluvia torrencial nos volvió a acompañar tras varios días de tregua y Rosalyn nos llevó en el coche a la escuela durante casi toda la semana. Desde la puerta principal y, ajena al trasiego matinal antes del comienzo de las clases, trataba de vigilar sus movimientos cada día. Rosalyn era un mujer atractiva y no necesitaba de demasiado maquillaje ni adornos superfluos para destacar. Sin embargo, varios cambios la delataban: la estela de perfume que flotaba en el aire cada mañana dentro del vehículo, el esmero con el que daba rubor a sus mejillas y color a sus labios. Durante la semana la observé distraída en varias ocasiones y pensativa frente a la ventana mientras el humo de su cigarrillo se impregnaba en los cristales. Cuando Robert llegaba a casa volvía a ser la misma. Sonriente, encantadora y complaciente como aquella mujer a la que vi por primera vez en el orfanato. Una esposa

enamorada y feliz, pero ¿cuál de las dos era la real?

La respuesta la encontré semanas más tarde, a principios de diciembre, cuando tu padre cubría el asesinato de John Lennon. Ese día tu madre nos llevó al cine a ver *Capitán América*, no porque yo quisiera verla, sino porque a ti te encantaban las películas de súper héroes. Tu madre abandonó la sala abarrotada, diciendo que necesitaba ir al aseo. Estuve a punto de decirle que quería acompañarla, pero cambié de idea. Tú estabas ensimismado devorando tu chocolatina mientras disfrutabas de una escena de acción. Habían pasado más de diez minutos y tu madre todavía no había regresado, así que decidí salir también con la misma excusa.

El baño de chicas estaba vacío. No parecía que hubiese nadie en ninguna de las cabinas. Tal vez Rosalyn había salido en el momento en el que yo entraba, pero de ser así nos habríamos tropezado en el pasillo. Supuse que estaba en la cafetería y que esperaría a que terminase la sesión para recogernos y llevarnos de vuelta a casa. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiese estar sucediendo lo que minutos más tarde presencié.

Tenía la mano puesta sobre el pestillo cuando escuché una voz susurrar en el pasillo. Abrí y vi a un hombre asomar la cabeza por detrás de la puerta del aseo de hombres. No me dio tiempo a ver su rostro porque desapareció, la puerta se abrió y en su lugar apareció Rosalyn. ¿Qué hacía tu madre metida en los aseos de hombres? Ella salió al pasillo y miró de un lado a otro mientras yo permanecía en silencio mirando tras la rendija de la puerta. Ví la mano masculina agarrarla por la cintura y a la ejemplar señora Murray dejarse llevar por un beso descarado. Se escabulló por el pasillo en dirección a la sala mientras se retocaba el cabello, comprobaba su aspecto en el espejo de su bolso y se afanaba en colocarse bien la cinturilla de su falda. El hombre con el que se acababa de encontrar salía en dirección opuesta. Lo reconocí, era él. El mismo que había dejado aquella tarde tu regalo de cumpleaños sobre el felpudo, tu verdadero padre. Y maldije mi despiste porque tu madre llegaría antes que yo y te preguntaría dónde estaba, y cuando se lo dijeras y vieses que todavía no había regresado levantaría todas las sospechas. Entonces respiré hondo y salí de allí con paso firme intentando buscar una excusa. No tuve que hacerlo porque tu madre se desvió hacia la cafetería y la vi sentarse en una mesa frente a la ventana. Supuse que para ver cómo su cita se marchaba de allí.

El día de Navidad tus abuelos y tus tíos de Perthshire vinieron a cenar con nosotros. Robert rezumaba alegría, no paraba de mirar a Rosalyn y de cuidar de ella como si fuera una muñeca de porcelana que al más mínimo descuido podía romperse en mil pedazos. No había reparado en la luz de los ojos de tu madre hasta ese momento. Su rostro resplandecía. Todo eran risas y buenos deseos en la mesa y por una vez, solo por una vez, me consideré una niña normal. Entonces tu padre alzó su copa y propuso un brindis especial.

—Creo que es el momento apropiado para anunciar la gran noticia. Pronto esta familia contará con un miembro más. Rosalyn y yo esperamos un bebé para este verano. Se ha producido el milagro. El milagro de la Navidad.

Todos se pusieron en pie para abrazar a Rosalyn. Tú fuiste el primero, Alastair. Tu madre te abrazó con una ternura indescriptible.

—Un hermanito o una hermanita, Alastair. Será maravilloso, ¿verdad? —decía tu abuela emocionada.

Tu asentías con una sonrisa de oreja a oreja. Tu madre alzó la vista y me hizo una seña para que me acercara a ella.

—Serás su hermana mayor, Keira. ¿No estás feliz? —dijo tu padre al tiempo que Rosalyn me rodeaba con el brazo que le quedaba libre.

Tú y yo quedábamos cobijados bajo su abrazo maternal. Yo sonreí feliz durante un brevísimo instante. Me habría gustado que hubiese durado más, pero no fue posible. El sentimiento se esfumó de un plumazo.

Capítulo 24

He querido que mi esposa estuviera presente en esta conversación porque, aunque el padre de Alastair y yo éramos muy amigos, fue Marjorie quien estuvo más cerca de él y de Keira, al haber sido profesora de ambos. Ella podrá responderte mejor que yo a lo que vienes buscando —explicó Dave.

—Ni yo misma sé lo que busco.

—¿Respuestas a un pasado lleno de silencios?

—Así es.

—Todos tenemos secretos. Solo hay que diferenciar entre aquellos que los confiesan y quienes los guardan para siempre. Y unos no son mejores que los otros, te lo aseguro.

—Quiero pensar que es así, pero no dejo de hacerme la misma pregunta. ¿Tuvo que ver la muerte de Alastair con algo relacionado con su pasado? Ahora que he empezado a escarbar es cuando me he dado cuenta de que no sabía nada de su vida. No estoy diciendo que me mintiera, solo digo que me ocultó muchas cosas. Por Dios, si ni siquiera sabía de la existencia de un hermano pequeño y mucho menos que su hermana hubiera sido adoptada.

—Por desgracia suceden cosas en la vida que nos marcan para siempre y si esas cosas te suceden cuando eres un chiquillo el efecto es aún mayor —la tranquilizó Dave.

—¿Por qué adoptaron los padres de Alastair?

—Robert venía de una familia numerosa y su intención fue llenar esa casa de hijos, pero cuando se instalaron aquí con Alastair, los bebés no llegaban. Durante casi cinco años lo estuvieron intentando sin éxito, hasta que salió a colación el tema de la adopción y Robert lo planteó —prosiguió Dave.

«Así que se instalaron en Helensburgh cuando Alastair ya había nacido. ¿Sabían los Ryan que Alastair no era hijo de Robert?», se preguntó Olivia.

—¿Quería Rosalyn adoptar?

—Supongo que sí, aunque estoy convencida de que lo hizo por Robert más que por sí misma —respondió Marjorie—. A ella le habría bastado con

Alastair, pero finalmente se animaron a dar el paso y ambos parecían felices con su decisión. Se enamoraron de Keira nada más verla y a todos nos pasó lo mismo. Era una criatura dulce y educada, cosa que llegó a sorprenderme ya que los niños que vienen de hogares rotos en los que el maltrato está a la orden del día suelen acarrear problemas, sobre todo en los inicios. Si a eso se suma el pésimo estado de algunos orfanatos de dudosa reputación, te harás una idea de cómo estaban esas criaturas. Keira estuvo en un orfanato de South Lanarkshire desde los seis años. Ahora está todo muy burocratizado y mucho más controlado, pero hace cuarenta años las cosas eran muy distintas.

—¿Fue maltratada?

Marjorie miró a su marido, como esperando a que le diera luz verde para continuar. Olivia empezó a ponerse nerviosa.

—Estuvo en Greenford Park. Ese orfanato se cerró a principios de los ochenta y hace pocos años han salido a la luz muchas de las atrocidades que se cometieron allí.

—Oh, Dios mío.

—Keira fue mi alumna durante un par de cursos. Era una niña aplicada, inteligente, y me atrevería decir que incluso demasiado cauta y astuta para su edad, pero quienes pasan por una infancia traumática maduran antes que el resto. Recuerdo perfectamente una fiesta de cumpleaños de Alastair en la que nos llevamos un susto de muerte porque el chiquillo sufrió un ataque tras haber ingerido trazas de algunos frutos secos, a los que era intolerante. Keira fue quien acudió en su auxilio y de no ser por su rápida reacción aquello podría haber derivado en algo muy serio. Robert y Rosalyn no cesaron de alabarla. De repente, pasó a ser el centro de atención de la fiesta, la salvadora de su hermano Alastair. Rosalyn se puso muy nerviosa porque ella se había asegurado de que lo que habían cocinado estuviera libre de trazas que pudiesen hacer daño a Alastair y todos la tranquilizamos diciéndole que esas cosas podían suceder, y más en un cumpleaños donde los invitados también se ofrecían a traer comida. Era cierto que todos estábamos al corriente de esa grave intolerancia de Alastair, pero tratamos de restarle importancia. Luego, con el paso del tiempo, de las cosas que vi y de la muerte del pequeño Duncan, me di cuenta de que lo que sucedió aquel día no había sido accidental.

—¿Insinúa que fue ella quien intentó envenenar a su propio hermano?

—Tras el pequeño ataque que sufrió Alastair ella aprovechó el momento en el que todos estábamos aliviados y pendientes del chiquillo para coger dos

galletas de la bandeja. A mí me enterneció el gesto porque imaginaba las carencias a las que esa criatura habría estado expuesta. Le sonreí y ella agachó la cabeza, probablemente avergonzada, y se marchó a la cocina. Yo decidí seguirla para decirle algo agradable. Sin embargo, lo que presencié me dejó sin palabras. Desde el umbral, y sin que ella me viera, observé que rompía en trozos las galletas y las arrojaba al cubo de la basura.

—Oh, Dios mío...No me lo puedo creer.

—Nosotros tampoco. Incluso a mí me resultó difícil creer a Marjorie —dijo Dave.

—Con el paso del tiempo me di cuenta de que se frustraba con facilidad, pero de alguna forma lograba canalizarlo —continuó Marjorie—. Tenía un autocontrol de sus emociones fuera de lo normal. Lo que otros veían como perfección yo lo veía como una dominación disfrazada de auto compasión. Era muy persuasiva. Te llevaba a su terreno de una forma asombrosa. Empecé a estudiar su conducta y observé que de una forma aparentemente inocente sometía a su voluntad a todos: sus padres, profesores, compañeros de clase, e incluso a su propio hermano Alastair.

—¿En qué se basa para decir todo esto?

Marjorie bebió lo que quedaba del té. Dejó escapar un largo suspiro mientras su marido cubría su mano con la suya en un gesto que Olivia prefirió no interpretar. Por un instante lamentó que Sam no estuviese allí con ella. Debería haber aceptado su ofrecimiento a acompañarla. Sabía que necesitaría de gestos como aquel para lo que tarde o temprano le revelarían los Ryan.

—Verás, en principio se trataba de algo tan simple como un test de inteligencia. Todo comenzó a raíz del comentario de Robert de que había visto con sus propios ojos cómo Keira resolvía el cubo Rubik en un tiempo récord. Una mañana en clase, le entregué el que yo tenía y le pedí que lo resolviera delante de sus compañeros, pero no lo hizo. Fingió y no pude demostrarlo. Durante los dos cursos en los que le impartí clases, ella terminaba antes que nadie sus tareas, pero lo hacía con una discreción preocupante, como si en realidad no quisiera destacar. Iba claramente por delante del resto de la clase, de ahí que más de una vez me tomara la libertad de dar el cambiazó a algunos de los exámenes en los que sustituía parte del contenido, introduciendo operaciones un poco más complicadas. Lo hacía muy de vez en cuando porque a veces me daba la impresión de que se daba cuenta de ello, porque sin razón alguna volvía a adaptarse al ritmo del resto de sus compañeros. Se lo comenté a Rosalyn al ver en Keira muchas posibilidades, y

tanto ella como Robert se mostraron entusiasmados. Estuvieron de acuerdo en hacerle las pruebas pertinentes para constatar su coeficiente intelectual. Lo hice de forma camuflada, como si se tratara de una especie de concurso durante el último trimestre antes de las vacaciones de verano. A ella no le presenté el mismo tipo de test.

—¿Y qué pasó?

—Algo inaudito. Hizo la prueba y los resultados fueron los más mediocres de su clase. Era evidente que lo había falseado todo. Lo comenté con el director del centro, quien me dijo que me estaba tomando demasiadas molestias y que a lo mejor aquella alumna, después de todo, era como la media. Aun así me puse en contacto con un psicólogo especializado en altas capacidades. Fui expresamente a Edimburgo a reunirme con él y estudiar el caso. Tras analizar a conciencia sus meditadas respuestas incorrectas, me dijo que solo una persona con un coeficiente entre 155 y 174 habría sido capaz de entender los enunciados de algunos de los problemas del test. En otras palabras, Keira no solo habría sido capaz de resolverlos, sino que en uno de ellos, en el que de forma expresa introduje un error, ella ni siquiera se molestó en resolverlo incorrectamente porque de esa forma la habríamos pillado. Se limitó a dejar la respuesta en blanco.

—No me lo puedo creer.

—Días después contacté con una asociación nacional relacionada con familiares de hijos superdotados y mantuve una conversación telefónica muy interesante con uno de los psicólogos que atendió mi consulta. Me dijo lo que quería saber y ya sospechaba. Y es que un coeficiente intelectual por encima de la media no siempre supone resultados prometedores en la vida de estos niños, también puede suponer un factor de riesgo. Se han llevado a cabo muchos estudios al respecto y, tras leer una investigación publicada en la revista *Science Direct*, me quedó claro que los niños y, más adelante, adultos con altas capacidades llegan a convivir con graves problemas emocionales y trastornos de la personalidad. Muchos sufren lo que se denomina síndrome de desincronía, lo cual es probable que sea el efecto y no la causa, debido a la rareza y lejanía que estas personas mantienen en relación a quienes le rodean. Si a todo esto se añade el hecho de que esa niña pasó los primeros años de su vida en un hogar destructivo y más tarde en un orfanato donde la vida no fue más fácil, lo que tenemos es una bomba de relojería. Y la prueba que refutó toda mi teoría la viví una semana más tarde, cuando le pedí a Keira que se quedara después de clase para hablar de los resultados de su test.

—¿Qué sucedió?

—Me limité a explicarle las pruebas que tenía de lo que había hecho — respiró hondo antes de continuar—. ¿Quería saber el por qué? Ella lo negó todo de una forma tan magistral que hasta yo misma me cuestioné si me equivocaba. No quería meterme en problemas, así que la dejé marchar. Me sorprendió que no apareciese en clase durante tres días seguidos. Pregunté a Alastair y me dijo que estaba enferma. Cuando regresó a clase intenté olvidarme del asunto. Me llamó la atención que no saliera con sus compañeros durante el tiempo de recreo. Se quedaba en el aula con la excusa de que no se sentía bien. Un día me pidió permiso para salir a los aseos en mitad de una clase. Me ofrecí a acompañarla, pero insistió en hacerlo sola. Vi que tardaba, de modo que salí en su busca. Entré en los aseos, pero allí no había nadie. Todo aquello me daba mala espina, así que salí al pasillo, aun a sabiendas de que había dejado a mi clase sin vigilancia. Me detuve en seco al ver al director salir de la enfermería y aprecié algo en su rostro que no me gustó. Me preguntó por qué no estaba en clase. Yo le expliqué que buscaba a Keira, que había ido a los aseos, pero no había regresado. Él me pidió que le siguiera a su despacho y que mi compañera se haría cargo de mis alumnos hasta resolver el problema. No sabía de qué problema hablaba, el caso es que una vez allí dentro me dijo que Keira Murray había ido a enfermería. Le pregunté si estaba bien y en ese mismo instante me aconsejó que me tomase unas vacaciones hasta averiguar lo que había sucedido.

—No entiendo.

—Keira me acusó de haberla castigado sin recreo, de exigirle más que al resto de sus compañeros e incluso de maltrato. Dijo que le había seguido hasta los aseos y que allí mismo le había encerrado y le había golpeado. Tenía una herida que así lo demostraba, según mi superior. Tenía miedo de decírselo a sus padres, no quería causar problemas y había ido a enfermería para que la curasen y así no le hiciesen preguntas.

—Madre mía...

—Obviamente lo negué todo pero la sospecha se cernía sobre mí tras el interés desmesurado que me había tomado con aquella alumna. Exigí verla para hablar con ella, pero me lo impidieron. Si aquello trascendía el centro perdería las subvenciones, de modo que se me propuso tomarme unas vacaciones antes de tiempo y después del verano ya se tomaría una decisión. Amenacé con tomar medidas legales si era necesario, pero ¿a quién iban a creer? ¿A una maestra con fama de dura y exigente, o a una criatura adoptada

que merecía la oportunidad de una infancia feliz y a la que todos adoraban? Finalmente me marché, no sin antes prometer a mi superior que le traería pruebas de que todo había sido una farsa y de que la estabilidad emocional de esa niña estaba sobre la cuerda floja.

—¿Habló de todo esto con los Murray?

—No podía hacerlo. Antes de dar ese paso tenía que contrastar más información. Fui más allá. Quise investigar en el orfanato donde estuvo tres años antes de la adopción, pero me topé con un muro infranqueable. Por aquel entonces ya no había niños en aquel lugar. Habían sido repartidos por otras instituciones del país ya que iban a cerrarlo. No había acceso alguno a los registros. No hubo manera de averiguar nada porque esas monjas se habían encargado de tomar todas las medidas necesarias para que no se descubrieran las vejaciones a las que sometían a muchos de sus huérfanos y que tardaríamos décadas en descubrir.

—Entonces se fue con las manos vacías.

—Alguien del periódico debía un favor a Dave y logramos dar con la madre Victoria. Fue quien tramitó la adopción de los Murray. Me recibió y me preguntó si era de la policía, lo cual me dio qué pensar. Yo le dije la verdad sobre mis sospechas sobre Keira, pero ella se excusó diciendo que no podía divulgar información confidencial sobre una menor que había salido de aquella institución adoptada legalmente. Cuando me marché, antes de subir a mi vehículo alcé la vista y vi que me observaba tras la ventana. No me gustó lo que vi en su rostro y el hecho de que hubiese pensado que yo era policía no se me iba de la cabeza. No me cupo duda que me había ocultado algo más que información confidencial. El sistema está podrido, hace treinta años e incluso ahora con el tema de las adopciones internacionales. Siempre se habla del interés del menor, pero a muchos padres adoptantes o familias de acogida no se les suele decir toda la verdad, o al menos se les oculta parte de ella. Al sistema solo le interesa las estadísticas y tapar agujeros.

—¿Adónde quiere llegar?

—La mayoría de la gente prefiere adoptar bebés o chiquillos de edades tempranas. Creo que nadie informó a los Murray de la verdad sobre esa niña, de lo sucedido antes y durante su estancia en Greenford Park, y no podíamos preguntarles de forma directa sin levantar sospechas. Era un asunto muy delicado. Me preocupé porque no hay frustración contenida que no llegue a convertirse en odio y esa criatura tenía dentro una bomba que estallaría tarde o temprano. Por el amor de Dios, ella misma se auto infligió aquellas heridas

de las que me acusó y rogó al director del centro que no se lo dijera a sus nuevos padres porque de ser así la devolverían al orfanato por causar problemas y allí sería mucho peor. Para colmo, se auto inculpó y así parecer como una auténtica víctima. Y no digo que no lo fuera después de tres años viviendo un infierno en ese orfanato.

—¿Siguió entonces en la escuela?

—Sí, pero la presión a la que estuve sometida fue muy grande. El director vigilaba cada uno de mis movimientos, pero sé que también estaba atento a Keira aunque no quisiera reconocerlo. Todos miramos para otro lado, nosotros incluidos. No queríamos tener problemas con los Murray. Eran muy queridos aquí y, aparte de la profesión, existía una gran amistad entre Dave y Robert que bajo ningún concepto quería poner en entredicho. Yo ya había causado bastantes problemas metiéndome en asuntos que no eran de mi incumbencia. En vez de solucionar las cosas lo que hice fue empeorarlas porque debería haberle buscado ayuda a esa niña. Pero preferí dejar pasar el tiempo para que quedase todo en el olvido, y con suerte podría regresar el próximo curso y librarme de darle clases.

—Aun así tomamos cartas en el asunto —añadió Dave—. Aproveché que a principios de verano tenía que viajar varios días a Aberdeen por trabajo y me dediqué a investigar. Las cosas no podían quedarse así. Marjorie no merecía semejante mancha en su impecable trayectoria en la enseñanza, así que me la jugué y me hice pasar por agente de policía gracias a una placa falsa que no voy a contarte cómo conseguí. El caso es que la madre Victoria no tuvo elección y respondió a alguna de mis preguntas. Al no permitirme el acceso al expediente de Keira por no traer una orden del juez no tuve más remedio que dejarlo ahí y seguir con mis pesquisas por mi cuenta y riesgo, pero al menos ya tenía un hilo del que tirar, aunque de poco me sirvió porque también me encontré con un muro imposible de franquear, tal y como le había pasado a Marjorie.

—¿Qué le contó la madre Victoria? —preguntó Olivia.

—Cuando le pregunté de qué clase de hogar procedía Keira comenzó con las evasivas y mi placa no surtió todo el efecto que buscaba. Al preguntarle por Greenford Park mantuvo la boca cerrada, así que lo intenté de nuevo por otra vía. Quería escarbar en los antecedentes de sus padres biológicos. Necesitaba los nombres, algo por donde empezar, porque solo así lograría entender la malicia que esa niña albergaba en su interior. Todos dábamos por supuesto que había presenciado el maltrato o que lo había

sufrido en sus propias carnes. Si un niño vive la violencia en primera persona tendrá muchas posibilidades de provocarla tarde o temprano si no se le ayuda a tiempo. Sin embargo, lo que descubrí me puso la piel de gallina.

Olivia los miró a ambos a la espera de que revelasen ese descubrimiento.

—La madre de Keira se llamaba Rhona Dunn. Malvivía en una vivienda social con un tipo llamado Owen. Se desconoce el nombre del padre biológico de Keira. Owen murió una mañana mientras trataba de huir de las llamas de un incendio saltando al piso vecino. No se molestó en sacar de allí a Rhona, que irónicamente corrió mejor suerte porque estaba tan colocada que seguía tirada en la cama y no en el comedor, que era donde se había desatado el incendio. Los bomberos llegaron a tiempo.

—¿La madre sobrevivió?

—Sí, aunque, según la madre Victoria, murió poco tiempo después.

Ambos volvieron a intercambiar miradas.

—Triste, pero era de esperar. ¿Y qué sucedió con Keira?

—El estado se hizo cargo de ella y entró en Greenford Park.

—Es lo normal en esas circunstancias.

—Es lo normal si el estado lo hace de oficio, pero en este caso no fue así.

—¿A qué se refiere?

—Fue la madre quien lo solicitó. Renunció a la custodia, pero no logré hacerme con el documento que así lo acreditaba, de modo que estoy segura de que hay algo que se nos escapa. Estamos seguros de que en esa renuncia de la patria potestad a la que nunca tuvimos acceso tenía que existir algo que a nadie le interesaba que saliera a la luz.

—Qué horror crecer en un hogar donde ni siquiera sabes quién es tu padre y donde tu madre está tan colocada que a veces ni recuerda que existes. No sé cómo el estado no tomó medidas hasta que fue demasiado tarde. No me extraña ese odio acumulado al saberse rechazada por su propia madre, pero debería haber entendido que lo hizo por su bien —lamentó Olivia.

—Marjorie y yo no lo creímos así.

—¿Por qué?

—Un desgraciado accidente que curiosamente tuvo lugar poco después de que Keira se hubiese ido a la escuela. Un caso con muchos cabos sueltos que a alguien le interesaba enterrar para siempre. Nosotros nunca descartamos la teoría de que hubiese sido Keira quien provocó el incendio.

Capítulo 25

Fueron nueve meses duros para ti, Alastair. No lo niegues. La dulce espera no fue tan dulce. Papá estaba tan centrado en los cuidados de mamá que a veces se olvidaba de que existíamos. Incluso te alegraste en esas primeras semanas, pero tu emoción se fue debilitando poco a poco. Sé que querías a Robert, pero en esos instantes habrías deseado que tu verdadero padre hubiese estado a tu lado. Al fin y al cabo así debería haber sido porque, aunque tú no lo sabías, existía un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que el bebé que tu madre llevaba en su vientre no hubiese sido concebido con su esposo. ¿Lo sospecharía él, o fue lo suficientemente iluso como para creer que tras la visita inesperada del día de tu cumpleaños esa aventura ya había quedado atrás?

Y llegó el gran día. Ese en el que tu madre se puso de parto justo cuando todo Reino Unido y medio mundo estaba frente al televisor viendo en directo la boda de Lady Di y el príncipe Carlos. Nos tuvimos que quedar con los vecinos hasta que regresó Robert y nos anunció la llegada de un niño rebosante de salud que había pesado casi cuatro kilos y que había dejado agotada a nuestra madre. A la mañana siguiente, vestidos con nuestras mejores galas, acudimos al hospital para visitar al nuevo vástago. Tu madre lo sostenía en su regazo y tú te inclinaste sobre ella para retirar parte de la manta que envolvía al bebé. De repente, todo cambió. Vi esa luz en tus ojos, tan propia de ti cuando algo te sorprendía o simplemente te hacía feliz, como tu mirada aquella mañana en la que te escapaste sin que nadie lo supiera para encontrarte con tu padre. Me pregunté si vuestro encuentro furtivo no fue más que un adiós definitivo porque nunca volví a ver a ese hombre.

Tu madre, con cuidado, depositó a la criatura en tus brazos mientras tu padre te ayudaba a sostenerlo.

—¿Qué nombre le vamos a poner? —preguntaste sin perder esa sonrisa permanente instalada en tus labios.

—Duncan —respondió tu madre.

—Me gusta. Hola Duncan, soy Alastair, tu hermano mayor.

Robert y Rosalyn rieron y me miraron pidiéndome que me acercara.

—¿Quieres cogerlo, Keira? —preguntó Robert.

Yo asentí, pero tú seguías embelesado mirando a tu hermano pequeño sin querer soltarlo. Supe que lo protegerías.

Lo que no imaginabas es que tendrías que protegerlo de mí.

Dos años con sus días y sus noches compartiendo contigo lloriqueos de madrugada, biberones, cambios de pañales de Duncan y las ausencias de tu padre por trabajo. Cuando llegaba agotado, se iba directo a él y fui viendo cómo esa emoción de los primeros meses en tu papel de hermano protector daba paso a una decepción que fuiste incapaz de ocultar. Todo aquello sumado a mi pequeño incidente con la señora Ryan en la escuela hizo que hasta tu profesora favorita se mantuviese apartada de ti por motivos que desconocías. Empezaste a flaquear en los estudios mientras que a mí me habían hecho tests que pretendían demostrar que estaba por encima de la media. Un maldito papel que certificase que sabía mucho más que mis compañeros no iba a apartarme de mi nueva familia. Llegué hasta los Murray creyendo que eran una familia adoptiva corriente, y cuando digo corriente, me refiero al hecho de que no solo no tuvieran hijos, sino que les fuera imposible concebirlos. Me equivoqué, pero ya era demasiado tarde, y ahora no solo tenía que quitarte de en medio a ti, Alastair, sino que tenía una tarea extra con la que sí que no contaba: el pequeño Duncan.

Pero me encontré con un dilema. ¿Cuál de vosotros dos sería el primero?

Tardé en decidirlo tres años. Después de todo también merecíamos un periodo de tranquilidad, ¿no crees? Atrás quedó el pequeño incidente con la señora Ryan, a quien afortunadamente no volví a tener como profesora. Desde lo ocurrido aquella mañana jamás volvió a meter las narices donde no le importaba. Pocas veces nos veíamos y si sabía que ella o su marido venían a casa yo me encerraba en mi habitación o proponía a Alastair salir de allí. Era evidente que había captado el mensaje y había sido tan cobarde que no le había ido con el cuento a los Murray. Por una vez la cobardía de otros había servido a mi propósito.

El verano de 1984 podría haber sido otro verano más como los anteriores, pero no lo fue. Ese sábado de primeros de agosto amaneció con un sol radiante que fue apagándose a lo largo de la mañana. Aun así Robert siguió adelante con sus planes de hacer una pequeña excursión con picnic incluido a Greenan Castle. Nunca había visitado un castillo y mucho menos disfrutado de un picnic.

Tuvimos que caminar un rato a pie hasta llegar hasta la explanada donde montaríamos nuestro almuerzo. A lo lejos vi a alguna que otra familia y varios turistas que tomaban fotografías del entorno. La ligera brisa estival parecía fría, pero el sol frenaba sus efectos y calentaba mis mejillas. Conforme nos acercábamos a las ruinas del castillo sentí un ligero cosquilleo. La sensación no se debía precisamente a la emoción de pasar un día en familia con mis padres y hermanos. Mi cerebro ya estaba maquinando sin siquiera yo saberlo, y el lugar se me antojó perfecto para algo que ni estaba planeado.

Qué desilusión descubrir que Greenan Castle estaba hueco por dentro. Tu padre comenzó a relatarnos su historia mientras tú lo escuchabas atentamente y Duncan correteaba a nuestro alrededor incitando a tu madre a jugar al escondite. Yo solo deseaba acercarme al camino del acantilado y Robert accedió a mi petición dejando a Duncan con Rosalyn mientras tú y yo íbamos con él de la mano. El viento azotó mi rostro a medida que acortábamos distancias y ese cosquilleo instalado en mi estómago alcanzó unas proporciones inimaginables.

—Tened cuidado —advirtió Robert—. La tierra está húmeda y podríais resbalar. Es mejor que os quedéis donde yo estoy.

Yo me acerqué un poco más, pero Robert tiró de mí para que permaneciera a vuestro lado.

—Solo un poquito más cerca, te prometo que tendré cuidado.

—De acuerdo, pero mira dónde pisas —me recordó.

Yo asentí y di varios pasos al frente. Respiré hondo y el aire fresco llenó mis pulmones. Alcé los brazos para sentir el viento en cada recoveco de mi cuerpo y me tambaleé un poco. Tu padre me sujetó temiendo que fuese a perder el equilibrio.

—¡Me encanta! —grité riendo a la inmensidad del océano y las vistas de Arran que se expandían ante mí mientras daba un giro de trescientos sesenta grados.

Él también me imitó y ambos comenzamos a reír. Yo me giré, pero tú no

te habías movido.

—Vamos, Alastair ven con nosotros.

—No, prefiero quedarme aquí.

—¿No serás un gallina, Alastair?

Tu padre pareció reírse con mi comentario porque él también te animó.

—Vamos, Alastair, no pasa nada. Puedes acercarte, aquí no corres peligro.

Vacilaste antes de dar un paso adelante, pero seguías quedando muy por detrás.

—Aquí estoy bien.

—¿Tienes miedo Alastair? —pregunté con media risa.

—No.

—Entonces ven con nosotros.

—Déjalo, Keira —dijo tu padre en voz baja—. Alastair tiene un poco de vértigo, por eso hemos venido aquí. Solemos hacerlo de vez en cuando para que lo vaya superando poco a poco.

—Lo siento, no lo sabía —respondí a media voz.

—No te preocupes. No tenías por qué saberlo.

Sentí de nuevo el cosquilleo y giré mi cabeza para que tu padre no viera lo que reflejaba mi rostro ante las posibilidades de esa nueva revelación. A lo lejos vi a algunas personas que paseaban por la playa aprovechando los rayos de sol y esa temperatura extrañamente veraniega, aun estando en pleno mes de agosto. Me centré en los paseantes para paliar los efectos de lo que acababa de escuchar.

—¿Podemos bajar a bañarnos? Por ahí parece que hay un caminito.

—La marea ya está empezando a subir. No es seguro, Keira.

—Vayamos ahora, por favor. Prometo tener cuidado, no me separaré de Alastair.

—¿Estás segura, jovencita? No te dejes engañar por este sol, el agua estará muy fría.

—No tengo miedo al frío.

—¡Qué valiente es mi chica!

Me di cuenta de que se había arrepentido de sus palabras al pensar que tú lo habías escuchado. Te miré de reojo y ya habías vuelto a apartarte de nosotros. Tu madre charlaba con una pareja y señalaba en dirección al castillo. La pareja siguió su camino y ella se sentó en una de las sillas plegables que habíamos traído en el maletero del coche mientras Duncan se

entretenía con algún trasto sobre la manta extendida sobre la hierba.

—¡Vamos a bajar! —avisó tu padre señalando en dirección a la playa.

Tu madre miró al cielo. Algunas nubes sospechosas empezaron a aparecer en el horizonte, pero todavía quedaban lejos. Asintió no del todo convencida y dijo algo a Duncan, quien se puso en pie rápido y comenzó a correr hacia nosotros. Estaba claro que tu madre necesitaba un rato a solas.

—¡Tened cuidado! —gritó.

Mientras nos dirigíamos al camino que bajaba hasta la playa me giré una vez más para verla relajada con sus gafas de sol, llevándose un cigarrillo a los labios y abriendo un libro mientras disfrutaba de esa temperatura que no sabíamos cuánto duraría.

Me pregunté cómo tu padre mantenía el equilibrio durante la bajada con Duncan sobre sus hombros. Lo cierto es que siempre se mantuvo en perfecta forma física, no como el desgraciado de mi padrastro. Cuando alcanzamos la orilla eché a correr. No era la primera vez que pisaba la arena de la playa. Ya lo había hecho un verano después del nacimiento de Duncan, cuando pasamos varios días en Portobello. Hasta entonces nuestras mini vacaciones no habían pasado de Loch Lomond y alrededores.

El agua estaba helada, pero mis pies corrían más que las olas, que poco a poco iban comiendo terreno a la orilla. Tú te sentiste más seguro al nivel del mar y no sobre él. Te relajaste, jugaste, nadaste e incluso intentaste enseñarme a dar algunas brazadas aprovechando la escasa profundidad cuando ni siquiera sospechabas que ya sabía hacerlo. Reíste y bromeaste. Te estabas convirtiendo en un muchacho alto y apuesto. Tus ojos, tu sonrisa y ese cabello del color de la arena hacían el resto. Atraerías a las chicas. Ya había visto las miradas furtivas y los cuchicheos a tus espaldas en el colegio. Incluso se acercaban a mí cuando el verdadero motivo era mi hermano, pero tú ni te inmutabas porque solo pensabas en el maldito fútbol.

Para cuando comenzó a subir la marea ya estábamos de regreso y Rosalyn había extendido un mantel de cuadros rojos sobre la hierba con los refrescos, bocadillos y la ensalada de patatas que nos había preparado. Devoramos la comida en pocos minutos cuando todavía nuestros cuerpos se secaban bajo las toallas y las gotas de agua salada resbalaban sobre mi frente. Poco después, aprovechando que las nubes todavía no se habían interpuesto en el camino del sol, Robert y Rosalyn se tendieron sobre el tartán, no sin antes

advertirnos que no nos alejáramos de allí. Ambos sabían que contigo, nuestro hermano pequeño estaría a salvo de acercarse al acantilado. Las dos cervezas que se habían bebido del tirón sumadas a la copiosa comida y el sol templando sus cabezas les hizo relajarse y bajar un poco la guardia. Entonces tú propusiste el juego que controlabas, al que no tenías miedo.

—¿Jugamos al escondite? —preguntaste con esa sonrisa tuya capaz de conquistar a cualquiera.

Me llevaste a ese castillo cuyos recovecos conocías porque ya habías estado allí antes que yo. Creías que me llevabas a tu terreno. Lo que ignorabas es que en realidad te estabas metiendo en el mío.

Tu hermano había sido más valiente y decidido que tú, tal vez por la inocencia, que era un arma de doble filo. Tú me encontraste a mí dos veces, al igual que yo a ti. Te lo puse fácil y tú me lo pusiste más fácil aún porque esconderse en los pocos rincones que existían implicaba salir al exterior, cerca del acantilado y eso era algo que no ibas a hacer, ya que te sentías mucho más seguro entre lo que quedaba en pie de aquellos muros centenarios. Con Duncan, al principio pareció ser pan comido. La primera vez logramos descubrirlo. La segunda también, pero a la tercera buscó el escondite perfecto para su tamaño en un hueco que él mismo excavó retirando algunas piedras. Se coló por ellas y pasó al otro lado, pero eso no lo descubrí hasta que propuse un cambio de las reglas del juego. Esta vez tendrías que encontrarnos a los dos. Duncan me mostró su escondite secreto y decidí ocultarme con él. Te pareció divertido, pero en cuanto te diste cuenta que no nos encontrabas empezaste a ponerte nervioso.

—Esto no tiene ninguna gracia. ¿Dónde estáis?

El pequeño Duncan me miraba con una sonrisa de oreja a oreja y yo me llevé el índice a los labios imponiéndole silencio, lo que incrementó su emoción y me garantizó que mantendría la boca cerrada.

—Venga, salid ya.

En medio del silencio y del sonido de las olas llegué a oír tu respiración acelerada.

—Este juego ha dejado de gustarme. Me rindo.

Sin hacer ruido y de puntillas, salí de mi escondite y dejé a Duncan allí. Tú estabas de espaldas y no reparaste en mi presencia hasta que te toqué en la espalda y te giraste hacia mí asustado.

—¡Tachán! —dije con una risa.

—¿Dónde está Duncan?

—Tendrás que encontrarlo.

—He buscado por todos lados. No me ha quedado nada por registrar. Habéis hecho trampa. Duncan, sal de tu escondite ahora, o papá y mamá se enfadarán mucho.

Yo me quedé cruzada de brazos.

—Dime dónde está.

—Te rindes muy pronto, Alastair.

—Eres idiota.

—Y tú un gallina.

Fue en ese instante cuando llegó hasta nosotros el grito ahogado de Duncan que solo escuchamos tú y yo, porque tus padres estaban demasiado entregados a su pequeño momento de lujuria sobre el tartán.

Cuando miro atrás y pienso en aquel día, me doy cuenta de que todo pareció ir a cámara rápida. Los segundos que pasaban sin que lograses dar con el escondite de Duncan ahora parecían no existir, la brisa que dio paso a una desagradable ventisca, las nubes que de repente se cernían justo encima del castillo de forma amenazadora, como si aquel fuese el objetivo de su ira, y el sonido de las olas, que habían pasado de ser tímidas y casi silenciosas a parecer que iban romper frente a nosotros y no frente a la orilla y las rocas. Tras lo sucedido, Greenan Castle fue tapiado y solo se podía observar lo que quedaba de él desde el exterior.

Ambos nos dirigimos al lugar de donde procedía el grito de socorro. Yo fui la primera en llegar, me agaché y tuve que tenderme en el suelo para arrastrarme y entrar por el agujero, pero acababa de producirse un corrimiento de tierra. Varias piedras caían al vacío. Tu hermano había resbalado y se agarraba sin éxito, arañando la tierra mientras su cuerpo iba perdiendo fuerza.

—Keira, me voy a caer. Dame la mano, Keira.

Si lo sujetaba corría el riesgo de caer con él y no entraba en mis planes morir aquel día, así que salí del castillo y rodeé parte de su muro lateral. Tú me seguiste creyendo que yo iba a ser de nuevo la heroína, tal y como sucedió aquel día de tu cumpleaños, pero el miedo se apoderó de ti al verte allí fuera, desprotegido y a un simple salto del vacío. El pánico pudo más que la obligación de velar por tu hermano. Al fin y al cabo era la sangre de Duncan la

que corría por tus venas, no la mía. Te puse a prueba y no demostraste ser mejor que yo. Me ganabas en altura. Podrías haberte acercado, haberte tumbado, haber alargado el brazo y tirado de él. Aún a riesgo de caer os podríais haber salvado, pero elegiste no hacerlo.

—Hazlo tú, Alastair. Si lo hago yo podríamos caer los dos.

Me taladraste con la mirada, mezcla de pavor y perplejidad porque en ese instante sospechaste mis intenciones. De eso se trataba Alastair. De eso se trataba precisamente.

—Tu hermano va a morir y tú serás el culpable —te recordé.

—Cállate. Aguanta, Duncan. Voy a buscar ayuda.

Y saliste de allí corriendo, pero el grito de auxilio de tu hermano te hizo volver sobre tus pasos.

—¡Alastair! ¡Ayúdame, Alastair!

Y entonces sucedió. Tu hermano cayó al agua y tú corriste hacia el camino del acantilado. Pensé que ibas a hacerlo, pero de repente te detuviste en seco y te quedaste petrificado, con el pánico distorsionando cada una de tus facciones.

—¡Todavía no sabe nadar! —gritaste espantado.

Ibas a hacerlo. Sé que si tu padre no hubiese aparecido en ese instante al haber escuchado los gritos, probablemente lo habrías hecho y te habrías lanzado en su busca, pero no importa cuales hubiesen sido tus intenciones. Para cuando te habías decidido a dar el paso tu padre ya te había visto allí de pie, muerto de miedo y sin hacer nada para superarlo. Fue a mí a quien vio dispuesta a saltar, aunque no pensara hacerlo. Me agarró con fuerza y me detuvo. Él lo hizo por ti, por nosotros, mientras tu madre parecía perder la cordura y tú hundías las rodillas sobre la hierba y rompías a llorar.

No hubo tiempo de llegar al aparcamiento. El coche estaba demasiado lejos. Las maniobras de reanimación que realizó tu padre no sirvieron de nada. Jamás había escuchado semejante grito salir del interior de un ser humano. Debió de ser similar al de mi padrastro cuando resbalaba y caía al vacío. La diferencia era que él sabía que de una forma u otra iba a morir, mientras que Rosalyn ya estaba muerta en vida. Tu padre se arrodilló frente a ella, con el cuerpo inerte de Duncan en sus brazos, y la atrapó con los suyos para calmar su dolorosa agonía cuando ni siquiera él fue capaz de aplacar la suya. Tu llanto de impotencia solo era interrumpido por las palabras «lo siento» y «ha

sido por mi culpa», que repetías una y otra vez como un mantra.

Yo fui quien le dijo a Duncan que saliera al otro lado del escondite, donde la tierra no era tan firme. Yo fui la causante de todo. Sin embargo, fui incapaz de experimentar sentimiento alguno de culpa. Lo único en lo que pensaba era en mi victoria.

Nuestros padres tomaron la decisión acertada. Quedarse en Helensburgh tras la tragedia habría sido un gran error. La idea de marcharse a Canadá fue lo mejor que salió de todo aquello. Un nuevo país y nuevas oportunidades. Todo sería diferente ahora que Duncan ya estaba fuera de nuestras vidas. Era mi momento y tenía que aprovechar que de alguna manera habías decepcionado a tus padres. No es que te culpasen de ello, también se culpaban ellos mismos por haber bajado la guardia, pero ya no veía el mismo brillo en sus ojos al irte a ver jugar un partido, o cuando llegabas con tu boletín de buenas calificaciones. En el día a día las cosas habían cambiado para ti, pero no para mí. Supuestamente yo apenas sabía nadar, tú sí. Y ese resquicio de duda permanecería por siempre en la mente de todos. Ahora solo faltaba que tú siguieses el mismo camino de Duncan. Así todo volvería a ser perfecto, tal y como tendría que haber sido desde un principio. Solo papá, mamá y yo.

Sin embargo, cuando estaba dispuesta a llevar a cabo mi plan tras años de espera, tus padres se encargaron de enviarme lejos. A un internado en la ciudad de Seattle antes de ir a la Universidad. No estaba ciega, y durante aquellos primeros cinco años en Canadá me di cuenta de que si hubiesen podido hacerlo lo habrían hecho. Me habrían devuelto a donde pertenecía, pero las creencias y valores de Robert superaban a las de Rosalyn. De nada habían servido mis esfuerzos por agradarles. Preferían tus defectos y tus debilidades antes que mi valentía y mi perfección. De alguna forma también me culpaban de lo sucedido, aunque hubiese quedado claro que yo era la que no sabía nadar. Durante esos años me pregunté si la desidia de tu madre se debía solo a la pérdida de Duncan o la separación definitiva del hombre con quien lo concibió. Jamás te volvió a mirar de la misma forma. Se acabaron las sonrisas cómplices y ese amor incondicional. Las sonrisas habían desaparecido de tu vida, y en su lugar comenzaron las pesadillas.

Pude haber entrado en Yale o Harvard si hubiese querido, pero decidí

quedarme en Seattle. Si no me hubieseis enviado a ese internado jamás me habría tropezado con ese chico alto, de cuerpo de infarto y mejor *pitcher* del equipo del instituto. Sí, eras tú, Sam Hamilton, por el que muchas suspiraban, incluida yo, aunque no te dices cuenta de que de verdad existía hasta que te metiste en mi cama. Por una vez experimenté un sentimiento real hacia alguien. Me quedé en Seattle por ti. Me enamoré de ti y te seguí hasta la Universidad.

Y tú me jodiste la vida.

Capítulo 26

Durante el embarazo de Duncan Rosalyn tuvo que guardar mucho reposo, lo que implicaba que Robert centraba toda su atención en su esposa. Fue ahí cuando comencé a ver cosas raras en Alastair. No creo que se sintiera destronado ante la llegada de un nuevo hermano, pero no sería el primer caso. No solo estaba lidiando con una nueva hermana en su vida. En la escuela trataba de evitarla, pero supongo que a esa edad lo que menos le apetece a un niño es estar pendiente de su hermana. Pasó en pocos meses de estar feliz por la llegada a un cierto rechazo, que afortunadamente cambió en el instante en el que tuvo a su hermano pequeño en sus brazos.

—¿No contaron nada de lo que habían descubierto a los Murray? — preguntó Olivia mirando a Dave.

—Si te somos sinceros pensábamos que nunca era el momento. Si lo hubiéramos hecho todo habría sido diferente. La única que parecía ajena a la tragedia era Keira. Llegué a insinuar a Robert la frialdad con la que la chiquilla había reaccionado, pero él la disculpaba diciendo que había pasado por cosas mucho peores tras perder a sus padres en ese orfanato y que no teníamos derecho a juzgarla. Ahí fue cuando deberíamos haberle contado lo que habíamos averiguado. Robert siempre defendiendo lo indefendible y cerrando los ojos ante la realidad —dijo Dave sacudiendo la cabeza.

Olivia se preguntó si ese comentario llevaba implícito algún reproche en relación a la aventura que Rosalyn mantuvo con el verdadero padre de Alastair, contando con que su teoría fuera cierta. ¿Sabrían los Ryan de aquella historia?

—Ver a Alastair así nos rompía el corazón a todos —dijo Marjorie—, pero Rosalyn no se daba cuenta, vivía su propio duelo y tan solo Robert estuvo ahí con él día tras día y noche tras noche, supliendo el cariño de una madre que ya ni sentía ni padecía.

—Me alegra saber que al menos su padre estuvo ahí para apoyarlo. ¿No

le buscaron ayuda profesional?

—No que yo sepa. Las cosas eran distintas por aquel entonces. Aquí la presión tras lo sucedido fue insoportable, y sin duda fue Alastair quien cargó con la peor parte en la escuela. Todos le señalaban como el niño cobarde que dejó que su hermano se ahogara. La gente miraba a los Murray con pena, otros con reparo y el amor que Robert sentía por su esposa, quien jamás volvió a ser la misma, fue suficiente para plantearse empezar de nuevo en otro lugar. Vendieron su casa y pusieron tierra de por medio marchándose a Canadá. No eliminaron el problema, se lo llevaron con él.

—¿Y mantuvieron el contacto con ellos tras su marcha?

—Durante algunos años sí lo mantuvimos. Solía preguntar a Robert si todo iba bien con Keira y me dijo que las cosas no habían sido fáciles con ella. Una adolescencia difícil, supongo. No quiso entrar en detalles, pero al parecer, por aquel entonces estaba en un internado de Seattle antes de ir a la Universidad. Tenía un expediente académico brillante que le permitiría elegir su futuro. Quería estudiar Medicina y especializarse como médico forense. Sin embargo, pareció decepcionarlos cuando decidió quedarse en Seattle.

—Medicina forense —dijo Olivia a media voz.

—Sí. Nosotros también lo pensamos. La mejor elección para alguien que no siente apego por las vidas humanas ajenas —dijo Marjorie.

—Tiene razón. He pensado lo mismo. ¿Y saben por qué Alastair regresó a Escocia? ¿Notaron algo fuera de lo normal en el funeral de su padre?

—Nos alegramos mucho de verle pese a las circunstancias. Los años habían sido justos con él. Se había convertido en un hombre. Atrás quedaba ese chiquillo inseguro que Dave y yo recordábamos. Fue duro para él. Allí mismo, al lado de las tumbas de sus padres y de su hermano, lo consolamos como pudimos diciéndole que había asumido la culpa de la tragedia cuando no tendría que haber sido así. Él reconoció entre lágrimas que soportó durante gran parte de su vida el rechazo de su madre hasta que comprendió que él no había sido el responsable de aquel accidente. Arrastró ese trauma durante años cuando la realidad es que hizo todo lo posible por salvarlo. Fue su hermana quien lo anuló y manipuló desde el día en que llegó a sus vidas. Y tenía razón porque, de alguna forma, nos había manipulado a todos.

—¿Le preguntaron por Keira?

—Nos confesó que no era un tema agradable y que hacía años que no sabía de su paradero. Solo nos dijo que en su primer año de Universidad se volvió bastante promiscua, incluso llegó a obsesionarse con un chico. La

última noticia que tuvieron de ella es que dejaba la Universidad. Jamás regresó a Vancouver.

—Hasta que en el año 2002 los Murray recibieron una llamada de la policía de New Glasgow —prosiguió Dave.

—¿Estaba entonces en Canadá?

—Así es. Se registró un accidente en el que una ranchera cayó al East River desde el puente de George Street. Los testigos dieron la voz de alarma y milagrosamente se pudo rescatar a un niño con vida del interior del vehículo. El vehículo estaba registrado a nombre de Keira Murray. Durante semanas se peinó toda la zona con un intenso dispositivo de búsqueda, pero no se llegó a encontrar ningún cuerpo.

—¿Qué pasó con el crío? ¿Era su hijo?

—Eso parece. Dijo que iba en el coche con su madre y que de repente estaban bajo el agua. El niño tendría cuatro o cinco años y aquello trajo demasiados recuerdos a todos. Tras un periodo de varios meses en un hogar de acogida estatal entró a formar parte de un proceso de adopción.

—Sé lo que estás pensando —se adelantó Marjorie —, pero es que cuando los Murray recibieron la noticia fue un duro golpe para todos. Rosalyn estaba enferma y ya estaban planeando regresar a Escocia. Duncan nos dijo que lo sintió mucho, pero no estaba preparado para hacerse cargo del niño de su hermana después de todo el daño que le había hecho, y lo entendimos. No somos los más adecuados para juzgar.

—¿Qué pasó con el crío?

—Lo adoptó una buena familia, según nos contó. Ahora que ya estaba en Escocia de forma definitiva había decidido buscarlo. Había contratado los servicios de un bufete de abogados y estaban sobre su pista. Me alegró ver que Alastair seguía al pie del cañón después de tanto sufrimiento. Pese la tristeza de la pérdida de sus padres en tan poco tiempo vimos que no estaba solo. Nos consoló saber que por fin parecía haber encontrado su lugar en el mundo. Parecía feliz junto a su mujer, que incluso guardaba cierto parecido con Rosalyn.

—¿Su mujer?

Olivia sintió que una parte de ella se desintegraba. El nudo que se tragó fue como un guijarro que le rajaba la garganta mientras veía a los Ryan intercambiar miradas.

—Bueno, aquel día nos la presentó como tal. Ignoro si estaban o no casados —aclaró Marjorie mirando de soslayo a su marido.

—De hecho, cuando recibí tu llamada pensé que eras ella —añadió Dave—. Al decirme que habías tenido una relación con Alastair así lo creí, pero también me resultó extraño que no hicieras mención a que nos conociésemos en el funeral, y tu nombre fue lo que me despistó. Pensé que aquella relación había acabado y después te conoció a ti. El caso es que... cuando te he visto, he vuelto a dudar porque te pareces mucho a ella.

—Tienes razón. Ahora que te estoy mirando, he de reconocer que guardáis un gran parecido —afirmó Marjorie.

Olivia trató de ignorar el pellizco asentado en su estómago.

—¿Recuerdan su nombre?

—Creo que era Camilla, si mi memoria no me falla —respondió Marjorie—. Camilla White. Era la abogada que le llevaba el caso de la búsqueda de la familia adoptiva del hijo de Keira.

—Nunca me habló de ella.

—No todo el mundo habla de sus relaciones anteriores —dijo Marjorie en un intento de no incomodarla más de lo que ya estaba.

—¿Y nunca se encontró a Keira?

—Nunca volvieron a tener noticias.

Entendía ahora que la policía no supiera del paradero de la única pariente de Alastair. Olivia pensó en Camilla, en su parecido con Rosalyn, en el parecido de ella con la misma Rosalyn, en las fotografías de todas aquellas mujeres que encontró en su móvil y que sonreían al objetivo de la cámara, en las del mural del convento, en ese niño, en el cuerpo de Keira que nunca se encontró.

—¿Y si Keira está viva? ¿Y si su plan aquel día en Greenan Castle era deshacerse no solo de Duncan sino también de Alastair, y ha regresado a terminar el trabajo? ¿Qué hacía Alastair en Greenan Castle cuando murió? Sé que nunca superó el miedo a las alturas. ¿Por qué razón estaba allí?

Los Ryan guardaron silencio. Fue Dave quien se encargó de romperlo.

—Puede que necesitara ir a ese lugar para cerrar las heridas de una vez por todas.

—O puede que no hubiese logrado cerrarlas —dijo Marjorie.

—Si insinúa que Duncan...lo siento...es que...quiero decir, Alastair, se suicidó, se equivoca. Ibamos a encontrarnos esa misma tarde, íbamos a darnos un nueva oportunidad. Iba a contarme algo importante. Sé que iba a reunirse con alguien. ¿Y si era ella? ¿Y si se trataba de Keira y le tendió una trampa?

—Nunca lo sabremos —respondió Dave.

—Me cuesta creer que nunca me hubiese contado nada de esto. Demuestra lo poco que le importaba.

—No digas eso, yo diría que es más bien lo contrario. Le importabas, Olivia. Y por eso no quiso arrastrarte con él y sus problemas.

—Pero sí se lo contó a Camilla White.

—Camilla solo era una abogada a la que acudió para un asunto legal. Suponemos que el amor vendría después.

Olivia se hizo con la servilleta de papel y se limpió las lágrimas de los ojos. Se puso en pie y fue hasta la silla donde había dejado su bolso mientras el matrimonio la miraba expectante. Regresó a la mesa con el libro de *Ivanhoe*.

—Encontré esto entre algunas de las pertenencias que las monjas de St. Catherine's dejaron en la tienda solidaria.

—Oh, sí. Lo recuerdo. Fue un regalo de cumpleaños.

—En realidad se lo regalé yo. Me dijo que el verdadero lo había perdido cuando se marcharon a Canadá. Busqué la misma edición en internet en páginas de coleccionistas hasta que logré conseguirla.

—Bonito detalle por tu parte, Olivia. Ese día nos llevamos un buen susto con lo de la reacción alérgica de Alastair, pero este regalo junto aquella Polaroid que le regalaron sus padres le hizo olvidarse de todo —dijo Marjorie al tiempo que lo abría y se encontraba precisamente con la fotografía de esa Polaroid que Olivia también había encontrado dentro del libro.

—¿Conoce a ese hombre? Cuando la vi pensé que se trataba de su padre.

La expresión un tanto nostálgica de Marjorie cambió de repente. Dave miró la fotografía detenidamente.

—No lo es. La imagen no es muy buena, pero Robert tenía el cabello oscuro y este tipo es rubio—respondió Dave—. El caso es que juraría que lo conozco.

Olivia miró a Marjorie, que aún no se había pronunciado.

—¿Por qué iba a guardar Alastair esa fotografía? Y precisamente dentro de ese libro.

—Vi a ese hombre ese día. El día del cumpleaños —confesó Marjorie, mirando primero a su marido y luego a Olivia—. Tú no estabas allí, Dave. Te encontrabas de viaje por trabajo. Lo descubrí fuera, mirando hacia la casa de los Murray. Creí que se trataba de algún invitado; tal vez un nuevo vecino que todavía no conocíamos. Sin embargo, no entró y luego vi que dejaba sobre el felpudo de la puerta de entrada el regalo que traía en la mano. Después vi que

Robert y ella discutían. Robert se lo entregó a Alastair ante la mirada incómoda de su esposa. Días más tarde pregunté a Rosalyn por aquel invitado anónimo y ella me respondió con evasivas. Me dijo que era un antiguo amigo de la familia que no era plato de buen gusto para Robert por motivos que prefería no mencionar. Por esa razón no llegó a entrar en casa, no quería que causara problemas. El parecido de Alastair con él era innegable. Nunca me lo confesó, pero ella sabía que yo sí lo sabía y guardé su secreto.

—¿Era el padre de Alastair?

Marjorie asintió.

—Nunca me lo contaste — le amonestó Dave con rostro serio.

—Eso ya no importa. No me dio permiso para hacerlo, cariño.

Marjorie miró a Olivia. Supo que pensaba lo mismo que ella, que tal vez el pequeño Duncan también hubiese sido fruto de una aventura posterior con ese hombre.

—Sé quién es. No puedo creer que se trate de él. Por Dios santo, si es Colin Stewart. Este hombre estaba casado por aquella época. De hecho lo estuvo hasta hace unos años. Ahora es viudo y es una de las mayores fortunas del país —añadió Dave impresionado.

Olivia recordó las palabras de Sam. Tuvo razón desde el principio.

—Tal vez eso fuese lo que Alastair quería contarme, que iba a encontrarse ese día con su padre biológico. Lo único que sé es que algo o alguien se lo impidieron.

—Tienes que contarle todo esto a la policía, Olivia —aconsejó Marjorie.

—Lo he hecho, y les daré el número de contacto del sargento Lennox para que sean ustedes quienes den testimonio de toda esta historia.

—Cuenta con ello. Ayudaremos en lo que sea necesario —dijo Dave—. Tal vez alguien pueda poner ya fin a tanto dolor.

Capítulo 27

La espera ha sido larga. Cuando la veo abandonar la casa de los Ryan respiro hondo. La despedida nada tiene que ver con el momento de la llegada. Se abraza a ellos. Sea lo que sea lo que se han contado ahí dentro, estoy convencido de que Olivia ha obtenido las respuestas que buscaba y tal vez también las que no buscaba. Se han creado unos lazos entre ellos, de eso no me cabe duda. Y es que Olivia tiene ese don, tal y como lo tenía Annie.

Estoy fuera, apoyado sobre el capó de mi coche y los Ryan levantan la mano en señal de saludo con una leve sonrisa. El paso de Olivia ya no es tan firme como el de hace un par de horas. Ni siquiera alza la vista para mirarme, lo cual me preocupa.

—¿Qué tal ha ido todo? Parecen buena gente. ¿Estás bien?

Me lanza una mirada fugaz y asiente con la cabeza. A ella tampoco se le da bien mentir. Le abro la puerta, sube al coche y se pone el cinturón. Espero a que diga algo, pero no se pronuncia. Durante el camino de regreso a Edimburgo la música de los ochenta que emite una estación de radio local disfraza el incómodo silencio. Prefiero no presionarla para que me cuente lo que ha averiguado porque imagino que necesitará su tiempo. Me limito a cubrir su mano con la mía cada vez que nos detenemos ante un semáforo en rojo. Ella solo me mira y en sus ojos intuyo dolor, decepción e incertidumbre.

—No tienes que contarme nada si no quieres. En caso contrario, hazlo cuando te sientas con ánimos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se produce otro largo silencio.

—Gracias por estar a mi lado en este momento —dice a media voz.

—No me las des. Es donde quiero estar.

A las puertas del edificio de Hart Street se desmorona y la abrazo.

—Estuvo casado y nunca me lo contó. Me dijo que había tenido una infancia feliz, pero no es verdad. No lo fue, su vida no fue un camino de rosas —balbucea entre lágrimas.

—Sshhh, tranquila. ¿Quieres que subamos? Solo me quedaré si me lo pides.

—Demos un paseo, por favor. Necesito tomar el aire.

—¿Dónde quieres ir?

—Donde sea, siempre y cuando sea contigo.

Aparto el resto de sus lágrimas con el pulgar y la beso en la frente. Luego la agarro de la mano y me doy cuenta que el gesto ha sido instantáneo, familiar. Y no niego ese fugaz sentimiento de culpabilidad que se aloja en el centro de mi estómago del que intento huir lo más rápido posible. Comenzamos a caminar sin rumbo. Cuando dejamos atrás Heriot Row y llegamos a Circus Lane, me mira y lo sabe. La llevo al lugar al que ambos seguimos aferrados por los antiguos recuerdos. Lo que todavía no sé, y tal vez ella tampoco, es que con este gesto podríamos empezar a crear los nuestros.

Sentado en un banco de Dean Village la escucho hasta el final sin interrumpirla. Solo cuando se detiene me sujeta la mano con fuerza y no se la suelto hasta que sus temblores cesan. Yo también estoy temblando, pero intento ocultarlo. Ahora tengo la certeza de que la hermana adoptada del hombre que ella conoció como Duncan es la misma que hizo de mi vida un infierno, la misma que fue capaz de intentar matar a su propio hijo y darse a la fuga sin dejar rastro para que la dieran por desaparecida. Sigue viva y sé que no parará hasta conseguir su objetivo. Lo que no sabe es que yo ya no tengo nada que perder.

Sin embargo, cuando Olivia me mira a los ojos sé que estoy equivocado. Esta vez tengo que hacerlo. Debo ganar.

—Por dónde vamos a empezar. ¿Por Colin Stewart, por Camilla White, por Keira Murray, por el historial de Alastair que descubrí en el hospital, por ese documento del orfanato que la madre Victoria y el estado han ocultado a toda costa?

—Mucho me temo que habrá que añadir algo más a la lista.

—¿Qué pasa ahora?

—Lo que los Ryan te han mencionado, lo de que Keira estuvo acosando a un chico en la Universidad.

—¿Sí?

—Yo era ese chico. Fue cuando cursaba mi primer año en la Facultad de Medicina, pero abandoné mi sueño de convertirme en médico y me hice piloto para huir.

Todo sucedió hace muchos años. Tiempo suficiente para olvidar, empezar de nuevo y no volver a cometer los mismos errores, pero hay capítulos que nunca llegan a cerrarse del todo, sobre todo si la otra parte no cesa en su empeño de reabrirlo. Hay gente que no soporta el rechazo, que no acepta una negativa, y tuve la mala suerte de tropezarme en mi camino con una mujer así.

Yo era un muchacho como cualquier otro de mi generación, hijo de una familia de clase media. Un adolescente de los ochenta, agraciado, sí. Y no voy a disculparme por haber heredado la genética de mi madre. Era deportista y un estudiante medianamente bueno que también era amante de la fiestas y de las chicas. ¿Y quién no lo ha sido con esa edad?

Gracias a las aptitudes físicas heredadas de mi padre, que fue deportista aunque ya estaba retirado, logré entrar en el equipo de la Universidad, lo que me garantizó un beca que me daría la oportunidad de estudiar la carrera de Medicina, pero una cosa era lo que yo deseaba hacer y otra muy distinta lo que el destino me tenía preparado.

Esta noche habría sido una noche cualquiera de no ser porque he tenido la mala fortuna de fijarme en una chica que está sentada con su amiga al otro lado de la barra.

Mary Glanville entra en el pub acompañada y yo me giro dándole la espalda. No me apetece ver cómo mi exnovia ya está tonteando con otro. Mi amigo Graig ha presenciado la escena y me da una palmadita en la espalda.

—La rubia no te quita ojo.

Miro en la dirección que él señala con la cabeza y entonces la veo. Parte del cabello rubio cae sobre unos brazos bronceados y torneados. Aprecio cierta frialdad en el color azul de sus ojos cuando me atrevo a mirarla, pero desaparece en cuanto sonrío al alzar la vista y descubrirme.

La veo llevarse la mano al colgante que cae sobre un generoso escote y aparto la vista, incomodado por una especie de déjà vu.

—Joder, está muy buena. No la había visto por aquí.

—Hamilton, vives en otro mundo. La llaman «la novia de la muerte». Quiere especializarse en medicina forense.

—Pues no me había fijado hasta ahora.

—Porque no estás en lo que tienes que estar desde que lo dejaste con Mary. Pierdes el tiempo con promiscuas que van de santas cuando puedes pasártelo mucho mejor con las que no tienen nada que esconder.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Pregúntaselo tú mismo. Dicen por ahí que es pura dinamita en la cama. Hacérselo con ella es como hacerlo con un cadáver que vuelve a la vida, así que habrá que probar, amigo, a ver si el pequeño Sammy resucita —dice Graig entre risas.

—Capullo.

—Sí, sí, pero a ver cuál de los dos se la tira antes.

—Sabes que no me van las apuestas.

—Eso lo dices porque siempre ganas, cabronazo.

La risa de Mary Glanville me hace olvidarme por un instante de la rubia cadáver. Ese memo le está sobando el trasero delante de mis narices. Entonces vuelvo a centrar mi atención en la chica de la barra, pero ya no está. Pienso que se ha marchado, pero cuál es mi sorpresa cuando la descubro junto a Graig y su amiga frente a la mesa de billar. Desde luego mi amigo no pierde el tiempo. Observo cómo inclina su cuerpo de infarto sobre el tablero para meter las bolas dentro del triángulo, alza la vista y me hace una seña.

—Necesitamos otro jugador o estaremos en desventaja —dice alzando la voz.

Mary Glanville, su memo y otros de los que merodean por allí giran sus cabezas y me miran. Entonces me pongo en pie, bebo de un trago el resto de mi cerveza y sin mirar atrás camino erguido hacia la misma guarida del lobo.

Estamos sentados frente a una mesa que da a la calle tras dos partidas en las que Keira, ese es su nombre, y su amiga nos han demostrado su superioridad en el juego. Graig se ha marchado con la otra chica y nosotros

hemos decidido quedarnos allí charlando. Estoy francamente sorprendido porque no es una chica como las demás. Es cierto que ha existido cierto flirteo, pero cuando nos hemos quedado solos, de repente esa apariencia desenvuelta y decidida frente a la mesa de villar ha desaparecido. Ahora parece tímida e insegura, así que me pregunto si lo que se dice de ella es cierto. Incluso ha declinado mi oferta de invitarle a un par de cervezas porque todavía le faltan tres meses para cumplir los veintiuno.

—Juraría haberte visto antes en otro lugar. Me suena mucho tu cara.

—Creí que ibas a ser más original.

—Lo digo en serio. ¿Estás segura de que no nos hemos visto antes?

Ella aparta la vista.

—Puede que me hayas visto en clase.

—¿Cómo he podido estar tan ciego y no haberme fijado en ti? —digo como ya he dicho tantas otras veces.

—Nadie se fija en una chica como yo.

—Tonterías. Eres preciosa y lo sabes.

—Los chicos quieren algo más que una cara bonita...ya me entiendes.

—No todos pensamos igual —miento. En ese momento me la imagino desnuda.

Ella se sonroja y da un sorbo a su pajita. Observo su boca y el nivel de Coca Cola descendiendo en su vaso.

—¿Así que también vivías en Bellevue? —pregunto con la intención de volver a llevarla a mi terreno.

—No, mi familia es de Canadá. Me enviaron a estudiar al internado de Forest Ridge.

Un silbido escapa de mis labios. Así que estoy ante una chica guapa y rica, además de inteligente.

—Vaya, creo que tendré que tratarle de usted, señorita Murray. ¿Existe alguna hermana con la que poder intentarlo en caso de que me des calabazas?

—Siento decirte que soy hija única.

—Lo que quiere decir que eres el único ojito derecho de papá y mamá.

Ve algo extraño en sus ojos. Quizás le ha molestado mi comentario.

—Si te soy sincera me habría gustado ir al Bellevue High School —continúa ella sin pronunciarse por lo que acabo de decirle.

—No se puede comparar. No todo el mundo puede permitirse el Forest Ridge. Yo no tenía más opciones que el Bellevue High y si no hubiese sido

por el equipo del instituto no habría conseguido la beca. Un chico del Bellevue con una chica del Forest Ridge sería como mezclar agua y aceite.

—Bueno, no será para tanto. Seguro que tuviste algún lío con alguna.

En ese instante veo cómo me mira. ¿Me está midiendo? ¿Poniéndome a prueba? Decido cambiar de tema.

—¿Tienes claro que vas a dedicarte a la medicina forense?

—Sí. Es mucho más fácil tratar con los muertos que con los vivos. Ellos no se quejan. Estudiar las causas del fin de una vida es más fácil que salvarla. Eso te lo dejo a ti.

—La verdad es que lo que planteas es bastante razonable. Duro de admitir, pero razonable. Y dime, podrías haber elegido cualquier universidad. Tu posición económica te lo permite. ¿Por qué Seattle U?

Ella me sonrío.

—Te sorprendería la respuesta.

Esto empieza a ponerse interesante.

—¿Y vas a decírmela?

—Depende.

—¿De qué depende?

De repente, hace ademán de levantarse y abandona el taburete.

—Te lo contaré en nuestra próxima cita.

—¿Te marchas?

—Querrás decir «nos marchamos» —aclara con media sonrisa al tiempo que mira por encima de mi hombro. Veo a Mary Glanville besar a ese payaso y vuelvo a girarme hacia Keira.

—Vámonos de aquí.

Ella no ha perdido la sonrisa. Lo tiene todo planeado, pero a mí ni se me pasa por la cabeza pensarlo.

Esa misma noche la acompaño hasta la puerta de su residencia en el campus. El paseo hasta allí resulta agradable. La conversación fluye de forma natural. Hay algo diferente en ella que no consigo explicar con palabras, pero me hace desear cosas que hasta ese momento no había deseado y no estoy hablando de sexo. No me niega el beso de despedida. El primero se lo doy yo, el segundo me lo devuelve ella.

—Te dejaría entrar, pero temo que termines haciéndolo conmigo por despecho.

Luego me deja allí y desaparece tras la puerta.

A la mañana siguiente no la veo en clase. Busco su rostro entre los pasillos, incluso pregunto a Graig si sabe algo de su amiga, con la que al parecer se lo pasó muy bien la pasada noche, pero tengo que esperar a que se recupere de la borrachera. Me llevo un bocadillo después de clase y me tumbo sobre el césped esperando a que aparezca, pero no da señales de vida. Reconozco que me gusta su juego de despiste. Al menos me tiene entretenido pensando en otra cosa. Esta misma tarde tengo entrenamiento y, para mi sorpresa, la veo entre las gradas. Levanta la mano en señal de saludo. Lleva el cabello recogido en una coleta y va vestida de color oscuro. Desde mi posición puedo ver esos ojos que transmiten una mezcla de inocencia y sensualidad.

Mi entrenador reclama mi atención y me veo obligado a centrarme en el juego. El partido del sábado es decisivo para un prometedor contrato y tengo que estar al cien por cien.

Tal y como esperaba, me la encuentro a la salida. Está al otro lado de la calle, pero cuando voy a ir en su busca, Mary Glanville se cruza en mi camino y todo se va al traste.

Mary se disculpa. Siente lo sucedido y quiere volver a intentarlo. Y sé que lo lamenta, sé que Mary sigue enamorada de mí y que quizá nos merezcamos una segunda oportunidad. Es la chica con la que más tiempo he estado. Mis padres la adoran, y los suyos sueñan con convertirme en su yerno pese a que todavía somos jóvenes, pero mis planes no van en esa línea. Es demasiado pronto para pensar en el matrimonio. Mañana es la fiesta de la Hermandad y quiere que la acompañe. Será su forma de marcar terreno y de hacer saber a todos que Sam Hamilton vuelve al redil.

—No voy a ir a esa fiesta, Mary. Sabes lo importante que es este partido. Está en juego mi futuro.

—Entonces ven a verme después —me besa—. Te estaré esperando.

Cuando vuelvo a alzar la vista, Keira ya se ha marchado. Mary está al lado de su coche. Espera a que me decida a acompañarla, pero le digo que prefiero caminar. Aún pienso que puedo alcanzar a Keira, pero ha desaparecido. Me desvío para acercarme a su residencia. Es tarde y cuando estoy frente a las puertas me doy cuenta de que es necesario un código de

entrada. Empieza a hacer frío y me pregunto si es buena idea estar esperando a que alguien aparezca por allí para preguntar por ella. Parece que mis plegarias han sido escuchadas porque una muchacha se dispone a entrar, pero se detiene cuando me ve merodeando por allí. Parezco ansioso e incluso desesperado. Nunca me he sentido así y no me gusta la sensación. No soy yo. Y a la vista está que la chica que tengo delante no actúa como el resto cuando me dirijo a ellas.

—Perdona, pero estoy buscando a Keira Murray, ¿la conoces?

—Lo siento, no me suena. He llegado aquí hace poco.

Va a marcar el código de entrada, pero cuando se gira y me ve allí plantado cambia de opinión.

—¿Vas a quedarte ahí o tengo que llamar al guarda?

«Mírame, idiota. Soy Sam Hamilton. No necesito a perseguir a ninguna chica», estoy a punto de decir, pero me contengo.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Lo siento, lo siento. No pretendía causar esa impresión. Si ves a Keira... Olvídalo. Ya has dicho que no te suena.

Me giro sobre mis talones y vuelvo a mi residencia. Es un trayecto largo que me da la posibilidad de pensar. Pienso en Mary, y también en Keira.

Al día siguiente me la encuentro a la hora del almuerzo. Se sienta a mi lado y me ofrece una ensalada y un sándwich.

—Necesitas reponer fuerzas para tanto entrenamiento.

—Vaya, gracias.

Quito el envoltorio del bocadillo y doy el primer mordisco mientras ella me observa con esos ojos fríos como el hielo, que paradójicamente provocan una subida de mi temperatura corporal.

—Fue una sorpresa verte ayer en el entrenamiento.

—Soy tu fiel seguidora.

—¿Así que te gusta el béisbol?

—Me apasiona.

Entonces empieza a comentar mis estilos de lanzamiento y de que pocos jugadores de las grandes ligas manejan la knucleball como yo. Su interés parece genuino y sin embargo demasiado perfecto. No menciona nada respecto a lo de su marcha al haberme visto con Mary. Yo tampoco hago alusión al hecho de que fui a buscarla a su residencia. Ahora me he

arrepentido de hacerlo. Espero que no se haya enterado porque, pese a que fue un impulso, no quiero que sepa que he estado por allí merodeando. En el fondo hay algo que todavía se me escapa sobre esta chica. Y eso es lo que me atrae de forma peligrosa.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Estás viendo a alguien? Ya sabes...hay algún chico que...

—No. No tengo tiempo para pensar en eso.

—¿Por qué no?

—Sería un problema. Mientras sea solo sexo está bien, pero si alguien se enamora todo se estropea.

—¿Te has enamorado alguna vez?

—No. ¿Y tú?

Me quedo callado. No sé qué decir, y las palabras de Graig de que Keira no es lo que parece resuenan en mi cabeza, pero mi problema radica en que en ese momento no estoy pensando con la cabeza. Al final consigue sacarme una respuesta sincera.

—Yo tampoco.

En ese instante se pone en pie y recoge sus cosas.

—¿Te marchas?

—Sí, tengo prisa.

Yo también me levanto al ver que, efectivamente, me deja allí solo.

—¿Quieres tomar algo esta noche?

—Deberías centrarte en el partido. Está en juego tu futuro. Podría ser tu última temporada con los Redhawks para dar el gran salto.

Hemos intercambiado los papeles. Soy yo quien regala el oído a ellas, no ellas a mí.

—Prometo ser buen chico.

—¿Eso quiere decir que solo me darás sexo? ¿No te meterás en problemas enamorándote de mí?

No sé qué juego se trae entre manos, pero es persuasiva. De eso no me cabe duda.

—Todo dependerá de lo que tú quieras de mí.

La sonrisa que me lanza no acompaña a sus ojos.

—Nos volveremos a ver.

—¿Dónde?

—Yo iré en tu busca.

Ella ya está llevando las riendas y yo ni me he dado cuenta. Estoy jugando con fuego, o lo que es peor: soy como un niño que descubre un paquete de cerillas escondido en el cajón de una tienda de pirotecnia.

Keira no da señales de vida durante dos días. La tarde de la fiesta de la Hermandad me quedo una hora más después del entrenamiento. Necesito descargar tensiones. De vez en cuando miro hacia las gradas sin encontrar lo que busco. Salgo de los vestuarios y me dirijo al aparcamiento. En el pub bebo lo suficiente como para decir basta a tiempo. Miro el reloj. He estado aquí dos horas esperando a que la misteriosa «novia de la muerte» aparezca. Sé que esta noche no será con ella con quien me vaya a la cama. Mary me espera.

Abandono el pub. No sé si estoy en condiciones de conducir, pero me pongo frente al volante. Diez minutos después estoy llamando a la puerta de la habitación de mi exnovia dispuesto a colarme en su interior como tantas veces he hecho. Está abierta. Entro y todo permanece en la penumbra. Tan solo una lámpara que queda al lado de la ventana está encendida y cubierta por un pañuelo rojo. Oigo un movimiento bajo las sábanas. Me desnudo con torpeza debido a mi estado y me meto en la cama. Acaricio el cuerpo femenino que se gira hacia mí. Una cascada de cabello rubio cae sobre mi torso desnudo. Es Keira.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Mary?

—Mary está pasada de copas durmiendo la mona. Yo misma la acompañé hasta aquí, pero se empeñó en seguir con la fiesta en la habitación de su amiga. Puedes comprobarlo.

No logro reaccionar. No ando precisamente sobrado de muchos reflejos para comprobar nada.

—Ya te dije que sería yo quien vendría en tu busca —me dice mientras se coloca encima de mí y me besa.

Su colgante me roza el rostro y la misma extraña sensación me envuelve una vez más. En medio de las sombras la veo sonreír. Hay algo diferente en ella, pero no es el momento adecuado para descubrir de qué se trata. Luego cierro los ojos mientras desliza su lengua por mi abdomen y su boca, que es la boca de una experta, me hace perder la razón. Hay algo adictivo y peligroso en lo que estoy haciendo. Esto no es normal. Una voz interior me dice que me estoy dejando llevar por algo oscuro, pero ya es tarde para

echarse atrás.

Cuando me despierto con un terrible dolor de cabeza ella ya se ha marchado. Temo que Mary llegue en cualquier momento y descubra el pastel. Y es justo en ese momento cuando se cumplen mis predicciones y entra en la habitación con unas ojeras de espanto.

Se sienta al filo de la cama.

—Lo siento. Siento no haber acudido a nuestra cita. No recuerdo haber bebido tanto, en serio. Estuviste esperándome —mira las sábanas —, y al parecer has tenido que apañártelas tú solito. Oh, Sam. Lo siento. Lo siento, no volverá a suceder. ¿Me perdonarás?

No respondo. Prefiero no decir nada que me pueda poner en evidencia, aunque está claro que ella ya ha sacado sus propias conclusiones y más me vale no llevarle la contraria. Salgo de la cama y empiezo a vestirme mientras ella me mira.

—Estás enfadado, ¿verdad? —insiste cuando ya estoy junto a la puerta sujetando el pestillo.

—Estoy agotado. Ya hablaremos.

Es temprano y salgo de allí sin que nadie me vea. Solo necesito despejarme y estar un buen rato bajo la ducha. De camino a casa me planteo si es o no buena idea pasarme por su residencia, pero cambio de opinión. Tendré que esperar a que venga en mi busca.

Quedan dos días para el partido. Evito a Mary en los pasillos y Keira no ha aparecido por clase. No sé si sentirme aliviado porque en este momento de mi vida tengo que centrarme en lo que de verdad importa.

Por la tarde voy a correr un par de horas aprovechando que la lluvia nos ha dado tregua por unos días. Necesito eliminar toxinas y liberar la tirantez que de forma repentina atenaza mi espalda. Una chica me adelanta y reconozco su coleta rubia al instante antes de que se gire hacia a mí. Sigue corriendo hacia atrás, reduciendo la velocidad sin dejar de mirarme.

—Vamos, Sam Hamilton. Demuestra que eres un ganador —dice Keira con una sugestiva sonrisa.

Yo retomo el ritmo y pronto la dejo atrás.

—Vale, me rindo. Me rindo.

Me vuelvo hacia ella y los dos en la misma posición, con los brazos sobre la cintura, tratamos de recuperar el aliento tras la carrera.

—No te he visto en clase. Es difícil localizarte.

—Yo te lo dije. Yo seré quien vendrá en tu busca.

Ella espera que sonría, pero no lo hago.

—De acuerdo, era broma. Verás, es que mis padres están aquí de visita y he estado ensañándoles un poco la ciudad.

Tal y como está ahora frente a mí, vestida con unos leggings, una sudadera y sus zapatillas de deporte, no da la imagen de la chica de la otra noche. Quizá esa es la imagen que quiere dar a sus padres.

—Genial. ¿Van a quedarse muchos días?

—Se marchan el domingo.

—Tiene que ser duro para ellos. Te echarán de menos en Vancouver.

Ella agacha la cabeza.

—¿Va todo bien? —pregunto al verla con la mirada fija en una de sus deportivas.

—Lo de la otra noche...No estuvo bien. No debería haber entrado en la habitación de tu...de Mary Glanville.

—Olvídalo.

—No sé qué me pasó. No era yo, Sam. Yo nunca...nunca antes había hecho...esas cosas...las cosas que hice contigo. Era la primera vez que...No es que sea virgen, que no lo soy, pero lo otro...todo lo que hicimos...

Me pregunto si esto es una broma y hay alguna cámara oculta.

—No te entiendo. Si algo me ha quedado claro es que eres una chica que toma la iniciativa en la cama, y eso también nos gusta, aunque no lo creáis.

Mira de un lado a otro como para asegurarse de que no hay nadie cerca. Otro corredor pasa por nuestro lado y espera a que esté lo suficiente lejos para continuar.

—Todo lo que te hice, lo que practicamos... Era...era la primera vez que lo hacía. He visto muchas películas porno y he aprendido a satisfacer a un hombre.

Su azoramiento parece real, sin embargo, la atracción es poderosa porque ahora me siento en la obligación de creerla. Es más, me apetece meterme en la cama con ella y hacerlo todo de la forma más tradicional para que se sienta mejor.

—No sé qué decir, Keira. Lo cierto es que lo pasamos bien esa noche y

da igual si es la primera vez o la enésima. No me importa con quién lo has aprendido o cómo.

—Es la verdad.

—No importa. Supiste satisfacerme, si es eso lo que quieres oír.

Ella deja escapar una sonrisa, más de triunfo que de complacencia.

—Y ahora, ¿qué te parece si echamos una carrera hasta allí y luego te invito a una pizza? — propongo, tratando de dejar a un lado la incertidumbre que me provoca.

—Me parece buena idea.

Esa tarde tras la pizza, nos detenemos en mi edificio y la invito a subir. Vuelvo a acostarme con ella. Esta vez todo es distinto y me pregunto quién de los dos ha reprimido sus deseos más primitivos. Lo único que me tranquiliza es que su interés no parece ir más allá del sexo, sea o no tradicional.

Es el gran día. Bannerwood Park está lleno. Estoy en plena forma, dispuesto a demostrar mi valía. Mucha gente espera todo de mí. Mis padres, mis hermanos, mi entrenador, mi equipo. Mi padre está convencido de que voy a conseguir ese contrato con los Mariners. Hasta quienes aspiran a convertirse en mi familia política están aquí apoyándome, lo cual en cierto modo me estresa después de mis encuentros con Keira. Nadie sabe de su existencia. Hasta yo me pregunto si realmente ha sido real. Ni siquiera se lo he contado a Graig y Mary tampoco se ha enterado. Por lo menos Keira lleva esto de forma discreta.

Salgo al campo de juego con la certeza de que mi futuro va a cambiar. Lo que no sé todavía es que voy a rozar la gloria sin siquiera llegar a tocarla.

Estoy en el cielo. He tenido dos momentos maravillosos en mi vida: El día que los Redhawks de Seattle U se interpusieron en el marcador a Washington State U y Lou Pinella me ofreció un contrato con los Mariners, y el día que conocí a Annie, aunque eso todavía no lo sé.

Los días de celebración se suceden. Paso el fin de semana en una nube. Incluso me agrada la compañía de Mary, a la que vuelvo a considerar como la mujer que me hará mantener los pies y la cabeza sobre tierra firme.

Keira no ha dado señales de vida, a lo cual ya estoy acostumbrado. Tras las emociones vividas de los últimos días regreso a mis obligaciones y a los retos que me esperan. Cuando entro en mi habitación mi pie tropieza con un sobre. Me agacho para recogerlo, lo abro, y en su interior me encuentro una nota escrita a mano:

Estoy muy orgullosa de ti. Sabía que algún día lo conseguirías.

K.

Sé que no debería hacerlo, que debería dejar que las cosas fluyan de manera natural, tal y como están fluyendo hasta el momento, pero la idea de verla me seduce. Lou Pinella, el director de los Seattle Mariners nos ha citado a mí y a mis padres en un restaurante del Pier 66. Consulto la hora. Me da tiempo, así que sin pensármelo dos veces vuelvo a salir y me dirijo a su residencia. La puerta principal del edificio está abierta, así que entro sin problema, pero me doy cuenta de que no sé en qué habitación está. Busco al conserje y me indica que tengo que preguntar en la recepción de la portería, que todavía no ha cerrado. Al dar el nombre de Keira Murray me informan que no hay ninguna alumna residente con ese nombre. Insisto a la muchacha que está tras el mostrador y frente a la pantalla de ordenador que vuelva a comprobarlo. El resultado es el mismo. Keira Murray no reside allí, pese a que la he acompañado hasta ese mismo lugar y he visto cómo entraba en el edificio.

Abandono la residencia con una extraña sensación. ¿Por qué me ha mentido? ¿Qué gana con ello? Solo sé que ella sabe dónde encontrarme, pero yo no tengo ni la más remota idea de dónde encontrarla a ella. Y eso no me gusta.

Por unos instantes me olvido del malestar que me ha provocado lo sucedido en la residencia y trato de convencerme a mí mismo de que se trata de un malentendido. Dejo de pensar en ello y me centro en la conversación que torna alrededor de mi próxima temporada en los Mariners. Lou se disculpa y se pone en pie para saludar a alguien que acaba de entrar en el local. Me hace una seña y me acerco. Me presenta a un locutor de deportes de la ESPN. Cuando regresamos a la mesa me encuentro frente a frente con Keira. Va vestida con un pantalón negro y una blusa blanca. Alza la vista tras apuntar el primer plato que mi padre está citando de la carta. Ella oculta

su sorpresa mucho mejor que yo, que sigo allí de pie mientras los demás siguen ajenos a lo que se desata en mi interior.

—¿Y usted, señor? ¿Se ha decidido?

¿Noto cierto sarcasmo en la pregunta o es solo mi imaginación? Actúa como si fuéramos absolutos desconocidos, de modo que le sigo la corriente. Vuelvo a ocupar mi asiento y miro la carta. Las letras bailan ante mis ojos y me decido por el tartar de salmón.

Mi rostro debe ser el espejo de mi mente porque, de repente, todos me miran cuando Keira se marcha.

—Qué bombonazo —bromea Lou.

Yo asiento con una sonrisa y trato de no seguirla con la mirada por el local mientras atiende a otras mesas. En ningún momento establece contacto visual conmigo. Estoy desconcertado a la vez que cabreado. Quedo a la espera de que vuelva a acercarse a la mesa, pero es otro camarero quien nos trae la comanda. Tras el entrante, me excuso y me levanto para ir al lavabo. Espero en el pasillo a que vuelva a pasar en dirección a las cocinas y la agarro de un brazo.

—¿Por qué no me habías dicho que trabajabas aquí?

—No lo has preguntado.

—¿Hay algo que no me has contado? —Me arrepiento de haberle lanzado esa pregunta.

Un tipo sale de los baños y tengo que acercarme peligrosamente a Keira para dejarle paso. Me quedo a un solo centímetro de su rostro. Puedo notar su respiración acelerada. ¿O es la mía?

—Aquí no, Sam. Estoy trabajando.

Y sin más se aparta y se marcha de allí. Tengo que apoyarme sobre la pared para relajarme antes de regresar a la mesa.

A la mañana siguiente estoy en la biblioteca. Una vez más viene en mi busca y se sienta a mi lado.

—Siento lo de ayer —dice en un susurro.

Cierro mis libros, los meto en mi mochila, arrastro mi silla hacia atrás y me pongo en pie. Salgo de allí y ella me sigue por el pasillo.

—¿Estás enfadado?

Acelero el paso sin mirarla.

—Por favor, para.

Ella se detiene y yo la imito.

—¿Por qué ayer actuaste como si no me conocieras? ¿Por qué en tu residencia me dicen que no existe ninguna Keira Murray en sus registros?

Por primera vez veo una sorpresa genuina en su rostro.

—Así que es verdad. No vives en el campus —afirmo.

Ella agacha la cabeza.

—¿Qué está pasando aquí, Keira?

—Lo siento, te mentí. No vivo en el campus. No me lo puedo permitir. Apenas sobrevivo con dos trabajos para pagar el alquiler de un piso compartido en el centro.

—La niña rica no recibe asignación de papá. ¿Es eso?

—No soy una niña rica.

—No entiendo nada.

—No es tan fácil de explicar.

—Pues inténtalo.

—No lo entenderías.

—Lo que no entiendo es por qué me mientes. No tienes que demostrarme nada. Yo no soy precisamente de la Ivy League.

—Si aparentaba ser del ambiente social en el que se mueve Mary Glanville pensé que te fijarías en mí.

—¿Qué te hace pensar que estoy con Mary Glanville por su dinero?

—Así que estás otra vez con ella. Son ciertos los rumores de que habéis vuelto.

Lo da por hecho. No es una pregunta.

—Tú lo has dicho. Son rumores. ¿Lo de Forest Ridge también es mentira?

—No. Estudié allí con una beca, pero abandoné para seguirte al Bellevue High.

—¿Qué?

—Allí pasé desapercibida. No te fijabas en las chicas de octavo curso. Tuve que esperar a venir a estudiar a esta Universidad para estar cerca de ti. Jamás pensé que lo harías hasta que aquella noche en el pub te fijaste en mí.

Recuerdo ese instante. Ese colgante, ese rostro que ya había visto antes, pero no sabía dónde. En una pizzería cuyo nombre he olvidado. Era ella, fue allí cuando la vi. No pude evitar fijarme en la sensualidad que desprendía cada vez que se acercaba a la mesa.

—Te vi en esa pizzería una vez.

—Sí, fue la primera vez que reparaste en mi existencia, pero era otra camarera más. Estabas con Mary y tal vez no era el momento adecuado. Sabía que tendría que seguir esperando.

Guardo silencio. Cualquiera se sentiría halagado, pero yo siento algo muy distinto.

—No sé qué decir.

Y es cierto. No se me ocurre ninguna frase adecuada que no pueda enojarla. Por su mirada veo que es la primera vez que está a punto de perder el control. Creo que quiere dar una imagen que no corresponde con la realidad. No es tan segura de sí misma como aparenta ser, lo cual me hace sentir mal. Obviamente, no me doy cuenta de que estoy siendo manipulado.

—Lo siento. Ha sido mi culpa. Entenderé que no quieras volver a verme. Será mejor que me vaya.

Y eso es lo que hace. Comienza a caminar erguida, con su orgullo herido. Ha conseguido su objetivo: hacerme sentir culpable. Quiero poner remedio a lo sucedido y voy tras ella.

Error. Gran error.

Me estoy afeitando cuando alguien llama a mi puerta. Pienso que es Mary, pero quien me encuentro al otro lado es a George, el conserje. Tengo una llamada en espera del Forest Ridge, el internado al que supuestamente Keira Murray asistió. Quiero olvidar el polvo de reconciliación de la pasada noche porque en realidad no lo ha sido. No puede existir reconciliación sin una relación previa.

Acudo a la llamada. Keira Murray ha estudiado allí. No me ha mentado, pero me ha ocultado un pequeño detalle. La expulsaron durante el segundo semestre. Las causas las ignoro y prefiero no indagar. Empiezo a estar sobrepasado por todo. Mis padres saben que hay algo que no marcha bien y mis amigos, Graig en particular, notan que ando distraído. Tengo exámenes que aprobar antes de comenzar con todo lo que conlleva haber fichado con un equipo de las grandes ligas. Debo apartarme de los problemas y Keira podría llegar a convertirse en uno que me alejaría de mi verdadero objetivo. Lo mejor es poner punto y final a todo esto antes de que llegue a más.

Esa misma tarde me presento en el restaurante donde trabaja. La veo al final de la escalera que conduce a la segunda planta del local hablando con un compañero. Entonces advierte mi presencia. Me sonríe, pero yo no respondo de la misma manera, lo que provoca en ella cierta alarma. Hay una mezcla de sorpresa e incomodidad en su rostro difícil de ocultar.

—¿Qué haces aquí? Estoy trabajando.

—¿Podemos hablar?

Mira a su alrededor y posa la palma de su mano en mi torso.

—Claro.

Instintivamente yo me aparto y ella nota mi rechazo.

—¿Sucede algo? ¿Va todo bien?

Es evidente que lo de ayer no tendría que haber sucedido. Le he dado unas expectativas que no existen.

—Sí, es que quería verte. Eso es todo.

Acabo de estropearlo porque ella parece relajarse con esa expresión que indica que vuelve a tenerlo todo bajo control. Debería mantener la boca cerrada.

—Espérame fuera. Tengo un descanso dentro de diez minutos.

Mientras la espero, ensayo una y otra vez lo que tengo que decirle para no lastimarla demasiado. Un tipo más o menos de mi edad, rubio, alto y de complexión fuerte al que solo consigo verle el perfil, llega al restaurante. No puedo evitar escuchar la conversación que mantiene con un camarero que atiende las pocas mesas que hay hoy en la terraza.

—Busco a Keira Murray —dice el desconocido—. Dígale, por favor, que su hermano está aquí.

¿Su hermano? ¿No se supone que era hija única? El camarero asiente y entra en el local seguido del supuesto hermano de Keira. Desde ese instante no pierdo detalle de lo que sucede en el interior. Keira está de espaldas a la barra cuando el camarero le da el recado y ella se gira. Las formas y los gestos ponen de manifiesto la tensión que le provoca la visita inesperada. No sé lo que se están diciendo, pero deduzco que no es nada agradable. Entonces me aparto para no estar en su línea de visión. No quiero que sepa que la estoy espiando, así que durante unos minutos ignoro lo que sucede ahí dentro.

Poco después veo salir a ese tipo del local y a punto estoy de ir tras él, pero si lo hago Keira hará preguntas que no sabré cómo responder. Esto empieza a ponerse feo. Ella no tarda en salir y nos alejamos hasta la parte trasera del local.

—Será mejor que te vayas. Luego hablaremos, ahora no es el momento —dice con voz tensa.

—No me iré de aquí hasta que me digas qué demonios está pasando.

—¿De qué hablas?

—¿Quién era ese tipo con el que charlabas en la barra?

Su rostro pasa de la alarma a una aparente calma que evidentemente no me creo.

—¿Ahora estás celoso?

—Es tu hermano. He oído que se lo decía al camarero.

La calma desaparece y la alarma regresa.

—Ya está bien de mentiras. Primero lo del campus, después lo de Forest Ridge, y ahora aparece un hermano del que no me habías hablado.

—¿Forest Ridge? —interrumpe.

—Sí, se te olvidó mencionar el pequeño detalle de que entraste en el Bellevue High porque te expulsaron del Forest Ridge y al hacerlo perdiste la beca.

Tarda en responder. Ahora sí que la he pillado.

—Sí. Así fue. Lo que esos cerdos nunca admitirán es que me acusaron falsamente para echarme de allí y eludir responsabilidades.

—¿Por qué iba a creerte? ¿Y lo de tu hermano?

—No me llevo bien con él. Es una larga historia.

—¿Y eso es motivo para negar su existencia?

—Tú no lo entiendes.

—Lo que no entiendo es por qué me has estado mintiendo.

Noto que mi tono de voz se eleva y algunos rostros se giran hacia nosotros. Intento mantener la calma. No quiero atraer la atención.

—Escucha, creo que será mejor que dejemos de vernos —digo al fin.

Ella guarda silencio. No aparta sus ojos de mí.

—Estoy embarazada.

Me pregunto si lo que acabo de escuchar no es más que una mala jugada de mi imaginación.

—¿Qué?

—Ya lo has oído.

—¿Cómo sé que es mío?

—Creí que te importaba.

—Basta, no juegues con algo tan serio. Sé de tu fama de promiscua. No trates ahora de cambiar lo que todo el mundo sabe. Me has engañado en otras cosas. ¿Por qué no ibas a hacerlo también con esto?

—Eres como todos.

—No, no lo soy. No me gusta que me mientan y punto.

No sé descifrar lo que esconde su insondable mirada. Intento arreglarlo.

—Escucha, sabes que estoy en un momento decisivo de mi vida. Tengo que centrarme en mi carrera deportiva mientras trato de compaginarla con mis estudios. No tengo tiempo para esto.

—Creí que lo nuestro era real, Sam.

—¿Lo nuestro? Nunca te prometí nada ni tú tampoco a mí.

—Me dijiste que te gustaba, aunque supongo que eso era lo que le decías a todas con las que no te importaba repetir.

—Y me gustas. Eres una chica bonita e inteligente. Cualquier chico se sentiría atraído por ti, solo tienes que darte tiempo. Siento si te causé la impresión equivocada, pero no pretendas engatusarme con un embarazo que no es mi responsabilidad porque a la vista está que no eres una mujer que vaya con la verdad por delante.

Sus ojos azules se muestran vacíos, carentes de expresión. No sé si siente rabia o decepción. Entonces sucede algo que me deja paralizado, perplejo. Me propina un puntapié y me empuja.

—¡No vuelvas a aparecer por aquí o llamaré a la policía! —grita.

Un chico que pertenece al personal de cocina del restaurante, que ha salido a fumarse un cigarrillo, ha presenciado la escena. Ella regresa al local y yo me quedo allí de pie sin saber cómo reaccionar. Acabo de cavar mi propia tumba.

Durante una semana no he sabido nada de ella. Las aguas vuelven a su cauce. Respiro tranquilo hasta que me llega una citación judicial. Keira Murray me demanda por acoso. Todo lo tenía meticulosamente preparado por si yo la dejaba. No actúa por despecho. Solo actúa por despecho alguien que ha estado realmente enamorado. Keira ha actuado cegada por la venganza porque ha confundido amor con obsesión.

La chica que se disponía a entrar en la residencia del campus le dijo al juez que yo había estado merodeando por los alrededores y preguntando por Keira. Tuve que escuchar atónito cómo Keira se había visto obligada a mentir sobre dónde vivía porque estaba asustada.

El tipo que nos vio en el pasillo de los servicios del restaurante aquella noche en la que celebraba mi fichaje con los Mariners, el ayudante de cocina que relató con pelos y señales lo sucedido la última tarde que la vi, así como otros clientes que me habían visto a las puertas del restaurante: todos ellos actuaron como testigos de la acusación. Pero también hubo otros que testificaron a mi favor, como Mary Glanville, que declaró que estaba convencida de que Keira Murray había puesto algo en su bebida la noche de la fiesta de la Hermandad en la que se coló en su habitación para hacerse pasar por ella. También Graig, mis profesores o mi entrenador. Hablé de la presencia de su hermano en el restaurante ese día y el hecho de que ella me había negado su existencia, pero el juez consideró que allí no habíamos ido a discutir asuntos familiares que no guardaban relación con el caso. Dada la situación a la que me había llevado Keira, solo Dios sabe lo que su hermano y sus padres, de los que seguro jamás hubo ninguna visita a Seattle, habrían tenido que soportar. Su expulsión del Forest Ridge por acosar a una menor fue lo único que sirvió para inclinar la balanza a mi favor.

Fui absuelto, pero la sombra de la duda pendía sobre mí al haberse dictado una orden de alejamiento temporal. Mi contrato con los Mariners, pese a todo, siguió adelante. No contenta con ello, Keira tenía que jugar su última carta. Mi vehículo se salió de la carretera en una curva al tratar de frenar. No pude demostrarlo, pero sigo pensando que alguien manipuló los frenos semanas después de ganar mi dos primeros partidos de la liga. Siempre me quedará la duda. Tuve un accidente de tráfico que truncó mi carrera deportiva, pero no consiguió acabar con mi vida. Tuve que romper con todo y empezar de nuevo.

Pero hay una frase que no he logrado olvidar:

«Yo seré quien vendrá en tu busca»

Capítulo 28

Sam dejó una taza de té encima de la mesita de noche y ese simple gesto volvió a recordarle que era Annie quien a veces se tomaba la molestia de llevársela, a cambio de que él le preparase el café las mañanas que amanecía con ella. Jamás imaginó que pudiera ver allí a alguien que no fuese su esposa, y sin embargo la tenía frente a él. ¿Debería sentirse culpable de haber empezado a sentir de nuevo? ¿Existía algún límite a la pena por la pérdida de alguien a quien se ha amado hasta las últimas consecuencias? Aferrarse a los recuerdos y a la culpa tal vez no fuera la forma más apropiada de quedarse dentro de la pequeña burbuja que había creado y de la que no quería escapar por temor a salir herido.

Olivia seguía con los ojos pegados a la pantalla del ordenador, perdida en sus pensamientos y a todo lo que ese día había descubierto sobre el pasado de Keira Murray. Sam había pasado por un infierno y se culpaba a sí mismo de no haberle contado la verdad en su momento a Annie. Si lo hubiese hecho, si aquella vez en Sausalito, en vez de decirle que su prometida carrera deportiva se había ido al traste por un accidente fortuito, le hubiese confesado aquel episodio de su vida, tal vez habría estado atenta a cualquier señal de peligro.

Habían pasado las últimas horas de la tarde en comisaría y Lennox estaba sobre la pista de Keira Murray que, efectivamente, se daba por desaparecida desde la misma fecha que le habían dicho los Ryan, lo cual era falso porque las fotografías que le dejó esa mañana en su casa de Sausalito eran prueba más que fehaciente de que estaba viva. El hecho de que por aquellos años quisiera especializarse en medicina forense disparó todas las alarmas, y lo primero que hizo el sargento fue poner a trabajar a sus hombres para saber quién certificó el informe de autopsia de Alastair Murray e investigar sus antecedentes.

—Ya hemos tenido bastante por hoy, ¿no crees? —Se sentó a su lado al filo de la cama, apartó el ordenador de su regazo y cerró la tapa.

Olivia suspiró, asintió con la cabeza y se masajeó las sienes.

—Si pudiese sacaría un vuelo de vuelta a España ahora mismo y dejaría esto atrás para siempre.

—Eres libre de hacerlo.

Ella alzó la vista.

—No sé por qué cuidas de mí.

—No siempre hay que buscar una razón para hacer las cosas.

Olivia bebió un par de sorbos de la taza y le sonrió, pero la sonrisa fue tan fugaz que Sam se preguntó si en realidad no había sido más que producto de su imaginación.

—¿Cómo se puede vivir así, arrastrando tanto secreto y tanta mentira? Debe de ser agotador —dijo hastiada.

—Es la excusa que se buscan aquellos que no quieren enfrentarse a la verdad.

—No me quito de la cabeza a ese niño que estuvo a punto de morir. ¿No te has parado a pensar que tal vez ...? —No consiguió terminar la frase.

—¿A si ese embarazo era cierto y el niño era mío? Y qué más da si lo fue o no. Escúchame, si hubiese sido mío no habría tenido ningún inconveniente en criarlo, pero siempre lejos de su madre, por supuesto. No voy a negar que en aquellos años me gané cierta fama, pero quien esté libre de algo así que tire la primera piedra. No soy de los que eluden sus responsabilidades. Las parejas rompen, con o sin hijos de por medio, y no tiene por qué ser un drama ni convertirse en un motivo de venganza llevada a esos límites.

—No he pensado en ti como el tipo que elude responsabilidades.

—Aun así, quiero dejarte clara mi postura. Lo que tuve con Keira no fue más que una aventura. Nada más.

Olivia asintió.

—No soy nadie para juzgar. Te recuerdo que Duncan era incapaz de comprometerse y, aunque pareciese dispuesto a hacerlo, solo Dios sabe lo que habríamos durado juntos. Era un gran embaucador, sabía de antemano lo que yo y todas queríamos escuchar, como todo buen aficionado a las mujeres, sobre todo a captar sus sonrisas —dijo con expresión amarga.

—Olvídate de eso. Tuvo que darte otras muchas cosas, y muy buenas a mi parecer porque de no ser así no te habrías metido en todo esto.

—Tienes razón, aunque no sé si se está convirtiendo ya en una obsesión.

—Que acabará contigo si no le pones freno. Dejemos que la policía haga su trabajo.

—Permíteme que desconfíe de la policía porque, ¿cómo explicas que no relacionasen el accidente de Greenan Castle con la muerte de su hermano pequeño en el mismo lugar hace años?

—Es cierto que es extraño, pero no es la primera vez ni será la última. Por esa razón se reabren algunos casos, porque alguien ha encontrado ese nexo de unión y se terminan resolviendo.

—¿Y crees que se resolverá?

—Pase lo que pase, no cambiará las cosas, Olivia.

—Pero se hará justicia. De eso se trata.

—Eso no hará que vuelvan.

Olivia agachó la cabeza, bebió algo más del té y se dejó caer sobre la almohada. Sintió los ojos de Sam sobre ella, luego su mano apartando un mechón de su frente. Pese a que el gesto podía resultar íntimo no pretendía serlo. Surgió de forma natural, como cuando ella rodó sobre la cama tumbándose de costado y él ocupó el hueco que le quedaba libre, ese lado de la cama en el que siempre había dormido Annie.

—Nunca te lo he preguntado.

—¿Qué?

—¿Volverás a volar?

—Mi carrera como piloto ya está acabada.

—Tiraste la toalla con el béisbol. No lo hagas también con tu profesión.

—No puedo responsabilizarme de la vida de tantas personas allá arriba cuando no fui capaz de velar por las vidas de mi hijo y mi esposa.

—No es justo que digas eso. Algún día deberás hacerlo y no solo por ellos sino también por ti.

—¿Has tenido alguna vez esa horrible sensación de que no has hecho nada bien en tu vida?

—No imaginas cuántas.

—¿Y cómo logras superarlo?

—No se supera. Te acostumbras a vivir con tus errores e intentas no volver a cometerlos.

—¿Y qué error no quieres volver a cometer?

—No volver a enamorarme de nadie como lo hice de Duncan.

Tras un largo silencio Sam deslizó la mano por su abdomen con suavidad y la atrajo hacia él. Se mantuvieron en esa posición durante un rato, hasta que la boca masculina buscó la curva de su cuello y sus hábiles dedos encontraron más abajo el punto donde su cuerpo se tensó.

—¿Quieres que pare? —le susurró al oído.

Olivia se relajó y respondió a sus caricias en respuesta. Rodó sobre sí misma y Sam se apoderó de su boca con un beso hambriento para luego alejarse y recorrer cada centímetro de su piel. Se sumergió en ella reclamándola por completo, estableciendo un ritmo constante mientras ella tomaba sin reservas todo lo que él podía darle. Varios gemidos brotaron de los labios de Olivia desesperada por contenerse y alargar el instante. Sam se había adueñado de su cuerpo y probablemente también de su corazón. Las lágrimas ardían en sus ojos mientras ese hombre latía en su interior con la fuerza de un tornado. Tiró con fuerza de él hasta que pudo saborear de nuevo esa boca exigente. Jadeaba mientras la besaba, sin perder el ritmo, aumentándolo mientras la hacía estremecerse de pies a cabeza, empujándola hacia lo desconocido.

—Oh, Sam. Sam...

Tembló bajo su cuerpo antes de caer exhausta y rendida. Sam se retiró poco a poco y rodó a su lado envolviéndola en su brazos. Lo inevitable iba a ocurrir y no podía permitirlo.

—¿Y si volvieras a cometer ese error?—preguntó él con voz ronca.

Olivia contuvo las ganas de llorar y se acurrucó al calor de su cuerpo.

El día amaneció gris, lo que casaba perfectamente con su estado de ánimo. Estaba frente a la ventana de la cocina intentando disfrutar del simple placer de una taza de café recién hecho. Trató de dejar la mente en blanco, pero le fue imposible. Ese momento de primera hora de la mañana, que en circunstancias normales habría sido agradable pese a su pereza por madrugar, ahora se le antojaba vacío y anodino.

Sintió la presencia de Sam tras ella. Por un instante esa sensación se evaporó, pero la rapidez con la que estaba sucediendo todo volvió a instalarse en su cabeza y se preguntó si no se estaba dejando llevar por las circunstancias. Le rodeó la cintura con sus brazos, pero apartó uno de ellos cuando vio el papel que estaba al lado del plato con una tostada que todavía no había tocado.

—¿Qué es esto?

—Es la dirección del bufete de Camilla White.

—¿Vas a ir a hablar con ella?

—No me queda elección. Tengo que hacerlo —dijo tras dejar pasar el

nudo atravesado en su garganta.

Sam no se pronunció. Sabía que no tenía derecho a hacerlo porque Olivia no pararía hasta llegar hasta el final. A diferencia de él, ella no tenía miedo a conocer la verdad. Con suavidad se apartó y salió de la cocina sin decir nada. Poco después oyó correr el agua de la ducha. Bebió de un tirón el resto del café, dejó la taza vacía en el fregadero y se olvidó de la tostada. Terminó de vestirse y antes de marcharse escribió una nota que dejó encima del ordenador. Bajó los peldaños casi de dos en dos, en parte temiendo que Sam fuese tras ella tras leer el mensaje. Sabía que era un acto de cobardía, pero ya estaba harta de ser valiente.

Al salir del edificio a toda prisa se olvidó de mirar en la dirección correcta para los británicos y la brusca frenada de las ruedas de un vehículo sobre el asfalto húmedo fue lo que la detuvo. Cruzó al otro lado al tiempo que alzaba la mano en señal de disculpa. El coche siguió su camino calle abajo. No era la primera vez que veía ese Toyota de color celeste metalizado, y reaccionó demasiado tarde porque no le dio tiempo a apuntar en su cabeza la matrícula. De lo que estaba segura es que era una mujer quien lo conducía.

Estuvo a punto de volver a subir para contárselo a Sam y tal vez hasta pudiese arrojar esa nota a la basura. Todavía estaba a tiempo, pero cambió de opinión y se encaminó hacia la calle Broughton en busca de un taxi mientras dejaba un mensaje en el contestador del sargento. Ese Toyota ya lo había visto aparcado cerca del convento. Mala elección de color para alguien que quiere pasar desapercibido. Ahora estaba plenamente convencida de que esa mujer era Katerina.

Y la vigilaba.

Cuando Sam salió del baño todo estaba en perfecto silencio. Entró en la cocina y reparó en la taza vacía en el fregadero y la tostada que terminó tirando al cubo de la basura. Olivia se había marchado sin despedirse.

Vio la luz verde encendida del Mac sobre la mesa. Desdobló el papel que había encima y lo leyó.

Eres un hombre maravilloso, Sam. Cualquiera mujer se sentiría feliz de estar a tu lado, pero me pregunto si yo soy esa mujer. No creo que esté preparada para volver a sentir y no creo que llegue a estarlo jamás.

Apretó los labios en un gesto claro de impotencia. Entendía por lo que estaba pasando. Estaba confusa tanto o más que él, pero no había nada malo en sentir lo que estaban sintiendo. ¿Qué demonios le había sucedido?

Con la mosca detrás de la oreja desplegó la tapa del ordenador. Había dejado abiertas dos ventanas. Una de ellas era de la web que había visitado esa mañana, la del Colegio de Abogados de Edimburgo. Deslizó el dedo por el cursor en la pantalla para maximizarla. La fotografía oficial de Camilla White le dio un vuelco al corazón. Buscó más información, pero la ley de protección de datos vetaba el número de búsquedas. Las redes no mostraban mucho más sobre Camilla White, salvo algún enlace en LinkedIn. Luego maximizó la segunda pantalla. Era una fotografía antigua de familia. Se trataba sin lugar a duda de los Murray y seguro que los Ryan se la habían facilitado a Olivia. Alastair estaba sentado sobre las rodillas de su madre. Rosalyn Murray miraba a la cámara con una sonrisa. La misma sonrisa de Camilla White, la misma sonrisa de Olivia. Los parecidos entre todas ellas eran innegables. Lo de Alastair Murray traía un trasfondo mucho más grave de lo que pensaban.

Marcó el teléfono del bufete. Una voz femenina respondió enseguida a la llamada. Cuando preguntó por Camilla White la voz al otro lado de la línea pareció vacilar. Luego, lo que escuchó lo dejó petrificado. Tardó varios segundos en recuperarse de los efectos de la información que acababa de recibir.

Consultó la hora, tardó dos minutos en vestirse y huyó escaleras abajo del lugar que una vez fue su hogar, y que en estos últimos días casi había vuelto a serlo.

No había respondido a las llamadas de Sam durante todo el día. El teléfono móvil volvió a vibrar en el interior de su bata. Finalmente respondió temiendo que fuera él llamándola desde otro teléfono para que por fin se decidiera a contestarle.

—Soy Lennox. ¿La pillo en mal momento, señorita Muriel?

—Hola, sargento. Puedo hablar, dígame —dijo mientras se dirigía a un lugar más apartado para tener más intimidad.

—Katerina Tikalova, la voluntaria de la que nos habló, es médico forense, licenciada por la Universidad de Glasgow. No tiene antecedentes y es quien estaba en contrato de prácticas cuando se realizó la autopsia a Alastair

Murray. De padre estonio que emigró aquí en los setenta y de madre escocesa. No estaba en Haymarket el día que se interceptó la llamada, así lo ha manifestado su superior. Expediente sin manchas, ciudadana que paga sus impuestos, sin multas de tráfico, que colabora con causas solidarias y que busca pareja por internet. Si tuviésemos que investigar a quienes hacen esto último le aseguro que el noventa por ciento de la población estaría en el punto de mira. Puede que ella también lo hubiese conocido y de ahí que usted fuese objeto de su curiosidad.

—¿Insinúa que conoció a Alastair por una web de citas y que al intuir que yo había tenido una relación con él prefirió mantener silencio porque sino destaparía la infidelidad de mi novio fallecido? ¿Es eso lo que trata de decirme?

—Solo le digo que debería contemplar la posibilidad.

—¿Y por eso esa mujer me sigue a las oficinas del registro, de pronto deja de aparecer por el convento y hoy casi me atropella a la salida de mi casa?

—No podemos detener a una persona por conducir por la vía pública y por el simple hecho casual de que coincidan en varios sitios.

—¿La han interrogado?

—Acabamos de hacerlo. No es sospechosa de ningún delito. Siento decirle esto, señorita Muriel, pero Alastair sufrió un desgraciado accidente que le costó la vida.

—Alguien me llamó desde el móvil de Alastair y probablemente sea la misma persona que llamó a Samuel Hamilton desde el móvil de su esposa fallecida.

—Seguimos esa línea de investigación, pero a veces hay que aceptar que nos equivocamos. Puede tratarse de un error de la compañía telefónica. Yo que usted dejaría de indagar. Cuanto más lo haga, más posibilidades tiene de salir mal parada. No hay nada peor que la decepción. Solo es un consejo de un hombre que ha visto demasiado.

—Y yo soy una mujer que cree en su intuición y le demostraré que se equivoca.

Colgó, puso el móvil en modo silencio y se lo guardó en el bolsillo. Miró el reloj. La jornada se le estaba haciendo eterna. No se le iba de la cabeza la imagen de Camilla White. ¿Cómo enfrentarse a lo que implicaban esas similitudes? Necesitaba tomar el aire y al salir del edificio fue cuando avistó en el aparcamiento el mismo Toyota que había estado a punto de

atropellarle esa misma mañana a la salida de casa. Con un ataque de furia que intentó controlar, ya cansada de la situación, aceleró el paso para enfrentarse de una vez a esa mentirosa. Creyó que arrancaría y saldría de allí al verla dirigirse hacia ella, pero para su sorpresa, cuando se plantó delante de la puerta delantera de su vehículo y golpeó la ventanilla, Katerina Tikalova abrió la puerta y salió del coche, no sin antes mirar a su alrededor con recelo.

—¿Se puede saber por qué demonios me persigues a todas horas y a todas partes? ¿No te ha bastado con mentirle a la policía? —preguntó a media voz, apretando los dientes para no llamar demasiado la atención.

—Sube al coche por favor. No es buena idea que nos vean aquí. Iremos a otro lugar donde podamos hablar tranquilas.

Katerina se mostró nerviosa y su inquietud parecía auténtica. Sin embargo, Olivia no se fiaba.

—No iré a ningún sitio hasta que no me digas qué te traes entre manos. ¿Por qué me sigues?

—Yo también conocí a Duncan.

—Por eso me miraste así en la cocina.

—Sí, y no he sabido cómo acercarme a ti para hablarte de esto. Me ha resultado difícil. Intenté decírtelo el día que te vi en la biblioteca, pero no fui capaz de hacerlo. Siento haberte dado la impresión equivocada.

—De acuerdo —dijo Olivia resignada.

—Es que es una situación incómoda.

—Descuida. A estas alturas de la película ya nada puede sorprenderme, te lo aseguro.

—Necesito que sepas algo que no he contado a la policía.

Katerina condujo hasta una cafetería no muy lejos de allí, en Belhaven Terrace. Durante el trayecto le habló de cómo conoció a Duncan a través de una web de citas, ante lo cual Olivia no fingió sorpresa porque ya lo había imaginado. Aun así, oírlo de la boca de otra mujer no lo hacía más fácil.

Escogieron una mesa del fondo del local y pidieron un café.

—¿Por qué me mentiste ese día en la biblioteca cuando te pregunté si lo habías conocido?

—Primero tenía que saber si podía confiar en ti. Además, si lo analizas fue en realidad una mentira a medias porque es cierto que no lo conocí cuando

era voluntario. No sabía que estuviese contigo por esa época, lo siento.

—No tenías por qué saberlo. Seguro que hubo otras además de nosotras.

—Me da la sensación de que eres muy dura contigo misma.

—No es más que la realidad. Era capaz de hacerte la mujer más feliz del mundo, hacerte sentir única. Debió de ser agotador para él hacerlo con tantas a la vez.

—Reconozco que me enamoré de él. Nos acostamos un par de veces y, por lo que me cuentas, fue justo por las fechas en las que ambos lo dejasteis de forma definitiva, así que no te martirices demasiado. Piensa que el tiempo que estuvo contigo fue para ti en exclusiva.

—Me cuesta creerlo, pero gracias por intentarlo.

—Lo nuestro no fue nada, de veras. Una mujer sabe cuando una hombre está con ella para olvidar a otra. Solo nos mandábamos mensajes a través de la aplicación. Luego nos dimos nuestros números de teléfono. Cuando te vi aquel día en el convento reparé en algo curioso, y es que ambas nos parecíamos mucho físicamente. Por eso pienso que me utilizó para olvidarse de ti, para huir de tu recuerdo.

—Me conforta saber que se buscó a alguien más joven —dijo sin ocultar el sarcasmo y sin dejar de pensar en el origen de los parecidos entre todas ellas, especialmente tras haber visto esas fotografías de su madre cuando era joven—. De todas formas, nos utilizaba a todas porque en el fondo de quien de verdad quería huir era de sí mismo. Por eso no se implicaba con nadie y cuando veía que estaba a punto de hacerlo, simplemente se marchaba.

Se preguntó si con Camilla White las cosas habían sido diferentes. Olivia prefirió no sacar ese asunto a colación y no mencionarle que ambas guardaban también un gran parecido con otras muchas de las que le enviaban fotografías a través del móvil. Algo que no alcanzaba a comprender hasta que se vio reflejada en aquella antigua fotografía de su madre y la de la propia Camilla.

—Y eso hizo —prosiguió Katerina ajena a los pensamientos de Olivia—. Se marchó. Hasta que meses después me topé con su cadáver en la morgue.

—Dios...Debió de ser horrible.

—Tuve que salir de allí corriendo. Era mi tercera autopsia oficial con el contrato de prácticas y juro por Dios que quise mantener el tipo, pero no pude. Obviamente no le dije a mi superior que conocía a la víctima.

—Lo siento. Por nada del mundo habría querido estar en tu lugar.

—Ayer, cuando la policía vino para hacerme unas preguntas me asusté.

—¿Qué es lo que no has contado?

—Esto podría comprometer mi puesto. Ya sabes el corporativismo que existe en esta profesión, y apenas estoy empezando. No quería poner en entredicho lo dispuesto en los informes e historiales clínicos.

La mano le temblaba al mover el café con la cucharilla y Olivia la agarró por la muñeca para frenar su estado de nervios.

—¿Crees que la muerte de Duncan no fue accidental?

Ella asintió con un nudo en la garganta.

—Cuéntame lo que sabes —imploró Olivia.

Eran cerca de las siete de la tarde cuando cruzaba el aparcamiento en dirección a la salida. La jornada en el hospital había sido larga y complicada. No había dejado de pensar en la conversación mantenida con el sargento y lo que le había contado Katerina Tikalova poco después. Confiaba en que hubiese ido a comisaría, tal y como le había prometido, para cambiar su declaración. No dejaba de pensar en Keira Murray, en todo lo que los Ryan le habían contado, en la joven forense y en Colin Stewart, su verdadero padre que todavía seguía vivo. No tenía tiempo para dejarse arrastrar por falsas expectativas por mucho que Sam Hamilton hubiese llegado a ese lugar recóndito de su corazón al que solo había conseguido llegar Duncan.

Mientras se encaminaba hacia la parada del autobús escuchó los mensajes que le había dejado en el buzón de voz. En todos se repetía lo mismo.

Por favor, llámame cuando puedas. Estoy preocupado por ti.

Todos salvo el último. Con tanto trajín se había olvidado del verdadero objetivo con el que había salido de casa esa misma mañana. Concertar una cita con el bufete de abogados de Camilla White.

Si escuchas este mensaje, llámame enseguida. He visto las fotografías de Camilla White y las de Rosalyn Murray. No quiero que te enfrentes a esto sola.

El móvil emitió un nuevo pitido. Esta vez se trataba de un mensaje de texto. Era el amigo de Steve, de los laboratorios, y cuando lo leyó se le heló la sangre.

Hola Olivia, tal y como me dijiste, el paciente del que me hablaste se ha estado medicando con escitalopram, pero me he encontrado con otros restos que he analizado. Es amitriptilina. Si necesitas alguna aclaración no dudes en llamarme.

No podía creerlo. Ahora entendía el temor de Ethan a exponerse a los espacios abiertos o bien a un acto tan simple como acercarse a una ventana. Independientemente del trauma ocasionado por sus recuerdos, uno de los efectos secundarios de ese antidepresivo era el aumento de la sensibilidad a la luz y precisamente en ocasiones podía suponer una contraindicación para pacientes que no se encontrasen en una franja de edad adulta. ¿Por qué la doctora Keenan se lo había prescrito? La amitriptilina trataba las depresiones de moderadas a severas y ya había dejado claro en sus informes que lo que Ethan necesitaba era enfrentarse a un fobia que arrastraba desde su infancia y que no se había manifestado hasta que se produjo el factor detonante.

Tenía que regresar al hospital y poner al equipo de médico en conocimiento del grave error que la doctora Keenan estaba cometiendo. Otro posible error como el que cometió con Duncan. No podía perder tiempo, así que también le envió un mensaje de voz a Sam mediante *WhatsApp*.

Vuelvo al hospital. Los análisis de la muestra de sangre de mi paciente, Ethan, me hacen cuestionarme las facultades de la doctora Keenan. Le ha prescrito una medicación contraindicada. Me pregunto si hizo lo mismo con Duncan. Katerina Tikalova ha estado aquí y me lo ha confesado todo. Hay algo que no me cuadra y tengo que ponerlo en conocimiento de la Junta del hospital. No te preocupes por mí. Tendré cuidado.

—¿Necesitas que te lleve a algún sitio? —oyó decir a sus espaldas.

Olivia maldijo su mala suerte. Era la doctora Keenan quien le hablaba a través de la ventanilla de su vehículo, que se había detenido justo a su altura. Le costó reaccionar. No se lo esperaba. Rezó en silencio para que no hubiese escuchado nada de lo que había dicho en el mensaje. Sus planes de regresar al hospital acababan de irse al traste. Necesitaba buscarse una excusa o la doctora comenzaría a hacer preguntas. Se sintió incómoda y trató de disimularlo lo mejor que pudo mostrando una sonrisa complaciente.

—Hoy me toca el turno de cenas en el convento —mintió con la esperanza de disuadirla.

—¿Lauriston Gardens? Puedo dejarte allí si lo deseas, me pilla de camino a Pleasance.

Olivia buscó señal de que por allí merodeara ese agente vestido de paisano que había estado haciendo guardia por los alrededores por orden de Lennox. No lo encontró y se preguntó si la orden ya no era tal tras su conversación con el sargento. No tenía ningún mensaje de Katerina. Le dijo que lo haría cuando hubiera hablado con él, y sin embargo nadie había aparecido por el hospital para interrogar a Morag Keenan. No es que desconfiara de la doctora, pero su mala praxis daba qué pensar. Falsear un historial clínico para no perder la licencia no la convertía en asesina, pero alguien tenía que tomar medidas al respecto y estaba claro que la declaración de Katerina Tikalova sería decisiva para ello.

—¿Sucede algo, Olivia? Escucha, no te veas obligada. Era solo un ofrecimiento.

Olivia se dio cuenta de que había estado desconectada durante unos segundos y reaccionó enseguida.

—Oh, no. Lo siento, es que...

—Entiendo. Alguien viene a buscarte —dijo con una sonrisa.

Se preguntó si la había visto alguna vez con Sam. Por muy bien que se estuviese portando con ella tras el incidente en su apartamento no le apetecía que estuviese al tanto de su vida personal fuera del hospital. Con el allanamiento ya era más que suficiente. Aun así supo que no tenía elección. Era el momento de plantearle el tema de la medicación prescrita a Ethan. Así podría trasladar el asunto hacia Alastair.

—Ya iba de camino al autobús, así que te lo agradezco porque hoy me toca ayudar a recoger y llego tarde —decidió al tiempo que su jefa desconectaba el cierre centralizado y le abría la puerta.

Antes de entrar en el vehículo miró a su alrededor. Desde luego, si algún policía vestido de paisano estaba por la zona lo hacía sin levantar sospechas. Tenía que jugársela.

—Dentro de pocas semanas se acabarán las tardes de luz, el frío regresará y te dará mucha pereza, así que si algún día te puedo ahorrar el paseo o tener que esperar al autobús, solo tienes que decírmelo.

—Te lo agradezco mucho, pero a no ser que llueva a mares no será necesario. Me gusta caminar incluso con frío —dijo intentando no ser descortés.

—No es ninguna molestia, de verdad.

—Lo sé, gracias.

—Y dime, ¿qué es lo que haces exactamente en el convento?

Olivia se relajó y le contó un poco acerca de su labor como voluntaria en los fogones de las cocinas. Morag alabó la obra social de las monjas y la gente, que como ella, dedicaba parte de su tiempo libre a los más necesitados. No veía el momento de sacar el tema de Ethan. Para su sorpresa ella se adelantó.

—Espero que no te moleste que hable del caso fuera de horas de trabajo, pero no dejo de pensar en Ethan después de lo sucedido el otro día, y tienes razón. Empezaremos con el EMDR, tal y como propusiste. Reconozco que me he equivocado, y la medicación lo único que está haciendo es empeorar las cosas.

«Curioso que justamente hoy te hayas dado cuenta. ¿Habrá sospechado que la policía anda sobre algo? Dios, espero que no sea el caso y me haya metido en la boca del lobo. Sam, por favor escucha mi mensaje», imploró en silencio al ser consciente de la estupidez que acababa de cometer.

Entonces recordó que en el mensaje de voz le había dicho que regresaba al hospital. No sabía que estaba con la doctora camino del Lauriston Gardens. Tenía que encontrar el modo de enviarle un mensaje de texto.

—Gracias por darme la razón.

—Después de todo, esto es trabajo de equipo. Si falla uno, fallamos todos.

—Cierto, y por eso yo también iba a buscar el momento para comentártelo. Verás, conocí a alguien y no sé por qué no cesa de recordarme al caso de Ethan Thomas —se arriesgó a fin de que ella terminara también por confesar su error.

—Desgraciadamente los casos se repiten. Eso es inevitable.

—Me comentaste que perdiste a un paciente. ¿Qué sucedió?

Su mirada reflejó el desconcierto que esperaba.

—Es información confidencial, Olivia. No puedo hablar de ello.

Olivia asintió y la doctora apartó la mirada incómoda, lo que significaba que sabía por dónde iban los tiros. Se fijó en los nudillos de sus manos que estaban casi blancos de agarrar con fuerza el volante. Notó que el teléfono móvil vibró dentro de su bolso. Lo sacó al ver el nombre de Sam en la pantalla, pero se le resbaló y cayó a sus pies. Los nervios la estaban traicionando. Ella la miró de reojo pero no dijo nada. La llamada se cortó, y al reincorporarse un fresco olor a eucalipto llegó hasta sus fosas nasales.

—Espero que lo entiendas —repitió con voz suave—. No puedo desvelar información confidencial de un paciente.

«Pero sí falsearla», pensó Olivia.

—Lo entiendo —musitó al tiempo que reparaba en el muñequito que hacía las veces de ambientador colgado del espejo retrovisor. Sobre el vientre prominente de la figurita leyó: Germany.

Sam le había escrito un mensaje que leyó de inmediato aprovechando que Morag estaba centrada en buscar una respuesta a su pregunta que no la comprometiera.

—A veces es imposible controlar tantos factores. Tratamos de poner remedio, pero no siempre se consigue. ¿Te sucedió a ti lo mismo?

Olivia tragó saliva al leer el contenido del mensaje. ¿Cómo había podido ser tan confiada? No podía ser. La doctora Keenan no podía ser ella. Por instinto, fue a abrir la puerta porque tenía que bajar de ese vehículo fuera como fuese y echar a correr en busca de ayuda.

—¿Estás bien?

Olivia se quedó paralizada e hizo un esfuerzo supremo por ocultar el ataque de pánico que la invadía. Lo que Morag Keenan interpretó como malestar no era más que el terror que atenazaba sus entrañas.

—Estoy un poco mareada. Hace calor. Necesito tomar el aire.

Desde su asiento Morag le abrió la ventanilla.

—¿Mejor ahora?

—Sí, gracias —dijo disimulando una calma inexistente.

Respiró hondo varias veces mientras pensaba en un plan y calibraba sus posibilidades. Si Sam le había puesto en aviso, significaba que la policía ya estaba al tanto. Miró la pantalla del móvil y conectó el GPS. Poniéndose en lo peor, si algo sucedía al menos sabrían donde localizar sus últimos movimientos.

Entonces pensó en en aquel muñequito de Düsseldorf. La llamada desde el móvil de Annie Kennedy se había hecho en Alemania.

«Dios, no puede estar pasándome esto. Esta mujer no puede ser Keira Murray. Despertaré de este mal sueño en cualquier momento», pensó antes de decidir si abría la puerta con el vehículo en marcha.

Sam acudió a la llamada urgente del sargento Lennox. Necesitaba hablar con él y prefería no hacerlo por teléfono. Habían obtenido información muy valiosa en las últimas dos horas que cambiaba el rumbo del caso.

Sam llegó a comisaría justo cuando el sargento salía de allí.

—¿Han descubierto algo en las cámaras de la escuela de vuelo?

—No hemos visto nada fuera de lo normal. No sabemos cómo llegó hasta allí. Ninguno de los vehículos del aparcamiento están registrados a su nombre, pero no es eso por lo que le he citado. Vamos al hospital, no hay tiempo que perder.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tal y como nos contó Olivia, Alastair Murray acudió a varias sesiones en el hospital con Patricia Hogarth —le relató Lennox sentado en la parte trasera del coche patrulla que sorteaba el congestionado tráfico de las calles de Edimburgo con la sirena centelleando en silencio—. Se le diagnosticó una grave depresión y la doctora Hogarth, al acogerse a una baja por maternidad, derivó a su paciente a una psiquiatra del mismo hospital. Tras conocerse la noticia de su muerte aparentemente accidental y al no presentar el cadáver signos de violencia, la policía de Ayrshire se limitó a solicitar la historia clínica del fallecido tras haberse encontrado restos de antidepresivos en su organismo, según certificaba la autopsia. El historial médico fue manipulado.

—¿Cómo que manipulado?

—El forense que certificó la autopsia, al cotejarlo con ese informe, firmó, dio por finalizado su trabajo y se archivó el expediente. Si se encuentran restos de antidepresivos que están prescritos de forma legal por un facultativo en un paciente que arrastra un significativo episodio de depresión, nadie se toma más molestias de las necesarias, pese a que la autopsia clínica existe precisamente para contrastar con esos facultativos si existió algún error de diagnóstico o terapéutico.

—Madre mía, menuda chapuza.

—Le sorprendería la de cosas que suceden de las que jamás nos enteramos, pero afortunadamente aquí entra en escena Katerina Tikalova, que asistió como médico forense en prácticas a esta autopsia y vio que allí sucedía algo raro. Al no querer comprometer su puesto de becaria mantuvo la boca cerrada, pero tras el interrogatorio de esta tarde su conciencia no le ha permitido guardar silencio por más tiempo y por fin ha hablado.

—¿Qué les ha contado?

—Olivia tenía razón. No existen indicios de que se falsease la autopsia, pero sí la historia clínica por la psiquiatra con quien pasó consulta. Nos acaba de llegar el historial clínico del fallecido y no coincide que el que se presentó al médico forense.

—¿Lleva a ahí ese informe?

—Sí, pero es información confidencial que podría formar parte del sumario si esto llega a juicio. No puedo mostrárselo, lo siento.

—Es entonces Morag Keenan quien podría estar relacionada con la muerte de su paciente. Las sospechas de Olivia estaban más que fundadas.

—Alguien cometió un fallo, aunque en este caso nunca se sabrá con certeza el estado mental de Alastair Murray cuando se produjo el accidente. Una de dos: la doctora Morag Keenan se equivocó en su diagnóstico y prescribió una medicación contraindicada, o bien se ha servido de su posición para ocultar las pruebas que podían haber establecido una relación causa efecto en la muerte de Alastair Murray, algo muy difícil de demostrar. En el peor de los casos esta mujer tendría que responder por un delito de obstrucción a la justicia. Un homicidio imprudente ya es harina de otro costal.

—¿Tiene antecedentes?

—Tuvo un pequeño problema en un hospital de Aberdeen con una paciente que la denunció por una medicación que no hacía más que incrementar su ansiedad e instintos suicidas, pero se archivó el caso.

—Aberdeen... —recordó Sam—. Keira Murray estuvo en un orfanato de Aberdeen antes de ser adoptada.

—Sí, en Aberdeen y en Greenford Park, donde seguramente no pasó los mejores años de su infancia. Hemos tenido ese dato en cuenta, aunque también es cierto que no hay huella de Morag Keenan en Seattle. Estudió en la Universidad de Aberdeen. Entró en el Royal Edinburgh Hospital hace poco más de cuatro años.

—Entonces regresó a Aberdeen bajo una nueva identidad. Todo cuadra.

—No se precipite. Hemos obtenido la orden del juez para acceder al expediente de adopción de Keira Murray en el orfanato de Aberdeen, que aunque ya no existe, se han llevado todos sus archivos al Registro Civil. Esperamos que así sea porque los de Greenford Park desaparecieron casi todos, y ese registro sería en realidad el único que nos podría dar respuestas. Todavía existe la posibilidad por remota que sea de que no se trate de la misma persona — advirtió el sargento.

—Es ella, la directora del programa de investigación en el que trabaja Olivia. Tiene a Olivia a su alcance. Tuvo a Annie a su alcance. ¿Es que no lo ve? —dijo elevando la voz y perdiendo los nervios—. Hay que avisar a Olivia.

—Olivia está al tanto.

—¿Qué?!

—Katerina Tikalova le ha contado lo que sospechaba antes que a nosotros. Por eso ha venido a comisaría a cambiar su declaración.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hace apenas media hora.

Sam fue consciente de la gravedad de la situación.

Tras dos llamadas al móvil de Olivia sin resultado, Sam comenzó a perder la calma.

—Relájese. Olivia es una mujer inteligente.

—No lo pongo en duda, pero también es testaruda y no parará hasta llegar hasta el final, aunque sea por sus propios medios.

En ese instante su móvil registró la entrada de un mensaje.

—Es ella. Un mensaje de voz.

Lo escuchó y miró al sargento alertado.

—Iba a marcharse, pero ha regresado al hospital. Empieza a sospechar de la doctora Keenan, aunque mucho me temo que por razones muy diferentes a las reales. Ignora el peligro que corre —dijo preso del pánico mientras volvía a poner el mensaje con el altavoz para que el sargento lo pudiera escuchar.

Volvió a restablecer la llamada, pero el móvil estaba otra vez fuera de cobertura.

—En el hospital estará a salvo. A Keenan no se le ocurrirá hacer nada en un lugar lleno de testigos.

—Permítame que lo dude. Keira Murray es la mayor manipuladora que existe sobre la faz de la tierra. No correré el riesgo.

Escribió un mensaje de texto, pensando que pudiera atender el teléfono sin levantar sospechas en caso de que estuviese en situación de peligro.

No te muevas del hospital. Voy a buscarte. Ten cuidado con la doctora Keenan. Procura mantenerte alejada de ella. Es Keira Murray. La policía ya estará en el hospital.

El sargento recibió una llamada justo cuando se acercaban a la torre Kennedy. Sam lo observaba atentamente y el rostro del hombre no anunciaba buenas noticias. Colgó el teléfono y lo miró.

—Ni Olivia ni la doctora Keenan están en el hospital. Acaban de salir. El agente MacKay todavía estaba haciendo su ronda cuando ha visto subir a

Olivia a un Ford Focus oscuro con una mujer. Ha tomado nota de la matrícula y está registrada a nombre Morag Keenan. Va tras ella en una moto camuflada.

Sam respiró tranquilo, pero seguía temiéndose lo peor. El agente que iba de copiloto alcanzó el dispositivo de radio para pedir refuerzos y la posición del agente MacKay, mientras que el agente al volante realizaba una brusca maniobra de cambio de sentido y ponía la sirena en funcionamiento.

A unos seiscientos metros había un semáforo. Olivia se lo jugó todo a una carta. Rezó para que la luz se pusiera en rojo al llegar al cruce y así poder salir del vehículo sin que peligrara su integridad física.

—Yo también perdí a alguien —dijo sin atreverse a mirarla.

—Lo siento. Lo siento mucho, Olivia. Es duro perder a un paciente.

—No era un paciente. Era mi novio. Se llamaba Alastair Murray.

Acababa de lanzar la granada y ya no había marcha atrás.

—Esto no tiene ninguna gracia, Olivia. ¿Alastair Murray? No entiendo a dónde quieres ir a parar.

—Lo sabes. Fue tu paciente y falseaste su historial para evitar la autopsia clínica.

—No es lo que piensas. Yo no tengo nada que ver con su muerte.

El semáforo ya estaba en ámbar. Se acercaban. Era su oportunidad. Rojo, la luz estaba en rojo. Morag redujo la velocidad, iba a detenerse, así que Olivia se deshizo del cinturón y abrió la puerta, pero se quedó con medio cuerpo en el exterior porque aquella loca se había saltado el semáforo en rojo y el vehículo dejó atrás Lauriston Street. Los sonidos de pitidos y frenadas de otros conductores ante la arriesgada maniobra se perdieron en la distancia. La puerta seguía abierta a merced de los vaivenes del vehículo mientras ella intentaba recuperar el control de su cuerpo y se adentraban en una calle que la alejaba cada vez más del convento.

—Te has vuelto loca. ¡Para el coche!

—Tienes que creerme. He cometido errores que he conseguido subsanar a tiempo —le oyó decir al tiempo que oía chirriar a los neumáticos al chocar contra una acera.

Cuando creía que su fin se acercaba un motorista se les cruzó y el instinto de Keenan no fue frenar, sino sortear el obstáculo, solo que esta vez la suerte no estuvo de su lado porque perdió el control y el vehículo fue a estrellarse contra la marquesina de una parada de autobús en la que afortunadamente no

había nadie esperando.

—Creía que estaba haciendo lo correcto con Alastair. Hice lo que ella me pidió.

Pero Olivia ya había salido del coche y no escuchó lo que había dicho. Echó a correr sin mirar atrás hasta ponerse a salvo. Cuando no había recorrido más de trescientos metros giró la cabeza y avistó al motorista que estaba frente al vehículo de Keenan apuntándole con una pistola. Así que el motorista era policía y la había seguido hasta allí. En la lejanía le pareció escuchar el sonido de la sirena de un coche patrulla. No podía quedarse para comprobar si eran o no refuerzos, así que siguió corriendo. Las puertas de St. Catherine's parecían cada vez más lejanas. Le faltaba la respiración y sintió que se le nublaba la vista, pero mantuvo el ritmo, incluso con la terrible sensación de que el corazón iba a estallarle de un momento a otro. En su frenética huida las piernas comenzaron a fallarle y tropezó a pocos metros de su ansiado destino. Cayó al suelo y, justo cuando intentaba levantarse, una mano la alcanzó por detrás. Gritó pidiendo auxilio.

—Olivia, tranquila. Soy yo. ¿Qué sucede?

Reconoció esa voz. Estaba a salvo. La hermana Macy la sujetó antes de perder el conocimiento.

Capítulo 29

Sam presenció la desagradable escena al llegar al escenario de los hechos. Dos policías que habían llegado de refuerzo ya desviaban el tráfico, y Morag Keenan estaba de cara a la puerta delantera de su vehículo mientras el agente MacKay procedía a su registro para asegurarse de que no llevaba consigo nada que pudiese utilizar como arma.

—¿Dónde está Olivia? Iba con ella en el coche —era lo único que quería saber mientras se abría paso entre el caos y la confusión.

Un policía se interpuso en su camino y lo detuvo. El sargento asintió con la cabeza y su compañero se hizo a un lado.

—La chica ha huido en el momento del choque con la marquesina, según el agente MacKay —le explicó mirándolo a él y luego Lennox.

—¿En qué dirección?

—Lauriston gardens.

—Iba a St. Catherine's —informó Sam al tiempo que sacaba su móvil del bolsillo y recibía un mensaje.

Soltó todo el aire retenido cuando leyó el texto y miró al sargento.

Estoy en el convento con la hermana Macy. No te preocupes, estoy bien. Te llamo en cuanto pueda.

—Está en el convento. Está a salvo —dijo al tiempo que soltaba todo el aire retenido en sus pulmones.

—Cálmese. Enviaré a alguien allí, pero antes tengo algo que hacer, y por favor, por mucho que le cueste manténgase al margen —dijo Lennox.

Pero a Sam tuvieron que detenerlo los otros dos agentes antes de que se lanzara sobre ella. La furia, el odio y la desesperación hervían en su interior, y tenía que darles salida.

—¡Mírame a la cara. Maldita cobarde asesina, hija del mismo demonio! —gritó.

—Basta, Hamilton. Basta —le ordenó Lennox.

Vio las lágrimas de impotencia en el hombre y lo entendió. Si estuviera en su lugar, si esa mujer hubiera acabado con la vida de su mujer y sus adorables Chloe y Rachel, se habría ocupado de esa zorra mucho antes de ponerla a disposición judicial

Sam solo quería mirarla cara a cara por última vez.

—No he visto en mi vida a ese tipo. Lo juro —dijo ella—. Quiero hablar con un abogado.

Lennox le impuso silencio y se identificó antes de detenerla formalmente por ser considerada sospechosa de la ocultación de pruebas y obstrucción a la justicia en el caso de Alastair Murray. De su presunta implicación en la muerte de su hermano y Annie y Rory Kennedy se ocuparían más tarde.

Tras escuchar cómo le leía sus derechos, Keenan giró el rostro para enfrentarse a Lennox y MacKay. Algo muy fuerte se desató en el interior de Sam. No era furia, sino algo muy diferente. Observó cada uno de sus movimientos, sus gestos. Era de la misma estatura de Keira, complexión similar, pero con el cabello oscuro y corto. Podría haber cambiado color y peinado. Eso es lo primero que hacía todo aquel que quisiera cambiar de identidad de la noche a la mañana. El paso del tiempo también era un factor a tener en cuenta y parecía haberle pasado factura. Podría ser ella, pero también podría no serlo. Desde su posición y con aquel policía haciendo guardia a su lado para que no interviniese, tal y como había ordenado su superior, era difícil de valorar. Si a eso le sumaba el cúmulo de sensaciones que lo ahogaban, todo se magnificaba.

—No soy responsable de la muerte de Alastair Murray —le oyó decir.

La voz fue lo primero que le hizo dudar, pero Keira habría sido capaz incluso de modelarla y cambiar el acento.

—Eso tendrá que demostrarlo frente a un tribunal, señorita Keenan. ¿O debería llamarla Keira Murray?

—¿Cómo dice? ¿Quién es Keira Murray?

Su mirada de perplejidad parecía sincera. Sin embargo, eso había caracterizado a Keira desde el principio. Todo en ella parecía ingenuidad y candor cuando no era más que una mascarada.

—Necesito papel y un bolígrafo —dijo Sam al policía.

—¿Disculpe?

—Lo que ha oído. Entréguele papel y algo para escribir —ordenó Lennox. Luego se dirigió a la detenida—. Yo soy quien hace las preguntas y tendrá todo el tiempo del mundo para responderlas en comisaría.

MacKay hizo lo que su compañero le pidió y volvió a quitarle las esposas.

—Escriba aquí su nombre y apellidos, por favor.

—No haré nada hasta que no hable con mi abogado.

—Hágalo.

Morag terminó cediendo. MacKay le entregó el papel escrito a Lennox, que se lo guardó en el bolsillo. Iba a ponerle las esposas de nuevo cuando el sargento lo detuvo.

—No es necesario.

MacKay le sujetó la cabeza a la doctora Keenan para que pudiera agacharse y entrar en el coche patrulla.

—Basta. Se equivocan de persona —insistió malhumorada y a punto de perder los papeles—. Lo hice porque ella me lo pidió.

—¿Quién es *ella*?

—Su mujer.

—¿Su mujer?

El sargento alzó la mano. El mundo pareció detenerse.

—Camilla White. Pueden comprobarlo. Es abogada.

Sam se encontró con la mirada de Lennox y asintió en silencio.

—Explíquese.

—Me contó todo lo que pasó Alastair durante su infancia. Él me ocultó parte de esa historia durante nuestras sesiones, aunque confiaba en que poco a poco llegaríamos al fondo de todo ello. ¿Quién podría culparla de algo así? No quería que una autopsia clínica ensuciase el nombre de su marido. Yo también lo habría hecho. No quería que su trágico final quedara manchado para siempre con la palabra suicidio y llegó a mencionar que sabía lo que me había sucedido en Aberdeen. No fue una amenaza directa, pero casi diría que lo insinuó. Ya tuve un problema con una paciente hace unos años y estuve a punto de perder mi licencia. No quería pasar por lo mismo, así que cedí a su petición. Me limité a cambiar mis informes de cada sesión, añadiendo la información que ella me había dado. No tenía nada que perder y quería dejar aquello a un lado de una vez por todas. Pero juro por lo más sagrado que eso fue lo que sucedió. Después de todo aquello me olvidé, no hemos vuelto a tener contacto. Creía que todo había quedado atrás, pero no ha sido así.

Sam tragó saliva con fuerza. No supo si la expresión de Lennox era reprobación o señal de que los problemas no habían hecho más que empezar.

—¡Mientes. Camilla White falleció hace dos años, tras cuatro meses en

estado de coma! —gritó Sam enfurecido.

Morag miró al sargento sin entender la intromisión de aquel hombr

—Es imposible. Hablé con ella, lo juro.

—¿Se parecía a Olivia Muriel?

Morag parecía seguir sin comprender lo que se cocía allí en ese instante.

—Conteste a la pregunta —dijo Lennox.

—No. ¿Por qué iba a parecerse a Olivia? ¿Qué significa todo esto?

El sargento se apartó mientras el agente MacKay lo relevaba, y se acercó a Sam.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó a media voz.

—No hay tiempo para explicarlo. No es ella. No es Keira Murray.

—¿Cómo está tan seguro? Acaba de decirnos que estuvo hablando con un fantasma. Usted mismo lo ha dicho. Está mintiendo.

—Es diestra.

—Teniendo en cuenta su coeficiente intelectual, que según usted, está por encima de la media, aprender a escribir con la mano derecha habrá sido coser y cantar.

—Hay detalles. Es una corazonada.

—Hace veinte minutos estaba convencido de que esa mujer era Keira Murray.

—Y usted me dijo que no me precipitara en mis conclusiones —replicó.

—¿Desde cuándo sabía que Alastair estaba casado? No me gusta descubrir información cuando estoy a punto de detener a alguien. ¿Qué demonios me oculta?

—Alastair arrastraba un trauma desde su infancia a raíz de la muerte de su hermano. Habrá leído su historial.

—Lo he hecho, sí.

—Vivió el rechazo de su madre porque lo consideraba culpable de su muerte. Se ha pasado la vida buscando a alguien similar a ella, a su madre, buscando las sonrisas que jamás volvió a dibujar en sus labios. Primero Camilla, que permaneció en coma y también perdió la sonrisa para siempre, tras una aparatosa caída que terminó costándole la vida. Luego Katerina, Olivia y todos esos rostros femeninos que fotografiaba hasta encontrar la misma sonrisa de su madre. ¿No se ha dado cuenta? Dice que habló con Camilla White, a la que no conocía y que curiosamente no guardaba ningún parecido físico con Olivia, lo que solo nos deja la posibilidad de que alguien

se hiciera pasar por ella. Quien se hizo pasar por esa mujer era en realidad Keira Murray porque Camilla White está muerta.

A algo menos de dos horas de allí, en Helensburgh, los Ryan acababan de llegar a casa tras pasar un día en Loch Lomond con sus hijos y nietos. Dave sacó el correo del buzón y una de las cartas le llamó la atención. El sobre lo remitía un bufete de abogados de Aberdeen.

Entró en casa seguido de su esposa mientras abría la carta y desdoblaba una de las hojas que venía sujeta por un clip a otros dos documentos.

—¿De qué se trata? —preguntó Marjorie al verlo concentrado en su lectura.

—La madre Victoria ha fallecido.

—¿La directora del orfanato de Aberdeen donde trasladaron a Keira cuando Greenford Park iba a cerrar?

Dave asintió y le entregó la primera hoja en la que el abogado que había tramitado las adopciones de aquel orfanato le informaba de las últimas voluntades de la fallecida. Había dispuesto la orden de entregar copia oficial del expediente de Keira Murray, registro de entrada en Greenford Park y traslado al orfanato de Aberdeen. Ese documento que estuvo tan celosamente guardado durante años.

Marjorie no perdía detalle de la expresión de su marido mientras lo leía. Cuando sujetó la carta escrita de puño y letra de la monja, su mano comenzó a temblar y sus ojos fueron el vivo retrato de la incredulidad. Pero la incredulidad se convirtió en algo más. En algo que a la misma Marjorie le produjo un ligero escalofrío que le recorrió de pies a cabeza.

El sargento sostuvo la mirada durante unos instantes a Sam. Antes de pronunciarse, el sonido de su móvil lo interrumpió. Atendió la llamada mientras Morag Keenan permanecía allí de pie junto al coche patrulla y los agentes, retenida contra su voluntad, y Sam observaba el rostro de Lennox.

Colgó el teléfono y se dirigió a donde esperaban el agente MacKay y la detenida.

—Acompáñenla a su domicilio. Que no salga de la ciudad porque volveremos a interrogarla.

—¿Pero qué...? —Sam, de repente se sintió acorralado.

—Pidan refuerzos. Vamos a hacer una visita el convento de St. Catherine's —dijo mientras hacía una seña a los otros dos policías—. Y usted, Hamilton, venga conmigo.

El sargento echó a correr. Sam lo siguió.

—¿Se puede saber qué pasa ahora?

—Acabo de recibir una llamada de Dave Ryan, el fotógrafo de Helensburgh con el que hablaron usted y Olivia. Han intentado llamar a Olivia para contárselo pero, como ya sabemos, no contesta al teléfono —vociferó el sargento a punto de perder los nervios—. Menos mal que Olivia les dio mi número y han podido contactar conmigo.

—¿Por qué le han llamado?

—La madre Victoria, directora del orfanato de Aberdeen que tramitó la adopción de Keira Murray, ha fallecido y les ha dejado en herencia una información confidencial que tenían vetada desde hace décadas. Cuando así lo ha dispuesto esa mujer, después de su muerte, será porque ya no tiene nada que perder y no quiere que quede en el olvido —decía Lennox con respiración y paso acelerados.

—¿Qué información es esa?

—Una muy importante que han obviado. Maldita sea, ¿a qué estaban esperando para contarme lo que les confiaron los Ryan?

—Pensábamos hacerlo, pero por desgracia ellos estaban en un callejón sin salida como nosotros.

Entró en el coche patrulla junto con otro de los agentes.

—Pues ese callejón ya está despejado. Keira Murray tenía una hermana gemela llamada Margaret. Margaret fue adoptada, pero Keira se quedó en Greenford Park tres años más hasta que fue transferida a otra institución de Aberdeen y los Murray viajaron hasta allí para adoptarla. Ni a la familia que adoptó a Margaret ni a los Murray les informaron de la existencia de la otra hermana.

—¿Una hermana gemela? ¿Y por qué las separaron?

—La madre biológica de las niñas así lo pidió a cambio de renunciar a la custodia a favor del estado. No sé lo que pasaba por la cabeza de esa mujer cuando llegó a ese acuerdo.

—Los Ryan siempre pensaron que Keira fue quien provocó el incendio en el que murió su padrastro, pero su madre sobrevivió.

—A saber por lo que pasaron esas dos criaturas cuando una de ellas tomó la iniciativa de salir de ese hogar fuera como fuese. No lo sé, Sam, y

probablemente nunca lo sabremos, pero sí sé de algunos testimonios espeluznantes de muchos niños y niñas que estuvieron en ese horrible orfanato de Lanark.

El coche arrancó.

—Dios bendito.

—Esa es la información tan confidencial que le ocultaron a los Murray y a los Ryan cuando intentaron indagar. No lo hicieron para proteger a Keira ni a Margaret, sino para proteger al maldito sistema. No quiero ni imaginar por lo que tuvo que pasar Keira Murray al ser separada de su hermana y que esa hermana nunca hubiera regresado a buscarla. El amor de los Murray no fue suficiente para reparar el odio macerado en el interior de esa criatura. Ya fue demasiado tarde.

—¿Y qué fue de la otra niña?

—Fue adoptada por un matrimonio de Glasgow y la vida pareció llevarle por un sendero completamente distinto al de Keira. Como las dos caras de una misma moneda. El día y la noche. El bien y el mal. El cielo y el infierno.

—Déjese de metáforas y vaya al grano.

—Se hizo monja.

—¿Monja?

—Margaret, de segundo nombre: Macy. ¿La hermana Macy le suena de algo?

—Pero no puede ser. ¿Insinúa que...?

—Keira Murray se la jugó cuando se hizo pasar por Camilla White — interrumpió Lennox—. ¿Por qué no iba hacer lo mismo con su hermana? Cuenta con la ventaja de que son gemelas. Esa monja, que no es tal, tiene información de la vida de Alastair que la verdadera Macy no tendría por qué saber.

—Oh, Dios mío. Está con ella. Está en manos de una asesina y no tiene ni idea —dijo angustiado, al borde de un ataque de nervios, llamándola al móvil—. No contesta. Lo tiene apagado.

—A esta hora deben estar ocupados con los turnos de las cenas en el comedor social. Hay demasiados testigos. No se arriesgará a ponerse en evidencia.

—Pero entonces, ¿dónde está la verdadera Macy, Margaret o cómo se llame?

—Eso es lo que vamos a averiguar mientras intentamos poner a Olivia a

salvo.

—Sargento —avisó el policía que iba de copiloto —, el GPS del teléfono móvil no está conectado. La señal ha desaparecido hace cinco minutos. Su última posición la localiza en Forth Bridge.

Sam creyó por un instante que una bomba se asentaba en el estómago y explotaba.

Entonces el caos se desató.

El comedor social estaba a pleno rendimiento a esa hora, lo cual era de agradecer para no atraer demasiado la atención. El sargento y el agente MacKay obligaron a Sam a quedarse en el coche con el conductor, pese a sus insistentes negativas a acatar sus órdenes. El miedo lo dominaba y no dejaba de pensar en lo peor. La historia volvía a repetirse. Olivia corría peligro y no era momento para interrogatorios en el convento. El hecho de que dos patrullas fuesen camino de Forth Bridge no consiguió aplacar el miedo que lo atenazaba

La madre superiora les atendió en su despacho pidiéndoles discreción. En contadas ocasiones habían tenido que acudir a la policía por algún desorden en el comedor social, pero el hecho de que fueran ellos allí para hablar con ella en privado era para tomárselo muy en serio.

—Nos gustaría saber dónde localizar a la hermana Macy.

—Ya le he dicho que no está aquí. Tenía que atender un asunto de carácter familiar y se ha tomado la tarde libre.

—Me sorprende, teniendo en cuenta que no tiene familia.

La religiosa no ocultó su perplejidad.

—Lo siento, sargento. No entiendo dónde quiere ir a parar. ¿Qué quiere decir con eso de que «no tiene familia»?

—¿Desde cuándo está en Edimburgo la hermana Macy?

—La hermana Margaret o Macy, que es su segundo nombre y por el que todos la conocen, llegó aquí en febrero, y venía desde Lancashire. Solicitó su traslado a Escocia para estar más cerca de sus padres, que viven en Glasgow. Disculpe mi insistencia, pero ¿por qué ha dicho que no tiene familia?

—Sentimos decirle que la mujer que ustedes han creído que era la hermana Macy es en realidad otra persona.

—Esto empieza a resultar muy incómodo. Explíquese, por favor.

—Alguien que no es Macy se ha hecho pasar por ella durante todos estos meses —repitió el sargento.

—¿Por qué iba alguien a hacerse pasar por una monja? ¿Tiene idea de la barbaridad que está diciendo? No es posible. Debe de tratarse de un error.

—La hermana gemela de la hermana Macy es capaz de cualquier cosa.

—¿Hermana gemela? La hermana Macy no tiene hermanos. Es hija única. Fue adoptada.

—Sabemos que fue adoptada. Lo que sus padres adoptivos ignoraban, o al menos eso creemos, es que había otra hermana que dejaron en el orfanato hasta que la pequeña les contó lo que pasaba en aquel lugar horrible. Intentaron reunir las, pero las monjas negaron la existencia de Keira, alegando que la pobre Macy tenía la realidad desvirtuada tras haber sido rescatada del hogar destructivo del que procedía. En otras palabras, siempre le hicieron creer a Macy que la existencia de su otra hermana no era más que producto de su imaginación. Y así se lo hicieron creer también a los padres. ¿Y quién iba a atreverse a cuestionar la palabra de unas monjas?

—¿Por qué iban a querer separar a dos hermanas?

—Doy por hecho de que está al tanto de la historia de Greenford Park.

—Lo estoy, sargento. Y no imagina lo que lamento que esas criaturas indefensas se vieran obligadas a pasar algo semejante. Aun así, lo que usted insinúa me parece la más absoluta de las aberraciones posibles, aunque...un momento... ahora que lo dice...no recuerdo que se haya tomado días libres durante estos meses para ver a su familia. Hoy ha sido la primera vez.

—No me extraña. Seguro que se las ingenió para retrasar una visita que nunca sucederá.

—Pero...

—La verdadera Margaret Macy Dunn nunca llegó a este convento —interrumpió el sargento—. Mucho me temo que está muerta, pero todavía no se ha encontrado su cadáver.

Olivia abrió los ojos y ese simple acto reflejo le provocó un dolor de cabeza insoportable. Cerró los ojos con fuerza para concentrarse y millones de puntitos blancos sobre un cielo negro la envolvieron. Fue a llevarse la mano a la frente, pero no pudo hacerlo. Algo se lo impedía. Estaba maniatada.

Por puro instinto quiso estirarse, pero sus pies chocaron con algo y su cabeza golpeó contra una superficie que estaba muy fría. Era cristal.

—Oh, Dios mío...
Y empezó a recordar.

Capítulo 30

No voy a negar la sorpresa ante tu repentina aparición la mañana que me crucé contigo a las puertas del convento. Sabía que Ethel había logrado ponerse en contacto contigo, pero aun así tuve que hacer un esfuerzo notable para ocultar la impresión que me llevé al estar frente a la mujer que venía en busca de unas respuestas que tarde o temprano le conducirían hasta mí, cosa que llegado el momento tendría que evitar a toda costa. ¿Cómo camuflar sentimiento semejante? Al fin y al cabo era lo que había estado haciendo una gran parte de mi vida, por lo que debería haber sido muy fácil y sin embargo no fue así. Conseguiste impactarme con solo una mirada. Fue como regresar al pasado y ver a Rosalyn de nuevo reencarnada en ti en muchos de tus rasgos: en tu mirada, en tu aparente templanza, aunque en tu interior estuviese instalado el epicentro de un huracán de emociones encontradas. Y tus ojos acompañando a esa sonrisa, la que Alastair nunca recuperó de su madre y siguió buscando en otras mujeres durante gran parte de su vida.

Sabía que tarde o temprano acudirías a mi llamada. Sí, Olivia, fui yo quien se ocupó de enviar las cosas de Alastair a la tienda de Raeburn Place, sabiendo de antemano que la soñadora de Ethel, aspirante a escritora, no dudaría en revisar cada caja y recoveco esperando encontrar una historia inspiradora. Sabía que hallaría la forma de dar con tu paradero. Lo que jamás habría podido imaginar era el hecho de que en un par de semanas llegarías para instalarte aquí de forma temporal porque ibas a trabajar en un programa experimental financiado con fondos europeos en el Royal Edinburgh Hospital. Inmediatamente sonaron las alarmas y comencé a investigar.

Tiempo atrás logré seguir el rastro de mi querido hermanito Alastair. Nunca dejó huellas en internet ni en redes sociales. Era como si no existiera, pero yo sabía que había regresado para quedarse. Me ocupé de piratear su cuenta de correo electrónico y me di cuenta de que eliminaba muchos mensajes. Pero por alguna razón que no alcanzaba a comprender había algunos de una tal Olivia que continuaban guardados en una carpeta especial. Eran

pocos, lo que me hizo suponer que pasó a contactar contigo por teléfono móvil. Más adelante observé que compraba billetes de avión para España y solo tuve que sumar dos más dos. Empecé a vigilar sus movimientos. Alguna vez os vi juntos paseando por las idílicas callejuelas de la *Old Town*, disfrutando de un día de sol en una terraza o en un parque. De repente dejaste de aparecer, ya no hubo más tarjetas de embarque para sus vuelos al mismo destino. Entonces una tarde le seguí hasta Lauriston Gardens. Así descubrí que colaboraba como voluntario en el comedor social del convento. El bueno de Alastair ayudando a los más necesitados, perdón, rectifico, quise decir Duncan, porque ese fue el gran secreto que te ocultó el hombre al que creías conocer, ¿verdad, Olivia?

Te preguntarás cómo llegué a enterarme de que las monjitas habían sido beneficiarias del mobiliario y enseres del domicilio de tu misterioso Duncan. Pues bien, fue pan comido. Todo estaba meticulosamente planeado desde hacía tiempo. No tenía nada mejor que hacer después de haber cobrado el millón y medio de dólares de la póliza del seguro de vida que mi malogrado marido me dejó tras un desafortunado accidente. Solo tuve que entrar en ese convento. Juré que no volvería a hacerlo, que jamás traspasaría las puertas de nada que me recordara a Greenford Park, pero lo hice por una buena causa. Y no entré precisamente como voluntaria.

Me resultó ridículamente fácil dar contigo, querida Margaret. Descubrir que habías decidido entregar tu vida a Dios llegó incluso a conmoverme. Sin duda, con ese acto alcanzaste la culminación de la perfección. Aunque si me paro a pensarlo, puede que de esa manera quisieras purgar tus pecados por haberme dejado en aquel funesto orfanato a merced de la pérfida hermana Lucifer y todas sus secuaces. Me dejaste en el infierno mientras tú alcanzabas el cielo. ¿Cómo pudiste hacerlo? Convertirte en monja después de lo que me hicieron, de lo que nos hicieron. Tal vez quisieras hacer por otros lo que jamás hiciste por la hermana que te libró de lo peor.

Creo que los meses que he estado haciéndome pasar por ti ha sido la mayor de las penitencias posibles. Estar día a día frente a perdedores que no dejaban de recordarme a mamá exigió demasiado de mí. Eso sin contar el férreo control del que he tenido que hacer uso para no destruir todo aquello que me llevaba

una y otra vez de regreso a las sucias memorias de Greenford Park. Las cosas habían cambiado, pero no para mí. Si esto hubiese sido una película habría tenido asegurado un Oscar. Y sí, así lo hice. Me hice pasar por actriz novel que iba a interpretar un papel de monja en una serie de televisión, y entré en un convento durante dos meses, el de las Hermanas de la Misericordia, en St. John, Canadá, adonde regresé para *ese periodo especial de formación*. El método Stanislavski fue mano de Santo para suplantarte, y de camino enfrentarme a la osadía de regresar a un convento. Durante años odié el hecho de parecerme a ti, Margaret. Las dos gotas de agua, una limpia, la otra impura y no potable. La elegida y la abandonada. Qué ironía que ahora quisiera recuperar mi aspecto para volver a ser exactamente igual que tú.

Vigilé todos y cada uno de tus movimientos en Lancashire. Sabía que regresabas a Escocia. Te seguí hasta la estación de Preston. Iba sentada en el mismo vagón que tú y no me reconociste cuando entablé conversación contigo. Incluso al hablar de tu familia mencionaste que eras hija única. Maldita mentirosa. Eras peor que Judas. Tras varias horas de viaje conseguí establecer la relación de confianza necesaria para que no rechazaras mi ofrecimiento a llevarte en mi coche aparcado fuera de la estación y de la vista de cualquier CCTV. Para cuando estabas dentro de mi vehículo ya era demasiado tarde. La droga que te había echado en la botella de agua que te había ofrecido en el vagón-cafetería del tren ya había comenzado a hacer efecto. Cuando me deshice de mi disfraz, me quité la peluca, las gafas graduadas y la nariz postiza, vi el terror dibujado en tu rostro. En ese instante supiste que jamás llegarías a tu destino.

El día que esperaban la llegada de la hermana Macy, quien en realidad entró en aquel convento fui yo suplantando su identidad. Tardé una semana en llevarme la grata pero peligrosa sorpresa de verte allí, Alastair. Tarde o temprano tendríamos que vernos cara a cara y contigo sí que no podía correr ningún riesgo. Eso es lo verdaderamente irónico de todo esto. La hermana que renegó de mí me llevaría hasta Alastair. Alastair me llevaría hasta Camilla White y Olivia. Y tú, Olivia, me llevarías hasta Sam. Ni en mis mejores sueños habría podido imaginar que vuestros caminos se cruzarían. No contaba con Katerina. Y de haberlo sabido me habría ocupado de ella mucho antes.

Cometiste dos errores, Olivia Muriel: cruzarte en la vida de Sam Hamilton y tratar como paciente a Ethan Thomas. Ahí supe que tenía que

intervenir. Tenía que hacerlo porque sabía que no dejarías aquel capítulo sin cerrar. El email que te envió Ethel fue lo único que necesitabas para encender la mecha. Sam te proporcionó la llama.

Y yo me limité a esperar a que prendiera.

Me ofrecí en nombre de la congregación a la *desagradable* tarea de entrar en tu apartamento para recoger todas sus cosas. Lo que para otros voluntarios habría sido muy duro de llevar, ya que te habían conocido y estaban todavía muy afectados por tu pérdida, para mí fue una *grata* experiencia. Habíamos esperado los trámites burocráticos para poder acceder a la vivienda. Yo tenía que estar allí para hacer desaparecer cualquier pista que te relacionase conmigo. Y lo tuve fácil porque para ti hacía tiempo que ya no existía. Tenía en mi poder la tarjeta SIM de tu móvil. No deberías haberlo dejado en el coche mientras te enfrentabas a los demonios de tu infancia en aquel lugar al que te atreviste a regresar. La sustituí por otra inservible en el móvil que la policía judicial encontró cerca del lugar de la tragedia. De tu ordenador extraje su disco duro y vacié lo poco interesante que había en tus cuentas de correo electrónico, incluyendo tu «carpeta especial». Una persona tan solitaria como tú me hizo fácil el trabajo de no dejar ningún cabo suelto. Un sobre con aquel contrato de opción de compraventa con el nombre de Olivia escrito de tu puño y letra, y ese otro con recuerdos que apuntaban claramente hacia ella era material más que suficiente para que la oveja regresara al redil.

Tú volviste a desencadenar la cadena de acontecimientos que te condujeron al inevitable final, Alastair. Fuiste tú y nadie más que tú quien cruzó una línea que no debería haber cruzado. Creías que ibas a ganar al contratar a esa abogada del tres al cuarto para dar con el paradero de mi hijo y que no cesaría en su empeño de dar con el mío para encerrarme por intento de parricidio. Suerte que ya había sido adoptado y no podríais haber reclamado nada a su nueva familia. Ethan tiene una madre que se ha dedicado en exclusiva a él, no como la tuya, Alastair, que se dedicó a sus dos bastardos antes que a mí. O como tú, mamá, que nunca te ocupaste de nosotras. Lo hicieron otros, pero solo por Margaret, que salió mucho mejor parada que yo. Solo espero que en tu último aliento pensaras en lo que me convertiste.

Que Camilla hubiera terminado en estado de coma no entraba en mis planes.

Te estuvo bien empleado, hermanito. Te pasaste meses junto a aquella cama de hospital mitigando tu sentimiento de culpa. Una nueva sonrisa desvanecida para siempre del rostro de la mujer que amabas. Debió de ser un alivio el día que sus padres decidieron desconectarla tras el diagnóstico de un coma irreversible por parte del equipo médico. ¿Qué habría dicho Olivia si hubiera sabido que te conoció poco después de aquello, cuando creías perdida toda posibilidad de volver a sentir algo real por alguien?

Sí Olivia, la tarde en la que recibiste su último mensaje estuve con él. Lo seguí. Había leído sus correos, las páginas que había visitado. Y al escuchar ese mensaje de voz me fue fácil adivinar que su intención era presentarse por sorpresa a las puertas de la casa de su verdadero padre, Colin Stewart. Y digo «por sorpresa» porque, de haberlo sabido, Colin habría dado la voz de alarma al ver que su hijo no acudía a su cita. Había logrado localizar a su padre biológico. Esa era una de las cosas que quería contarte, querida Olivia. Lo tuvo fácil teniendo en cuenta que es uno de los artistas más cotizados del arte contemporáneo, además de un reconocido filántropo. Lo difícil era dar el paso de buscar al hombre que jamás hizo nada por reencontrarse con él. Lástima que quienes tanto respetan y admiran al gran Colin Stewart no sepan que fue infiel a su esposa y que tuvo dos hijos con una mujer casada que cargó a otro.

Lástima que en el camino hacia tu objetivo, Alastair, decidieras desviarte hacia Greenan Castle para redimir tu culpa, para superar ese trauma de tu infancia que no te había dejado mirar al futuro, para liberarte de todos tus demonios y empezar a vivir dejando descansar en paz a tu hermano Duncan.

Lástima que yo estuviera allí también para impedirte.

La doctora Keenan estaba demasiado preocupada por su reputación como para reparar en si la desconsolada viuda de su paciente existía o no realmente. ¿Quién habría pensado lo contrario? Fue curioso que Alastair no le hubiese hablado de ella, aunque probablemente tenía pensado hacerlo llegado el momento. Y eso es lo que me hizo seguir adelante. Un nuevo error terapéutico o de diagnóstico no convenía a su expediente ya manchado y cuestionado. Estaba en juego su reputación si que ría aspirar a gestionar ese programa que financiaría la Unión Europea. Me bastó insinuarle que conocía de esos hechos para *aclarar* algunos puntos del informe de la autopsia. Le conté toda tu infancia y adolescencia, Alastair. Así tendría material para cambiar su

informe médico. Al no haber pólizas de seguros de vida de por medio nadie se haría preguntas, y prefirió la sospecha de un accidente propiciado por los efectos de la medicación prescrita de la que él paciente podía haber abusado, antes que un suicidio que pudiera poner de nuevo en tela de juicio su cuestionable profesionalidad. Creyó que me hacía un favor, pero sabía que el favor se lo hacía a sí misma. Y si las sospechas apuntaban ahora hacia ella significaba que tarde o temprano se iría de la lengua, pero para entonces yo ya estaría bien lejos de aquí. Y no existiría ninguna Camilla White a la que hacer preguntas.

Querido Sam, ¿qué tendrá esta ciudad que tú también terminaste cayendo en sus encantos? Lo creas o no, me alegré de que fueras tan feliz con esa pelirroja con la que te vi por primera vez en tu coqueto escondite de las colinas de Sausalito. Tuvo que disgustarte mucho mi visita inesperada para decidir trasladarte a Europa de la noche a la mañana. Eso, o estabas realmente enamorado de ella. Siento no haberme acercado a ti en aquel funeral multitudinario para darte mi más sentido pésame. Sí, no quise perderme la imagen del hombre al que ya no le quedaba nada. Ahora sabrás lo que se siente.

Cuando un año después me enteré de que habías puesto en alquiler tu nido de amor de Hart Street, supe que era el momento. Estuve en tu casa durante cuatro días. Qué fácil fue alquilar sin que mediara documentación que acreditara mi identidad. Fue toda una experiencia dormir en la misma cama que ella. Me entristeció ver que no habías dejado nada personal en aquel lugar, tan solo aquellas acuarelas que habías empezado a pintar. El frustrado y malogrado *pitcher* de los Mariners convertido ahora en artista bohemio. Tu capacidad para reinventarte a ti mismo no dejará nunca de sorprenderme.

Pero lo verdaderamente sorprendente fue que Annie también hubiese sido consejera y amiga de Alastair. Llegaron a conocerse y, lo creas o no, no lo descubrí hasta que vi aquel mural de fotografías hecho por mi hermano, el gran coleccionista de sonrisas. Y lo que terminó de confirmarlo fue esa dedicatoria en una de tus acuarelas encontrada en su apartamento, en la que dejé mi huella hace unas semanas, cuando me colé en el tuyo con la copia de las llaves que hice la primera y única vez que tuve el placer de alojarme en el que fue tu hogar.

Tenías que haber visto la cara que puso Annie la fatídica mañana que la

visité en la escuela de vuelo y lo conté lo nuestro. A ninguna mujer le gusta descubrir secretos revelados por la otra que ha estado antes con su marido. No se lo tomó muy bien. A las mujeres no nos gustan los secretos, Sam. Ella te tenía en un pedestal. Un hombre atento, un padre responsable y trabajador que había dado el gran salto de cruzar medio mundo para comenzar de cero. Algo que Annie probablemente no sabía, pero que tú ya habías hecho con anterioridad. Para Annie había sido un acto de amor, cuando en realidad no fue más que un acto de cobardía. Estaba embarazada y huiste. Simple y llanamente.

Nunca sabré si era hijo tuyo. Ya no me importa, pero eso Annie nunca lo supo. Abandonó la cafetería, no sé si confusa y enfadada, y entonces aproveché para darle el cambiazco a su móvil. Pagar un billete de avión a Colonia bien merecía la pena para hacerte una llamada desde ese número que nunca diste de baja. Cómo me habría gustado ver tu cara cuando sonó el teléfono y viste el nombre de la llamada entrante. Al igual que me habría gustado ver la tuya, Olivia. Recibir una llamada del más allá. No todo el mundo puede vivir en primera persona semejante experiencia.

Después de todo, he de reconocer que la vida no ha sido justa contigo, Sam. Nunca pensé que mi visita desencadenaría en aquella tragedia. No voy a pedir perdón, porque dime, ¿dónde está la línea entre lo justo e injusto? ¿Injusto es que perdieras a Annie y Rory? ¿Injusto es que mi propia hermana me dejara abandonada a mi suerte en aquel orfanato, o que mi propia madre renunciara a nuestra custodia a condición de que le dieran la primera oportunidad a Margaret antes que a mí? Sí, me lo confesó la madre Victoria. Quería morir en paz aquella desgraciada mentirosa. Fui una molestia, como un trasto viejo que dejan tirado junto al contenedor cuando ya no es más que un estorbo. En vez de resolver el problema se deshicieron de él.

Estaba embarazada cuando te marchaste y me habría deshecho del bebé de no ser porque en mi mente ya se orquestaba una forma mejor de hacerte pagar cuando llegase el momento. Lo pensé mejor y ni siquiera esa criatura que podría ser tuya o de cualquier otro, como bien dijiste, merecía los honores de repetir la historia que me precedía: madre con hijo de padre desconocido que cae en la desidia por no ser correspondida y que se refugia en el vicio.

No iba a caer en lo mismo que mi madre. Por eso enseñé a nadar a Ethan, a aguantar bajo el agua el mayor tiempo posible. No lo dejaría abandonado a su suerte como hicieron conmigo. Con aquel gesto ya estaría preparado para enfrentarse a cualquier cosa en su vida. Sabía que sobreviviría

al accidente y era lo suficiente pequeño como para olvidar ese trauma. Lo adoptaron. Una familia sin hijos. Solo se dedicarían a él. Tal y como le sucedió a Margaret. Tal y como debería haberme sucedido a mí. Ahora necesita ayuda. Sé que está incluido en ese programa del hospital en el que trabaja Olivia, y le está haciendo recordar. Entonces sus recuerdos te conducirán hasta mí, señorita Muriel. Y he tenido que tomar cartas en el asunto antes de que todo se me vuelva a ir de las manos.

No os he conducido a la muerte a ninguno. Ni a Annie y a su hijo, que no deberían haber subido a ese ultraligero tras mi reveladora confesión, ni a Camilla que me amenazó con denuncias y en su precipitada huida tropezó y cayó por las escaleras de su casa, ni a Margaret que al bajar de mi coche en marcha en su estado terminó despeñándose por aquella peligrosa y profunda ladera, ni a Alastair y Duncan que se acercaron demasiado al precipicio. Siempre es fácil culpar a los demás de nuestras debilidades y miedos, de nuestros defectos. Vosotros habéis terminado cavando vuestra tumba cuando os habéis encontrado de cara a cara con una verdad que no queríais asumir y que obviasteis porque siempre es más fácil mirar para otro lado, tal y como hizo mi madre, tal y como hizo mi hermana, tal y como hizo mi familia adoptiva, tal y como hicieron en Greenford Park. Yo no me compadezco, reacciono.

Como con los demás, no entraba en mis planes acabar contigo, Olivia. Lo siento. Las circunstancias me han obligado a hacerlo.

Capítulo 31

Logró girar la cabeza lo suficiente para ver a través del cristal empañado. Empezaba a oscurecer y su visión solo alcanzó a vislumbrar la sombra de una figura borrosa en el horizonte. Su posición le impedía ver más allá. Estaba tendida en el asiento trasero y carecía de libertad de movimiento en pies y manos. Creyó que el cuello se le iba a partir en dos al intentar frotar su mejilla contra el cristal de la ventanilla. Tenía que averiguar dónde estaba fuera como fuese. El esfuerzo la dejó sin respiración. Volvió a estirarse una vez más, haciendo lo imposible para conseguir ver algo al otro lado.

El contorno rojizo difuminado que la neblina instalada en sus ojos intentaba despejar era el Forth Bridge. Lo que significaba que estaba en algún punto cercano a la orilla de las aguas del río Forth. Se movió unos centímetros para hacer palanca con la otra puerta, pero seguramente había dejado los elevallunas y puertas bloqueados. El esfuerzo tras ese movimiento corporal tan brusco la dejó agotada. Estaba allí encerrada. No solo en un vehículo cerrado a cal y canto en medio de ninguna parte, sino encerrada también en un cuerpo mermado por los efectos de la fuerte droga que, según esas palabras que todavía flotaban en el aire como el prelude de lo que se avecinaba, lo haría todo más fácil llegado el momento. Se sintió morir.

«Dios mío, no. Esto no puede estar sucediendo. Voy a despertar de este mal sueño. No puede dejarme aquí, en este estado y en medio de la nada»

Toda ella comenzó a temblar de nuevo. Sam creía que estaba en el convento. Estaba segura de que al escuchar su mensaje vendría en su busca y no la encontraría allí. Su móvil. La habría estado llamando al móvil, pero ella había dicho que no iba a necesitarlo, y no se había marcado ningún farol.

«Por lo que más quieras Sam. Ven a por mí. Ven a por mí. La policía sabrá rastrear la posición del móvil antes de que esa loca me lo arrebatara. Por favor»

Fue consciente, horrorizada, de cómo volvía a perder la fuerza y ni siquiera podía gritar. El simple hecho de intentarlo supuso un martirio que la dejó casi sin respiración. Intentó sobreponerse, pero le resultó imposible. El ritmo de los latidos de su corazón iba decreciendo. ¿Cómo podía haberse

dejado manipular de esa manera? ¿Cómo había podido estar tan ciega si había tenido al enemigo en su propia casa?

Creyó estar a salvo cuando en su frenética huida se tropezó con aquella mujer a la que había confiado sus sentimientos más íntimos respecto a Duncan. El alivio al verla tras su extenuante carrera y lo sucedido en el coche de la doctora Keenan le hizo perder el conocimiento. No supo cuánto tiempo estuvo en ese estado. Solo recordaba que cuando abrió los ojos lo primero que su vista registró fue el salpicadero de un vehículo que desconocía. Al girar la cabeza, gesto que le produjo un dolor terrible, vio a la hermana Macy al volante. Sentía la boca pastosa y, junto a la palanca de cambios, en el hueco destinado a la bebida, vio un vaso de papel.

—¿Dónde vamos? ¿Qué ha pasado?

—Al hospital. Te has desmayado y no tienes buen aspecto —respondió mirándola de reojo.

—¿A qué hospital?

—A otro en el que no esté la doctora Keenan. Es lo que me has dicho.

—¿He dicho eso?

—Te has dado un golpe en la cabeza. Estás confusa. Vamos, termínate la infusión, te tranquilizará. Y después me contarás lo que te ha pasado.

Olivia se llevó la mano a la cabeza con dificultad. Qué raro. No recordaba haberse dado ningún golpe, pero era posible que fuera así porque se encontraba fatal.

El coche redujo la velocidad para incorporarse a una salida que no sabía a donde conducía. Intentó centrar la vista para leer las indicaciones de la carretera, pero esa neblina persistía y no fue posible. Comenzó a sentirse mal. Macy tenía razón. No debía presentar buen aspecto. Necesitaba un médico.

—Por favor, necesito que pares. Creo que...voy a vomitar.

—Aguanta, ya queda menos.

—Por favor.

—Lo siento, Olivia. Vomitar ya te va a servir de poco. Trata de respirar hondo. Pronto estarás más relajada.

Estaba tan mareada que cerró los ojos e hizo lo que le aconsejó, sin darse cuenta de que abandonaban la regional y se adentraban en una carretera secundaria. No se había parado a pensar en el sentido de sus palabras.

—Necesito llamar a un amigo. ¿Dónde está mi móvil?

—No vas a necesitarlo.

Miró el vaso de la infusión. Se había bebido más de la mitad. Sintió un

hormigueo en las extremidades. Trató de moverse para deshacerse del cinturón de seguridad y abrir la ventanilla, pero su cerebro se resistió a ponerse de acuerdo con el resto de su cuerpo.

—¿Qué es lo que he bebido?

—Descuida, es un té al que he añadido un tranquilizante. Estabas muy nerviosa. No te matará, pero hará las cosas más fáciles llegado el momento.

—¿A qué te refieres? ¿Qué...?

La hermana Macy empezaba a comportarse de una forma extraña, o tal vez fuese ella que no se encontraba bien tras los efectos del supuesto golpe.

«Supuesto golpe, claro» Todo lo que sucedía era efecto de lo que le había puesto en la bebida. Con torpeza logró meter la mano en su bolso para buscar el móvil.

—No insistas, Olivia. Me he deshecho de tu teléfono móvil. Nadie sabe dónde estamos. Para cuando descubran que yo no soy en realidad la hermana Macy, sino su hermana gemela, ya será demasiado tarde.

El pánico la paralizó más de lo que ya estaba.

—«Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Es ella. Es Keira. La hermana Macy es Keira Murray y la verdadera hermana Macy...entonces...No. NO PUEDE SER. ESTO NO PUEDE ESTAR SUCEDIÉNDOME»

—No tenías que haberte cruzado en la vida de Sam. Y mucho menos en la de Ethan Thomas.

Aspiró todo el aire que le fue posible y lo soltó despacio. Tenía que pensar, tenía que hacerla hablar. Se sentía impotente. Sintió ganas de llorar, pero no lo haría, no delante de aquella mujer sin escrúpulos que solo Dios sabía lo que tenía pensado hacer con ella. Volvió a respirar hondo, pero el aire no parecía dispuesto a llenar sus pulmones. Tragó la poca saliva que le quedaba. De nuevo sentía la garganta seca. Iba a morir y Keira Murray volvería a desaparecer sin dejar un cabo suelto. Quería gritarle, quería levantarse, tirarse encima de ella y machacarla a golpes.

—¿Qué vas... a hacer... con Sam? —consiguió preguntar a duras penas, mientras notaba que su propia cabeza era demasiado pesada como para mantenerse erguida.

—Sam ya ha tenido suficiente, ¿no crees? Una vez que tú desaparezcas ya no le quedará nada.

«Lo siento, Sam»

Todo comenzó a darle vueltas. El salpicadero, la ventanilla, todo a su alrededor parecía moverse, contrayéndose hasta querer engullirla. Deseó que

todo terminase en ese instante. Quería irse con Duncan. Quería huir de ese mundo ruin.

Antes de caer en un abismo oscuro e infinito vio el rostro distorsionado de Keira Murray.

Y habría jurado que sonreía.

La puerta trasera se abrió. Quiso gritar, pero todo lo que salió de sus labios fue un débil gemido. Todo estaba más oscuro. Había perdido la noción del tiempo. Fue agarrada con fuerza por los pies. Sintió que su cuerpo se movía e intentó zafarse sin éxito. El esfuerzo realizado minutos antes, sumado a los devastadores efectos de esa droga, parecía haberla convertido en una especie de muñeca de trapo. Alguien la arrastraba. Era ella otra vez. Luego sintió la tierra húmeda sobre su mejilla. Una ráfaga de aire frío la envolvió. No, se equivocaba. No era aire lo que la envolvía. Era agua. La misma en la que se hundió Ethan, con la diferencia de que ella no había aprendido su juego de supervivencia.

La última imagen que acudió a su mente antes de dejar de luchar fue la mano dibujada por ese muchacho tratando de salir a flote de entre las oscuras aguas. El último pensamiento no fue para Ethan, ni para Sam, ni para Duncan. Fue para aquella niña cuya maldad había ido creciendo en sus entrañas como una planta venenosa dispuesta a aniquilarlo todo. Por primera vez en su vida creyó en la existencia del mal reencarnado en una persona. Había tenido la prueba durante las últimas semanas delante de sus ojos. Al mismo demonio completa y absolutamente disfrazado de Dios, como aquellas monjas de Greenford Park.

Escuchó voces. Alguien gritaba y no supo si era ella misma implorando ayuda, porque la realidad ya la tenía completamente desvirtuada. Hacía frío, mucho frío. En medio de la oscuridad vislumbró un haz de luz. ¿No podía tratarse de esa de la que todos habían oído hablar cuando la muerte estaba cerca, verdad? Era una luz diferente y real. La cabeza le iba a estallar. Algo tiró de ella con fuerza cuando creía que todo había acabado.

—Olivia, Olivia...

Un rostro desfigurado se inclinaba sobre ella.

—Tranquila, lo peor ya ha pasado.

Esa voz retumbaba en sus oídos. La había escuchado antes. ¿Dónde estaba Keira? Quería mantener los ojos abiertos.

—Despierta, Olivia —volvió a decir la misma voz.

Los ruidos se multiplicaban. Algo pareció explotar en sus oídos. Una fuerte detonación. Luego oyó pasos que se acercaban, intentó decir algo, pero no consiguió articular sonido.

—Por lo que más quieras, Olivia. No te vayas. Quédate conmigo. No te vayas, por favor.

Las palabras se evaporaron e ignoraba si eran las suyas las que seguían resonando en su cabeza. Quería irse de allí. Necesitaba paz. Se rindió ante la oscuridad y el silencio.

Capítulo 32

La propietaria y gerente de la agencia inmobiliaria de Portobello, Angelica Abbott, escuchaba atónita parte de la historia relatada por la propia Olivia. Tuvo que esforzarse por no sucumbir ante la emoción, la rabia y la tristeza.

—Me alegra que llamase antes de que prescribiese el plazo establecido en el contrato —confesó.

—Y yo les agradezco que lo hayan respetado.

—Era el dinero de un fallecido. No suelen suceder estas cosas, pero si se da el caso hay que esperar un tiempo prudencial por si alguna otra persona lo reclama. Y el señor Murray hablaba siempre de esta propiedad como si fuera a compartirla con alguien.

Angelica esperó a que asimilara el efecto de sus palabras y extendió un plano sobre la mesa.

—Lo confeccionó él mismo —le explicó—. Supongo que con la ayuda de algún programa informático o de un arquitecto. Su intención era remodelarla para convertirla en un B&B. Se lo puede quedar si lo desea, de esa forma si visita la casa se hará una idea de cómo quedaría tras la reforma que él ideó.

Tragó saliva al escuchar aquello y desdobló el plano. Se trataba de una preciosa construcción victoriana de dos plantas, con una buhardilla convertida en habitación, que parecía ser la más grande de todas junto con otras cinco y sus respectivos baños. Eran pequeños, pero todos disponían de ducha, inodoro y lavabo. La reforma se completaba con dos salones con chimenea, un solarium que daba a la parte trasera de un bonito jardín y la cocina. Y aquella piedra preciosa sin pulir se encontraba frente a los jardines de Abercorn Park, a poco más de cuatrocientos metros de la playa y perfectamente comunicada con el centro de Edimburgo por una parada de autobús que había justo al lado, y que llegaba a Princes Street en menos de veinte minutos. En la parte delantera de la casa hasta aparecían dibujadas las plazas de aparcamiento para los futuros huéspedes del *Olivia's Guesthouse*. Reprimió las lágrimas al

recordar aquella tarde de primavera que paseaban por un encantador pueblecito del condado de Fife llamado Anstruther.

—¿Cómo te ves en un futuro no muy lejano? —le preguntó—. Imagina que tienes que describirlo como si se tratase de la escena de una película.

—Me imagino de mil maneras.

—Vamos, seguro que hay una imagen en la que te ves reflejada. Esa que se reproduce en tu cabeza o en tus sueños cada vez que estás harta de tu rutina y deseas dar un giro a tu vida.

—Vale, pero prométeme que no te vas a reír.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque es algo imposible, por no decir absurdo.

—No hay nada imposible, y viniendo de ti dudo mucho que sea absurdo. Así que venga, suéltalo.

—De acuerdo. Cierra los ojos. Así no te distraerás y podrás visualizarlo. Hizo lo que le pidió con media sonrisa.

—Da igual el lugar. Tú lo eliges.

Duncan asintió sin perder esa sonrisa.

—Una casita victoriana o un cottage. Eso también lo dejo a tu elección.

—Recuerda que es tu escena y no la mía —le advirtió él sin abrir los ojos.

—Vale. Un salón con una chimenea que da a un bonito jardín, varias habitaciones, no más de cuatro o cinco. Tranquilo —se interrumpió al ver su boca abrirse en señal de asombro—, no es para llenarla de niños, sino de huéspedes.

—¿Huéspedes? —abrió los ojos de par en par.

—Sshhh. Has hecho trampa. Ciérralos o se perderá la magia.

Duncan obedeció y se mantuvo a la espera.

—Mi habitación estará en la planta de arriba, probablemente en la buhardilla, con un asiento bajo la ventana lleno de cómodos cojines de colores en el que escribiré, leeré, echaré alguna siesta e incluso pensaré en ti.

Él sonrió, y a ciegas buscó su mano para llevarla hasta sus labios y besarle los nudillos.

—Un solarium que dará al jardín y una preciosa cocina estilo rústico en la que hornearé mi pan con especias, los bizcochos y los dulces más exquisitos para todo aquel que se aloje en mi hostel. ¿Lo has visualizado ya?

—Lo estoy viendo. Es más, ya huelo ese bizcocho y ese pan.

Olivia rio con ganas.

—Ahora oirás el sonido del timbre de la mesita del vestíbulo, que hará de recepción. Será de esos timbres que salen en las películas. Y al ser temporada alta, tendré que salir a atender a mis huéspedes mientras me limpio la harina sobrante en mi delantal.

—Te han quedado restos en la nariz. No olvides limpiarte ahí —dijo Duncan con una risa al tiempo que abría los ojos y depositaba un beso en el mismo lugar.

—¿Ha sonado ridículo?

—En absoluto.

—Mentiroso.

—Es la verdad. Me ha gustado cómo te ves.

—Ahora es tu turno. Dime tu escena.

—Cierra los ojos.

Olivia lo hizo mientras él seguía sujetándola de la mano.

—Recuperamos el instante en el que tú has salido de la cocina.

Olivia reprimió su deseo de abrirlos, pero Duncan se lo impidió.

—Ni se te ocurra.

—Adelante.

—Yo entro en el *Olivia's Guesthouse* .

— Me gusta como suena en boca de un escocés.

—Los huéspedes que acaban de llegar son españoles. A ti siempre te encanta recibir a gente de tu país, te hace sentir como en casa, sobre todo porque has llegado a la conclusión de que cuando vienen de allí siempre traen el sol con ellos.

—Estás chiflado, pero me encanta.

—Sssh, no me interrumpas o se perderá la magia —la amonestó Duncan entre risas.

—Perdón —rio Olivia procurando mantener los ojos cerrados.

—Yo entro y te pregunto si tienes habitaciones libres. Tú me respondes que sí. Quieres saber cuántas noches. Y yo te respondo: todas las que me quedan del resto de mi vida. Entonces nuestros huéspedes se miran entre ellos, no saben cómo actuar. Es la broma que gastamos siempre, sobre todo si son españoles. Les encanta ver que quienes regentan este hostel son una española y un escocés. Somos unos anfitriones fuera de serie y por eso en *Booking*, pese a que nuestro hostel con encanto no está en el mismo Edimburgo, tiene un nueve con cinco de puntuación, y no es solo por tus fantásticos dulces caseros para el desayuno.

Olivia volvió a reír.

—¿Has dicho «nuestro hostel»?

—Cariño, no quiero parecer machista, pero necesitarás a alguien que lo mantenga todo en su punto y te eche una mano de vez en cuando. Ya sabes... pintura, albañilería, carpintería, electricidad...

—Cierto. Olvidé que estoy saliendo con un manitas. Bien, ¿puedo abrirlos ya?

—No, todavía no.

Sintió la caricia de sus labios sobre su boca y se perdió en ese beso tan buscado. Luego se apartó con suavidad pese a las protestas de Olivia.

—Ya puedes.

Olivia los abrió.

—Lo he visto. Visualizarlo ha sido más fácil de lo que pensaba.

—Algunos vienen a este mundo para cumplir sus sueños y otros simplemente se atreven a soñar. Yo me incluyo en la segunda categoría. Tú perteneces a la primera, no lo olvides nunca.

La señora Abbot la agarró con suavidad por la muñeca para apaciguar ese temblor que precedía a las lágrimas.

—El proyecto es...es precioso.

—Lo es. Tenía una gran visión. Es cierto que requiere de una importante inversión, pero sería una lástima que no se llevara a cabo. Necesitamos negocios de este tipo para seguir revitalizando la zona.

—Me gustaría ir a ver la casa. ¿Puedo hacerlo ahora?

—Por supuesto. Le acompañaré.

Una lágrima resbaló por su mejilla al ver el hueco de la ventana de la buhardilla. El la plasmó en ese plano como ella la había ideado en su cabeza, con mullidos cojines de colores y aprovechando el espacio que quedaba debajo para guardar libros, similar a la que curiosamente había en Hart Street, donde se había entregado por primera vez a Sam. Un rincón donde concentrarse en la lectura de una buena novela, donde reflexionar e incluso perderse en unos abrazos que jamás volvería a sentir.

En medio de ese silencio introspectivo el sonido de un motor atrajo su atención. Se asomó a la ventana y vio un Citroen de color oscuro que bajaba

desde el final de la calle y accedía a la propiedad. Era Sam.

Salió del vehículo y ella bajó al porche para recibirlo. Sam inclinó la cabeza a modo de saludo a la agente inmobiliaria.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —preguntó Olivia sorprendida.

—Me lo ha dicho Steve, que estaba con tus padres. Sabía que no descansarías hasta dejar este tema resuelto. No necesito recordarte que Portobello también tiene un significado en mi vida y no quería dejarte sola en un momento así, lo siento.

—No lo sientas. Tenías razón, creo que hacer frente a esto está siendo más duro de lo que pensaba.

—Salgo un momento, tengo que hacer una llamada. Si me disculpan—dijo la señora Abbott al intuir que querían quedarse a solas.

Esperaron a que saliera.

—Tendrías que haberme llamado. Todavía estás convaleciente.

—Steve me ha traído. Has pasado dos días con sus largas noches a mi lado hasta que llegaron mis padres. Merecías un respiro ante tanta carga.

—No ha sido una carga, Olivia. Quería estar allí. No te habría dejado sola aunque me lo hubieras pedido.

—Gracias —dijo con emoción en los ojos al tiempo que lo agarraba de la mano—. No sé lo que habría sido de mí. Te debo la vida.

—No me debes nada —aclaró besándole la palma. Sus ojos se detuvieron en las muñecas, todavía dañadas por esas malditas cintas que la habían tenido maniatada.

—¿Estás bien?

Olivia asintió.

—No tienes que hacerte la fuerte conmigo.

—No lo hago, solo quiero que la vida siga.

—Perdona, no quería que sonara tan paternalista.

—Tranquilo —le interrumpió—. Solo pensaba pasar el resto del día por aquí para poner en orden mis pensamientos. Iba a coger el autobús de regreso a Edimburgo.

—¿Quieres que me quede?

Ella asintió.

—¿Estás segura?

—Tenía que hacer esto. Se lo debía a Duncan. Solo espero que lo entiendas.

—Sshhh, sobran las explicaciones —borró el resto de una lágrima con su

pulgar—. Ven aquí y deja que te abrace.

—Creía que era más fuerte, lo siento. Es que la sensación de fracaso es demasiado grande —confesó contra el suave tejido de su suéter.

—No has fracasado. Ella ya no hará daño a nadie más. Si el infierno existe le habrán recibido con las puertas abiertas.

Le acarició el pelo al tiempo que el abrazo se consolidaba.

—Pero no logré salvarlo a él, ni a quienes se llevó en el camino.

Sam se apartó un segundo y le rodeó el rostro con las manos.

—Yo tampoco logré salvarlos a ellos. Somos humanos y nadie vive celebrando victorias, sino superando derrotas, así que aprenderemos a vivir con ello.

Olivia miró a su alrededor.

—Este era mi sueño, Sam. Él quería cumplir *mi sueño*.

—Lo sé y esto demuestra que le importabas—Volvió a rodearla con sus brazos y la besó —. Me destroza verte así. Ya es hora de dejar toda esta pesadilla atrás.

—¿Cómo no me di cuenta de todo esto? Pobre Katerina. Hubiese bastado con hablarle de mis conversaciones con la supuesta hermana Macy para darnos cuenta de que en realidad no podía tener toda esa información sobre Duncan.

—Lo tenía todo muy bien atado. Sin embargo, gracias a un error estúpido pudimos localizarte. De poco le sirvió lanzar tu móvil por el puente si no se ocupó de desconectar el GPS. Fueron unos momentos angustiosos. Pensar que iba a volver a pasar...

—Estoy bien, no ha vuelto a pasar. *No volverá a pasar*, ¿me oyes? —dijo ella con voz firme al tiempo que lo tomaba del mentón y le obligaba a mirarle a la cara.

Él asintió y Olivia intentó desviar el tema.

—Tenemos que hablar con Ethan. Y en cuanto a la doctora Keenan, también merece una disculpa. Tengo que devolverle sus llamadas.

—Habrá tiempo para eso. Keenan no tenía ni idea de lo que andabas investigando. Nos precipitamos y todo se nos fue de las manos. Comprenderá que necesites tu tiempo. Esa mujer ha cometido errores, pero no es una asesina y me consta lo que te aprecia. En cuanto a Ethan, lo haremos llegado el momento. Está en buenas manos, así que no te preocupes.

—Y pensar que todos los integrantes en el programa tenían un denominador común. Personas adoptadas con infancias traumáticas. Jamás se

me habría ocurrido pensarlo.

—Deberías haber continuado con la magnífica labor que hacías. Has ayudado a Ethan y podías haber ayudado a muchos otros.

—La decisión está tomada. Es lo mejor...y...Dios...no quiero decir esto, pero no dejo de pensar en la posibilidad de que pudiera ser tu...hijo.

—Ethan ya tiene una familia. Y ahora también me tendrá a mí, sea de la forma que sea. Eso es lo único que importa.

Olivia asintió. Sam tenía razón. Estaban vivos y eso era lo único que le importaba. Él había velado por ella día y noche en el hospital. Fue la primera persona cuyo rostro vio cuando recuperó la conciencia.

Respiró hondo y miró a su alrededor. La decadente belleza del lugar los sumió a ambos en un silencio reparador. No fue incómodo, al contrario. Les dio tiempo a asimilar lo que tarde o temprano iba a suceder. Entraron de nuevo en la casa. Sobre el alféizar de una de las ventanas Sam vio el plano confeccionado por Duncan, lo desdobló y lo examinó detenidamente. Luego alzó la vista, sorprendido.

—¿*Olivia's Guesthouse* ?

—Sí. Jamás pensé que iba a tomárselo tan en serio.

Olivia le relató lo sucedido aquella tarde en Anstruther.

—Dios...ahora lo entiendo. No me extraña nada que te sientas así.

—Tanto esfuerzo para nada.

—No digas eso.

—Todo esto ha llegado demasiado tarde.

—Nunca es tarde. Deberías considerarlo.

—¿Considerar qué?

—Comprar la propiedad.

—Cuatrocientas mil libras aparte de la reforma. ¿Tienes idea de lo que estás planteando? Es una fortuna. Tendría que vivir varias vidas para poder pagarlo.

—Podría vender mi apartamento de Hart Street. Conseguirías un crédito y también están las subvenciones por rehabilitación de edificio de valor histórico.

Olivia no se esperaba aquello.

—Es tu hogar, Sam. El que construiste con Annie y Rory.

—No, Olivia. El hogar lo construyen las personas. Si esas personas ya no están, deja de existir. Solo queda el sentimiento, y no se puede construir algo basado solo en recuerdos. Hace falta mucho más. Puede que sea el momento

de hacerlo.

Ambos miraron a su alrededor, luego hacia la ventana que daba al marchito jardín que esperaba resucitar algún día. El que Olivia imaginaba, el que Duncan imaginó pero que jamás verían.

—Quedaré preciosa. Una casa en la que podríamos... —se detuvo y se pasó la mano por el pelo en gesto confuso—. Perdona, creo que me he lanzado, soy un idiota. Ni siquiera sé si te vas a quedar aquí, y lo más probable es que regreses a Granada, lo cual sería perfectamente comprensible después de todo lo que ha pasado. Y aquí estoy yo haciendo planes. No tengo a derecho a... —De nuevo algo puso freno a sus pensamientos.

—¿Derecho a qué?

—A pedirte que te quedes.

Olivia guardó silencio. Un silencio que a Sam se le hizo demasiado largo.

—Necesito curar las heridas, Sam. Y tengo que hacerlo lejos de aquí.

—Lo entiendo. Tu vida está en España.

—No se trata de eso. Es que ahora mismo siento que no pertenezco a ningún lugar.

—Todo no acaba aquí. Annie y Rory fueron todo en mi vida y creí que mi vida acabó cuando ellos se fueron. Sin embargo, lejos de arrinconar esas memorias, porque eso es imposible, nunca creí...nunca creí que volvería a experimentar lo que siento estando contigo.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada.

Olivia sabía que no era necesario. Él lo sabía. Sabía que sentía lo mismo por él, pero no estaba preparada. Todavía no.

—No sé si debería sentirme aliviado o culpable porque tengo miedo a olvidarlos —continuó Sam—. Me aterra y al mismo tiempo me enfurece el hecho de pensar que algún día cada recuerdo y cada detalle de sus rostros empiece a desvanecerse.

—Eso no sucederá, pero Annie tampoco habría querido que malgastaras este regalo que es la vida lamentando lo que sucedió.

—Duncan tampoco lo habría querido.

Olivia le sostuvo la mirada. Sam sabía la batalla que se libraba en su interior, la misma que él había luchado y seguiría luchando.

—Tengo que dejar la mala costumbre de enamorarme de lo extraordinario, de lo complicado, y de lo que duele —le confesó.

—Es la costumbre de los valientes. Si no lo hicieses no serías tú.

—Lo siento, Sam. Me gustaría decirte lo que quieres escuchar, pero me estaría engañando a mí misma.

Sam volvió a ofrecerle sus brazos y ella se fundió en ellos. Sintió el amargo sabor de la despedida.

—Tienes todo el derecho a rechazarme, pero no me obligues a fingir que no siento nada por ti.

Luego ella cerró los ojos, deseando que las cosas hubiesen sido diferentes, que todo hubiese ocurrido en otro tiempo y lugar. Y entonces recordó esas palabras. Por un breve instante dudó si era la voz de Sam o la de Duncan la que susurraba a su oído ese mensaje.

Algunos vienen a este mundo para cumplir sus sueños y otros simplemente se atreven a soñar.

Cementerio de Seafield

Apartó la hojarasca y depositó un pequeño ramillete de flores sobre cada una de las lápidas de los Murray. Se detuvo en la de Alastair, al que siempre guardaría en su memoria como Duncan.

Oyó unos pasos sigilosos tras ella, y se giró para ver a un hombre de considerable altura, de complexión fuerte, de cabello casi blanco como la nieve y unos grandes ojos azules. Le dio un vuelco al corazón. Las veces que había soñado despierta imaginando envejecer junto a Duncan, ese era el rostro que su mente había dibujado. Eran como dos gotas de agua.

—Supongo que eres Olivia. Sam me dijo que te encontraría aquí. Siento interrumpir este momento tan íntimo —se disculpó—. Soy Colin Stewart.

Olivia se recompuso y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano al tiempo que extendía la que le quedaba libre.

—Me alegra conocerle por fin, señor Stewart.

—Llámame Colin, por favor. Y lamento que haya sido en estas circunstancias.

Olivia asintió y el hombre vaciló antes de dar un paso adelante para situarse a su lado.

—Por favor —se ofreció ella con un gesto.

Dejaron pasar unos segundos de silencio que eran necesarios.

—Sam me lo ha contado todo. Eres una mujer valiente. No has parado

hasta dar con la verdad. Alastair habría sido muy feliz a tu lado.

—Lo intentamos. Intentamos que lo nuestro funcionara. No sé si al final habríamos sido felices, pero lo quise con todo mi corazón. Esa es la única certeza que tengo.

—Lo siento —dijo Colin con la voz rota—. De haber sabido que quería reencontrarse conmigo o que había regresado a Escocia esto se podría haber evitado. Y podría haberlo evitado. Me habría cambiado por él si eso me hubiera garantizado que iba a volver a verlo, aunque fuese por última vez. No fui un buen padre. No hice las cosas bien. Solo me pregunto por qué decidió dar ese paso tan tarde.

—Lo decidió en el momento que creyó oportuno. Cuando estaba preparado para dejar atrás todo lo que le había impedido mirar hacia delante.

Entonces sacó la fotografía que guardaba en su monedero, la que Alastair hizo con su Polaroid cuando era un chiquillo. Aquel hombre alto y corpulento, que parecía indestructible, no consiguió ocultar sus emociones y su aparente entereza se vino abajo como una casa de naipes. Olivia le agarró del brazo para suavizar su sollozo.

—La tenía guardada entre sus cosas junto con aquel libro de *Ivanhoe* —dijo sin mencionarle el hecho de que en realidad el que había guardado era el que ella misma le regaló al haber perdido el suyo.

—Fue la última vez que lo vi. Quise a Rosalyn con todo mi corazón, pero yo estaba casado cuando la conocí...y mi esposa...sé que no es excusa, pero sufría de una enfermedad mental y, lo quisiera o no, no me podía permitir abandonarla en su estado.

—La vida es así. Unas veces acierta y otras veces no.

—Si Rosalyn y yo hubiésemos estado juntos, ella no habría conocido a Robert y...no se habría visto obligada a adoptar. Se podrían haber evitado tantas desgracias.

—Robert fue un buen padre para Alastair.

—Eso nunca lo he puesto en duda. Robert siguió adelante pese a que sabía lo que Rosalyn y yo sentíamos. Creo que por esa razón se marcharon. No solo por la tragedia del pequeño Duncan sino también para dar una oportunidad a Robert y a ella misma.

—Yo también podría haberlo evitado.

Esta vez fue Olivia quien rompió a llorar. Colin la rodeó con sus brazos para unirse a su dolor.

—La vida es un contrasentido, hija. Tiene dos formas peculiares de

reducirnos a cenizas: rechazando nuestros deseos o bien cumpliéndolos. Y solo hallarás la paz cuando sepas distinguir entre lo que deseas de verdad o lo que simplemente sueñas.

—Necesito saber más cosas de él. De esos años de su infancia feliz antes de que la tragedia se cebara con su inocencia.

—Si hay algo de lo que dispongo es de tiempo. No sé de cuánto, pero estaré encantado de compartirlas contigo las veces que haga falta.

Capítulo 33

Bebo el resto de la botella de agua y permanezco en silencio frente a la ventana de la cocina a la espera del momento que he estado posponiendo al máximo. En medio del silencio busco el recuerdo de los sonidos y escenas de los que esta estancia ha sido testigo. Instantes felices y no tan felices de cuando nos mudamos, nació Rory y el caos se apoderó de nuestras vidas. Annie no llevó bien la presión de nueva casa, hijo y marido. La reincorporación al trabajo fue dura porque le costaba más de una lágrima dejar a nuestro bebé al cuidado de otros. Y yo terminé de estropearlo proponiéndole que abandonara su puesto para criarlo. Fueron meses difíciles. No solo nosotros nos estábamos adaptando al hecho de ser padres en un nuevo país. Rory también necesitaba adaptarse a nosotros. Aun así, cuando nos metíamos en la cama, agotados después de esas jornadas maratónicas, llegábamos a la misma conclusión. El esfuerzo, las decisiones tomadas y el giro que habíamos dado a nuestras vidas habían merecido la pena, y si hubiésemos tenido que dar marcha atrás al momento en que nos conocimos, ambos habríamos estado dispuestos a pasar por todo de nuevo.

Sin embargo, jamás se te pasa por la cabeza que esto se va acabar. Ni imaginas que, de repente un día, la mujer a la que ves cada mañana al levantarte ya no está ahí. Que la simple rutina de darte una ducha mientras la contemplas lavándose los dientes y a ella se le escapa una sonrisa a través del espejo no volverá a repetirse. Que la hermosa y feliz imagen de tu hijo dando sus primeros pasos o diciendo «papá» por primera vez ya ha pasado a ser un doloroso recuerdo.

Salgo al pasillo y rehuyo de la imagen de Rory chapoteando en el agua de la bañera al son de una antigua melodía escocesa que canto emocionado mientras Annie me pide entre risas que me calle o los vecinos optarán por denunciarnos. Luego me detengo frente a su habitación. Giro el pestillo y cruzo el umbral una vez más. Me quedo un rato mirando las paredes

desnudas con la leve huella de esos cuadros que una vez le dieron algo de vida durante el tiempo que estuvo alquilada. Me acerco y tiro de parte del empapelado que cubre el frontal. Lo hago despacio al principio. Solo despego pequeños trozos, hasta que me enzarzo en una lucha sin sentido y arranco gran parte hasta dejar al descubierto lo que hay debajo: lo que comencé a crear cuando Annie estaba en su sexto mes de embarazo, lo que seguimos creando cuando nuestro bebé llegó a este mundo. Retrocedo unos pasos para contemplar el arcoiris, el sol, la lluvia, los árboles, las flores. Todos ellos rodeando a papá, mamá y Rory.

Cierro los ojos un instante y oigo a mi pequeño con su parloteo matinal dando saltos en la cama, desafiando a la ley de la gravedad mientras Annie intenta atraparlo para vestirlo de uniforme en su primer día en la escuela. Cuando los abro me doy cuenta de que estoy sujetando otra vez el pestillo de la puerta con tal fuerza que a punto estoy de arrancarlo. No puedo quedarme allí, ni siquiera paso por nuestro dormitorio. Hacerlo supondría hurgar en la doble herida. La de Annie y la del efímero recuerdo de Olivia.

Regreso al vestíbulo. Dos maletas y una mochila me esperan aparcadas junto a la puerta. A eso ha quedado reducida toda mi vida, o más bien lo que ha quedado de ella. Alguien llama al timbre. Son los de la mudanza que me informan que ya está todo listo. Vuelvo a abrir el sobre que he dejado encima de la mesa. Es el cheque que he cobrado por mi primera exposición, gracias a la oportunidad que me ha brindado Colin Stewart en una de las galerías de arte con más solera de la ciudad. He salido en los periódicos, radio y televisión, y esta vez por razones muy distintas. Soy consciente de que la prensa sensacionalista busca historias como la mía. Vivimos tiempos convulsos en los que por desgracia, despierta más curiosidad la tragedia que la felicidad, y de alguna manera no he podido evitar rememorar todo una vez más. El piloto que perdió a su esposa y a su hijo renace de la cenizas gracias a una interesante iniciativa de carácter terapéutico de la Fundación Colin Stewart. Sin embargo, lejos de volver a caer en el fondo de ese profundo agujero del que apenas estoy saliendo, he reaccionado con entereza, tal y como a Annie le habría gustado. Lo hago por ellos y por mí, como me aconsejó Olivia. Todo esto, junto con la venta de la casa, ha sido el comienzo de la pequeña aventura empresarial en la que me he embarcado. Es lo que me mantiene ocupado sin tiempo para pensar en los que ya no están y en los que permanecen en la distancia.

No voy a negar que pienso en Olivia. La echo de menos. Hace ya casi

un año que se marchó y, aunque charlamos de vez en cuando, a veces noto cierta nostalgia e indecisión en su voz. No sé si se debe a que echa de menos Escocia o porque sigue aferrada al recuerdo de Duncan. Supongo que ambas cosas van unidas. Respeto el tiempo que necesita para recuperar su vida. Ha pasado por mucho en muy poco tiempo. No me ha pedido que vaya a verla y ella tampoco habla de su intención de regresar. Después de estos meses no me puedo permitir el lujo de imaginar la posibilidad de que yo sea la causa de su nostalgia. Tal vez no nos hayamos conocido en el momento adecuado. Tal vez, simplemente, nos hemos cruzado en un camino de dos direcciones y cada uno ha seguido la suya. En cualquier caso, el recuerdo de Annie y Rory se mezclan con el recuerdo de la increíble mujer que apareció aquella mañana y se enamoró de la única acuarela que me resistía a vender. Mantengo la esperanza de que sus heridas se curen porque merece encontrar a alguien que la haga feliz. En ocasiones me viene a la cabeza una cita de un escritor conocido que decía que el mayor error del ser humano es intentar sacarse de la cabeza aquello que no sale del corazón. No hay nada más cierto.

Me pregunto cómo he logrado sobrevivir sin ellos durante casi cuatro años. No puedo seguir allí ni un segundo más. Tengo que marcharme y detener esta agonía, pero me cuesta hacerlo. Mis ojos se detienen en la puerta entornada del salón. Siento su presencia, revivo esos días en los que llego agotado a casa y al entrar por la puerta me quedo de pie en la misma posición en la que estoy ahora mismo. La veo allí sentada en el sillón que hay junto a ventana, a la luz de esa lámpara que compramos en un mercadillo de antigüedades de París y que ella restauró con maestría. Rory está dormido sobre su regazo. Alza la vista, me sonrío y se lleva el índice a los labios imponiendo silencio. Siento el pellizco en el estómago, los labios me tiemblan y las lágrimas buscan una vía de salida. Sigue mirándome y niega con la cabeza. No quiere compartir mi duelo, no le gusta verme así. Sus ojos no pierden la sonrisa y sé lo que me dicen: que no es fácil lo que voy a hacer, pero que soy valiente al dar el paso, que no me gustan las despedidas, pero debo dar la bienvenida a esos giros inesperados de la vida que al final te llevan en la dirección correcta.

Lo hago, le sonrío, y ella asiente con la cabeza aprobando mi gesto. Luego, su imagen se desvanece y suelto todo el aire retenido en los pulmones. Me cuelgo la mochila al hombro y agarro las dos maletas. Respiro hondo antes de cruzar el umbral y cierro la puerta por última vez.

Miro por el espejo retrovisor antes de arrancar y me veo a mí mismo allí de pie junto a Annie el día que vinimos a visitar este lugar por primera vez. No olvidaré su mirada cómplice mientras Fiona nos mostraba los encantos y posibilidades de lo que ha sido mi verdadero y único hogar durante seis cortos años. A continuación, esa imagen se mezcla con el recuerdo de la tarde que yo mismo corría hasta aquí con el alma en vilo para acudir en ayuda de Olivia. Luego, esa otra noche que la oí llorar sentada bajo la ventana. Resisto el impulso de girar la cabeza y no lo hago. Sigo adelante. Ahora quiero ver el futuro y no el pasado que dejo atrás.

Epílogo

Abercorn Park, Portobello

La mujer se detuvo frente a aquellos dos bancos. Le pareció curioso verlos allí, solos y apartados del resto, pero unidos para la posteridad mirando en la misma dirección. Apartó la hojarasca levantada por la fresca brisa veraniega para leer la placa de uno de ellos.

En memoria de Duncan, el amor de mi vida, escocés que emigró a Canadá, que regresó y amó esta tierra y este rincón en el que soñó que podía cambiar las cosas.

Cambiaste mi vida. Te echaré de menos. Olivia.

Alastair Duncan Murray

3 de noviembre de 1972 —27 de febrero de 2015

—¿No te parece precioso? —preguntó al hombre que la acompañaba.

—Mira, ¿has leído este otro? —le dijo él.

En memoria de mi preciosa esposa Annie Kennedy y mi hijo Rory, que amaron Escocia con todo su corazón. Gracias por darme tanta felicidad.

Cambiasteis mi vida. Os echaré de menos. Sam.

Annie Kennedy Hamilton May 1979 - Feb 2013

Rory Hamilton Dic 2008 - Feb 2013

—Oh, Dios mío. Fíjate en la edad con la que falleció Rory Hamilton. Era solo un niño. Murió con cuatro años —dijo ella afligida.

—Sí, pobre criatura. Y la madre también muy joven al parecer. Misma fecha.

—Estoy convencida de que los dos bancos guardan alguna relación entre sí. Si te fijas no parecen muy antiguos, y no solo por las fechas, sino por la madera y la placa, que no revelan el impacto de los elementos.

—¿Oigo hablar a mi escritora favorita o ya has dejado de serlo para

convertirte en investigadora? —bromeó el hombre besándola en la nariz y luego en los labios.

—Ya sabes que ambas cosas van de la mano. La curiosidad es lo que mueve al escritor.

—Y conociéndote seguro que ya estás imaginando una historia.

—¿Para qué imaginarla si puedo escribirla?

—Anda, deja de imaginar y vamos a lo que vamos. Se nos hace tarde y tenemos que recoger las maletas. El vuelo sale dentro de tres horas y tenemos el tiempo justo.

—Espera, voy a hacer una fotografía. Estoy segura de que de esto podré sacar una historia.

—No sé qué tiene Escocia que siempre te termina inspirando —rio él al tiempo que tiraba de su mano.

La pareja cruzó la calle en dirección al B&B en el que se habían alojado durante tres días como colofón a dos semanas de vacaciones recorriendo parte del país.

Sam alzó la vista cuando los vio entrar.

—¿Ya os marcháis?

—Sí —respondieron ambos resignados.

—Se ha hecho muy corto —dijo la mujer con una mueca triste, apoyada sobre el hombro de su compañero.

—Pero creo que volveremos pronto —la animó él con un guiño cómplice.

—Me alegra saberlo —agradeció Sam—. Espero que hayáis disfrutado de la estancia. Habéis tenido mucha suerte con el tiempo. Cinco días seguidos de sol se puede considerar un milagro.

—Nos consta lo afortunados que hemos sido —dijo el huésped—. Nos ha encantado. Este lugar es encantador y ese muchacho, Ethan, es excepcional.

—Lo es—dijo Sam con una sonrisa—. Y me viene genial una mano extra en temporada alta.

—Y las obras que decoran cada rincón es una manera preciosa de exponerlas para la venta. Estoy deseando llegar a casa para colgar mi acuarela. Recomendaremos este lugar —añadió la mujer.

—Muchas gracias. Toda publicidad gratuita es bienvenida —dijo Sam mientras sacaba unas tarjetas de visita de uno de los cajones para

entregárselas a sus clientes—. Ethan, ¿puedes traer el equipaje de la tres? Aquí tienen varias tarjetas.

Ethan salía del cuartillo donde estaban las maletas justo en el instante en que alguien hacía su entrada en el hostel.

—¿Olivia? —dijo Ethan asombrado.

Sam alzó la vista y se quedó paralizado ante la visita inesperada. Ethan y él intercambiaron miradas. La de Ethan llevaba una sonrisa cómplice incluida.

Ella seguía allí de pie y él no había logrado articular palabra. Había soñado con ese momento cientos de veces. La pareja se percató de su cambio de expresión. Ambos giraron sus cabezas y se encontraron con una mujer que arrastraba una enorme maleta.

Sam se habría lanzado a sus brazos, pero resistió el impulso al tener allí a dos huéspedes que todavía no se habían marchado. No era posible. No podía creer lo que veían sus ojos.

—Buenas tardes. ¿Tienen habitaciones libres? —preguntó Olivia con media sonrisa.

Sam lo tenía todo completo. De hecho, la habitación que aquellos clientes dejaban sería ocupada a última hora de la tarde, pero sí le quedaba una habitación. La suya.

—Sí, acaba de quedarse una libre —respondió.

Olivia asintió y se mantuvo a la espera. Entonces Sam recordó y tragó saliva antes de hacer la pregunta.

—¿Cuántas noches va a quedarse?

—Todas las que me quedan del resto de mi vida.

Sam no supo si reír o llorar.

—Dios mío, Olivia. Dime que no se trata de una broma —consiguió decir, todavía impresionado, rodeando la mesa de recepción y plantándose delante de ella.

—Me temo que no —respondió Olivia entre risas y lágrimas.

La pareja de turistas seguía allí, impresionada con la escena. No tenía pinta de ser una broma cuando vieron al propietario del B&B acogerla en sus brazos y luego acunar su rostro entre sus manos para besarla como si le fuese la vida en ello.

La huésped volvió a mirar la tarjeta que le acababa de entregar Sam. Sam Hamilton. Y ella se llamaba Olivia. *Olivia's Guest House*. Los mismos nombres inscritos en las placas de esos dos bancos de Abercorn Park. ¿Cómo

no los había relacionado?

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le dijo a su novio a media voz.

Él asintió con una sonrisa sin perder detalle de la escena que tenía lugar en el vestíbulo.

—Acabamos de asistir en directo a una declaración de amor en toda regla —dijo en el mismo tono con una sonrisa pícaro.

—Me refiero a....

—Sé a lo que te refieres.

—Cariño, creo que tendré que regresar aquí antes de lo previsto para quedarme una temporada.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela, como muchas otras, está inspirada en hechos reales y experiencias personales, todo ello novelado para plasmarlo en una historia donde la realidad y la ficción van de la mano. Una escritora nunca revela dónde acaba una cosa y dónde empieza otra, ahí radica el misterio. Lo que sí os puedo confesar es que las terribles historias sucedidas tras los muros de Greenford Park, están basadas en testimonios reales que salieron a la luz hace pocos años. He mantenido el escenario, South Lanarkshire, pero he preferido cambiar el verdadero nombre del orfanato.

Todavía conservo esa fotografía que hice una mañana de agosto del año 2013 a un banco de los muchos que hay en los jardines de Princes Street de Edimburgo, y que fue lo que dio origen a esta historia.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría sido posible si hace quince años no hubiese viajado por primera vez a Escocia. Al día de hoy hago balance, y he de confesar que es un país que ha cambiado mi vida, mi forma de ser y de sentir.

Ese rincón de Hart Street perdurará siempre en mi memoria por los magníficos recuerdos y anécdotas que se sucedieron antes, durante y después de mi estancia, que son los que me llevaron a indagar para escribir *El coleccionista de sonrisas*. Doy las gracias a las personas que se han cruzado en mi vida en esta ciudad tan inspiradora que es Edimburgo, y que han contribuido a que haya dejado de ser una turista más.

Mi más sincero agradecimiento a Cristina Díaz, quien se ofreció a leer el primer borrador de esta historia con el objetivo de guiarme en los entresijos y la complejidad de la mente humana. Gracias por hacerme comprender y no juzgar. Cualquier error cometido por Olivia Muriel es de mi exclusiva responsabilidad.

Agradezco a mis amigos y familia la paciencia y cariño mostrados mientras luchaba con los cambios y altibajos que esta historia me ha provocado hasta lograr terminarla. Espero que el esfuerzo haya merecido la pena. A partir de ahora, parte del alma de esta humilde escritora está en vuestras manos.

ACERCA DE LA AUTORA

Raquel Rodrein nació en Mollina (Málaga) en 1970, aunque pasó dieciocho años de su vida en Granada, ciudad a la que llevará siempre en su corazón. Licenciada en Derecho y fascinada desde su niñez por el mundo cinematográfico, le hubiese gustado estudiar Artes Escénicas para ponerse detrás de una cámara y escribir guiones que luego se plasmaran en la gran pantalla. Actualmente reside en la ciudad de Málaga. Viajera por excelencia, cada vez que tiene oportunidad se escapa a algún punto del mundo en busca de historias. Es una firme defensora de que realidad más simple puede superar a la más insólita de las ficciones, así como de que las casualidades no existirían sin el caprichoso destino. Así lo ha vivido en primera persona y, como tal, lo refleja en sus novelas. Con la primera de ellas, *Tú escribes el final*, se proclamó vencedora del IV Certamen del Premio Terciopelo, que ya ha sido también publicada en lengua inglesa. *Y desperté en tierra de sueños*, *La herencia de la Rosa Blanca*, que ha vendido más de 20.000 ejemplares y *La última decisión*, han sido sus otras novelas publicadas. *El coleccionista de sonrisas* es hasta ahora su historia más íntima y personal.

